# MARIA ADELAIDA CHAMPION DE CICE

#### COFUNDADORA DE LA

## SOCIEDAD DE LAS HIJAS DEL CORAZON DE MARIA

1749 - 1818

MARIE DE ROSTU JEANNE ANCEL

#### **PREFACIO**

Este fascículo: ADELAIDA MARIA CHAMPION DE CICE, COFUNDADORA DE LA SOCIEDAD DE LAS HIJAS DEL CORAZON DE MARIA no es una biografía de nuestra primera Madre. Ya existen varias, cada una con un interés particular.

Es un "estudio" que se sitúa entre los ya realizados - a solicitud del gobierno general - para permitir a las Hijas del Corazón de María profundizar algunos aspectos principales de la vida de sus fundadores, de su Sociedad religiosa, y por eso mismo de su vocación.

La serie realizada se presenta así en un orden lógico:

- DIOS PREPARA relata las preparaciones providenciales del Padre de Clorivière y de Madre de Cicé para su carisma de fundadores.
- EL PROYECTO DEL PADRE DE CLORIVIERE esboza algunos rasgos característicos que señalan el lugar particular de la Sociedad entre las demás Sociedades religiosas.
- FUNDADA SOBRE LA ROCA estudia, colocándolos en su contexto histórico, algunos de los principales documentos dejados por el fundador.
- ADELAIDA MARIA CHAMPION DE CICE, COFUNDADORA DE LA SOCIEDAD DE LAS HIJAS DEL CORAZON DE MARIA trata de precisar los aportes personales de Madre de Cicé en la concepción y en la vida de la Sociedad, y se esfuerza por liberar su fisonomía espiritual.
- APROBACIONES DADAS POR LA IGLESIA A LA SOCIEDAD DE LAS HIJAS DEL CORAZON DE MARIA presenta, con la exposición de las sucesivas aprobaciones, la coronación eclesial de la obra de nuestros fundadores.

\*\*\*

#### INTRODUCCION

Al estudiar de cerca los documentos autógrafos de nuestros fundadores, para escribir el fascículo "Fundada sobre la roca", descubrimos más claramente el rol esencial de Madre de Cicé en la vida de las Sociedades, especialmente durante la encarcelación del Padre de Clorivière.

En efecto, en ese momento, los dos fundadores sólo podían comunicarse por medio de la correspondencia; de ahí las numerosas cartas que se conservan en los archivos de la Sociedad y que, con varias otras, fueron editadas en 1948. Pero si esas cartas reflejan los acontecimientos exteriores de la época, reflejan también, a través de las respuestas del Padre de Clorivière, la personalidad de Madre de Cicé. En consecuencia, ¿por qué no buscar otros ecos de su vida en los documentos anteriores y posteriores a la prisión del fundador?

Nos ha parecido que siguiendo el método habitual, un estudio riguroso de los escritos en su contexto socio-histórico, podríamos aportar una contribución nueva a un conocimiento más completo y más íntimo de nuestra primera Madre. Así sus hijas podrían tener una visión más clara de los aportes irreemplazables de la humilde Madre de Cicé a la Sociedad, como cofundadora y como modelo de la hija del Corazón de María.

Teniendo el privilegio de poseer documentos autógrafos que se refieren a su vida interior de adolescente, de joven, luego de mujer madura, podemos, en cierta forma, captar desde su origen los principales datos y seguir su desarrollo.

Bajo esa iluminación, el "Proyecto de Sociedad piadosa" concebido y trazado a partir de aspiraciones personales de nuestra primera Madre, adquiere un valor más preciso, pues algunos de sus rasgos prefiguran puntos esenciales de la futura Sociedad de las Hijas del Corazón de María

La dirección del Padre de Clorivière, que ayuda a Madre de Cicé a conocer y a realizar los designios de Dios sobre ella, permite trazar su fisonomía espiritual en esa época.

Es impresionante constatar luego, a través de las peripecias de la Revolución Francesa, el drama del complot de la Máquina infernal, la estadía en Provenza, etc. la unidad y el desarrollo de una vida interior cuyos rasgos dominantes estaban ya fuertemente marcados.

Por fin, durante la larga encarcelación del Padre de Clorivière, Madre de Cicé da toda su medida de co-fundadora y juega un rol irremplazable para suplir al fundador que se encontraba en la incapacidad de actuar directamente, y esto en el curso de misiones difíciles y delicadas.

Los últimos años de Madre de Cicé nos ofrecen, a través de su correspondencia con sus hijas, un eco conmovedor de su vida de entonces: trabajo constante y agotador sostenido por una gran enferma, acentos de humildad de un alma constantemente orientada hacia un amor más puro y más grande.

Su muerte delante del Santísimo Sacramento consagra la orientación espiritual de toda una vida.

Bajo la óptica de una profundización este fascículo será tal vez más iluminador.

Las principales etapas de la vida de Madre de Cicé nos son conocidas: su adolescencia y sus laboriosas búsquedas ya han sido estudiadas. Pero en el presente estudio nos detenemos voluntariamente en dos aspectos esenciales de la herencia que nos ha legado - conjuntamente con el Padre de Clorivière - pero también personalmente:

su rol de co-fundadora, su vida interior.

Añadamos que este estudio no puede ser leído rápidamente, y parece que se presta mal para ser escuchado. Pide más bien una lectura lenta y atenta que nos ayude a descubrir mejor a la que fue "escogida por el Señor, por pura misericordia, para ser la primera piedra del nuevo edificio que Él levantó para su gloria y la gloria de su Santa Madre"

张米米

#### CAPITULO I

#### LAS PRIMICIAS

Adelaida de Cicé fue la duodécima hija de una familia de antigua nobleza establecida en Bretaña desde el siglo XV. Nacida en Rennes el 5 de noviembre de 1749, fue bautizada el mismo día en la iglesia de San Aubin, su parroquia. Su madre tenía aproximadamente 47 años; su padre tenía ya 69 años y murió al año siguiente, el 26 de noviembre de 1750. La carga familiar cayó pesadamente sobre la Señora de Cicé. La benjamina de ocho hermanos y hermanas aún vivos, pero ya casi todos fuera de la casa, crecerá en una atmósfera bastante austera.<sup>1</sup>

Hacia la edad de diez años <sup>2</sup> hizo su primera Comunión en la Visitación de Rennes, sin duda en el monasterio llamado "el Palomar". No nos ha llegado ningún eco de ese acto que sin embargo debió marcarla profundamente. En cambio, el primer biógrafo de Adelaida, el abate G.T. Carron, nos ha relatado tres recuerdos de su infancia que encuadran bien con el temperamento delicado y generoso que se afirmará más adelante.

"Ella tenía a lo sumo seis años y se encontraba acostada en el mismo cuarto que una joven pariente atacada como ella de viruela: los sufrimientos hacían lanzar grandes gritos a su compañera. Adelaida le dijo: *No nos quejemos; hay que sufrirlo todo por Dios*".

#### Algunos años más tarde:

"Una de sus empleadas, al hacer su toilette (tenía entonces diez años a lo sumo), le dijo: Usted no ama bastante al Señor, pues se deja llevar por sus gustos, busca demasiado las

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Parece que en el curso de su infancia y de su adolescencia Adelaida no se separó jamás de su familia.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Cf. Carta de septiembre-octubre 1788 al Padre de Clorivière: "Yo no tenía más diez años".

comodidades.. De inmediato, animada por un santo ardor, ella quiso reparar la cobardía que le reprochaban, hiriéndose en el brazo."

Por fin, esa misma tradición destaca cómo, muy joven, ella manifestaba ya una gran ternura por los niños pobres, distribuyéndoles todas las limosnas que pedía para ellos entre sus familiares. Decía con frecuencia: *Amemos a Jesucristo y a los pobres*.

A partir de documentos escritos por su mano tenemos preciosas informaciones sobre la personalidad de Adelaida entre los 15 y los 22 años. El primero, con una hermosa escritura de escolar aplicada, no lleva fecha pero se lo puede situar probablemente hacia 1765.<sup>3</sup> Contiene las resoluciones tomadas por la adolescente al fin de un retiro. Las primeras líneas traducen ya una tendencia que caracterizará toda su vida espiritual:

"Desde hace tiempo soy infiel a todas las promesas que he hecho a Dios. En adelante quiero observar exactamente todas las cosas que debo hacer, sea para evitar ofenderlo o para agradarle. En adelante quiero amarlo tanto como me sea posible."

Adelaida se reprochará siempre vivamente las más pequeñas infidelidades o impresiones juzgadas como tales; no podrá perdonárselas en su sed de don absoluto a Dios.

La segunda resolución revela otra dominante de su vida espiritual:

Quiero evitar también el orgullo por encima de todas mis otras inclinaciones viciosas, porque es a la que estoy más inclinada y es la que está al principio de casi todas mis malas acciones, y quiero hacer todo lo que dependa de mí para inmolarlo a la venganza de mi Dios."

Una humildad creciente la llevará a esa incesante inmolación de sí misma, para expiar todo lo que le parezca, a veces indebidamente, como una traición a su amor.

El combate que debe librar para dominar su orgullo le aparece claramente:

Quiero agradecer también a todas las personas que tengan a bien reprenderme por mis defectos. Así trataré de mortificar mi amor propio... quiero no estar siempre dispuesta a disculparme cuando me digan que he hecho algo malo, y no trataré de justificarme apartándome de la verdad."

Esa necesidad extrema de lealtad frente a ella misma la acompañará toda su vida. Lejos de buscar justificarse, se acusará implacablemente de las reacciones más involuntarias de su sensibilidad. Las líneas que siguen revelan también una tendencia contra la cual debe reaccionar:

Quiero no dejarme llevar del mal humor y cuando tenga más deseos de dejarme llevar por la melancolía me alegraré y ofreceré a Dios ese pequeño sacrificio de mi propia voluntad..

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> André Ravez: "Formes modernes de vie consacrée, Adélaïde de Cicé et P. de Clorivière. Beauchesne, Paris 1966.

Así se sitúa ya lúcidamente esta adolescente hacia su 15° año: ella conoce las tentaciones que la acechan y se propone combatirlas con la generosidad de un alma que quiere amar a Dios "tanto como dependa de mí".

El pequeño reglamento trazado al fin de sus resoluciones manifiesta también la sólida piedad con la que Adelaida se compromete en la vida: levantarse sin vacilar, asistir a la misa y hacer luego un cuarto de hora de oración, leer, trabajar, obedecer en todo a su madre; después de mediodía, otro cuarto de hora de meditación, y por la tarde una visita al Santísimo Sacramento; en el curso del día elevar con frecuencia su corazón a Dios. Luego esta conclusión enérgica: "Con la gracia de Dios... en adelante quiero vivir y morir en estas resoluciones".

Esas orientaciones espirituales y prácticas, ¿han sido tomadas con la ayuda y bajo el control de un director? Sería difícil precisarlo, pero otras hojas escritas de su mano y que han llegado providencialmente hasta nosotros prueban que su vida de joven será seguida de cerca, en el plano espiritual, por un santo director de gran reputación en Rennes, el abate Boursoul.

La personalidad de éste nos interesa debido a la influencia que ejerció sobre Adelaida durante su adolescencia. <sup>4</sup> Notemos solamente esos rasgos característicos relatados por su contemporáneo, el abate Carron: "Exigía ante todo el cumplimiento de los deberes de estado" y aconsejaba "una suave y tranquila atención sobre sí mismo, para no hacer nada que pudiera desagradar a Dios". Recomendaba la comunión frecuente, y el abate Carron nos relata que el cuarto que ocupaba en el hospital San Yves en Rennes tenía "una ventanita que se abría sobre el altar mayor de la iglesia". Nada extraño que haya comunicado a sus dirigidos una viva devoción eucarística. recomendaba vivir en presencia de Dios y usar para eso frecuentes "aspiraciones" u oraciones jaculatorias. El mismo las componía y poseemos series enteras transcritas por M. de Cicé, quien debía alimentarse de ellas; tal vez ella misma compuso algunas.

Citaremos solamente algunas, redactadas siguiendo una línea de espiritualidad que será querida a la Sociedad de las Hijas del Corazón de María:

"A las 9 de la mañana, cuando Jesús fue crucificado:

(dirigirse) a la Santa Virgen: Dios te salve, María... pensando en la espada de dolor que le atravesó el corazón.

Hacia las tres, cuando nos dio a María por Madre, al morir:

Oh Jesús, haz que mi último suspiro sea un acto de tu puro y santo amor. Di a tu santa Madre esa palabra tan deseable y favorable para nosotras: Ahí tienes a tu hija...

Oh María, recíbenos por hijas tuyas y sé la Madre de nuestras almas.

Por la tarde, cuando le abrieron el costado:

Oh Jesús, por esa lanza que te hizo una herida sangrienta, hiere mi corazón con tu divino amor.

Dios te salve, María..." 5

Algunos extractos de las cartas intercambiadas entre Adelaida y su director dejan transparentar el trabajo de la gracia en su alma:

<sup>&</sup>lt;sup>4</sup> Cf. A. Rayez, obra citada, pág. 99-132.

<sup>&</sup>lt;sup>5</sup> Extractos de "El Reloj de la Pasión". Cf. A. Rayez, obra citada, p.104.

En Rennes, el 22 de agosto de 1771, Adelaida que tiene entonces 22 años, escribe al Sr. Boursoul la víspera de su salida para el campo:

Llevo los libros que usted tuvo a bien prestarme... Tomo la libertad de escribirle para solicitarle que me permita comulgar cuando encuentre la ocasión para hacerlo con más frecuencia que cada ocho días."

La respuesta es significativa, sobre todo si se recuerda cuán rara era la comunión frecuente en esa época:

Sí, Señorita, le permito de todo corazón y con la mayor satisfacción que reciba a su celestial Esposo tan frecuentemente como pueda. Persuadido de que Él encontrará sus delicias en un corazón que me parece hoy más que nunca entregado, y entregado <u>para siempre</u> y <u>sin alternativa</u> a su servicio y a su amor."

El Sr. Boursoul no duda de la acción de la gracia en el alma de Adelaida. Otras cartas lo prueban también:

El miércoles la entregaré especialmente en las manos y bajo la protección de la Santísima Virgen. Ella es a un título particular su buena y tierna Madre, pues le ha obtenido la felicidad infinita de tener a su divino Hijo, su Hijo único, por Esposo."

Los extractos que siguen manifiestan la acogida dada por Adelaida a la gracia, incluso cuando infringe las reglas de la prudencia.

En la carta citada anteriormente, su director le había escrito:

"El miércoles la haré hacer el voto de castidad por algún tiempo, para que pueda contraer con Él (el Señor) una unión más perfecta que nunca".

Llevada por su amor que no calcula, Adelaida ha hecho, por propia iniciativa, no un voto temporal, sino un voto perpetuo de castidad. Ella recibe entonces una fuerte reprimenda, aunque a la manera del tiempo. Algunas frases dejan entender algunos ardientes remordimientos que debieron trastornar luego su delicada conciencia:

"Yo ignoraba, Señorita, que usted (había hecho)... un voto que yo le había permitido sólo por un tiempo... y usted ha experimentado por usted misma cuán peligroso es desobedecer. Es una falta esencial que ha sido seguida por muchas otras. Dios se las ha perdonado todas... Parece incluso que ese Dios tan amable y todo amor por usted, lejos de castigarla, la inunda más que nunca con sus gracias...

... una vez más, manténgase en una simple resolución firme e inquebrantable, y pida sin cesar a Dios que la afirme en ella hasta el último suspiro. Pero nada de voto."

#### E insiste:

No es verdaderamente el espíritu de Dios el que la ha hecho hacer un voto perpetuo, desobedeciendo; es el espíritu del demonio... El mismo espíritu le ha inspirado lamentaciones indignas y un arrepentimiento vergonzoso de haber consagrado a Dios una libertad que había recibido de El solo. Usted ha caído en consecuencia en muchos desvíos que han sido muy sensibles a su divino Corazón y muy injuriosos a la delicadeza de su amor..."

Se adivina cuánto debieron afectar a Adelaida, en lo más profundo de ella misma, esos reproches, los que felizmente fueron seguidos por esas líneas estimulantes:

"Estoy encantado de que haya sido lo suficientemente fiel para comulgar sin tener necesidad de confesarse. La exhorto a continuar igual hasta el regreso, y a comulgar tantas veces como tenga la ocasión de hacerlo."

El lunes de Pascua de 1774, el santo y enérgico Sr. Boursoul murió súbitamente en el púlpito. Esa muerte inesperada que suscitó una gran conmoción en Rennes fue para Adelaida un golpe muy duro. Así, quiso fijar inmediatamente por escrito lo esencial de las directivas del abate Boursoul. Ese documento autógrafo reviste para nosotros un valor inestimable. Nos permite captar en lo vivo los principales rasgos de la fisonomía espiritual de Adelaida de Cicé, que entonces tenía 24 años:

Él me dijo siempre que ese Dios de bondad y de misericordia quería conducirme a Él por amor, y que este camino encantador <sup>6</sup> me facilitaría el camino del cielo, levantaría todos los obstáculos y me conduciría a todo lo que Dios pide de mí..."

Luego ese párrafo que traiciona sus ansiedades habituales:<sup>7</sup>

"Cuántas veces me dijo que Él me amaba tanto como antes, después que he tenido la desdicha de abandonarlo. Señor, toda mi ingratitud, todos mis crímenes <sup>8</sup> no han podido alejarte de mí. Tus designios no han cambiado. Es lo que me han asegurado de tu parte y que tú mismo me lo has hecho experimentar en lo profundo de mi corazón."

#### Por fin, esas líneas reveladoras:

Es preciso, Dios mío, que imprimas esas verdades en mi alma para que esté persuadida de ello.

#### Sigue un pasaje casi profético:

El santo que me ha hablado de tu parte me dijo quince días antes de su muerte que Dios me quería toda de Él. Son sus palabras: "El la quiere perfectamente de El y le prepara en el cielo un lugar distinguido" <sup>9</sup>

Tu servidor... añadió que Dios mismo se encargaría de mi santificación, que su divino Espíritu y su divino Corazón debían conducirme enteramente. Me aseguró de tu parte, Dios mío, que me harías conocer en el momento lo que pides de mí si soy fiel a escuchar tu voz en el fondo de mi corazón.

Y esta recomendación tan sabia frente a la excesiva delicadeza de conciencia de Adelaida:

Cuánto me ha recomendado de parte tuya que no me abandone a la inquietud y a la turbación que me separaría de ti.

Me aseguró que me era más fácil que a nadie no ofenderte jamás. Me enseñó a volver a Dios entrando en mi corazón en el momento en que me doy cuenta de que me extravío.

Luego esas líneas citadas con frecuencia pues anuncian la vocación propia de Adelaida:

<sup>9</sup> Un lugar de elección.

<sup>&</sup>lt;sup>6</sup> En la época, el término no evocaba nada de sentimental, sino solamente el atractivo ejercido.

Algunas exageraciones de lenguaje se resienten del estilo de la época, y particularmente del del abate Boursoul.

<sup>&</sup>lt;sup>8</sup> En los autores espirituales de entonces, "crimen" es equivalente a "falta".

Me dijo también de tu parte, Dios mío, que yo estaba destinada a ser una madre de los pobres y una esposa de Jesucristo y un serafín en este mundo y en el otro.

Por fin, esta súplica de Adelaida tan providencialmente escuchada el día de su encuentro con el Padre de Clorivière:

Condúceme tú mismo, Dios mío, a los pies del ministro que debe conducirme directamente, perfectamente a ti. Me abandono a ti, entrego mi alma en tus manos, haz de mí lo que quieras.

Habituadas a considerar a Madre de Cicé asociada por el Padre de Clorivière en la gran aventura de la fundación de la Sociedad en el corazón de la Revolución, tal vez no nos detenemos bastante en estudiar las preparaciones de la gracia en el curso de la primera etapa de su vida

Adelaida acaba de alcanzar la edad de la madurez; desde mucho tiempo ha escuchado el llamado al amor exclusivo del Señor. De una viva sensibilidad de temperamento, de una extrema delicadeza de conciencia, ella siente hasta la angustia la menor falla. Su tensión interior es tanto más fuerte cuanto su amor y su generosidad querrían ser sin límites.

Debemos recordar esos rasgos ya marcados de su fisonomía espiritual para mejor captar y penetrar en las etapas que van a seguir.

#### LLAMADO Y MADUREZ ESPIRITUAL

Dejamos a Adelaida a la edad de 24 años; volvemos a encontrarla dos años y medio más tarde gracias a un nuevo documento autógrafo, escrito esta vez al fin de un retiro hecho a comienzos del otoño de 1776. Hay que estudiarla atentamente para seguir el camino de la gracia en su alma, tanto más cuanto sus resoluciones clausuran los días de recogimiento que van a orientar su vida. Varios puntos de las resoluciones tomadas hacia 1765 se precisan y confirman.

En primer lugar, las resoluciones prácticas: los dos cuartos de hora de oración en el día se convierten en dos medias horas; las oraciones jaculatorias se unifican en "el santo ejercicio de la presencia de Dios"; durante la misa, meditación de la Pasión; comunión diaria en la medida que la autoricen. La obediencia a la Señora de Cicé se vuelve más exigente y toma una tonalidad particular: "Obedecer a mi madre como una religiosa a su superiora".

La lucha contra el amor propio y la sensibilidad natural quiere ampliarse a los primeros movimientos:

"No conservar el mal humor un solo momento interiormente ni exteriormente contra las personas que me hayan ocasionado pena; quiero colmarlas de amistad y de beneficios sin consultar nunca sobre esto las razones que me sean dictadas por la prudencia humana para actuar de otra manera".

Ningún límite en la búsqueda de una caridad total:

"Dios mío, no dejes entrar en mi corazón sino el temor de ofenderte y el deseo de amarte."

Ese será el objeto de una purificación exigente, casi heroica, toda su vida.

Acordándose sin duda de la predicción del Sr. Boursoul. querría renovar "con el ardor de un serafín" la consagración que ha hecho de toda su persona a su "divino Esposo", y esto revela el fervor de sus disposiciones más íntimas.

Por fin, después de una acusación vehemente, incluso excesiva, de sus "abominables infidelidades" - a sus ojos lo son - ella expresa: toda su gratitud por los favores con los que está colmada, especialmente: "La gracia preciosa de mi vocación que te has dignado concederme hoy".

Esta gracia preciosa concedida a la que Cristo ya había "escogido por esposa" debe ser el llamado a entrar en la vida religiosa. El ensayo hecho en la Visitación algunos meses más tarde deja entender que ése es el objeto de la luz recibida

Para captar bien el alma de M. de Cicé hay que detenerse en las últimas líneas: traducen un sentimiento clave que dominará toda su vida interior:

Vacilo al escribir estas últimas líneas. No es que resista a tu voluntad, es el temor a no conocerla tal como es, pues yo quiero sólo lo que Tú quieres, divino Jesús.

El término "vacilo" muestra la ansiedad del espíritu y del corazón de aquella que ama y amará siempre la voluntad divina, por crucificante que sea, pero, y ésa es la característica, con el temor persistente de "no conocerla tal como es".

Esas resoluciones se cierran con la entrega total de ella misma a esa voluntad divina:

"Haz, te lo ruego, todo lo que quieras de mí, <u>con tal que Adelaida sea toda de Jesús su</u> Esposo."

Y para sellar mejor lo absoluto de su donación, Adelaida escribe con su sangre esas últimas palabras [que hemos subrayado].

El 30 de abril de 1777, habiendo obtenido la autorización de su madre, entra como postulante en el monasterio de la Visitación llamado "el Palomar", en Rennes. La Señora de Cicé, que no podía vivir completamente separada de su hija, fue admitida fuera de la clausura, como señora pensionista, según un uso de la época.

Por sus cartas a su director, se comprueba que Adelaida sufrió las tentaciones que acompañan con frecuencia la entrada al nuevo estado de vida. El interés de las respuestas del abate Le Beurrier reside sobre todo en la firme seguridad que manifiestan de la vocación religiosa de la Señorita de Cicé.

Otra prueba más grave la espera. Monseñor Juan Bautista de Cicé, entonces obispo de Auxerre, interviene indebidamente en la vida de su hermana y hace actuar al obispo de Rennes para poner obstáculo a una vocación que altera los planes familiares: él afirma que la salud de la Señora de Cicé exige el regreso a su casa y los cuidados de una hija que nadie puede reemplazar junto a ella. Conocemos bastante a Adelaida para comprender que a pesar de su pena, tal vez su confusión, no podía sino inclinarse ante lo que le presentaban como la voluntad de Dios.

En el otoño de 1777, probablemente, vuelve a tomar su vida de abnegación humilde y oculta junto a su madre, en la casa de Cicé, compartiendo sus días entre el cumplimiento de sus deberes familiares y el servicio de los pobres que ocupará un lugar creciente en su vida.

Los años pasan, pero la ardiente búsqueda de su santificación no se desmiente en Adelaida. Una vez más - y ningún documento puede ser más iluminador - poseemos el testimonio de ello gracias a las resoluciones tomadas a la edad de 33 años, con ocasión de un retiro hecho seis años después de su salida de la Visitación <sup>10</sup>.

El encabezado de las resoluciones está redactado así: "Retiro en la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen, agosto 1783".

Como el texto de esas resoluciones es bastante extenso, destacamos solamente los puntos de convergencia con las resoluciones anteriores y los elementos nuevos que aparecen en el curso del texto:

#### La primera hoja empieza así:

Tomo la resolución de pedir sin cesar al Señor la gracia de conservar y de aumentar todos los días en mí el horror que me ha inspirado al pecado, que quiero evitar con el mayor cuidado. Temeré más que todos los males de este mundo todo pecado voluntario, y tomo la resolución de exponerme a todos los males antes que cometer nunca uno solo con propósito deliberado."

Luego bastan cinco líneas para renovar la fidelidad al reglamento de vida, especialmente a los tiempos de oración. Se ve que es una costumbre bien establecida. Destacamos "la práctica exacta del ejercicio de la presencia de Dios" ya mencionada antes y que jalonará toda su vida. En tres ocasiones, Adelaida hace alusión a sus faltas pasadas, hablando del "abismo de miseria" del que el Señor la ha sacado tantas veces; luego de "las más negras ingratitudes" que habrían tenido que alejarlo de ella para siempre; por fin, la determinación de "ejercitarse en el odio y el desprecio" que debe tener por ella que se "ha hecho culpable de tantas ingratitudes hacia un Dios tan bueno".

Estas expresiones pueden parecernos excesivas; traducen sin embargo los sentimientos más sinceros de Adelaida frente a la grandeza y a la santidad de Dios, y su horror a la menor mancha que pueda empañar la pureza del amor que le consagra. Su temperamento extremadamente sensible y delicado reforzaba sin duda la agudeza de esos sentimientos, pero ¿no utiliza el Espíritu Santo con destreza soberana las disposiciones de la naturaleza para fortalecer y purificar el amor en un alma que se entrega totalmente a la acción de la gracia? <sup>11</sup>

Entre los elementos nuevos integrados a sus resoluciones, notemos primero el que será toda su vida de una importancia capital, especialmente en medio de los trastornos revolucionarios:

No se tiene otra información sobre ese retiro.

En su obra sobre Los dones del Espíritu Santo, el Padre M.M.Philipon, o.p., escribía: "Cuanto más divinizada y animada de una manera actual por los ardores de la caridad divina está el alma, más semejante es a Dios, más participa en ese movimiento de aversión al mal que existe en Dios mismo. Ese sentimiento de odio divino al pecado resuena en las profundidades de su ser y, a su vez, comparte esa inevitable oposición de Dios contra el pecado.". En M. de Cicé, se tratará, y de una manera sorprendente, de una oposición inevitable al pecado e incluso a la más ligera debilidad de la sensibilidad natural, sentimiento cuya intensidad casi permanente sólo se explica por su necesidad ardiente de amar y glorificar a Dios "como un serafín".

"Quiero recibir todos los acontecimientos de la mano de Dios, grandes o pequeños, felices o desdichados, en el primer momento de reflexión sobre las cosas que suceden. Quiero reconocer la divina voluntad y alegrarme que se cumpla en todas las cosas."

Se encuentra aquí por adelantado una de las orientaciones más queridas al P. de Clorivière. El Espíritu Santo prepara el corazón y el espíritu de la futura co-fundadora, que añade por lo demás a esta resolución líneas muy personales por su tono de humilde desconfianza de sí misma y de adhesión a la voluntad de Dios cueste lo que cueste:

"Si mi debilidad no me permite llegar jamás ahí en los acontecimientos aflictivos, quiero por lo menos someterme enteramente pidiendo a Dios una disposición más perfecta si El lo espera de mí."

Más adelante, una resolución tomada ya desde mucho tiempo pero que se profundiza y se afina, de llevar una lucha sin descanso contra los primeros movimientos mal controlados:

Quiero ser de una dulzura inalterable y de una extrema indulgencia con el prójimo, estimarlo tanto cuanto me despreciaré. Trataré de no actuar nunca por enojo y por natural. No conservaré ni un instante el más ligero resentimiento contra nadie. Por el contrario, me haré un deber el ir por delante de las ocasiones para dar gusto a las personas que me han dado pena. Estaré encantada de encontrar esas ocasiones preciosas para agradar a Nuestro Señor, y con su gracia, no las dejaré escapar. También quiero no quejarme de nada."

En esta ocasión, como en muchas otras, Adelaida de Cicé no se contenta con buenas intenciones, sino entra en detalles concretos. Se puede destacar también que no busca jamás su propia perfección por sí misma, sino refiere todo al amor de Nuestro Señor.

Viene luego una resolución que debe atraer la atención, pues prefigura lo que será un día el ejercicio de la pobreza en la Sociedad, y esto con precisiones notables:

"Tomo la resolución de cortar todos los gastos inútiles para mí y limitarme en esto a lo simple necesario en mi posición. Miraré lo que poseo como perteneciente a los pobres mucho más que a mí. En la medida que pueda, no rehusaré nada. Deseo no poseer nada en este mundo para llegar a la posesión de Jesucristo, a menos que sea para aliviar a sus miembros sufrientes."

Adelaida quiere, en la medida de lo posible, vivir personalmente como pobre. Lo que ella tiene pertenece primero a los desdichados, esos infelices que ella querría socorrer cada vez que los encuentra, pues, y ése es el sentido último de su pobreza, ella querría despojarse de todo para poseer a Jesucristo y aliviar a "sus miembros sufrientes".

Esa pobreza la tiene tan a pecho que insiste otra vez como conclusión de sus resoluciones:

"Frente a lo que poseo, querría que me fuera posible en mi posición no disponer de nada sino por obediencia, sobre todo lo que me afecta personalmente, deseando desapegar mi corazón no solamente de esto, sino de todas las cosas, para apegarme sólo a Jesucristo."

Son los ecos de un alma religiosa que quiere "perderlo todo" para ganar a Jesucristo.

Adelaida renueva luego una resolución tomada ya en 1776:

"Quiero obedecer a mi madre en las más pequeñas cosas, a menos que haya buenas razones para no hacerlo; entonces se lo representaré con respeto."

Sigue un deseo de irradiación apostólica que no se había manifestado antes:

No descuidaré ninguna ocasión para llevarla a Dios [a su madre]. Haré lo mismo cuando trate con el prójimo al que haré siempre todos los servicios que dependan de mí, pidiendo a Dios al mismo tiempo que esto no me distraiga de su Presencia... . Para esto guardaré tanto silencio como me sea posible en mi posición."

Recurre luego a la Virgen María para proteger su vida de unión con Nuestro Señor:

"Después de mi divino Salvador quiero poner toda mi confianza en esta buena Madre, y darle en toda ocasión señales de mi gratitud por las gracias que he obtenido por medio de ella, en particular la de mi conversión que seguramente Ella ha pedido con frecuencia a su querido Hijo."

Otra resolución, inserta en medio del texto, aporta un elemento más a la fisonomía espiritual de Adelaida en esa época:

"Tomo la resolución de ayunar todos los viernes - [si su salud y su director se lo permiten] - ligera mortificación que querría acompañar con algunas otras, sobre todo esos días, porque tengo infinita necesidad de penitencia y nunca he hecho alguna que tenga la menor proporción con mis ofensas."

Se percibe aquí la resonancia espontánea de un corazón amante que querría a toda costa reparar las heridas causadas por sus debilidades.

Adelaida resume por fin el conjunto de sus disposiciones interiores al fin de este retiro:

"Quiero tender con todas mis fuerzas a la práctica fiel de esta máxima: "Todo para agradar a Dios, nada para satisfacerme". 12

Luego esas líneas tan reveladoras:

"Estas resoluciones... las siento ya debilitarse algunas veces; esa sola idea me desesperaría si Dios no me inspirara al mismo tiempo la confianza que El mismo quiere poner por fin un término a mis ingratitudes."

Tales son las principales características de la personalidad de Adelaida y sus atractivos más notables: van a orientar sus búsquedas en el curso de los años por venir.

<sup>&</sup>lt;sup>12</sup> Como tantas otras, esta máxima formaba parte de un patrimonio espiritual común en el que bebía la piedad de los fieles. Más tarde se encontrará esta máxima bajo la pluma de santa Bernardita Soubirous, escribiendo a uno de sus hermanos.

#### EL PROYECTO DE MADRE DE CICE

Después de la muerte de la Señora de Cicé, fallecida el 17 de enero de 1784, a la edad de ochenta y dos años, Adelaida se retira por un tiempo al Carmelo de Rennes que, como el de la Visitación, recibía señoras pensionistas. Muy apegada a su madre, de la que no se había separado jamás, y a la que amaba "extremadamente", ella debía tener necesidad de dejar que se apaciguara su dolor y de reflexionar en la soledad y la oración sobre la orientación que daría a su vida. Consagrada al Señor desde mucho tiempo, ¿cómo debía responder al llamado interior, ahora que estaba liberada de sus deberes familiares?

Las resoluciones de su retiro de agosto 1783 han manifestado el lugar principal que tomaba en su vida espiritual y apostólica el cuidado de los más pobres, de los "miembros sufrientes" de Cristo. Sin duda es ese cuidado el que la conduce, después de su estada en el Carmelo, a instalarse por un tiempo en el hospital de los Incurables donde se recogía a enfermos terminales que eran dejados en el abandono. Pero las "Señoritas de los Incurables", totalmente dedicadas a las miserias más espantosas, no eran religiosas y no hacían votos. Adelaida no encontró allí lo que buscaba.

De los Incurables pasó luego a las Damas Budes, llamadas también Damas del Retiro porque estaban consagradas a la obra de los retiros femeninos. Ella las conocía bien, por haber hecho por lo menos tres retiros allí: uno colectivo, en Pentecostés 1774, uno individual en 1776, y tal vez el de la Asunción 1783.

Las Damas Budes tenían también pequeñas escuelas para los niños pobres, y ayudaban a los desdichados del barrio.

En los alrededores de 1785, Adelaida fue a instalarse en "el Retiro", con su mobiliario, su ropa y todos sus objetos personales... De hecho, como veremos más adelante, las Damas del Retiro hacían votos temporales simples y seguían un reglamento que daba amplio lugar a la oración, pero formaban sólo una simple asociación.

El Señor tenía otros planes para Adelaida.

Si hemos evocado estas tres estadas sucesivas: Carmelo, Incurables, Retiro, es con el fin de buscar aquella en el curso de la cual, conforme a la mayor probabilidad, ella escribió su Proyecto, proyecto de importancia capital para la futura Sociedad del Corazón de María.

Parece que fue en el Retiro, en consecuencia, en 1785 o un poco después, cuando fue redactado ese texto. En efecto, es el Reglamento del Retiro de Rennes el que Adelaida de Cicé propone como marco posible para la nueva forma de sociedad religiosa en la cual piensa.

Se encontrará en apéndice el texto completo del Proyecto; aquí trataremos sobre todo de destacar los puntos sobresalientes que se desprenden de una lectura atenta. 14

El título primero, que indica el fin perseguido:

<sup>&</sup>lt;sup>13</sup> Cf. Carta de septiembre 1788 de M. de Cicé al P. de Clorivière, en la que ella da cuenta de su situación familiar y

Los comentarios que van a seguir suponen una lectura previa completa del Proyecto. No se ha querido tomar aquí el texto párrafo por párrafo.

### "A la mayor gloria de Dios" "Provecto de una Sociedad piadosa"

Descartemos toda ambigüedad sobre el sentido del epíteto "piadosa". En esa época, sólo los miembros de las órdenes que pronunciaban votos solemnes eran reconocidos como "religiosos". Esto no quitaba nada a la autenticidad religiosa de la vida que llevaban los otros Institutos y era propiamente una vida religiosa la que buscaba Adelaida de Cicé; el porvenir lo mostrará sin equívocos.

Desde las primera líneas del Proyecto se afirma claramente la intención de una vida común:

"Se trataría de que algunas personas se reunieran y, a pesar de la calidad de pensionistas que conservarían frente a la comunidad en la que se establecerían, vivieran en común sea en una casa de retiros o en un hospital, etc."

Esta coexistencia en el seno de otra comunidad puede, a primera vista, parecer extraña. ¿Adelaida lo consideraba como definitivo, para beneficiar del marco establecido y liberar así a las hermanas de las múltiples obligaciones materiales que les habrían impedido darse totalmente a la oración y a las obras de caridad? Nadie puede decirlo. La experiencia le habría dictado tal vez otras soluciones. Pero en ese marco externo a su Sociedad, las hermanas - es el nombre que se les da en el Proyecto - llevarán una vida aparte. Sólo los oficios en la capilla y algunas obras, eventualmente, ofrecerán un lugar de encuentro con la comunidad de acogida. Lecturas, comidas, trabajo, recreaciones reunirán aparte a las hermanas que vivirán en obediencia a una superiora escogida por ellas.

Acordándose sin duda de su postulantado en la Visitación y de los frutos que había sacado de él, Adelaida de Cicé indica qué Regla debe inspirar la vida de las hermanas:

"En la medida de lo posible, seguirán el espíritu de la regla de san Francisco de Sales y las sabias Constituciones de la Visitación, en la medida que puedan acordarse con las obras de caridad que se proponen ejercer, siguiendo el primer plan de san Francisco de Sales para su Instituto que quería unir primero la vida activa a la vida interior que llevan sus hijas."

"En la medida de lo posible..." Adelaida no propone esas primeras Constituciones de la Visitación de manera incondicional. Se siente que ella espera haber vivido con otras su Proyecto antes de precisar los detalles. Sin embargo, la orientación está indicada claramente: se trata de "unir" vida activa y contemplativa, y es el segundo punto que se desprende del Proyecto.

Se da un amplio lugar a la vida de oración: misa, oficio, dos medias horas de oración: media hora de reflexión en silencio después de la media hora de lectura, media hora de oración ante el Santísimo Sacramento después de vísperas; rezo de uno o dos rosarios, lectura de la vida de los santos, otra lectura piadosa durante el trabajo, "frecuentes visitas a Nuestro Señor en su sacramento de amor", aprovechando para eso "todas las idas y venidas en la casa e incluso fuera": rasgo característico de la devoción eucarística de M. de Cicé. Preocupación señalada por fin de evitar las ocasiones de distracciones inútiles, salvo si la caridad lo exige.

"Sería de desear que fueran bastante numerosas para poder pasar cada cual una semana, o por lo menos varios días, sin salir, para mantener el espíritu de retiro; a menos que su pequeño número y las necesidades del prójimo hagan pensar de otra manera."

"Las necesidades del prójimo"... Después de haber contemplado al Señor en la oración, las hermanas deben encontrarlo y servirlo en sus hermanos:

"Unas tendrán que dedicarse a la visita de los enfermos, sea fuera o dentro (sería siempre muy deseable que se establecieran de manera que tengan pobres y enfermos a su alcance), o a otras obras buenas. Las otras se dedicarán al trabajo en común, en la medida que se pueda, sea por la iglesia o por lo pobres."

Y más adelante aporta nuevas precisiones: "Se dedicarán a los retiros y otras obras buenas que se hagan en la casa en la que se hayan retirado."

En otro párrafo aún - notemos de paso que la redacción del proyecto no sigue ningún plan preestablecido - encontramos esas líneas que prefiguran claramente el espíritu de la futura "Sociedad del Corazón de María":

"Todas se entregarán a la oración y a las buenas obras que se presenten, ofreciéndose a Dios por medio de la obediencia para dedicarse a todas las que la Providencia les encargue. Por eso podrían llamarse Hijas de la Presentación de la Santísima Virgen, porque se ofrecerán por ella a Nuestro Señor para cumplir todas sus voluntades sin proponerse nada en particular sino el bien espiritual y temporal del prójimo."

"Hagan todo lo que El les diga". Esta disponibilidad total a la voluntad de Dios está expresada ya plenamente en ese Proyecto de Adelaida de Cicé y, más tarde, las constituciones de la Sociedad no tendrán nada que añadir en ese punto.

El problema de los votos religiosos aún no ha sido evocado: a primera vista parece tener un lugar restringido en el proyecto, pero de hecho está subyacente a lo largo de todo el texto. Inmediatamente después de la corta introducción "Se trataría de que algunas personas..." se encuentran dos líneas: "Harían solamente por un año el voto simple de castidad, de pobreza y de obediencia", lo que correspondía a los usos de la época en las sociedades y asociaciones de ese tipo. Se puede hacer la misma advertencia sobre ese párrafo que se encuentra más adelante:

"El estado será libre, se comprometerán sólo por un año. Si esta forma de vida agrada, renovarán cada año su compromiso en manos de la superiora, el día de la Presentación de la Santa Virgen".

Pero el curso del texto proporciona precisiones muy claras: es la superiora quien nombra a las hermanas que irán a "ocuparse de la visita a los enfermos..." "o a otras obras buenas..." "según le parezca necesario a la superiora". Las hermanas se ofrecerán a Dios "por medio de la obediencia" para dedicarse a buenas obras que les encargue la Providencia. No harán visitas sin necesidad, sino solamente "por un principio de caridad; con permiso de la superiora a la que se dará cuenta de todo".

Por fin ese párrafo sobre la práctica del voto de pobreza que citaremos entero:

"El voto simple de pobreza no impedirá que cada una goce de su patrimonio, pero el de obediencia no permitirá que usen de él sino con permiso de la superiora, a la que cada

una entregará todo su ingreso, a medida que lo reciba, para que ella pague en común las pensiones de todas, <sup>15</sup> y que el resto sirva, de acuerdo a sus órdenes, para las diferentes necesidades de los pobres, porque ella se encargará de proveer a todo lo que sea necesario para cada uno de los miembros de esta asociación. Por este medio, sus bienes estarán en común, como los de los primeros fieles, para servir a las diferentes necesidades de sus hermanos indigentes."

¿Cómo no ver aquí, salvo algunos detalles, el espíritu del voto de pobreza tal como será practicado en la Sociedad? Lo decoroso necesario, la bolsa común, el compartir sus bienes entre sí y con los pobres según las necesidades de cada uno, como entre los primeros cristianos...

Sería fácil notar también los puntos del Proyecto que son ajenos a la concepción de la Sociedad: vida común exclusivamente, frecuencia de ejercicios comunes, solamente votos temporales, abandono de la administración personal de los bienes, etc. aunque sobre algunos de estos puntos la oposición no sea total. Pero el debate no serviría. Tal como existe, tal vez en el estado de esbozo, pero trazado ya firmemente en algunos aspectos esenciales, el Proyecto revela ya a la futura co-fundadora de la Sociedad del Corazón de María.

#### ENCUENTRO PROVIDENCIAL CON EL PADRE DE CLORIVIERE

En el curso de su estada en el Retiro de Rennes en 1787, en vísperas de su 38° aniversario, Adelaida, cediendo a las instancias de su familia, va a tomar las aguas en Dinan, sin duda debido a la fragilidad pulmonar que sufrió toda su vida.

Ha hecho ya dos estadas en esa ciudad; probablemente se hospedaba, como esta vez, en las Ursulinas de San Carlos, donde el Padre de Clorivière tenía la costumbre de escuchar confesiones. Recordemos que él había sido nombrado superior del Colegio de Clérigos de Dinan, en septiembre 1786; tal vez Adelaida lo había encontrado ya, lo que explicaría que la primera carta que conservó del P. de Clorivière, fechada en julio 1787, parece suponer una correspondencia en curso, o por lo menos en sus comienzos. Adelaida tenía un director en Rennes, un jesuita, el Padre de la Croix, pero éste no parecía haber comprendido plenamente los problemas que se planteaban a su dirigida; ésta quedó sin duda impresionada de la profundidad espiritual del Padre de Clorivière. Como quiera sea, el sábado 4 de agosto, día de la fiesta de santo Domingo<sup>16</sup>, Adelaida de Cicé abre su conciencia al guía que presiente enviado por la Providencia, y le da a conocer su Proyecto, ese proyecto fruto de una larga maduración y que encierra a sus ojos "el plan de Dios sobre mí".

Con su gran experiencia sobrenatural, el P. de Clorivière debe comprender rápidamente al alma que así se abre a él, y presentir la rara calidad de la personalidad de Adelaida. Con la mayor atención va a escucharla en repetidas ocasiones, supliendo por cartas las ausencias que sobrevienen inevitablemente de una u otra parte. Felices ausencias que nos proporcionan una correspondencia de valor inestimable.

1

<sup>&</sup>lt;sup>15</sup> Pensiones que se pagan a la comunidad de acogida que proporciona alojamiento y comida.

<sup>&</sup>lt;sup>16</sup> Más adelante, el P. de Clorivière evocará esta fecha con emoción. Cf. Cartas II, págs. 5, 170, 246. Desde la reforma del calendario litúrgico, después del Vaticano II, el día de la fiesta de Santo Domingo fue desplazado.

Después del encuentro del 4 de agosto, el Padre de Clorivière, preocupado por conocer mejor a su nueva dirigida, le propone que participe en el retiro que va a predicar a las Hijas de la Cruz en San Servan. Las cartas intercambiadas a continuación permiten seguir la profundización de las relaciones espirituales entre los futuros fundadores de la Sociedad. Adelaida, en efecto, ha conservado las cartas que le enviaba el Padre y los borradores o copias de las primeras cartas que ella le escribía en esa época. Se sabe así que el demonio parece haber querido turbar el retiro hecho en San Servan sembrando la inquietud en el alma de Adelaida:

"Tenía tal prisa por abandonar [la Cruz] que me parecía que la tierra me quemaba los pies". - escribe ella hacia mediados de octubre de 1787 al Padre de Clorivière. Es verdad que después de haber confiado su proyecto a la superiora de la Cruz, M. María de Jesús, siguiendo el consejo del P. de Clorivière, recuperó un poco de calma, pero se mantiene "la perplejidad de no saber a qué decidirme."

Se puede suponer que al aconsejar este paso, el P. de Clorivière consideraba ya la eventualidad de una estadía donde las Hijas de la Cruz, donde Adelaida encontraría un terreno favorable para el ensayo de su proyecto.

Desdichadamente nos queda sólo un fragmento del borrador de la carta que ella escribió a su partida de San Servan para dar cuenta del retiro y de sus problemas de porvenir. Pero la respuesta del P. de Clorivière, fechada en Dinan, el 29 de septiembre de 1787, aporta importantes precisiones, gracias a los juicios que da sobre la vida espiritual de su corresponsal y sobre su Proyecto. Aquí evocamos sólo los principales pasajes.

El primer párrafo muestra en qué clima de fe se sitúa la dirección del Padre:

"Leí con atención la cuenta detallada que me da de lo que pasa en su interior. La confianza que me manifiesta me hace esperar que el Señor no permitirá que le diga nada que no sea para su mayor gloria y para el bien de su alma. Es lo que le pido insistentemente por intercesión de su Santa Madre."

Siguen dos párrafos que responden en detalle a la descripción que Adelaida ha hecho de sus "imperfecciones" y de sus "malas inclinaciones". La respuesta es a la vez lúcida y propia para animar a esa alma inquieta:

"Usted tiene aún muchas imperfecciones; sus malas inclinaciones no están aún mortificadas como deberían estarlo; la vanidad, la envidia, la cobardía, le libran sucesivamente penosos combates... ¿qué debe concluir de eso? Que está aquí en la tierra en un tiempo y en un lugar de combate<sup>17</sup>... las almas cobardes están contentas con ellas mismas... Las que hacen generosos esfuerzos para avanzar en la perfección perciben por el contrario en sí mismas una multitud de miserias... Entre pues en los designios de Dios. Ese conocimiento que le da es un efecto de su bondad... ¿Sería usted menos miserable si conociera menos sus miserias?... Ore, trabaje, pero sin inquietud. Su trabajo es necesario, pero que sea un trabajo apacible. Cuente mucho menos con sus esfuerzos que con la bondad del Señor."

Luego esas líneas que debían encontrar una gran resonancia en Adelaida:

<sup>&</sup>lt;sup>17</sup> El P. de Clorivière volverá a tomar con frecuencia esta imagen en lo sucesivo, situándose en uno u otro dominio, espiritual y temporal.

"Aunque usted no debe amar sus miserias en la medida que son un obstáculo a la pureza del amor, sopórtelas sin embargo y resígnese tanto como Dios mismo las soporta y las permite. El puede sacar de ellas su gloria; tal vez son útiles a su alma, como el estiércol lo es a la tierra... sopórtelas con paciencia, hasta que Dios quiera escuchar su oración. Que esas miserias sirvan para hacerla más humilde, que la mantengan siempre en un santo temor, y habrá sacado de ellas una gran ventaja."

Siguen consejos sobre la oración:

"Su manera de oración me parece buena. No se apene por no poder apegarse a su tema de meditación... la oración afectiva es mejor, y es la que usted hace. Se precisa una gran libertad. Haga de manera que la oración le sea no solamente fácil, sino agradable... Poco a poco su oración se simplificará... Usted actuará menos y Dios actuará más. Mi pequeño tratado de la oración <sup>18</sup> le dirá lo que tiene que hacer..."

Después de haber aconsejado vivamente a su corresponsal que pida a su confesor el permiso para comulgar todos los días, el P. de Clorivière aborda el Proyecto:

"En lo que respecta a su Proyecto, usted espera de mí una decisión, y yo me siento inclinado a dársela, después de haber consultado al Señor y dicho la Santa Misa por esa intención. Usted puede ir a la Cruz. Pero eso supone que su confesor esté de acuerdo. La obra que usted se propone es por sí misma muy buena."

El P. de Clorivière insiste por segunda vez en la necesidad de obtener la aprobación del P. de la Croix:

"Si su confesor es de otra opinión, no insista... Si él aprueba esta gestión, no busque otro consejo."

La decisión final está entregada al P. de la Croix. Será para Adelaida la ocasión de una larga y penosa espera, verdadera prueba purificadora que la preparará para realizar mejor "los designios de Dios" sobre ella.

En la espera, "las obras del Señor quieren ser hechas con prudencia", continúa el P. de Clorivière, quien termina con estas líneas casi proféticas:

"El tiempo es un gran maestro. El nos manifestará poco a poco los designios de Dios sobre nosotros. Hay que contentarse con conocer lo que el Señor quiere revelarnos. Sería una locura querer levantar enteramente el velo del que El quiere levantar sólo una parte."

Fiel a la consigna dada, Adelaida somete a su confesor de Rennes la perspectiva de un ensayo de su Proyecto en las Hijas de la Cruz de San Servan. El se muestra muy reticente y, punto doloroso entre todos para Adelaida, considera que el mayor obstáculo viene de ella misma, de su carácter, de su "inconstancia". En una larga carta sin fecha, pero escrita en respuesta a la carta del P. de Clorivière del 29 de septiembre de 1787, Adelaida rinde cuenta punto por punto de sus gestiones

<sup>&</sup>lt;sup>18</sup> Las "Consideraciones sobre la oración", compuestas en 1788, quedarán manuscritas hasta 1802, fecha de su primera edición.

junto al P. de la Croix y de las respuestas de este último; ella le expone también los diversos movimientos que agitan su espíritu, alternativa de temor y de esperanza, y un inmenso deseo de conocer la voluntad de Dios. <sup>19</sup>

En todo esto, hay que repetirlo, no entra en absoluto la idea de renunciar definitivamente al Proyecto. Porque ve en él el designio de Dios sobre ella Adelaida sufre tanto ante los obstáculos que se levantan en su camino. La inconstancia que parecen reprocharle desaparecerá en cuanto la realización querida por Dios suceda a los tanteos abandonados apenas iniciados porque no tienen salida.

En espera de esta hora, Adelaida es presa de una cruel perplejidad, entre su confesor habitual que no aprueba el Proyecto sino con los labios, y su nuevo director, el P. de Clorivière, en el que ella cree ver al guía providencial enviado por Dios:

"Pedía con frecuencia a Dios que me hiciera conocer una persona adecuada para estar a la cabeza de esta buena obra, si debía resultar para su gloria. Le confesaré, Padre, que casi en cuanto lo conocí esperé que Nuestro Señor me hiciera esa gracia, y cuanto más avanzo, más deseo ponerme enteramente en sus manos para hacer lo que Nuestro Señor quiera. Si El le inspirara que me permita hacer el voto de obedecerle, me parece que todas mis dificultades se desvanecerían, yo pondría toda mi fuerza en la obediencia que daría a mi Señor Jesucristo en su persona."

Con razón, el P. de Clorivière se niega a ese voto de obediencia que Adelaida no pronunciará antes del 6 de junio de 1791. Pero no se niega a continuar aconsejándola y el 27 de noviembre de 1787 le escribirá:

"Su alma me es muy querida, porque la creo muy querida a Nuestro Señor, y si a nuestro divino Maestro le agrada servirse de mí para ayudarla a cumplir los designios de misericordia que tiene sobre usted, esté persuadida de que me esforzaré para responder a todo lo que El pueda pedir en esto de mí."

La promesa de este apoyo es un ancla de salvación para Adelaida presa de las perplejidades que le causan las vivas reticencias del P. de la Croix y la desconfianza de sí misma que esas reticencias sólo pueden aumentar..

Una sola esperanza: la conclusión del P. de la Croix:

"La única cosa que le haría ver una apariencia de posibilidad en ese proyecto es su consentimiento. Por lo demás, me ha dicho que bastaba con que le escribiera respecto a esto, que tal vez usted había hecho nuevas reflexiones sobre el asunto... Me recomendó mucho que me mantuviera en la disposición de hacer la voluntad de Dios cuando la conozca y que diga con frecuencia a Nuestro Señor: Habla, tu sierva escucha...

Ahora, todo mi deseo es que me digan cuál es la voluntad de Dios, y espero que todo mi cuidado será seguirla. Usted me ha dado la decisión del P. de la Croix como la señal en la cual debo reconocerla. Yo le he obedecido... El recomienda el asunto a Dios y no me prohibe ocuparme de él, pero no se pronuncia, y creo que no lo hará sino sobre lo que usted me diga."

20

<sup>&</sup>lt;sup>19</sup> Esta larga carta, particularmente importante para conocer el pensamiento de Adelaida en esa época, se encontrará en Apéndice

Como se ve, la puerta queda entreabierta, y el P. de Clorivière en su carta del 27 de noviembre parece inclinado a la perspectiva de un ensayo en las Hijas de la Cruz, a pesar de las objeciones hechas por el P. de la Croix.

"...Las observaciones que le ha hecho el P. de la Croix me parecen muy prudentes; usted debe desconfiar de su carácter, pero no creo que esa desconfianza deba ir hasta inspirarle un temor excesivo y le impida hacer lo que cree es conforme a la voluntad del Señor."

Y como diferentes razones familiares y otras parecen hacer necesario un aplazamiento, el P. de Clorivière vuelve sobre la idea expresada ya en su carta del 29 de septiembre:

"La obra de Dios no se hace jamás con facilidad... Sepa unir la humildad y la confianza, y no encontrará obstáculos que no pueda superar.

Tengo dificultad para persuadirme de que los deseos que tiene no vengan de Dios, o que sea en vano que se los da. Adhiérase constantemente a su voluntad y despójese más y más de toda voluntad propia. De ordinario, la voluntad de Dios sólo se nos muestra por grados; no hay que querer levantar el velo que la cubre a nuestras miradas; sería una presunción temeraria; hay que contentarse con conocer lo que El quiere revelarnos y cumplirlo fielmente. Por esa fidelidad se merece verla desarrollarse como por grados, y ver por fin el cumplimiento de todos los designios de Dios sobre nosotros." <sup>20</sup>

Luego esas líneas que parecen aprobar definitivamente el ensayo proyectado en la Cruz:

"Cuando vea acercarse el momento en que podrá dirigirse a la Cruz no olvide prevenir con tiempo a la superiora para que le guarde una habitación que le convenga.

Si las circunstancias se lo permiten, tal vez sería bueno que tomara su camino por aquí y que yo converse con usted acerca de lo que tendrá que hacer y la manera como convendrá que se conduzca en la Cruz en los comienzos."

Tal respuesta presentaba todos los elementos necesarios para que Adelaida se sintiera animada a perseverar en el camino que el Señor parecía indicarle claramente. Su desconcierto será mayor cuando todo vuelva a ser bruscamente cuestionado; última prueba que confiere un valor definitivo al discernimiento espiritual que seguirá.

En el curso de enero 1788, Adelaida escribe de nuevo al Padre de Clorivière. Después de la carta que recibió a fines de noviembre de 1787, el Padre de la Croix se ha mostrado aún más reticente. Las líneas que siguen revelan hasta qué punto ella se siente quebrantada

"Temo que jamás estaré en condiciones de cumplir los designios de Dios de una forma más o menos perfecta... Hay momentos en los que temo que mi proyecto sea una ilusión del demonio que, bajo el pretexto de un bien mayor, quiere apartarme del camino de Dios para mí."

El P. de Clorivière responde el 4 de febrero a esta carta desolada. Tranquiliza primero a Adelaida en lo que se refiere a sus faltas, que no son "algo tan espantoso, sino solamente materia continua de combates y de humillaciones". Ella no debe interrumpir la comunión diaria. La necesita, "para avanzar sin cesar en el camino penoso y sublime" por donde la conduce el Señor.

-

<sup>&</sup>lt;sup>20</sup> La propia vida del P. de Clorivière constituye una notable ilustración de estas líneas.

En lo que se refiere al Proyecto, el P. de Clorivière empieza por poner en guardia a su penitente contra un deseo demasiado vivo de abandonar el estado en el que Dios la ha colocado. Esos deseos pueden venir "de la inestabilidad natural del espíritu que se complace en el cambio; o incluso de un amor propio sutil que se cansa de caminar detrás de los otros". Sigue la descripción de las señales que manifiestan el espíritu de Dios:

"Los deseos que vienen de Dios están acompañados de paz y de calma, reaniman nuestro ardor, nos hacen trabajar con mayor cuidado en nuestra perfección. Cuando llevan a algo fuera del orden común tienen también algo de más urgente, de más imperioso; pero no tienen nada que se asemeje a la impaciencia, porque para su cumplimiento se descansa en Dios, que entonces nos hace conocer su voluntad de una manera más clara y más positiva... Dios aplana de ordinario los caminos y hace que muchas cosas concurran para indicarnos lo que tenemos que hacer; la opinión de un confesor es sin discusión una de las principales.

Reconozca en esas señales cuál es la naturaleza de sus deseos... El consentimiento de su confesor no me parece total; es lo que me hace hablarle de esta manera. Si pensamos diferente, soy yo quien me equivoco y no él. Es a él a quien debe escuchar y no a mí."

Luego la invita a suspender toda decisión, sin cerrar sin embargo definitivamente la puerta al Proyecto:

"Considere solamente si tiene esas señales de la divina voluntad que yo creía ver en usted. Ud. ha podido engañarse en eso, yo mismo he podido engañarme sin que Dios haya sido ofendido por ello."

A pesar de esa perspectiva que se mantiene abierta, se comprende fácilmente la resonancia que esas reflexiones pudieron tener sobre una naturaleza tan impresionable como la de Adelaida. Es para nosotras ocasión de ver a nuestra primera Madre dar testimonio de su humildad, de su docilidad, de su perfecta lealtad y de su adhesión profunda a los "designios de Dios" sobre ella, que son también los designios de Dios sobre nosotras.

Una carta de Adelaida al P. de la Croix, fechada el 11 de febrero de 1788, manifiesta un temor que no la dejará en el curso de su vida y será su tormento.

"Temo, aunque en el fondo no tenga la intención, engañarlo engañándome a mí misma respecto a mis disposiciones".

y un poco más adelante insiste de nuevo:

"No soy dueña de la inquietud en que estoy de engañarlo engañándome a mí misma, pues puedo responderme por la gracia de Dios que nada deseo tanto como que vea usted claramente mis disposiciones sobre eso como sobre todo lo demás, y los motivos que, yo creo, me conducen y sobre los cuales temo sin embargo ilusionarme, pues tengo que desconfiar infinitamente de mi amor propio que vuelvo a encontrar por todas partes. Estoy sobre todo afligida por lo que le he dicho a propósito de las señales de las que habla el Sr. de Clorivière para reconocer si mis deseos vienen de Dios. Le he dicho que me parecía tener algunas. Pero cuando reflexiono siento que mi amor propio puede engañarme fácilmente en eso. A usted solo corresponde juzgar y no a mí, y yo me someto absolutamente a lo que usted decida para seguir o renunciar.

La respuesta del P. de la Croix no nos ha llegado, pero Adelaida da lo esencial en una carta que escribe hacia mediados de febrero al P. de Clorivière.

Parece que el P. de la Croix quedó impresionado por la rectitud de Adelaida, pues su respuesta es "que nunca se ha opuesto al proyecto cuya ejecución prevé difícil, pero me dijo que estaba de acuerdo con el ensayo", luego esa frase liberadora: "El Padre está muy contento al ver que todo mi asunto está entre sus manos."

La última página es de una importancia capital pues muestra con cuánta seguridad se ha ejercitado el discernimiento espiritual:

"Creo poder decirle que nunca he experimentado más paz, calma y satisfacción como cuando recibí su primera carta<sup>21</sup>, en la que vi por primera vez una luz para la realización de lo que creo poder llamar los designios de Dios sobre mí - sin estar por ello exenta de temor de engañarme cuando lo digo... Nada ha contribuido tanto a reanimarme en la virtud como la esperanza de ser llamada a llevar una vida más perfecta en la que podría amar y servir a Nuestro Señor de otra manera y contribuir a hacerlo servir y amar. Siento también que esas consideraciones me han dado mucho más ánimo... Jamás he tenido más esperanza y deseo de servir a Dios que desde que usted me hizo entrever que mi proyecto era posible."

Líneas preciosas... Se siente subir allí toda la savia que dará su fruto en la hora escogida por Dios. No sabemos si el P. de Clorivière respondió a Adelaida antes de la carta escrita por él el 27 de marzo de 1788, en la que parece secundar plenamente las intenciones de su penitente. Con ese fin, estudia con objetividad los designios sometidos a su juicio, lo que nos vale una descripción precisa de la vida que desea llevar nuestra primera Madre:

"Trato de formarme una idea clara de sus planes y voy a decirle lo que comprendo de ellos; usted me dirá si lo he comprendido bien. Sólo después de eso podré decirle algo positivo sobre eso.

Usted quiere al mismo tiempo dedicarse a las obras de caridad siguiendo el atractivo que le da el Señor por esa clase de obras, y gozar de las ventajas de la vida religiosa y común... El objeto de su caridad no son precisamente los pobres que están en los hospitales, porque le parece que ellos están suficientemente asistidos, sino los pobres que están abandonados en sus casas, y que con frecuencia están en la mayor miseria, y para estar en condiciones de asistirlos cree que debe conservar la propiedad de sus bienes... Usted quiere además unir a esas obras de caridad el mérito propio de la religión<sup>22</sup>, la práctica de los votos de pobreza, castidad y obediencia, en la medida que esa práctica sea compatible con el ejercicio de esas obras de caridad tal como acabo de mencionarlas."

El Padre de Clorivière ha comprendido perfectamente los dos puntos principales del Proyecto: la vida religiosa y la vida de caridad apostólica. El continúa precisando en qué condiciones tendría que hacerse el ensayo, en una comunidad religiosa como lo desea Adelaida. Sería "una especie de tiempo de probación o de noviciado".

-

<sup>&</sup>lt;sup>21</sup> La del 29 de septiembre de 1787.

<sup>&</sup>lt;sup>22</sup> Religión = vida religiosa en el estilo de la época.

La casa de las Hijas de la Cruz en San Servan parece responder a las condiciones planteadas, pero Adelaida no encontrará allí a nadie para asociarla a su Proyecto:

"No creo que pueda proponerse en esto otro objetivo que el de su perfección particular, a menos que Dios, cuando haga el ensayo, amplíe sus aspiraciones, lo que bien podría suceder. Desee en todo sólo el beneplácito de Dios, pida sólo eso y lo verá cumplirse en usted tal vez de una manera muy alejada de sus pensamientos."

Líneas proféticas si las hubo.

Adelaida responde a comienzos de abril. El final de su carta es particularmente interesante pues recuerda los principales puntos del Proyecto:

"Mi primer plan era asociarme con algunas personas que pensaran como yo para practicar de acuerdo las obras de caridad espirituales y corporales y animarnos recíprocamente en la práctica del servicio de Dios y del prójimo por amor a Dios Nuestro Señor.

Mi deseo es también que estuviéramos particularmente dedicadas a Nuestro Señor y a su Santa Madre de una manera especial, y que todos nuestros ejercicios de piedad y nuestras obras de caridad fuesen hechas más particularmente en el Nombre de Jesús."

Y Adelaida vuelve a tomar los términos del Proyecto para insistir sobre lo que llegará a ser la característica de la Sociedad de las Hijas del Corazón de María:

"Yo pensaba que la libertad que tendríamos para dedicarnos no a una obra particular sino a todas aquellas de las que la Providencia nos encargara, sin proponernos nada en particular sino el bien espiritual y temporal del prójimo..."

Aquí se detiene la copia inconclusa, pero todo lo esencial está dicho.

El período que sigue ve el comienzo de las primeras turbaciones políticas que van a agitar Rennes y Francia entera, desórdenes anunciadores de la Revolución muy próxima. Parientes de Adelaida, especialmente su hermano Agustín, se ven comprometidos en los conflictos políticos del momento. En esa ocasión, el P. de Clorivière deja entrever la influencia que él cree es capaz de ejercer Adelaida en su medio:

"Hay momentos en los que se encuentra a las almas bien dispuestas para recibir los buenos consejos que se les puede dar... La escucharán con gusto y estoy persuadido de que usted no descuidará la ocasión para deslizar en el alma de los que estén con usted esos sentimientos de piedad que el Señor le ha dado."

Poco importa entonces si la partida de Rennes se ve diferida.

"Acomódese a las circunstancias, que hay que mirar como las señales por las cuales la divina Providencia nos manifiesta su voluntad".

consigna cuya aplicación se impondrá cada vez más en el curso de la vida de los dos fundadores.

A fines de julio de 1788, Adelaida, en una estada en Dinan, escribe al Padre de Clorivière, muy ocupado para recibirla largamente.

Ante la proximidad del paso decisivo, ella se siente ahogada por esas angustias que experimenta con tanta frecuencia y que, bajo la acción de la gracia, se convierten en instrumento de purificación espiritual:

"Estoy más asustada que nunca de ir a la Cruz, me vienen dudas sobre eso, disgusto, todo me espanta..."

Ella comprende sin embargo que sólo la entrega total de ella misma a Dios le dará esa paz a la que aspira su corazón:

"Después de la comunión, pedí a Nuestro Señor que se hiciera Dueño de mi corazón y que me concediera la gracia de ser enteramente de El, y no a medias.".

El 28 de julio, una respuesta bastante breve del Padre manifiesta la pureza de conciencia que el Señor exige de los que quiere totalmente de El:

"Yo creo que usted debe ser más fiel que nunca a sus comuniones. Esas turbaciones que siente no son una razón para privarse de ellas. No me parecen culpables; sin embargo hace bien al pensar que tienen su origen en alguna imperfección de la que el Señor quiere que se corrija. Las gracias que El le ha dado, que le da aún, piden de usted una manera más perfecta, un recogimiento más continuo, tal vez algún sacrificio suplementario; sin el espíritu de sacrificio y de privación, nunca será adecuada, por mucha buena voluntad que tenga, para cumplir Sus designios."

Luego ese llamado a la responsabilidad personal de Adelaida:

"A usted le corresponde consultar interiormente al Espíritu Santo y ser muy fiel para seguir su voz."

Por fin estos últimos consejos:

"Lo que le aconsejo mucho, y debe ser el principal fruto de sus comuniones, una íntima adhesión a la persona adorable de Nuestro Señor; adhesión que le hace habitual Su presencia, que la hace establecer con El una respetuosa familiaridad y que la desprende de todo, de manera que todos sus afectos más justos, los más naturales, se vuelven totalmente espirituales."

En la carta siguiente, del 5 de agosto de 1788, destacamos solamente ese nuevo estímulo para simplificar la oración:

"Me parece que su oración debe estar más en el silencio y el recogimiento que en la acción."

Luego esa alusión a las turbaciones políticas del momento y a sus posibles consecuencias ya presentidas:

"No sabemos a qué tiempos desastrosos estamos reservados."

Un poco antes del 15 de agosto, Adelaida, que continúa su estada en Dinan, escribe al Padre una carta que nos revela su sed de la presencia eucarística y las gracias que le están unidas para ella, esto con ocasión de una carta en la que una amiga bien intencionada se inquieta por la austeridad de su vida y sus largas permanencias en la iglesia:

"La Sra. de Carman que me escribe... no puede adivinar la extrema necesidad que tengo de pasar el mayor tiempo que me es posible ante el Santísimo Sacramento; menos aún puede saber todo lo que pasa en mí y que me hace tan necesaria la asiduidad a la iglesia durante la adoración, pues miro como una señal de la Providencia para mí haberme encontrado aquí durante este santo tiempo...<sup>23</sup> con frecuencia en las disposiciones que estoy casi habitualmente, no sabría qué hacer si no fuera a la iglesia."

Luego hace alusión a sus angustias interiores y añade:

"No puedo concebir el cambio que se opera en mí en algunos momentos; en la presencia de Nuestro Señor, todos mis temores, mis penas desaparecen, aumenta mi ánimo y mi deseo de darme al servicio de Nuestro Señor sin ninguna reserva; y se afirma más y más mi resolución de abandonarme a todo lo que El quiera ordenar de mí. Me admiro después de esto de las gracias de Nuestro Señor para un sujeto tan indigno como yo."

El P. de Clorivière escribe entonces a Adelaida en la tarde de la Asunción una carta muy hábil, que ella podrá mostrar a sus amigas inquietas por sus austeridades. Añade un corto billete personal indicándole que puede continuar el género de vida adoptado, pero usando los cuidados realmente necesarios para su salud.

Una carta muy breve, sin fecha, dirigida por el P. de Clorivière a la Srta. de Cicé en Dinan, debe preceder un poco su entrada en la Cruz de San Servan. Es un llamado a la confianza. La última frase en relación con las agitaciones políticas es sugerente:

"Deje... a cada cual, en lo que se refiere a los asuntos, la libertad de pensar como quiera: en cuanto a usted, sin dejarse arrastrar por los intereses personales, acostúmbrese a ver sólo a Dios y a querer todo lo que El quiera."

"Querer todo lo que Dios quiera"... Era ya el deseo profundo expresado en las resoluciones tomadas al fin del retiro de 1776, cuando al renovar la "consagración" hecha a su "divino Esposo", Adelaida añadía: "Estoy dispuesta a cumplir su voluntad cuando El me la manifieste."

#### EL "NOVICIADO" DE MADRE DE CICE.

El 8 de septiembre de 1788, Adelaida entra por fin en las Hijas de la Cruz en San Servan, para ponerse a la escuela de la vida religiosa, bajo la dirección de la superiora, Madre María de Jesús.

Inserta en el marco de la comunidad, ella compartirá las actividades al servicio de los pobres, a la espera de la realización aún lejana de un Proyecto cuyo porvenir se mantiene inseguro.

<sup>&</sup>lt;sup>23</sup> Probablemente un tiempo de Adoración perpetua.

De casi 39 años, ella ha sido prevenida por gracias particulares desde su adolescencia. En el curso de varias experiencias decepcionantes, ha tratado de realizar el llamado de Dios. Desde hace tres años ha concebido un proyecto de sociedad religiosa de una forma nueva, cuya ejecución le plantea graves problemas. Ante los obstáculos encontrados, la delicadeza y la rectitud de su conciencia le hacen temer ser ella misma el principal obstáculo a los designios de Dios sobre ella, de ahí una crisis espiritual que la probará largamente, dejando intacta su convicción de ser llamada a unirse con otras en una vocación fuera de los marcos habituales de la vida religiosa de la época.

Una vez levantados los obstáculos mayores, especialmente la oposición del P. de la Croix, le quedan por superar muchas dificultades externas antes de poder entregarse plenamente al ensayo de vida religiosa en la Cruz.

Bajo apariencias humildes, incluso borrosas, es una personalidad ya bien afirmada la que, en este día de septiembre de 1788, cruza el umbral del convento de las Hijas de la Cruz.

La superiora, Madre María de Jesús, que la acoge y sigue formándola una vez terminado el tiempo de su cargo, tiene unos 50 años; es estimada por el P. de Clorivière, quien la considera mujer de vida interior,<sup>24</sup> goza también de la confianza de Adelaida que ya la había encontrado anteriormente. Para aceptar ese noviciado tan particular en el seno de su comunidad precisa una gran amplitud de espíritu y un cuidado desinteresado por la mayor gloria de Dios.

Por lo demás, las Hijas de la Cruz tienen del espíritu salesiano, y Adelaida ¿no había escrito en su proyecto que las asociadas podrían seguir "las sabias constituciones de la Visitación", tal como san Francisco de Sales las había concebido primitivamente?

La comunidad de San Servan desborda de actividades apostólicas: obra de los retiros, externado e internado para niñitas y adolescentes, taller, señoras pensionistas, etc.

La entrada de Adelaida el 8 de septiembre coincide, intencionalmente sin duda, con el comienzo del retiro de la comunidad, retiro que ella seguirá enteramente.

Ese día, el Padre de Clorivière le escribe una corta carta de aliento, atrayendo su atención sobre los escollos que encontrará habitualmente en su vida espiritual:

"No mire más hacia atrás. ¿De qué podrían servir esos retornos inquietos sobre el pasado, sino para desanimarla y privarla de las gracias que el Señor le ha destinado?... No tema perderse lanzándose por así decir ciegamente en el seno de Dios. La confianza y el abandono, esas son dos virtudes que usted aún no conoce bien hasta ahora, pero que deben servirle en adelante de antorcha... Pídalas con frecuencia al Señor. El le concederá todo lo que le pida.

Haga todo el bien que pueda, pero que sea siempre con la sanción de la obediencia. No le digo más, la obediencia lo encierra todo."

En el curso del retiro, Adelaida redacta una larga carta destinada al Padre de Clorivière que predica entonces misiones parroquiales. Esta carta aborda múltiples cuestiones de orden espiritual y material. Se ve que Adelaida ha preparado seriamente su partida de Rennes y puesto en orden sus asuntos; pero quiere poner al Padre al corriente de todo lo que la concierne, y pedirle su opinión sobre la conducta que debe tener durante su noviciado. Se siente su deseo profundo de colocarlo todo bajo el control de la obediencia.

27

<sup>&</sup>lt;sup>24</sup> Cf. Carta del 27 de marzo de 1788. La Madre María de Jesús, después de la dispersión de su comunidad en 1792, llegará a ser Hija del Corazón de María y lo será hasta su muerte, en noviembre de 1800.

Siguiendo un uso corriente entre las señoras pensionistas, su camarera la ha acompañado a la Cruz. Como tantas hijas del Corazón de María más adelante, Adelaida se encuentra ya enfrentada a ese problema de mantener las apariencias frente a su medio familiar y social, conservando su corazón desprendido de todo, "usando como si no lo usara....."

¿Cómo debe conducirse con su camarera? Ella ya no quiere hacerse servir y "mandar a una sola persona no conviene a alguien que ha venido aquí para ser la última de la casa y formarse en la virtud".

Luego esos detalles significativos: ¿debe conservar su reloj o comprar uno más sencillo, solamente de plata? ¿Debe deshacerse de los vestidos superfluos que ha llevado a la Cruz? ¿Cómo repartir sus limosnas? Luego esa pregunta mayor:

"¿Cómo debo comportarme con la superiora, qué permisos debo pedirle? ¿Es preciso que no dé a los pobres hasta que ella me lo permita? ¿Estaré dispensada cuando esté fuera de la casa en ocasiones imprevistas?"

Sabiendo que el P. de Clorivière está muy ocupado - está en misiones - le pide una respuesta por escrito a su regreso a Dinan. Ella querría saber también si debe hacer ocasionalmente algunas visitas a relaciones en San Malo.

Queriendo ser totalmente religiosa, ella querría compartir la comida de las Hijas de la Cruz, lo que parece dificil, pues toma sus comidas en la mesa de las pensionistas. Más aún

"están también las penitencias que hacen las religiosas en el refectorio <sup>25</sup> que serían muy buenas para deshacerme de mi amor propio, pero no le oculto, Padre, que eso me costaría, sobre todo porque son vistas por las pensionistas. Sin embargo, si usted piensa que debo tratar de hacerlo, preguntaré a la superiora si es posible."

Vuelve entonces sobre sus relaciones con la Madre María de Jesús:

"Dije a la superiora que el Señor me ponía en sus manos pues usted me ha puesto en ellas: le rogué que me advirtiera mis faltas y que tuviera la caridad de darme los consejos que ella crea me convienen. Me ha manifestado mucha bondad, me habló de la cuenta que se le da de su interior. Le ruego, Padre, que me diga si es su intención para mí. Haré lo mejor que pueda, pero me costará mucho, más por amor propio que por falta de costumbre..."

Se admira aquí la transparente humildad de Adelaida: ella no oculta jamás, muy por el contrario, las inclinaciones de su naturaleza que necesita vencer para ser fiel a la gracia.

En la misma línea de total dependencia, redacta para el P. de Clorivière un largo informe sobre el estado de sus bienes y las particiones de herencia entre sus hermanos y hermanas.

"He pensado, Padre, que le sería útil para decidirme en lo que usted cree que Dios pide de mí, que conozca más mi posición exterior y lo que aquí le digo podrá permitirle hacerme las preguntas en las que no he pensado y mis respuestas lo informarán de todo lo que me afecta."

<sup>&</sup>lt;sup>25</sup> Sin duda culpas, que en otro tiempo se practicaban en el refectorio.

La cuenta de conciencia dada a la superiora estaba entonces en uso en las congregaciones religiosas. El P. de Clorivière redactará un modelo para las Hijas del Corazón de María. Algunos abusos llevaron a suprimirla para todos los religiosos en el siglo siguiente.

#### Luego insiste al terminar:

"Pienso que tal vez no sea inútil que conozca la naturaleza de mis bienes, debido al uso que usted pueda considerar conveniente que haga de ellos."

Se trata de una pobreza dependiente.

Hacia comienzos de octubre 1788, una nueva carta señala esta vez el estado de desolación en que se encuentra de nuevo Adelaida. Volveremos a encontrar muchas veces en el curso de su vida esos períodos de trastornos interiores frente a los cuales su buena voluntad, su pureza de intención y su generosidad incluso heroica serán impotentes, pero es la última vez que tenemos la descripción hecha de su mano. A partir de la Revolución es sólo a través de las cartas del P. de Clorivière que se encontrará su eco. Entonces tendremos que acordarnos de esas pruebas del tiempo de su noviciado.

"Permitame, Padre, que le dé cuenta de lo que pasa en mi después del retiro.

...Experimento una vicisitud continua de agitación, de turbaciones, de desaliento y de pena, de inclinación al mal y de alejamiento, y paso luego, a veces en un instante, de ese estado de sufrimiento, de insensibilidad y de indiferencia por mi salvación, a un estado de paz, de confianza, de alegría, de horror a las menores faltas y de ardor por la perfección, de caridad por mi prójimo, de celo por su salvación y de deseo de procurarla. En el estado contrario, sólo siento indiferencia, mal humor e incluso a veces acritud contra mi prójimo.

Me parece que todo lo que puedo hacer es no dejar que se vea enteramente esta disposición, aunque siempre se trasluce un poco, y entonces no soy ni tan atenta ni tan solícita con las personas con las cuales vivo."

Luego, lo que debe serle particularmente doloroso:

"Experimento entonces en la oración un alejamiento muy grande por ese santo ejercicio, me siento agitada, imposibilitada para fijarme en nada, por lo menos me parece imposible, y la violencia que tendría que hacerme para orar como es preciso me parece por encima de mis fuerzas y considero inútiles los esfuerzos que haría para ponerme en paz. Entonces me parece indispensable abandonar la oración por ese tiempo, y tomaría esa determinación, vista la inutilidad de todo lo que puedo hacer cuando me encuentro en esa disposición, pero me detengo cuando me encuentro en el tiempo de la oración común" [sin duda en el coro, con las otras religiosas].

Se comprende la confusión de Adelaida ante este trastorno interior, tanto más cuanto tal vez con exceso, pero sinceramente, ella cree encontrar en sí misma las causas de esas turbaciones:

"Encuentro en mí un fondo de amor propio tan arraigado que temo sea el móvil de toda mi conducta... Estoy persuadida... que mis turbaciones vienen del amor propio, pues convengo en que la menor cosa me hiere, y el temor de todo lo que puede humillarme o atraerme el más ligero menosprecio es habitualmente la primera causa de la turbación y de la agitación en que vivo casi siempre."

La exageración es aquí manifiesta; la misma Adelaida estaba dispuesta a hacer públicamente su culpa en el refectorio, y se preparaba para adoptar dentro de poco el vestido de los pobres.<sup>27</sup>

Para reaccionar contra ese amor propio, ella solicita al P. de Clorivière permiso para hacer una confesión general, medida que le costaría mucho. Pero sabiendo con cuánta facilidad se apodera la duda de la conciencia de su penitente, el P. de Clorivière se mantiene reticente ante la autorización solicitada.

Al escribir el 21 de octubre siguiente, él aborda otro tema: las actividades caritativas a las que se entrega Adelaida con todo el ardor y la delicadeza de su amor por los pobres; le aconseja, antes de cualquier decisión, que se entregue al guía que Dios le ha dado en la persona de Madre María de Jesús.

Luego esas líneas que evocan un episodio inolvidable en la vida de Adelaida de Cicé: el cambio de hábito realizado el 4 de octubre de 1788, en la fiesta de san Francisco de Asís:

"No me extraña la pequeña guerra que le hacen; pero todas las razones que le dan me parecen poco sólidas y no equilibran ciertamente las que la han hecho actuar. El cambio que ha hecho en su exterior no ha sido efecto de un movimiento pasajero de devoción; usted lo ha reflexionado mucho tiempo y no ha omitido nada de lo que podía servir para darle a conocer la voluntad del Señor... Lo que usted ha hecho no se podía hacer con menos ruido... Usted sólo busca sepultarse viva y vivir para Dios solo en un perfecto olvido del mundo."

De ese acto, cumplido con una prudencia que elogia el P. de Clorivière, tenemos un relato muy precioso, redactado por una religiosa de la Cruz que había sido testigo. Ese relato tiene un pequeño error de fecha: 1790 en lugar de 1788, muy comprensible en un texto escrito mucho tiempo después de los acontecimientos.

"El año 1790, la Señorita de Cicé vino de Rennes a casa de las Hermanas de la Cruz en San Servan a pasar un tiempo en calidad de pensionista; ella iba vestida como lo exigía su rango... La compasión por los desdichados parecía ser dominante en ella. Se entregaba a todas las buenas obras de ese tipo. Al no tener una fortuna suficiente para satisfacer conforme a sus deseos el alivio de los infelices, tomó la decisión de suplir por las privaciones, pero sobre todo por el entero sacrificio de toda clase de adornos.

Eso no bastó aún para el ardor de su caridad por los desdichados. El 4 de octubre de 1790..., el día de san Francisco, se vistió con un sencillo vestido de lana negra, muy común, hecho de la manera más simple, tal como lo llevan las personas de la clase obrera. Un delantal negro y una pequeña cofia de la misma sencillez era el vestido del domingo. Para los días de semana, un corpiño negro muy sencillo y una falda, con un delantal de algodón azul. En ese traje curaba en el locutorio de esta comunidad a todos los infelices que reclamaban su ayuda. Cuando no podían venir o ella temía que el caminar perjudicara su curación, ella se trasladaba a su pobre choza, donde los encontraba con frecuencia en el suelo o sobre un puñado de paja podrida y entonces volvía a buscar paja, leña, caldo y todo lo que sus ahorros podían proporcionarle.

<sup>&</sup>lt;sup>27</sup> Recordemos que en esa época, las diferentes clases de la sociedad tenían cada una su propia manera de vestirse, y cualquier derogación de los usos parecía impensable.

La Señorita de Cicé llevó ese género de vida y de buenas obras hasta uno o dos meses antes de que las hermanas de la Cruz abandonaran su casa por la evacuación de las comunidades ordenada por la ley revolucionaria.

Nada de sorprendente que tal género de vida haya suscitado las críticas de su medio. Como hemos visto anteriormente, el P. de Clorivière pone las cosas en su punto con serenidad; mejor, toma la defensa de Adelaida contra el P. de la Croix que debe haber manifestado su desaprobación a ese propósito y a propósito de su estada en la Cruz:

"Usted no le ha dejado ignorar nada; así, no veo de qué quiere condenarla. No era precisamente una vida contemplativa la que usted quería unir con las obras de caridad, sino una vida en la que pudiera practicar las virtudes religiosas, sobre todo la pobreza y la obediencia. Y no ha encontrado para eso otro lugar que el que escogió. Yo le había rogado que le encontrara uno en Rennes, pero usted lo ha buscado en vano."

Algunos días más tarde vuelve el P. de Clorivière sobre este asunto:

"Leí las cartas que le han escrito sus buenas amigas de Rennes, pero no vi en ellas nada que me haga cambiar de sentimiento y que deba hacerla cambiar de conducta."

Luego, comentando las críticas hechas:

"Son las quejas habituales de las personas, incluso piadosas, que no conocen lo que vale separarse del mundo, cuando Dios invita a ello. Y usted no puede dudar que El la ha invitado."

Luego ese párrafo particularmente interesante pues muestra hasta qué punto el P. de Clorivière cree en el "designio de Dios" sobre la futura co-fundadora:

"Otros admiran su paso como santo, pero dicen que usted es naturalmente inconstante... que no lo mantendrá... A usted, Señorita, le corresponde orar y apegarse constantemente al Señor, para que encuentre en El una fuerza y una constancia que no encontraría en usted. Por otra parte, es bueno que haga ver que si, hasta ahora, no ha sido notable por su constancia, es sin duda porque hasta ahora no había encontrado el camino por el cual quería el Señor que marchara."

Este camino, Adelaida debía recorrerlo en adelante hasta el fin, dócil a la voluntad de Dios, a pesar de los temores, las turbaciones, las pruebas de todas clases, interiores y exteriores, que formarán la trama habitual de su vida, hasta sus últimos días.

Por el momento, la tensión política crece, y bajo la presión de los acontecimientos y de su familia, tendrá que dejar momentáneamente San Servan para regresar a Rennes, al Retiro, que abandonará muy pronto para acompañar a su hermano Agustín a San Brieuc; volveremos a encontrarla en San Servan, luego por un tiempo largo en las Ursulinas de Dinan.

En el curso de esos traslados, el P. de Clorivière la anima a perseverar en el cumplimiento de la voluntad divina:

"Piense sólo en servir a Dios lo mejor que pueda, y déjele el cuidado de señalar el lugar, el tiempo, la manera como debe hacerlo."

El 14 de enero de 1789, la pone en guardia contra la menor turbación: "La perfección es mucho más la obra de Dios que la nuestra." y la exhorta una vez más a "escuchar" al Señor en la oración, más bien que "hablarle"... "No haga de la oración un trabajo".

Un mes más tarde, sintiendo tal vez a Adelaida inquieta por los suyos, la hace volver con fuerza a una mirada sobrenatural de los acontecimientos:

"Al cabo, aunque tengamos que sufrir por la desdicha de nuestros hermanos, y sobre todo por lo que puede ofender al Señor y ocasionar la pérdida del prójimo, ¿debemos perder por eso la paz y dejarnos llevar por el abatimiento?".

Es en lo más íntimo de su corazón donde Adelaida debe entrar para encontrar la paz inmutable que es de Dios mismo. Para los asuntos exteriores:

"Consulte al Señor; no desee sino el cumplimiento de su voluntad. No olvide lo que tantas veces le ha prometido. Búsquelo a El solo; El no dejará de darle a conocer lo que le será más agradable."

Mantenerse firmemente anclado en el Señor en medio de las vicisitudes del mundo es la primera condición requerida para cumplir la voluntad del Señor sobre sí y sobre los demás.

El 11 de abril de 1789, el P. de Clorivière escribe a Adelaida, sin duda junto a su hermano Agustín:

"Agradezco a Dios por las disposiciones en que está. Creo, como usted, que el retiro y el silencio son lo que debe buscar más; pero al mismo tiempo creo que debe prestarse a los deseos de un hermano que ve está en buenas disposiciones y al cual puede ser útil. Me intereso demasiado en todo lo que la afecta y comparto la solicitud en que está con relación a él."

Los acontecimientos toman un giro cada vez más inquietante en el curso del año 1789. Para mantenernos sólo en los hechos que afectan a la religión, recordemos que la Asamblea Constituyente, salida de los Estados Generales, decreta el 28 de octubre de 1789 la suspensión de toda emisión de votos religiosos y la supresión de todas las órdenes y congregaciones en las que se hacen tales votos [se trata de los votos solemnes, reconocidos por la autoridad civil].

Sabemos cómo el P. de Clorivière, herido en lo más profundo de su alma de pastor y de religioso, protesta públicamente el 25 de marzo de 1790 desde el púlpito de la iglesia de San Salvador de Dinan, donde predicaba la cuaresma.

Denunciado, vuelto sospechoso, renuncia a su puesto de superior del colegio de clérigos de Dinan, y con la autorización de su obispo, Mons. Cortois de Pressigny, se propone partir a los Estados Unidos, a Maryland, donde uno de sus antiguos colegas ha sido nombrado obispo de Baltimore.

El lunes 12 de julio, el Padre de Clorivière escribe a Adelaida:

"Estoy apenado por la falta de noticias suyas... escríbame... si considera conveniente que regrese ahora a Dinan. Estoy dispuesto a hacerlo si es conveniente. Si tengo que quedarme aquí por algún tiempo, escríbame, si puede hacerlo, lo que usted ha sabido de París."

Esas líneas nos muestran que el P. de Clorivière se refería a Adelaida para saber la conveniencia de su regreso a Dinan. En lo sucesivo, encontraremos muchas veces la prueba de esa confianza que el Padre tenía en el juicio de Madre de Cicé.

Luego añade, haciendo posiblemente alusión a su viaje a Maryland, en el que Adelaida debía acompañarlo:

"Tendría que decirle muchas cosas del viaje. Hasta aquí todo es favorable... Roguemos a Dios que todo sea para su gloria."

La carta del día siguiente, 13 de julio de 1790, es del mayor interés pues fue escrita seis días antes de la fecha memorable del 19, la de la inspiración que da nacimiento a las dos Sociedades:

"Estoy actualmente en el campo, en casa de mi cuñado<sup>28</sup>. Aquí me han entregado sus cartas y cuento con quedarme el resto de la semana, a menos que me escriban de Dinan diciendo que puedo volver y que mi presencia allí es necesaria. En ese caso partiría de inmediato, aunque he dado palabra a las Hijas de la Cruz de predicarles para San Vicente, el lunes próximo...<sup>29</sup>

Como usted ve, estoy inseguro respecto a lo que tengo que hacer, ¿como podría decirle lo que tiene que hacer usted? Creo que en el momento actual hay que esperar para tomar una determinación fija hasta que se vea lo que sucederá en la coyuntura crítica en que nos encontramos."

Después de asegurar a Adelaida que ella tiene toda la libertad para quedarse en Dinan o venir a San Servan, añade:

"Bendigámosla [a la Providencia] en todo; no hay nada que no pueda tornar en ventaja nuestra cuando sabemos conformarnos a sus admirables designios."

y estas últimas líneas que parecen dictadas verdaderamente por el Espíritu Santo:

"Vivamos de esperanza y redoblemos nuestras oraciones en la espera de los acontecimientos que el día de mañana deben aparecer."

<sup>28</sup> Marcos Desilles de Cambernon, que residía en la Fosse-Hingant, a algunos kilómetros de San Malo.

<sup>29</sup> La fecha de la fiesta de san Vicente ha sido desplazada con ocasión de la reforma del calendario litúrgico, después del Vaticano II.

#### CAPITULO II

## LA INSPIRACION DEL PADRE DE CLORIVIERE COMPLEMENTARIEDAD DE LOS DOS PROYECTOS

El Padre de Clorivière había prometido pronunciar el panegírico de san Vicente de Paul en casa de las Hijas de la Cruz de San Servan ese 19 de julio de 1790.

"Al salir de la oración de la mañana" recibió repentinamente la inspiración fulgurante que ha relatado varias veces<sup>30</sup>: la de "una Sociedad adaptada a las circunstancias en las que se encontraba la Iglesia entre nosotros" y cuyo Plan le había sido mostrado "como en un abrir y cerrar de ojos, y sin embargo, con bastante detalle".

Algunos días más tarde (la tradición quiere que sea el miércoles 18 de agosto) <sup>31</sup> recibió una segunda inspiración relativa a "una Sociedad religiosa de Jóvenes y Viudas, la que se podría instituir en esos tiempos de calamidad".

No nos detendremos en la primera inspiración, evocada con tanta frecuencia; nos detendremos en la segunda, la que concierne directamente a la fundación de la Sociedad de las Hijas del Corazón de María.

Es así como el propio Padre de Clorivière lo relata:

"Quedé en suspenso acerca de si presentaría mi trabajo al Prelado.<sup>32</sup> Esta empresa me parecía por encima de mis fuerzas. Me venía a la mente que pasaría por extravagante al haber admitido semejante idea. Pero el pensamiento que él tenía para mí el lugar de Dios y que ciertamente sería por él como conocería la voluntad de Dios dominó sobre mis temores. Me decidí pues a someter mis incertidumbres a la voz de mi Pastor. Apenas tomada esta resolución, se presentó fuertemente a mi espíritu que debía hacer para las personas del sexo<sup>33</sup> algo análogo a lo que acababa de hacer para los hombres. Este pensamiento me pareció que tenía todas las características de una verdadera inspiración.

Después de implorar las luces del Espíritu Santo, me puse de inmediato a ejecutar lo que me era prescrito, y en el mismo instante recordé dos sentencias del santo Evangelio que están a la cabeza del Plan de las Hijas de María, y en esas sentencias creí entrever el orden y el espíritu de lo que tenía que decir. Así, el Plan quedó pronto trazado aproximadamente tal como fue impreso."

<sup>&</sup>lt;sup>30</sup> Cf. Documentos Históricos

<sup>&</sup>lt;sup>31</sup> Cf. Documentos Históricos, pág.14. El propio P. de Clorivière señala que el Plan de la Sociedad de hombres estuvo terminado "en la octava de la Asunción" y que "de inmediato después" él "trazó un Plan para una Sociedad de Jóvenes y de Viudas…"

<sup>&</sup>lt;sup>32</sup> Mons. Cortois de Pressigny, obispo de San Malo.

<sup>&</sup>lt;sup>33</sup> Término usado en la época para designar a las mujeres.

Esas dos sentencias, en las que el fundador tuvo la intuición del "orden y el espíritu", es decir, de lo esencial del Plan de la futura Sociedad, son:

"Hagan todo lo que mi Hijo les diga" y Ahí tienes a tu Madre".<sup>34</sup>

¿Adelaida conoció el Proyecto del P. de Clorivière antes de la aprobación de Mons. Cortois de Pressigny, fechada el 18 de septiembre? Parece casi seguro; el Padre debe haber conversado largamente con ella. El conocía de mucho tiempo a su dirigida, había reflexionado acerca de su Proyecto de Sociedad piadosa, ¿cómo no pensaría que el Señor había puesto providencialmente a la Srta. de Cicé en su camino, en vista de hacerla cooperar, llegado el momento, en sus misteriosos designios?

En cuanto a ella, tan humilde, tan desprendida, tuvo que recibir en acción de gracias la confidencia de ese nuevo Plan, en el que las ideas claves de su propio Proyecto se insertaban providencialmente.

Aquí puede plantearse una pregunta:

El Proyecto de Adelaida, ¿tuvo una influencia directa en el del Padre de Clorivière? No se lo puede afirmar con total certeza.

En agosto, el Padre de Clorivière estaba aún bajo la influencia de la luminosa inspiración del 19 de julio y de los acontecimientos que la habían provocado. Parece mucho que la segunda inspiración se haya producido en el mismo impulso que la primera, inscribiéndose también en un conjunto. Pero el Padre de Clorivière tenía un conocimiento minucioso del Proyecto de Adelaida, algunos elementos del cual, especialmente los más originales, habían tenido que atraer su atención. Nada imposible en que esos elementos depositados en su subconsciente hayan podido integrarse espontáneamente en su concepción repentina de una sociedad religiosa femenina. Como quiera sea, las convergencias son notables:

- ⇒ Es una Sociedad religiosa de forma totalmente nueva la que Adelaida de Cicé quería realizar para hacer frente a las necesidades que no tenían respuesta.
  - Es una Sociedad religiosa de forma totalmente nueva la que el P. de Clorivière quiere fundar para dar una respuesta a las necesidades inmediatas creadas por una situación política hostil a la Iglesia y a la vida religiosa.

⇒ El mismo pluralismo de las obras y la misma disponibilidad se imponen al amor generoso de los dos fundadores:

- \* Adelaida escribe con precisión: "Ellas (las hermanas) estarán totalmente entregadas a las buenas obras que se presenten, ofreciéndose a Dios por medio de la obediencia para dedicarse a todas aquellas que la Providencia les confie".
- \* y además: "Se ofrecerán por Ella (la Santísima Virgen) a Nuestro Señor para cumplir toda su voluntad, sin proponerse nada en particular sino el bien espiritual y temporal del prójimo".

<sup>34</sup> S. Juan 2, 5 y 19,27. Un error de interpretación ha señalado equivocadamente otras dos sentencias que no aparecerán hasta 1802: ellas no figuran en el Primer Plan cuyo original poseen los AHCM, fechado: En Dinan, Bretaña, el 27 de agosto de 1790.

36

- El P. de Clorivière escribirá a su vez: que, para suplir a la destrucción de las Ordenes religiosas, las Hijas del Corazón de María abarcarán "todas las diversas obras de misericordia y de piedad que abarcaban todas juntas."
- y además: "Su caridad debe llevarlas a subvenir con prudencia a todas las miserias del prójimo; pero deben sobre todo tener por objeto curar las del alma".
- ⇒ La fecundidad apostólica de las hermanas en Adelaida de Cicé, es confiada a Nuestro Señor por intermedio de la Santísima Virgen, y ella piensa en un vocablo mariano para designar a la Sociedad <sup>35</sup>
  - En el Plan de 1790, la fecundidad apostólica de las Hijas del Corazón de María es confiada a Nuestro Señor por intermedio de la Virgen María: "Hagan todo lo que mi Hijo les diga" y el nombre de la Sociedad es designado sin dificultad: "Llevarán el nombre de Sociedad de María".
- ⇒ Para los dos cofundadores, los votos simples de castidad, pobreza y obediencia garantizan la autenticidad de la vida religiosa de los miembros. M. de Cicé tiene para la época una concepción original de la práctica del voto de pobreza. A fin de poder subvenir en todas las circunstancias a las necesidades de los desdichados, las hermanas guardarán su patrimonio, pero su uso totalmente evangélico estará sometido a la obediencia.
  - Concepción análoga en el P. de Clorivière: si los miembros conservan la propiedad civil de sus bienes, es para garantizar el incógnito de su vida religiosa; pero el uso de esos bienes estará totalmente sometido a la obediencia.
- ⇒ El voto de obediencia en el Proyecto de Madre de Cicé abarca no solamente el uso de los bienes, sino todas las circunstancias de la vida de las hermanas: obras de caridad, visitas a las familias, etc.
  - En el Plan del P. de Clorivière: la obediencia tiene un lugar esencial que abarca toda la vida de los miembros. <sup>36</sup>
- ⇒ En el Proyecto de Adelaida se deja cierta libertad de acción a las asociadas. En una época en la que las religiosas no salían jamás solas, las hermanas podrán circular libremente para visitar a los pobres, ir a su familia, etc.
  - Conformándose a las necesidades del tiempo y de la naturaleza de la Sociedad, el Padre de Clorivière es verdaderamente un innovador en este aspecto: las Hijas de María podrán vivir solas o quedarse en su familia, y conservar su profesión si la gloria de Dios y el servicio de las almas lo piden; pero podrán vivir también en comunidad, si las superioras lo creen preferible.
- ⇒ El ejemplo de los primeros cristianos y la puesta en común de sus bienes es evocado por Adelaida de Cicé; ella prevé que las hermanas entreguen sus ingresos en manos de la superiora encargada de proveer a los gastos de la vida común.
  - La referencia a los primeros cristianos y a su Cor unum toma un lugar importante en el pensamiento y las enseñanzas del P. de Clorivière, sea cuando preconiza el compartir de los bienes entre los miembros de las Sociedades, sea cuando habla de la unidad espiritual que debe reinar entre los miembros dispersos.
- ⇒ Por fin, la convergencia de una orientación absolutamente fundamental: el lugar esencial dado a la vida interior. Ambos cofundadores insisten en la necesidad del recogimiento y de la oración, y privilegian la hora diaria de oración.

\_

<sup>&</sup>lt;sup>35</sup> "Podrían llamarse Hijas de la Presentación de la Santísima Virgen".

<sup>&</sup>lt;sup>36</sup> Conferencias sobre los votos de religión, 12ª conferencia: "Si la perfección de la obediencia florece entre nosotros, todas las demás virtudes florecerán también en la misma proporción. Si esta virtud no florece, no es de desear que nuestra Sociedad se establezca o incluso que subsista después de su establecimiento."

Esta unidad profunda encuentra su expresión y su plena realización en el uno y en la otra en la profundidad y la asiduidad de su contemplación eucarística, coronada por su muerte ante el Santísimo Sacramento.

Hay que notar sin embargo una divergencia que no deja de tener significación:

Lentamente, bajo la influencia del Espíritu Santo, Madre de Cicé maduró su Proyecto para responder al amor del Señor que la urge a socorrerlo "en sus miembros sufrientes", en una forma de vida que la consagrará enteramente a El.

Es repentinamente, en respuesta a la provocación de los acontecimientos revolucionarios, como el mismo Espíritu Santo inspira sus dos Planes al Padre de Clorivière, comprometido ya desde mucho tiempo en la vida religiosa.

De esta misma divergencia surge una complementariedad, fuente de riqueza para la nueva Sociedad.

La Providencia conduce al P. de Clorivière y a Adelaida de Cicé para que se encuentren en vísperas del nacimiento de esta Sociedad cuyo desarrollo será en adelante el fruto de los esfuerzos conjugados en toda su vida.

xxx

Después de haber recibido el 18 de septiembre de 1790 la aprobación escrita muy estimulante de Mons. Cortois de Pressigny con relación a la Sociedad de hombres y la de mujeres, <sup>37</sup> el Padre de Clorivière proyecta dirigirse a Roma, luego de una detención en París, para solicitar la aprobación del Soberano Pontífice.

El 24 de septiembre está en Rennes, desde donde escribe a Adelaida de Cicé; él llega a París el 30. Antes de su salida para París había escrito:

"encargado para estar a la cabeza de la Sociedad de las Hijas de María y para velar por su establecimiento a una persona que creía que el Señor le señalaba para eso y que le parecía dotada de las cualidades necesarias para semejante empresa."

Esa persona era la Señorita de Cicé.

Por su parte, ésta no dejará partir al P. de Clorivière sin someter de nuevo a su dirección todos los aspectos de su vida que, a consecuencia de la misión confiada, entra en una nueva fase más "religiosa". Sabiendo al Padre muy ocupado, dispone sus diferentes preguntas de manera que el Padre tenga lugar para responder en el mismo papel, documento precioso en el que se vuelven a encontrar las líneas maestras de su fisonomía espiritual y las de la dirección del P. de Clorivière.

Por eso, a pesar de la longitud del texto lo reproducimos aquí por completo. Su lectura atenta ofrece un verdadero retrato de nuestra primera Madre. <sup>38</sup>

"Yo querría saber, Padre, a quién me aconseja dirigirme durante su ausencia, si está de acuerdo en que siga yendo a confesarme con el Padre de Santa Clara, como he hecho durante sus viajes.

\_

<sup>&</sup>lt;sup>37</sup> Documentos Históricos, pág.33.

<sup>&</sup>lt;sup>38</sup> El autógrafo no tiene fecha, pero su contenido permite situarlo en septiembre de 1790, sin riesgo de error.

- El confesor de la casa, si se puede.

Respecto al lugar donde debo vivir hasta su regreso, creo que usted cuenta con que me quede en San Carlos, a menos que los acontecimientos me obliguen a salir de ahí.

- Si no surgen razones que exijan un cambio.

Le ruego que me diga si puedo y debo manifestar el deseo de continuar con la comunión diaria, como usted me lo ha prescrito.

- Nada puede serle más ventajoso.

¿Qué ejercicios de piedad me prescribe? Si lo aprueba, mi intención es, en la medida que sea libre para poder hacerlo, seguir el orden de los ejercicios de la casa en la que estoy, para la levantada las 5 de la mañana, el oficio en común, la hora de oración, aunque a veces no sepa cómo emplearla, no aportando ningún cuidado para hacerla bien.

- Aplíquese mucho a la mortificación de los sentidos y a la mortificación de las pasiones. Reprima su actividad natural. Ame el recogimiento y la soledad; pero que la caridad la lleve a las obras de misericordia. Apruebo mucho que siga el orden de la casa.

Seguramente estoy en esto mucho menos adelantada que muchas personas que empiezan a darse a Dios. Voy a la oración casi siempre con la mente llena de toda clase de cosas, y cuando me encuentro a veces tranquila en la presencia de Dios, la mente y el corazón llenos de un afecto santo, creo perder el tiempo porque después de esa oración no soy mejor, aunque me haya parecido mientras la hacía que era más fervorosa.

- No ponga obstáculos a los consuelos que Dios quiera darle, pero no los desee con demasiada avidez. Recíbalos con admiración. Soporte sus privaciones con humildad. No se desanime, lo que Dios pide es la buena voluntad.

No me he dado cuenta, en la práctica, de ningún progreso, ni siquiera después de algunos días que he pasado casi enteros en la presencia de Dios, conjurándolo en nombre de Nuestro Señor para que me conceda la gracia de serle fiel, de amarlo hasta el olvido, hasta el menosprecio de mí misma; a pedirle con la más fuerte instancia que me tome a su servicio y me dé enteramente a El, a cualquier precio que sea. Esos sentimientos que a veces son muy vivos, y que me parecen el deseo de mi voluntad, no producen ningún cambio en mi conducta.

Experimento en verdad un disgusto casi universal por todas las cosas que no tienen relación con la piedad. Pienso también que viene un poco de mi naturaleza, y creo que debo temer esta aversión que es para mí una fuente de desigualdad de humor, las relaciones que tengo con las diferentes personas, incluso mis parientes, me pesan más de lo que puedo decirle.

- Sopórtese usted misma con paciencia y no se enoje más contra sus defectos que contra los del prójimo.

Sólo siento inclinación por una vida extremadamente retirada (por lo menos, querría tener comunicación con el prójimo solamente para lo que se refiere al servicio de Dios), una vida mezclada de ejercicios de piedad y de buenas obras, en particular aquellas que están más a mi

alcance ahora, instruir y animar a jóvenes a la piedad, ocupación en la que he tomado mucho gusto, sobre todo después del proyecto que usted me ha confiado. ¿Me aconseja que lo continúe cuando se reinicien las clases y haría bien en emplear más tiempo, como lo proyecto, si usted lo aprueba y lo encuentran bueno en esta casa?

- Instruir a los jóvenes es una obra excelente. En ella se ejercita toda clase de virtudes.

Esto me hará tanto más bien cuanto sienta la necesidad de ocuparme en cosas que me mantengan en la presencia de Dios y no me sean materia de inquietud como las conversaciones, porque no sé comportarme en ellas; mi amor propio y mi vanidad hacen que, aunque no encuentre ningún gusto en la conversación, me ocupe únicamente de las personas y no conserve mi mente y mi corazón libres, lo que me ocasiona muchas turbaciones, y pierdo por lo menos ese tiempo, sin hablar de las faltas que cometo, de las que no puedo darme cuenta por falta de vigilancia.

- No huya completamente de la sociedad, pero no se abandone a ella. Debe proponerse atraer a Dios a las almas con las cuales conversa. No haga aparecer el disgusto y el aburrimiento que puede tener en ellas.

No deseo nada tanto como la felicidad de estar asociada bajo la dirección de la obediencia a personas verdaderamente interiores que sólo se ocupen de las cosas de Dios, cuyo día esté lleno por la oración, el silencio, la práctica de las buenas obras, sobre todo las que inspira el celo por la salvación de las almas, aunque no sea más que enseñar la doctrina cristiana a los niñitos y a las personas que la ignoran, ejercicio por el cual no sentía ningún atractivo en otro tiempo; pero sin renunciar a las obras de misericordia corporales, si se presenta la ocasión para practicarlas de nuevo, ahora tengo más a pecho todas las que se refieren al alma.

Lo que usted me ha dicho de los votos que tiene la intención que se hagan en la Sociedad que proyecta me da tanto más gusto cuanto ése es desde mucho tiempo el objeto de mis deseos. Sólo pensaba entonces en votos simples, renovables cada año, pues me asustaban un poco los compromisos irrevocables para personas no enclaustradas y en consecuencia no enteramente separadas del mundo a causa de la práctica de las obras de caridad, aunque siempre haya deseado conservar relaciones con el mundo solamente para las necesidades del prójimo.

- La divina Providencia le dará sin duda el medio para satisfacer los deseos que le ha inspirado con relación a la práctica de los consejos evangélicos, pero hay que esperar el momento.

Respecto al voto de pobreza, que yo pensaba no sería de naturaleza para ser practicado como los religiosos, yo esperaba sin embargo que podría en lo sucesivo tener todo su mérito ante Dios cuando, en la Sociedad en la que estuviera, entregara absolutamente todo lo que me pertenece en las manos de la superiora que usted me diera, y yo no dispondría de nada sino por orden suya ni para mí ni para los demás, y practicaría en este punto como en los demás la más perfecta obediencia.

No puedo decirle, Padre, cuanto aspiro a tal género de vida en el que usted reglamentará todos los ejercicios y los empleos y en el cual no me conduciría en nada por mí misma. Me parece que semejante vida sería la única capaz de darme la paz del alma. No estaré en mi centro hasta entonces. Con frecuencia me viene a la mente que ahora me ocupo de cosas para las que no estoy hecha, que el tiempo es corto, que tengo mucho que reparar y muchos méritos que adquirir,

si quiero responder a las gracias de Dios.

A veces no sé si es un poco de singularidad de mi parte, pero no me acomodo a la manera de hacer de muchas personas de piedad con relación a la vida interior, a las conversaciones.

- Mírese como muerta al mundo. No juzgue a los otros y los juicios de los otros no la afectarán.

Pienso sin embargo que ellas saben comportarse mejor que yo y mantenerse en la presencia de Dios y en la práctica de la guarde del corazón, lo que yo no sé hacer. Es verdad, pero es raro, que sucede a veces que esa clase de cosas me molestan menos y que no pierdo la paz en las ocasiones en las que tengo costumbre de perderla. Por lo que me parece, no sabría darle idea bastante justa de mi ligereza y de mi inconstancia en el bien, a pesar de mis fuertes resoluciones cuya ejecución me habría cambiado completamente si yo hubiera sido fiel.

No tendrá nada que temer de su inconstancia cuando sea dócil para seguir los consejos de los que tienen para usted el lugar de Dios.

Le ruego como gracia, Padre, que no pierda de vista la extrema necesidad que tengo de ser conducida por la obediencia. Lamento incluso, y desearía que fuese posible que durante su ausencia y hasta su regreso, me hubiera puesto bajo la dirección de otra persona a la cual obedecería en todo como a mi hermana María de Jesús.

- Creo que usted está en condiciones de hacer en parte lo que hacía en la Cruz; pero no precipite nada. Es preciso aún un poco de tiempo para ver si la cosa es conveniente. Yo dudaría un poco si lo que proyecta debe realizarse.

Pienso que sería tal vez la mejor preparación para entrar luego en la Sociedad que usted proyecta, porque yo me encontraría formada en la práctica de la obediencia y de la humildad. Las consideraciones y los temores que me da mi incapacidad para todas las cosas me hacen desear más de lo que puedo decirlo el vivir así hasta la muerte en la práctica fiel y continua de la obediencia

Yo quería también comunicarle una idea que me ha venido. Al quedarme aquí este invierno, yo desearía que me fuera permitido comer en el refectorio debido a la lectura y el silencio que me convienen más que las noticias que se leen en otra parte. Si no quieren permitirlo para que no sea testigo de las penitencias que se hacen en el refectorio, como se hacen siempre al comienzo, colocándome a la entrada, yo entraría sólo cuando las hayan hecho. No es que yo no esté dispuesta a hacerlas, usted conoce mis disposiciones acerca de eso.

Le pido como gracia, Padre, que me deje por escrito sus consejos, no solamente sobre las cosas que le consulto sino sobre todas las que puedan serme útiles y que Dios le inspire, porque yo deseo de todo corazón, por su gracia, hacer de ellos la regla de mi conducta, y espero que esos consejos me servirán de freno para no apartarme de lo que Nuestro Señor pide de mí durante su ausencia.

Al quedarme en esta casa, si es su deseo, me viene a la mente que tal vez no sería imposible que viviera en cierta forma como una aspirante. La elección de la Madre San Carlos que pienso querría tal vez tener la caridad de prestarse como mi hermana María de Jesús a hacerme ese bien, me ha fortalecido en esta idea si usted lo aprueba. Las turbaciones y las penas que tengo casi siempre me hacen necesaria la regla y la obediencia. Esta vida tendría la ventaja de retirarme aún más de lo que estoy. Siento que lo que aumenta mucho mis penas en las que me

comporto mal son las relaciones que tengo con el mundo, la inquietud y la disipación que me causan; lo que me hace desear disminuirlas cada día tanto como me es posible."

A través de esas preguntas se encuentran las aspiraciones profundas que habían suscitado el proyecto de una Sociedad piadosa y llevaban ahora a la adhesión total de Adelaida a la Sociedad proyectada por el P. de Clorivière. También se ve ahí la huella creciente de Dios sobre ella y una tensión creciente entre contemplación y acción, tensión que sólo resolverá más tarde un amor purificado por el sufrimiento.

Antes de tomar la diligencia que lo conducirá de Rennes a Paris, el P. de Clorivière quiere reconfortar por última vez a la que deja tras él, y el 24 de septiembre le escribe desde Rennes, poco antes de su partida:

"Confiese al Señor, El la sostendrá en la gran obra que ha querido confiarle para su mayor gloria y por un efecto de su predilección por usted. <sup>39</sup> ¿Puede dudar que El la sostiene y le da las luces y la prudencia necesarias para esta buena obra? Cuanto más débil es, más adecuada para hacer brillar su gloria. Oremos el uno por el otro."

El 30 de septiembre de 1790, el P. de Clorivière llegaba a París, al seminario de las Misiones Extranjeras, calle du Bac. Se quedará allí hasta el mes de marzo de 1791, cinco meses cargados de incidentes relatados en sus numerosas cartas a Adelaida. Aquí sólo se citarán, y brevemente, los principales pasajes que se refieren a la co-fundadora.

En la carta del 27 de octubre, se destacan consejos urgentes dados a Adelaida:

"Abandónese completamente al Señor y déjele Dueño Soberano de su alma para que El haga en ella todo lo que quiera y de la manera que quiera. ¿No estará mejor en Sus manos que en las propias?... Todas las veces que se sorprenda dando sobre usted misma vueltas que la abaten... salga pronto de esa ocupación de sí misma, para perderse y abismarse en el pensamiento del Salvador de los hombres.

Sumérjase en la llaga de su costado, piérdase, consúmase en su Corazón adorable, no por una llama sensible de amor sino por una especie de anonadamiento de usted misma. La fe debe operarlo en usted... Dios... quiere un corazón muy puro, y la pureza que El exige para comunicarse a nosotros es incompatible con todo apego a las cosas creadas, cualesquiera sean. A un corazón tan sensible como el suyo le cuesta no apegarse a nada. Pero ¿no le basta con que Dios lo desee? ¿Podría temer que El no le baste?

Un poco más adelante, a propósito de deserciones que se producen ya frente a los trastornos revolucionarios, esta directiva en armonía con el espíritu de la Sociedad:

"¡Cuán afligida está la Iglesia por todas partes! La división, y una gran división está hasta en el clero católico de Inglaterra. <sup>40</sup> ¡Que los dolores de la Santa Iglesia absorban todos nuestros dolores particulares! ¡Qué ligeros deben parecernos los sacrificios que el Señor nos pide ante los males de la religión!"

<sup>)</sup> Se trata del clero francés emigrado a Inglaterra.

<sup>&</sup>lt;sup>39</sup> Esta "gran obra" es la "Sociedad que usted proyecta" de la cual habla Adelaida en la carta precedente. Las dos inspiraciones se juntan en los designios de la Providencia. En una carta dirigida a M. de Cicé en Aix, el 22 de agosto de 1802, el P. de Clorivière le hablará de "la buena obra para la cual parece que el Señor nos escogió igualmente a usted y a mí".

Algunas líneas de la carta del 6 de noviembre de 1790 dan testimonio de progresos espirituales en Adelaida:

"Lo que es bueno hacer en un tiempo no conviene igualmente en todos. Cuando usted empezaba a servir a Dios han tenido que recomendarle muchas prácticas que eran entonces muy útiles para usted, pero que no lo serían ya en el presente. Es verdad que en todos los tiempos se debe examinar frecuentemente su conciencia... pero no se lo hace en todo tiempo de la misma manera. A medida que se avanza... se lo hace de una manera mucho más simple, que no hace salir al alma de su recogimiento ni le impide estar más ocupada de Dios que de ella misma. Así es como querría que usted actuara."

Hacia el fin de una carta fechada el 7 de diciembre, él confía a Adelaida las incertidumbres que experimenta a propósito de las fundaciones entrevistas:

"Mis consideraciones son siempre las mismas en lo que se refiere a la misión de América. En lo que se refiere a esas aspiraciones más amplias que yo había concebido para la gloria de Dios, será lo que El quiera. No soy digno, o más bien, soy totalmente indigno de ser el instrumento de algo tan santo." 41

La carta del 21 de diciembre es a medias una carta de dirección. Adelaida ha debido escribirle que ella cuidaba demasiado su salud y solicitarle penitencias corporales. El Padre, que la conoce bien, tiene dificultad para creerle y la pone en guardia contra el deseo de mortificaciones que pueden ser un refugio sutil del amor propio. Para tranquilizarla, traza algunas líneas que reproducimos porque corresponden a la conducta habitual del Señor con las almas que El quiere totalmente de El:

Con frecuencia nuestro divino Dueño oculta al alma que lo ama lo que El opera en ella y lo que ella misma hace para responder a Su amor; para aniquilar aún más el amor propio en esa alma, permite que esté sujeta a muchas debilidades, que las sienta vivamente, e incluso que caiga en un gran número de pequeñas faltas que, aunque casi involuntarias, la humillan mucho."

La carta del 27 de diciembre de 1790 contiene sobre todo informaciones sobre la próxima partida a Maryland. Para desviar las sospechas, a fin de asegurarse de la decisión de ella el Padre escribe: "...señáleme si su amiga Adelaida está siempre en las mismas disposiciones", es decir, dispuesta a embarcarse también.

La carta del 14 de enero de 1791 nos informa que el P. de Clorivière ha tenido que renunciar a su viaje a Roma. El compañero con el cual contaba le ha fallado. Además, debido a las fechas, él considera que "ese viaje ya no podría hacerse sin aventurar mucho el de América". Por el mismo correo, envía a San Malo el acta por la cual se compromete a "fletar el barco para Maryland".

En esta fecha de mediados de enero, la partida a Maryland está bien decidida, pero antes de levar el ancla debe hacerse en Bretaña y en París un acto capital, como lo insinúa esta frase enigmática:

<sup>&</sup>lt;sup>41</sup> Esta expresión se encuentra con frecuencia bajo la pluma del P. de Clorivière.

Pida al Señor la fuerza para cumplir su santa voluntad y la fuerza que necesita para hacer algo por su gloria y por la de su Santa Madre. Creo que es tiempo de trabajar en eso. Pongamos en Dios toda nuestra confianza."

Como lo recordará más tarde el Padre, al evocar el recuerdo del 2 de febrero de 1791:

Era tiempo de empezar la buena obra bajo los auspicios de la augusta Virgen María, en la confianza que el Señor se dignaría bendecir una empresa en la cual se veía sólo su mayor gloria y el servicio de su Iglesia.

## LOS PRIMEROS COMPROMISOS DEL 2 DE FEBRERO DE 1791. MADRE DE CICE SUPERIORA GENERAL.

El 5 de febrero de 1791, una larga carta del P. de Clorivière a Adelaida de Cicé, siempre en las Ursulinas de San Carlos en Dinan, le hace el relato de la conmovedora y discreta ceremonia del 2 de febrero en Montmartre. Seis asociados, entre ellos el Padre, han pronunciado su primera consagración, en tanto que otros dos la pronunciaban en Bretaña. Un laico había sido admitido la víspera al número de los asociados que así se elevaba a nueve. Sabemos que el mismo día Adelaida de Cicé, en secreto, tomaba el mismo compromiso, <sup>42</sup> como también cuatro hijas de María en San Malo, una en San Servan probablemente y otras en Paramé, y tres en París. Pensando en la emoción que tuvo que sentir nuestra primera Madre ante la lectura de esa carta, reproducimos aquí la parte concerniente a la Sociedad de María, de la que ella es ya de hecho la co-fundadora:

Vengo a la Sociedad de la Madre. Está aquí menos adelantada <sup>43</sup> Hay, sin embargo, tres personas que hicieron su ofrenda el mismo día. Y para reunirlas hice una fórmula de Asociación que voy a transcribir de memoria <sup>44</sup> pues no la tengo ante los ojos.

Nosotras... el día... proponiéndonos únicamente la gloria de Dios, el honor de su santa Madre la gloriosa Virgen María, a quien nos consagramos para siempre en calidad de siervas, discípulas e hijas, y a la que conjuramos humildemente que quiera tomar para nosotras la calidad de Señora, Maestra y Madre, nos reunimos para formar una Sociedad espiritual bajo el nombre de Sociedad de María, con el fin de marchar constantemente lo más de cerca que nos sea posible con la ayuda de la gracia que pedimos humildemente, en el seguimiento de Nuestro Señor y de su santa Madre, proponiéndonos, si Dios nos encuentra dignas y quiere servirse de nosotras para ese fin, hacer reflorecer el espíritu de la perfección, primero en nosotras mismas y luego en las personas de todo estado de nuestro sexo a las que Dios llame a un estado más perfecto, uniendo nosotras mismas y llevándolas a unir ellas a las virtudes comunes del cristianismo, cuando nos sea permitido comprometernos a eso, la práctica de la castidad, de la pobreza y de la obediencia, conforme a las reglas de la Sociedad de María.

El Padre enviaba sin interrupción las cartas de esa época a las Ursulinas de Dinan, por lo que se puede suponer, sin tener la certeza, que fue allí donde Adelaida pronunció su compromiso.

<sup>&</sup>lt;sup>43</sup> Menos adelantada en París que en Bretaña.

<sup>&</sup>lt;sup>44</sup> Este texto difiere un poco, pero sólo en la forma, del acta firmada.

Haciendo depender sin embargo toda la asociación de la aprobación de la Santa Iglesia, de la que seremos siempre las hijas sumisas y obedientes... En la esperanza de obtener esta aprobación han suscrito..."

Puse a la cabeza el nombre de Adelaida, como la primera piedra de esta Sociedad. Las otras tres personas <sup>45</sup> deben colocar su nombre, si aún no lo han hecho; entregué a otros el papel para ese fin. Haré con ellas el rol de superior hasta que, habiendo aumentado el número, puedan elegir a una...

Yo tenía conmigo esta fórmula de asociación y la ofrecí al Señor al mismo tiempo que la otra.

Se habrá advertido el lugar que el Padre asigna ya a Adelaida de Cicé: su nombre es colocado a la cabeza del Acta de Asociación "como la primera piedra", y cuando indica que hará las veces de superior hasta el momento en que las hermanas podrán elegir una, sin duda piensa ya en Adelaida para esa función.

### El Padre continúa:

Han hecho bien al decirle que no dé ninguna publicidad a la asociación, en su casa. Aquí no se ha dado ninguna. Pero usted transcribirá la fórmula de asociación y la hará firmar, y si es posible yo le enviaré algunas observaciones e instrucciones generales sobre la manera de comportarse. Me ocuparé de eso lo más pronto posible.

Siguen esas líneas que evocan las gracias propias de las Sociedades nacientes:

A medida que avanzamos, me parece que aumenta la luz y que los objetos, primero confusos, se desarrollan poco a poco... Ore mucho al Señor para que yo no ponga obstáculo, por mi culpa, a sus designios que parecen grandes y plenos de misericordia. Es su asunto, dejémoslo actuar, y no estropeemos su acción mezclando la nuestra. A El corresponde conducirnos, y a nosotros dejarnos conducir en todo por El.

El P. de Clorivière da luego consejos de prudencia para acoger nuevos miembros, sin apresurarse, cuando la Providencia los envíe.

En post scriptum de esta carta, una advertencia interesante sobre la presencia en las Misiones Extranjeras de dos estampas de la Santa Virgen que "convienen bien" a la Sociedad, llevando una la inscripción "He ahí a vuestra madre", y la otra, "Hagan todo lo que El les diga".

La carta que sigue a la del 5 de febrero está fechada el 23 de febrero de 1791.<sup>46</sup> Comunica a Adelaida una importante noticia y empieza así:

Tendría muchas cosas que decirle: Nuestro Señor y su santo Angel lo harán en mi lugar... Estoy seguro de que adorará los proyectos de Dios, y que se someterá a ellos, así como yo, con la más perfecta resignación.

Precisa entonces que ha escrito a Mons. Cortois de Pressigny para informarle de la ceremonia del 2 de febrero y de su próxima partida para Maryland:

Sobre el informe que creí debía darle de mi presente situación y del éxito del proyecto que él había aprobado, éxito que le ha dado un gran placer, me ha dicho claramente que

<sup>46</sup> Tal vez hubo otras en el intermedio, pero lo ignoramos.

<sup>&</sup>lt;sup>45</sup> Felicidad Deshayes, Michelle-Sophie Lejay y María Catalina Duperon.

debía permanecer en Europa y que la mayor gloria de Dios lo pedía. Después de eso, estuve obligado a cambiar de resolución.

Le toca ahora a Adelaida hacer su elección a propósito del viaje, y el Padre le proporciona los elementos:

Vea ahora lo que debe hacer usted y lo que considera ante Dios que conviene más para su gloria y su bien espiritual. Digo lo mismo a nuestro amigo el Sr. Gautier... Por mucha pena que tuviera al separarme de los dos, el sacrificio ya está hecho si ambos o uno de los dos creen que allá servirán mejor a nuestro común Dueño. Allá [en América] hará el bien, y lo hará con menos peligros y combates. Aquí hará también el bien, tal vez un bien mayor, y ciertamente tendrá que sufrir y combatir más. De acuerdo a eso, decida.

Ante tales argumentos, no se podía dudar de la decisión de Adelaida, pero ella necesitaba la sanción de la obediencia. Escribiría en ese sentido al Padre quien, sintiendo el terreno libre, puede responderle con seguridad el 7 de marzo siguiente:

Recibí su carta el domingo por la tarde... El principal artículo que pide una decisión positiva es el viaje a América. Yo tendría dificultad para determinarla en eso. Para hacerlo, sería preciso, en las circunstancias, que pudiera percibir con relación a usted una voluntad de Dios muy clara, y no puedo percibirla. Las razones que han decidido a mi obispo para decirme que me quede me deciden también a decirle lo mismo.

Conociendo bien a su corresponsal y sabiendo que está al unísono con él, repite el argumento decisivo:

Usted haría bien allá, pero me parece que aquí hará más, y que encontrará además una mayor cosecha de sufrimientos.

Las cartas del 14 y del 16 de marzo, siempre enviadas desde París, tienen por objeto reglamentar envíos útiles para hacerlos llegar a los misioneros que parten a Maryland. Indican también las fechas aproximativas y los lugares en los que el Padre piensa permanecer con ocasión de su próximo regreso a Bretaña, donde Adelaida y él deben encontrarse.

La carta del 26 de marzo es enviada desde San Malo, donde el Padre ha llegado la víspera por la tarde. Se hospeda en casa de la Señora des Bassablons (en Pont-Pinel).

Entre las cartas siguientes se encuentra el 5 de abril un pasaje que parece preparar la carta del 30 de abril:

En adelante no haga más que afirmarse en la resolución en que está ahora por gracia de Dios, de abandonarse enteramente a su santa voluntad. y hacer por su parte todo lo que dependa de usted para corresponder a ella. Con eso, tengo una firme confianza en que el Señor estará con usted. No dejemos de atraer sobre nosotros su divino auxilio por una oración humilde, apacible y constante.

El Padre habla luego de diversos desplazamientos que piensa hacer en Bretaña, pero lo que más le importa es reunirse con Adelaida que, según sus indicaciones precedentes, ha vuelto de Dinan a San Servan, donde las Hijas de la Cruz. Es allí donde el Padre le hace llegar, la víspera de la entrevista proyectada, una larga carta, madurada en la oración, en la que le pide que acepte la

pesada carga de Superiora general de la Sociedad de María.

Esta carta, fechada el 30 de abril, se encuentra entre los autógrafos más preciosos concernientes a Madre de Cicé como co-fundadora. Ella nos precisa las razones de la elección del P. de Clorivière, y en consecuencia, traza un nuevo retrato de nuestra primera Madre.

A pesar de su extensión, la reproducimos casi enteramente, pertenece a todas las Hijas del Corazón de María:

Acabo de recibir una carta de París que me dice que siete personas, tanto sacerdotes como clérigos, han entrado en la Asociación de pobres sacerdotes de Jesús. Pero me añaden que no es lo mismo en la de María; las que se habían asociado se han dispersado, porque la comunidad de las Miramiones, donde se habían retirado, ha sido dispersada. Se señala, es verdad, que habría muchas personas que serían adecuadas y estarían dispuestas a entrar en esta Sociedad, pero que se necesitaría una persona que las conduzca, las forme, etc., y que esa persona no se encuentra. Estoy persuadido de que la primera de estas noticias le dará gusto; voy a comunicarle mis reflexiones sobre la segunda.

Me parece que es en París donde una y otra Sociedad deben empezar. De allí viene el mal, de allí debe venir también el remedio para el mal. El bien que se haga en la capital se propagará fácilmente a las provincias: es allí donde se encontrarán más medios y recursos para hacerlo y se podrá proceder de una manera más secreta y más segura, hasta que sea tiempo para hacerlo más abiertamente, y la obra de Dios sea bastante fuerte, bastante extendida para no tener que temer la plena luz.

El tiempo de emprender algo grande por el Señor ha llegado. La grandeza de los males que sufre la religión, males aún mayores que nos amenazan y que son como una consecuencia natural de los que sufrimos actualmente, piden y solicitan un pronto socorro. Hay que salvar con nosotros del naufragio al mayor número de personas que podamos. Es el medio más seguro para asegurar nuestra propia salvación, y no podemos hacer nada más agradable a nuestro divino Dueño.

¿Le diré que El lo desea, que espera eso de nuestro amor, que podemos pensar con razón que ése es el objetivo de tantas gracias que nos ha hecho; que si, por falta de ánimo y de confianza, y por temor a los trabajos y a los peligros nos negamos a secundar sus adorables designios, eso sería en nosotros una infidelidad condenable que enfriaría su amor por nosotros y nos haría incapaces de recibir los dones que su bondad nos destinaba?

Estoy convencido de ello en lo que me afecta. Aunque no percibo en mí, de cualquier lado que me mire, nada que no sea adecuado para desanimarme, nada que me persuada de que puedo emprender algo grande por Dios, sin embargo me creería muy infiel si no hiciera de mi parte todo lo que depende de mí para cumplir objetivos que están muy por encima de mis fuerzas pero que parece vienen de El.

En cuanto a usted, Señorita y muy querida hija, ¿qué piensa de usted misma? ¿cuáles son sus sentimientos? ¿Puede usted pensar, puede decir que Dios no le ha hecho grandes gracias? ¿que Nuestro Señor no la ha prevenido desde la infancia con sus más dulces bendiciones? ¿que no la ha instruido en sus caminos y la ha dirigido por los senderos de la justicia por medio de sus ministros? ¿No le ha inspirado desde largo tiempo el deseo de la perfección, y el de trabajar por la de los otros?

Si El no ha permitido que se consagre a El en el claustro, le ha mostrado los medios para hacerlo en el mundo. El le ha dado la gracia de hacerlo. Su conducta sobre usted estos últimos tiempos, el cuidado que ha tenido de desapegarla de todo, de estrechar cada vez más los lazos que la unían a El, ¿son gracias que deben permanecer ociosas, o que deben fructificar sólo para usted?

Dilate su corazón. Dé impulso a sus deseos, o más bien, reanime en usted los que la bondad divina le ha inspirado con frecuencia. Desee hacerlo todo, sufrirlo todo para ganar algunas almas a Jesucristo. Olvídese de usted misma, no detenga tanto sus miradas en su debilidad y sobre sus miserias; piense en Aquel cuyo brazo todopoderoso la sostendrá, si fija sus miradas en El en lugar de mantenerlas fijas en usted misma.

Evocando entonces las principales características que debe poseer la futura Superiora general, el Padre traza el retrato de nuestra primera Madre:

¿Adivina ahora cuál es aquella que creo escogida por Dios para procurar a su santa Madre un gran número de hijas queridas?

Es preciso que tenga un gran deseo de su perfección, celo por la de los otros. Que esté dispuesta a sacrificarlo todo para procurar la una y la otra. Que esté desprendida de los bienes de la tierra y de la vanidad del mundo; que le guste hablar de Dios con los pobres; que sin haber sido religiosa, conozca las obligaciones y la práctica de los consejos evangélicos. Es preciso, en lo natural, que tenga prudencia, pero no la de la carne; que tenga algo de atrayente en el espíritu, que sepa acomodarse a los diferentes espíritus para ganarlos todos a Jesucristo. Que no tema su trabajo; que tenga algún recurso en el espíritu y alguna experiencia en las cosas ordinarias de la vida.

Ahora bien, encuentro todas esas cosas en una persona que el Señor me envió, hace ya algunos años, y cuya perfección deseo muy sinceramente.

### Por fin, la frase decisiva:

A esa persona creo poder decirle que es el instrumento del cual Dios quiere servirse para el cumplimiento de sus designios.

Conociendo la opinión que Adelaida tiene de sí misma, añade a la vez para tranquilizarla y mantenerla en la verdad:

No le diré que ella tiene todas las cualidades propias para esto, pero puedo asegurarle que si no le falta la buena voluntad Dios suplirá abundantemente todo lo demás.

Fue sólo en el momento en que los Apóstoles empezaron su misión cuando El los cambió en otros hombres. Así es como actúa con frecuencia con nosotros, especialmente para las obras que no están en el orden común de la Providencia. El quiere que se disponga tanto como le sea posible y que, sin prever demasiado las dificultades futuras, haga en el presente todo lo que su luz le indique. Y cuando se presenten las dificultades, El la armará y la revestirá con su fuerza para superarlas.

La persona de la cual hablo está aún demasiado en lo sensible, no da suficiente a la fe, lo que hace que caiga fácilmente en las perplejidades en las que el demonio trata de enredarla con sutilezas que presenta a su espíritu y que le perjudican mucho y le impiden avanzar en los caminos de Dios, pero Dios le ha dado docilidad, y esta virtud, apoyada por las gracias que serán la recompensa a su fidelidad, disiparán esos obstáculos que la detienen y la harán triunfar de ellos.

Ahora tiene Adelaida todos los elementos necesarios para responder definitivamente al designio de Dios sobre ella, pero esa elección debe hacerla en plena libertad. El Padre continúa:

Sin embargo, no quiero prescribir nada en esto, ni ordenar nada. Que el alma se sondee a sí misma, que sondee sus disposiciones después de haber consultado al Señor. No dudo que el Espíritu Santo que se comunica a los humildes le dará a conocer lo que espera de ella y lo que ella puede hacer más conforme a su beneplácito. Si esa alma, como supongo, quiere abandonarse a su dirección y no tiene otro deseo que cumplir su voluntad santa, no dudo que El pondrá en ella las disposiciones que exigen los designios que tiene sobre ella. Por esas disposiciones, el intérprete de la voluntad del Señor sobre ella podrá dárselas a conocer de una manera más segura.

# Y el Padre concluye:

Le escribo esto desde el campo, para que tenga tiempo para reflexionar, y porque podría suceder que mañana, cuando vaya a la Cruz, no tenga suficiente tiempo para explicárselo. Sin embargo, será preciso que le comunique mis arreglos...

No queda ningún eco de esa entrevista de los dos fundadores: ese velo de silencio le conviene bien a la primera hija del Corazón de María, hija de aquella que "guardaba todas esas cosas en su corazón".

# LAS SIEMBRAS EN BRETAÑA

Al terminar la larga carta del 30 de abril, el P. de Clorivière escribía:

La semana próxima, no sé qué día, el viajero se irá a la Isla. Será por poco tiempo, porque lo urgen a regresar a París.

Se trataba de la Isla de Jersey, posesión inglesa situada en la Mancha, no lejos de la costa bretona y adonde habían emigrado numerosos franceses para huir de la Revolución.

Dos cartas bastante largas del Padre de Clorivière a Adelaida, entonces en San Servan, cartas fechadas respectivamente el 16 y el 23 de mayo de 1791, hablan de las personas que ha encontrado y del apostolado ejercido junto a ellas, pero sin indicar la razón precisa de estada en la Isla. Tal vez el Padre, sospechoso en la región de Dinan, se había ausentado para escapar a las pesquisas.

Una larga carta de dirección fechada en Limoëlan cerca de Broons, el 8 de junio de 1791, nos informa que está de regreso en Bretaña y se hospeda en casa de su hermano. El anima a Adelaida para que responda con amor y confianza a lo que Dios espera de ella.

Estos designios - no vacila en decirle - son grandes; sin duda usted puede, incluso debe reconocer que están muy por encima de su debilidad y de su capacidad. Reconozca incluso, lo acepto bien, que nadie es menos adecuado que usted para procurar la gloria de Dios; pero al mismo tiempo, abandónese enteramente al Señor para que su santa voluntad se cumpla en usted de la manera más perfecta... Lo que El espera de usted es

algo demasiado grande para que pueda apoyarse de alguna manera en usted misma... Los instrumentos más débiles se vuelven fuertes cuando están en una mano todopoderosa.

Esas pocas líneas entre muchas otras traducen una vez más la firme dirección del fundador y los humildes sentimientos que la nueva superiora general tenía de sí misma.

Ese total abandono de los "instrumentos" a la dirección providencial vale para todos los tiempos. Hablando de las Sociedades, el Padre de Clorivière volverá a decir un poco más adelante:

Es Su obra, sólo El puede hacerla tener éxito y darle su perfección. No debemos inquietarnos siquiera por el éxito, porque sólo depende de El; ni escrutar el porvenir, porque El se ha reservado su conocimiento; ni prever demasiado los medios que habrá que tomar, porque sólo El sabe los que convienen y nos los sugerirá en el momento más conveniente.

Al terminar su carta, el Padre da a Adelaida esta indicación muy en la línea de su cargo:

Cuando me separé de usted el lunes por la mañana en Santa Ana, dos señoritas cuyos nombres le había dado, las Señoritas Chenu y Faribeau, vinieron a encontrarme en la sacristía y me hablaron de la Sociedad de María. Les dije lo que pude, pero les pedí que se dirigieran a usted.

Se trataba de Teresa Chenu, que fue durante un tiempo superiora de las Hijas del Corazón de María de San Malo y alrededores.

La carta del 15 de junio de 1791, siete días más tarde, la escribe desde Rennes, donde ha tenido que huir a toda prisa. El día de Pentecostés, predicando en Broons, ilustró una vez más a los feligreses sobre los peligros que hacían correr a su fe las presiones y actuaciones revolucionarias. El Padre fue denunciado, pero amigos lo previnieron a tiempo, ocasionando su partida precipitada. Añade que no ha tenido tiempo para terminar el Directorio "para nuestras hijas", que pensaba entregar a Adelaida antes de su partida a París. Su próxima carta, fechada también en junio, será enviada desde la capital.

El P. de Clorivière ha dejado a M. de Cicé sobre el terreno para implantar la Sociedad de las Hijas del Corazón de María en Bretaña. Providencialmente, la Srta. Amable Chenu ha relatado en sus recuerdos sus primeros encuentros con Madre de Cicé. Esto nos vale un nuevo retrato de la que nunca conoceremos bastante: la limpidez del relato de Amable Chenu es evocadora: <sup>47</sup>

Una mañana, cuando descendíamos <sup>48</sup> el camino para ir a visitar a una enferma, encontramos a la Srta. de Cicé acompañada por su camarera. Era la primera vez que yo tenía el honor de verla; mi hermana la reconoció, la saludó y me presentó a ella. La Señorita de Cicé iba precisamente en busca nuestra, no sabiendo exactamente dónde vivíamos. En cuanto entró a la casa, ella se puso de rodillas, recitó con nosotras la pequeña corona de la Santa Virgen y el rosario del Sagrado Corazón. <sup>49</sup>

\_

<sup>&</sup>lt;sup>47</sup> Cf. Anales, T.I, pág. 246ss.

Las dos hermanas, Amable y Teresa Chenu.

<sup>&</sup>lt;sup>49</sup> Evidentemente eran oraciones muy conocidas entonces, y por eso susceptibles de unir los corazones en el Señor y su Madre antes de otros intercambios.

Nunca había sentido tanta devoción en la oración, tan comunicativo era su fervor. Ella nos leyó el plan de la Sociedad y nos lo dejó para que hiciéramos copia. Yo me sentía con ella como los discípulos de Emaús con Nuestro Señor. Ella no quiso quedarse a comer con nosotras pues debía partir a Dinan pasado el mediodía y nos dijo que volvería pronto, pues después de cada uno de sus viajes ella regresaba siempre a la comunidad de la Cruz en San Servan.

Ese relato hace revivir a nuestros ojos lo que podían ser esos primeros encuentros con Madre de Cicé y la irradiación sobrenatural que emanaba de su persona.

Lo mismo para el segundo encuentro con las hermanas Chenu, todos los detalles hablan:

Algunas semanas más tarde... ella llegó con su camarera que nos llevaba un trozo de carne asada y un pancito por miedo a que su llegada nos cogiera desprovistas. Iba vestida muy sencillamente, con un vestio negro, una pelliza y un capote del mismo color, pero tenía en toda su persona una mezcla de grandeza y de humildad que le daba un encanto infinito. Llevaba un hermoso anillo de oro con una medalla que representaba a la Santa Familia. Lo había recibido de regalo de uno de sus hermanos que era obispo.

Después de una frugal comida que su camarera, la señorita Le Marchand, había compartido con nosotras (pues nos dijo la Señorita. de Cicé que era una santa y ellas tomaban todas sus comidas juntas) <sup>50</sup> la Señorita de Cicé nos leyó las disposiciones preparatorias a la Consagración.

Aquí se sitúa la llegada intempestiva de la sobrinita de las hermanas Chenu y la exquisita bondad con la que Madre de Cicé interrumpió sus explicaciones religiosas para acariciar a la niña.

# Y Amable Chenu concluye:

A pesar de la contrariedad que sentía, me quedé con un ejemplo de virtud que no olvidaré jamás, como tampoco el aire de paz y de gracia que irradiaba sobre el rostro de la Señorita de Cicé.

Ella continuó luego su lectura e hizo el comentario con una unción que nos penetró hasta el fondo del alma.

Con este recuerdo de una sencillez casi evangélica dejaremos a Madre de Cicé continuar haciendo las primeras siembras de la Sociedad en Bretaña, mientras el P. de Clorivière prepara su viaje a París.

xxx

Para comprender mejor la prudencia y la audacia que marcaban ya las gestiones respectivas de M. de Cicé y del P. de Clorivière en los primeros días de las Sociedades, es bueno recordar brevemente los trastornos políticos y religiosos que agitaban entonces a Francia. <sup>51</sup>

<sup>51</sup> Para más detalles, ver "Fundada sobre la Roca".

<sup>&</sup>lt;sup>50</sup> Cosa muy poco corriente en una época en la que amos y empleados conservaban sus distancias.

El 13 de febrero de 1790, un decreto suprime el reconocimiento oficial de los votos solemnes de religión y prohibe emitirlos en el futuro. Es seguido el 12 de julio del mismo año por la "Constitución civil del clero", por la cual el clero de Francia, prácticamente separado de Roma. se coloca bajo la dependencia del poder civil. El 27 de noviembre siguiente, todos los obispos y eclesiásticos son obligados a prestar el juramento de fidelidad a la Constitución y a la Nación, bajo pena de ser perseguidos como perturbadores del orden público. El 4 de enero de 1791, 42 obispos sobre 44 reunidos en la Asamblea, se niegan públicamente a prestar el juramento. Un gran número de miembros del clero lo rechazan también. A partir de ese momento quedan "fuera de la ley". Numerosos obispos emigran entonces al extranjero, especialmente a Inglaterra. En el interior del país muchos sacerdotes no juramentados <sup>52</sup> se ocultan y ejercen su ministerio en la clandestinidad: la delación y la persecución a los sacerdotes se extiende a todas las provincias.

El 3 de septiembre de 1791, la Asamblea Constituyente ha terminado su mandato. reemplazada por la Asamblea Legislativa, compuesta por elementos sin experiencia en política y especialmente anti-religiosos.

Se adivina la agitación provocada por esos acontecimientos, las angustias y la inseguridad crecientes; se comprende mejor también el tono de las cartas del P. de Clorivière dirigidas desde París a M. de Cicé, y el ambiente en el que esta última efectúa los desplazamientos necesarios a los comienzos de la Sociedad en Bretaña.

No hay que olvidar tampoco los medios de transporte de la época: diligencias o cabriolés, lo que requiere la mayor circunspección en los intercambios con los compañeros de viaje cuyas opiniones políticas se ignoran. En esos tiempos turbados, todo desconocido podía ser sospechoso.

La primera carta del P. de Clorivière fechada en junio de 1791 refleja esa atmósfera. Acaba de llegar a París y escribe a M. de Cicé:

En la fermentación en que estamos, no le hablaré de partir. Hay que esperar la calma. En la espera, usted puede trabajar útilmente donde está por la gloria de Dios que es lo único que desea. En medio de las vicisitudes y del trastorno general, nuestra alma debe gozar de una paz inalienable... La naturaleza en nosotros puede experimentar penosas alternativas, pero el espíritu debe elevarse por encima de lo que ella experimenta y permanecer firme en Dios.

El viaje del Padre de Bretaña a París no ha sido sin riesgos, pero:

Un celoso patriota que no me había visto nunca ha sido mi salvaguardia; el pasaporte de un ex-alcalde me fue de gran utilidad en dos municipalidades; mi ángel me condujo como de la mano para que tuviera dos veces en el camino la posibilidad de celebrar. Tengo aquí [en París, en las Misiones Extranjeras] la soledad y estoy muy en reposo en medio del tumulto.

En esa misma carta, el Padre anuncia la detención del Rey y termina con estas líneas:

La desean mucho, pero tendría que vivir muy aislada y prepararse para sufrir mucho. Aún no es tiempo para venir.

<sup>&</sup>lt;sup>52</sup> Es decir, que se han negado a prestar el juramento.

La carta siguiente fechada solamente: París 1791, responde punto por punto a consultas hechas por M. de Cicé a propósito de nuevas asociadas y de las personas aptas para asegurar su formación.

Luego el Padre llega a su corresponsal misma:

En cuanto a usted, querida hija, no tema sino ese exceso de temor al que se deja llevar a veces. Cuanto más experimentamos nuestra debilidad, más hay que poner nuestra confianza en el Señor; El suplirá abundantemente a todo lo que le falta. Usted no puede impedirse el ver que el Señor ha bendecido lo que ha emprendido durante su estada en Dinan... Quiero que esté usted persuadida de que no hay instrumento menos adecuado que usted para adelantar la obra de Dios, pero acuérdese de que, en la mano de Dios, todos los instrumentos son iguales; no hay nadie que no sea como todopoderoso cuando es movido por una mano todopoderosa.

Sigue un párrafo que responde a una solicitud de M. de Cicé relativa a su régimen alimentario. El Padre le dice que tiene razón al no hacerse un hábito del café. Sin embargo, hay que saber tomarlo, y sin ningún escrúpulo, en caso de necesidad. Por el contrario

En lo que respecta al uso del vino con agua, hay que permitírselo mucho más libremente porque con ello la sensualidad está mucho menos halagada. Por poco útil que sea este uso para su salud, no le permito que se lo prohiba.

La gravedad de los acontecimientos a los cuales hay que enfrentarse no interrumpen en nada, tanto de parte de M. de Cicé como de parte del Padre, la continuación de la ascesis religiosa en los detalles de la vida diaria.

Siguen consejos de prudencia sobre la manera de dirigir las cartas o los paquetes que M. de Cicé debe enviar a París en vista de su traslado: "en estos tiempos de turbación conviene guardar el incógnito".

Por fin, el Padre manifiesta su pena por no poder enviar aún "el Reglamento" [la Regla de conducta], que avanza pero aún no está terminado.

La carta del 3 de agosto de 1791 anuncia a M. de Cicé que el Padre le envía "el resto del primer capítulo [de la Regla de conducta] y una buena parte del segundo", del que ha hecho sacar copia. En esa época las copias manuscritas no son un pequeño asunto, y el Padre indica a la Madre las diferentes hojas que hay que hacer llegar a los asociados de Bretaña.

Hace alusión también a un retraso del correo que tendrá repercusiones en lo que se refiere a la ida de M. de Cicé a París, pero en todas las cosas él ve las intenciones providenciales: hay que afirmar los humildes comienzos de la Sociedad en Bretaña.:

Dios tiene en esto sus designios que hay que adorar. El quiere darle el tiempo para cimentar lo que ha empezado.

Un pasaje de la carta del sábado 20 de agosto de 1791 permite conocer el trabajo asumido por M. de Cicé además de sus desplazamientos. Se trata de la primera parte de la Regla de conducta:

La copia que usted me ha enviado está muy correcta y bien escrita, pero yo habría deseado que la hiciera escribir más bien que escribirla usted misma. Es un trabajo que debe matarla.

#### Y añade:

Mientras esté en Bretaña, trate de poner todo en un buen pie; haga sacar copias del reglamento y envíe en cada lugar a aquel o aquella a quien más convenga... Pero le repito, no haga las copias usted misma: el trabajo sería demasiado largo y usted tiene algo mejor que hacer.

## El Padre la previene luego:

No le queda mucho tiempo de permanencia en Bretaña. El Señor Arzobispo respondió a su Primer Vicario<sup>53</sup> que aprobaba nuestro proyecto y que lo consideraba muy propio para procurar la gloria de Dios. Es todo lo que yo deseaba para decirle que venga adonde es muy esperada. Tendrá por compañero de viaje a nuestro buen amigo el Sr. Cormeau. Escríbale a fin de que se pongan de acuerdo para encontrarse en Rennes.

La carta muy breve del 3 de septiembre de 1791 anuncia que el Sr. Cormeau no puede partir aún a París. Eso permitirá tal vez a M. de Cicé hacer un viaje deseado a San Brieuc.

La carta del 12 de septiembre copia para la destinataria algunas líneas de otra carta que el Padre acaba de recibir de Quintín, donde ha tenido que esconderse el Sr. Cormeau. Los términos bastante enigmáticos muestran las precauciones a las que se estaba obligado, y por eso mismo las dificultades que debía enfrentar M. de Cicé.<sup>54</sup>

Si Adelaida pudiera ir a encontrar a Magdalena [la Srta. Garnier, futura asociada], que no puede ausentarse muy lejos en este momento, ambas podrían visitar a María José [el Sr. Cormeau] en su retiro. La entrevista sería muy útil y adecuada para atenuar las dificultades del gran viaje [la ida a París]. Se tomarían compromisos que tal vez tendrían éxito.

### El Padre añade:

*Usted adivina sin duda los personajes.* 

Soy de opinión que haga ese viaje, querida hija, será para gloria de Dios y consuelo de un santo confesor de Jesucristo. Es por la misma obra que la hace venir aquí.

### El viaje a Quintín no es fácil de realizar, pues el Padre añade:

Sin embargo, temo que se fatigue mucho. Por eso, si su salud se viera afectada, o si otras razones debido a las circunstancias la apartaran de este viaje, yo no se lo exigiría.

# Luego seguro de dar ánimo y paz a M. de Cicé, concluye:

Si lo que le digo es más que un simple ruego, es para que en una acción de esta importancia tenga usted la fuerza y el mérito que da la obediencia.

La carta del 21 de septiembre deja entrever que la ida de M. de Cicé a París es inminente:

Es tiempo, querida hija en Nuestro Señor, de pensar seriamente en sus preparativos para venir aquí.

<sup>54</sup> Para mayor claridad, a veces añadimos precisiones entre paréntesis.

<sup>&</sup>lt;sup>53</sup> Carta de Mons. de Juigné, arzobispo de París, al Sr. de Floirac.

Sigue un conjunto de informaciones respecto a los paquetes que debe enviar. M. de Cicé, acompañada por la Srta. Le Marchand y Agata, su cocinera, se hospedará en el apartamento que actualmente ocupa el P. de Clorivière, quien se lo cede. El pide a M. de Cicé que le precise el día y la hora de su llegada.

Al fin de la carta encontramos esta indicación capital para el nombre de la Sociedad:

No veo que haya que cambiar nada en el nombre de la segunda Sociedad, a no ser que se quisiera, para una mayor semejanza con la primera, que llevara el nombre del Corazón de María. No me corresponde a mí, sino a ella misma decidirlo después de consultar sobre eso al Señor.

Un párrafo de la carta siguiente, fechada el 14 de septiembre de 1791, da testimonio de la actividad apostólica de M. de Cicé durante sus últimas semanas en Bretaña:

La acompañaré en espíritu durante su viaje a L., S.B. y Q. [Lamballe, San Brieuc y Quintín]. Ruego al Padre de las misericordias que bendiga su obediencia, y en lo que de mí depende le doy la que usted desea.

M. de Cicé está ahora muy cerca de su partida, y como le es habitual, en vísperas de tan importante cambio de vida ella siente turbaciones e inquietudes y teme faltar a la gracia.

En su carta del 3 de octubre, el Padre la ilumina respecto al sentido profundo de esta purificación:

Tenga ánimo... Ponga toda su confianza en el Señor. Lo que usted experimenta no es una señal de que El quiera abandonarla o que sus obras le sean menos agradables. Por el contrario, es una muestra de su amor y de su protección... El quiere que el sentimiento que experimenta de su miseria y de su debilidad le muestre más sensiblemente que lo que ha hecho, que todo lo que pueda hacer por su gloria es obra de El, y que eso la lleve a dirigirse a El con mayor fervor.

Luego, sabiendo cómo responde la presencia eucarística a sus aspiraciones, añade:

Siento que le costará no hospedarse ya bajo el mismo techo que Nuestro Señor, pero estará tan cerca de El como si estuviera bajo el mismo techo y podrá, sin mucha dificultad, visitarlo por la mañana y por la tarde. No hay más de cien pasos desde el cuarto en el que estará hasta el tabernáculo en el que reside el Santo Sacramento.

Por fin, para tranquilizarla en el momento de su llegada a una capital en plena efervescencia, en la que todo le es desconocido:

No tema tampoco que yo abandone París; no tengo ningún deseo de hacerlo, y no estaré tan lejos para que no pueda verla con facilidad todos los días e incluso con más frecuencia si fuera necesario.

Para medir bien las aprehensiones de M. de Cicé hay que recordar que para ella se trataba de formar para la Sociedad naciente, como Superiora general, a nuevas asociadas que no conocía y en un contexto de vida completamente nuevo.

La carta del 8 de octubre tiene sobre todo por fin aconsejarla a propósito de las hijas de María de Bretaña. Le dice también que María José [el Sr. Cormeau] está aún en la incertidumbre respecto a sus posibilidades de salir hacia París. Parece necesaria una estada en Rennes antes de la partida. El post scriptum de esta carta está redactado así:

Lo que usted recuerda haber hecho hace tres años el día de San Francisco era una disposición para el cumplimiento de los planes del Señor sobre usted.

En la fiesta del Poverello de Asís, Adelaida, en la Cruz de San Servan, había vestido la librea de los pobres para mejor romper con el mundo. Ahora, de nuevo bajo la librea del mundo, por Cristo y el servicio de sus hermanos, ella seguía viviendo interiormente esa misma ruptura

La carta siguiente, del 15 de octubre, está dirigida a Rennes:

En cuanto a usted, querida hija, llénese de confianza en Dios. Es El quien pone la persuasión en sus labios para atraer a El a las almas sobre las cuales tiene planes particulares de misericordia; siga con docilidad las santas inspiraciones que El le da. Hay muchas señales de que El la ha escogido para su obra; no pida más, y no quiera tener en eso una certeza total y exenta de toda duda...

Esta especie de obscuridad nos es muy saludable, y es para nosotros un medio de practicar excelentemente la confianza, el abandono y el amor.

A ella como co-fundadora le pide luego que hable de ambas Sociedades con prudencia y de acuerdo a las oportunidades

En un tiempo en que el infierno, en castigo por nuestros pecados, parece tener el poder de hacer todo el mal que quiere a los hombres, la virtud debe actuar en secreto y en el silencio, para procurar con mayor seguridad y por más tiempo la gloria del Señor.

Por fin, unas líneas del Padre el 28 de octubre.

La estada de un mes en Rennes parece larga, pero le ha dado a M. de Cicé el tiempo para "avanzar en la obra del Señor". Ese atraso permitirá también al Padre "dar un retiro a buenos ermitaños". Acaba de dar uno a carmelitas, y se prepara otro para eclesiásticos.

Todo está dispuesto en el apartamento de Madre de Cicé en París. El Padre se hospedará en adelante en la calle de la Chaise n°526, bajo un nombre prestado: Sr. Poisseaux.

La carta del 30 de octubre es la última despachada de París a Rennes antes de la llegada de la cofundadora a la capital, el 11 de noviembre, llegada que obliga al Padre a modificar sus proyectos: retrasa el retiro prometido a los eremitas para estar allí y acogerla junto con el Sr. Cormeau a su llegada a París. El la anima una vez más a practicar el abandono y la confianza en el "penoso estado" en que se encuentra:

Abandonémonos a la divina Providencia con una dulce confianza en que ella conducirá todo y hará que todo sirva para su mayor gloria. Es así como considero el penoso estado que usted experimenta. Dios quiere que conozca por experiencia propia de lo que es capaz por sí misma, para que atribuya únicamente a El todo aquello en que será el

instrumento.

La humilde superiora general tendrá que superar una vez más sus aprehensiones para entregarse sin reserva, en el seno de la tormenta, al servicio del Señor y al de la Sociedad.

### MADRE DE CICE VA A PARIS

M. de Cicé tomó la diligencia hacia París el 6 o 7 de noviembre de 1791, en Rennes. Se le unió otro viajero, sin duda de incógnito. Era el Sr. Cormeau. confesor de la fe. El pudo abandonar por fin su escondite de Quintín y permanecer algunos días discretamente en Rennes. Era un hombre acosado por todas partes en Bretaña, donde era bien conocido como antiguo director de misiones.

Tomó discretamente un lugar en la diligencia, y con él el Señor, pues llevaba consigo hostias consagradas. M. de Cicé lo sabía... El largo viaje de cuatro a cinco días, con detenciones en los albergues, sería para los viajeros un tiempo de adoración silenciosa. Con El y por El van a enfrentar la tempestad, pues en París se agravan cada día los disturbios revolucionarios.

La diligencia se detiene un poco después de la puerta de Versailles. Allí algunas personas esperan a los viajeros. La Srta. Deshayes, seguramente con una o dos hijas del Corazón de María buscan a M. de Cicé con la mirada. Un sacerdote del Corazón de Jesús debe hacerse cargo del Sr. Cormeau. Se adivina con qué respetuosa emoción es llevada M. de Cicé al pequeño apartamento de la calle des Postes, donde se ha preparado todo para recibirla. Por prudencia, el P. de Clorivière irá a verla un poco más tarde.

Los primeros días de la Superiora general en París deben pasar conociendo a las hijas de María de la capital, y el P. de Clorivière vería con ella las entrevistas y las conferencias espirituales que hay que asegurar. <sup>55</sup> En plena tormenta revolucionaria, se organiza la vida de una Reunión naciente, bajo la sola mirada de Dios y de su Madre.

Pronto una prueba familiar alcanzaría a M. de Cicé, como lo anuncia un corto billete del P. de Clorivière fechado solamente "Sábado por la mañana" (1792):

Comparto su dolor por esta pérdida y el consuelo que ha sentido por los piadosos sentimientos de un hermano en el momento que se decidía su eternidad. Tiene muchos motivos para bendecir a Dios, y él más que usted, por la feliz coincidencia que le hizo tener la dicha de tenerla junto a él. El Señor es muy bueno con los que lo buscan a El solo.

\_

<sup>&</sup>lt;sup>55</sup> Las "Conferencias sobre los votos de religión" fueron compuestas hacia fines de 1791 y comienzos de 1792. Los AHCM poseen los autógrafos desde el fin de la 6ª (incompleta) hasta la última. Esos autógrafos llevan todos la fecha: la 7ª conferencia, del 7 de enero de 1792; la 12ª y última, del 23 de febrero de 1792.

De acuerdo a esas líneas, podemos pensar que M. de Cicé tuvo el consuelo de endulzar los últimos días de su hermano Luis Todos los Santos, oficial de marina que se había casado en 1767 en París y debía morir el 28 de enero de 1792.

Pasa un intervalo de varios meses sin huellas escritas. M. de Cicé y el P. de Clorivière pueden encontrarse sin duda regularmente para velar juntos por los primeros pasos de la Sociedad en la capital. La agitación está en su punto máximo: el decreto del 27 de noviembre de 1791 ha colocado en estado de arresto a los millares de sacerdotes que se niegan a prestar el juramento a la Constitución. En abril de 1792 se declara la guerra a Austria y los primeros reveses sufridos por el ejército republicano provocan la locura. La sospecha se amplía, el riesgo de delación está en todas partes. Las iglesias y las capillas en las que oficiaban los sacerdotes no juramentados son cerradas. Pero no todas: las propiedades extranjeras gozan aún de la libertad de culto, como es el colegio de los irlandeses que, por un tiempo, puede poner generosamente a disposición del clero francés sus edificios protegidos por cierta inmunidad. Allí se harán numerosas ordenaciones clandestinas precedidas de retiros en los que el P. de Clorivière tuvo que ejercer su habitual celo de predicador. Los ejercitantes tenían la costumbre de enviar al fin de su retiro una carta al Santo Padre, testimonio conmovedor de su fidelidad a la Sede Apostólica; al final de una de esas cartas, fechada el 23 de marzo de 1792, se encuentra a la cabeza de las firmas la del Sr. Cormeau, cura de la parroquia de Plaintel.

Un índice permite conjeturar la asistencia que M. de Cicé y sus compañeras aportaban a los ejercitantes del colegio de los irlandeses. El 22 de enero de 1792, la carta enviada al Santo Padre <sup>56</sup> a la salida de uno de esos retiros concluye con estas líneas muy interesantes:

...Por esta carta que hemos redactado juntos... solicitamos de tu Santidad la Bendición apostólica, no solamente para nosotros, sino también para la piadosa asociación de nobles mujeres que ofrecen toda su vida en sacrificio al Corazón de Jesús, a quien están entregadas, y al Corazón de María al cual están especialmente consagradas, y que nos asisten con sus recursos...

¿Se trata de la Sociedad del Corazón de María? Podemos suponerlo con la mayor certeza, vista la proximidad del alojamiento de M. de Cicé y sus hijas y la parte que en esos retiros tomaban los sacerdotes del Corazón de Jesús. Así, al alba misma de la Sociedad, nuestra primera Madre podía colaborar en esas obras de "misericordia espiritual" por las cuales manifestaba su predilección en la larga carta escrita al P. de Clorivière en septiembre de 1790.

La correspondencia interrumpida a fines de enero 1792 entre los dos fundadores se reanuda en julio siguiente. Una carta del P. de Clorivière a M. de Cicé nos la muestra siempre bajo la presión de sus penas interiores:

Miércoles tarde, 11 de julio de 1792.

Usted está ahora demasiado turbada para que yo deba y pueda exigirle nada nuevo... Siga haciendo como lo ha hecho hasta ahora, con relación a sus compañeras, sin decirles nada de lo que le he dicho. Le recomiendo solamente que cuide más su salud, porque su estado, que conozco por mí mismo, me convence de que la cosa es absolutamente necesaria.

58

<sup>&</sup>lt;sup>56</sup> Archivos vaticanos, Nunciatura de Francia, vol.582, f.266-268, n°82 (original en latín).

Sin duda en razón de los escrúpulos de M. de Cicé, el Padre añade:

No la obligaré a comulgar mañana ni pasado mañana, y bastará con que venga a confesarse el sábado por la mañana. Pero si ese día, que es el de la federación <sup>57</sup> hubiera algún riesgo para venir tan lejos, no venga.

La carta del 16 de julio permite captar en lo vivo los peligros corridos por los fundadores. Se exige una extrema prudencia:

Habría sido un verdadero consuelo para mí, querida hija, si hubiera podido celebrar con usted en la montaña del Carmelo esta fiesta de nuestra buena Madre<sup>58</sup>; pero el Señor lo ha dispuesto de otro modo, que sea bendito por siempre su santo Nombre. Pongamos nuestra gloria y nuestra felicidad en cumplir en todo su santa voluntad, por rigurosa que pueda ser. No es una pena pequeña para mí, y no dejará de serlo también para usted, que no pueda salir por algunos días. Siento claramente, y otros me lo dicen, que seria una gran imprudencia hacerlo.

Sigue el anuncio de numerosas detenciones que acaban de producirse en París y que, en algunas semanas, serán seguidas por las masacres de septiembre:

Usted supo sin duda que recientemente se ha detenido a numerosos sacerdotes, entre otros señores de San Sulpicio, a los que se ha trasladado a los Carmelitas; algunas religiosas, que habían ido ayer a recibir sus pensiones, fueron detenidas.

Por fin esas líneas que muestran su hermoso equilibrio, pero muy propias para despertar los temores de M. de Cicé:

Ayer tarde nos dieron una gran alerta; yo no me asusté, y eso no me impidió dormir muy tranquilamente, pero nuestras señoras <sup>59</sup> velaron casi toda la noche para preparar su huida.

En ese ambiente de un Terror que amenaza en todas las puertas recibe M. de Cicé la carta del 7 de agosto, carta de un tono grave, casi solemne, en la que el fundador le anuncia que podrá pronunciar sus primeros votos el 15 de agosto.

*Querida hija,* 

La paz de Nuestro Señor.

Me he ocupado mucho de usted delante de N.S. y creo que debo decirle en su nombre y en nombre de su Santísima Madre, que se prepare para hacer sus votos en la Sociedad de las Hijas del Sagrado Corazón de María en la fiesta de su Asunción gloriosa, de aquí en ocho días.

La dispenso de sus exámenes, debido a sus temores excesivos. Yo respondo ante usted y ante Dios de sus disposiciones. Sin embargo, lea con cuidado el examen y entre lo mejor que pueda en las disposiciones que exige...

Los votos serán esta vez sólo por un año.

<sup>59</sup> Sin duda, religiosas vecinas.

\_

<sup>&</sup>lt;sup>57</sup> La federación: aniversario de la toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789.

<sup>58 16</sup> de julio: Nuestra Señora del Carmen.

Le sería muy dificil, por no decir imposible, hacer un retiro formal; dada su situación presente, su enfermedad de los ojos y la necesidad en que está de salir de su casa, de hablar, etc... Pero haga lo que pueda sin ninguna inquietud, de aquí a la Asunción. Relea con cuidado el plan y las reglas, y las instrucciones sobre los votos.

Anímese a una gran confianza, y que Nuestro Señor Jesucristo esté siempre con usted. Así sea.

El contenido de esta carta está de acuerdo con las exigencias de una vocación muy elevada: M. de Cicé está exenta de lo que podía avivar sus escrúpulos, pero debe ponerse frente a su vocación de hija del Corazón de María y a los votos que va a pronunciar.

El 11 y el 14 de agosto recibe dos cortos billetes del P. de Clorivière aconsejándole la paz y el abandono; el último tiene una indicación interesante:

Dije a la Srta. Deshayes y a su N. <sup>60</sup> la felicidad que usted tendría mañana, y aproveché para decirle que se preparara para la misma felicidad en la Purificación próxima..."

El día siguiente, 15 de agosto, en la fiesta de la Asunción, M. de Cicé sellaba definitivamente la ofrenda firmada con su sangre el 1° de octubre de 1776. Ella era "toda de Jesús su Esposo".

### LOS PRIMEROS VOTOS DE MADRE DE CICE

Ningún índice permite saber exactamente el año <sup>61</sup> y el lugar en que - ese día de la Asunción - M. de Cicé emitió sus primeros votos. Fue sin duda en una capilla o un oratorio conocido del P. de Clorivière, y donde la ceremonia podía tener lugar con toda discreción.

De acuerdo a la introducción del discurso que el fundador pronunció en esa ocasión <sup>62</sup> se puede suponer que algunos sacerdotes del Corazón de Jesús debían acompañar, con algunas hijas del Corazón de María, a nuestra primera Madre, pues el Padre pide al Espíritu Santo que "ponga en sus labios palabras de verdad adecuadas para edificar a "aquellos" que las escucharán" y hace alusión a la plenitud que aportan los votos al compromiso sagrado del sacerdocio.

Los Archivos de la Sociedad tienen ese discurso autógrafo in extenso. Es demasiado largo para reproducirlo aquí, pero trataremos de desprender las ideas principales. No se duda, en efecto, que el Padre, en esa circunstancia, haya descrito los rasgos esenciales de la Sociedad religiosa de la cual M. de Cicé era "la primera piedra".

A través de ella, el fundador se dirige también a "todas aquellas que vendrán detrás de ella"... La introducción evoca, con los acentos de un contemplativo familiar de esas verdades, a María, en el cielo, en cuerpo y alma, objeto de una alabanza incesante de los bienaventurados que "descubren lo que Dios ha hecho por su Madre, las gracias singulares que le ha prodigado", la acogida total hecha por la Virgen a esas gracias, y "las complacencias que ese mismo Señor toma en la perfección de esa obra maestra de sus manos".

61 Las cartas del P. de Clorivière relativas a los votos de M. de Cicé no llevan ningún milésimo. De hecho no se puede decir de manera cierta que sea en 1792; podría ser 1793.

<sup>&</sup>lt;sup>60</sup> "Su N." es sin duda su novicia, pues la Srta. Deshayes estaba encargada de la formación de las novicias.

<sup>&</sup>lt;sup>62</sup> En esos tiempos turbulentos no se puede tener la certeza de que el Padre haya podido asistir a la reunión y leer él mismo el discurso que había preparado

El tema central desarrollado por el Padre se apoya en ese versículo evangélico: "María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada" (Luc.10, 42). y el Padre aplica esas palabras a M. de Cicé, en nombre del Señor: en este día, en este momento en que, caminando sobre las huellas de María... usted escoge como ella la mejor parte, comprometiéndose por voto en la Sociedad de las hijas de su Corazón."

Anuncia luego las dos grandes partes de su discurso:

La primera: "María ha escogido la mejor parte", tiene por objeto mostrar toda la perfección que M. de Cicé puede dar a su sacrificio con el auxilio de la gracia.

La segunda: "no le será quitada" tiene por objeto apartar todo temor de su corazón recordándole las grandes misericordias del Señor para con ella.

El Padre magnifica en primer lugar la vida religiosa que M. de Cicé va a abrazar:

¿Qué puede hacer el hombre más santo, más perfecto, más agradable a Dios y más adecuado para manifestar su agradecimiento por todos sus beneficios, sino hacer servir para su gloria todo lo que ha recibido de su bondad; hacerle el sacrificio más completo, más irrevocable de todas las cosas de la tierra; de su cuerpo y de todos sus sentidos, de su alma y de todas sus facultades, de todo su ser?... No se puede concebir sobre la tierra un estado más santo, más perfecto, y que se acerque más al estado de los bienaventurados en el cielo...

Pero "Dios no se da plenamente a nosotros, nosotros no somos plenamente de El, sino por la renuncia y el sacrificio de nosotros mismos, y ese sacrificio no tiene toda su perfección hasta que uno se consagra irrevocablemente y sin reserva al Señor, por la emisión de los tres votos substanciales de religión, o por una tan perfecta donación de sí mismo que contenga eminentemente esos tres votos y encierre todas sus obligaciones.

Sigue un largo desarrollo sobre la excelencia de cada uno de los votos; por ellos: el hombre hace a Dios la ofrenda más entera de sí mismo, el sacrificio más perfecto de que sea capaz en esta vida, y... por ese sacrificio, se introduce en el estado más santo y más sublime que pueda tener en este mundo.

Se adivina cuánto podían penetrar estas afirmaciones en el alma y el corazón de los que las escuchaban, en el mismo momento en que los decretos revolucionarios prohibían formalmente la vida religiosa.

Siempre preocupado de dar una base teológica a su enseñanza, el Padre continúa:

El alma fiel en responder a la santidad, a la sublimidad de esta vocación es en la tierra la imagen viviente del Salvador de los hombres... Desde el primer instante de su Encarnación, el Verbo hecho carne ha hecho a su Padre el holocausto más perfecto de sí mismo. Dueño de todas las cosas, se despojó de todo... se sometió en todo a la voluntad de su Padre e incluso a la de los hombres.

Aquí el fundador abre a M. de Cicé perspectivas marianas que introducen a las hijas del Corazón de María en el corazón de su vocación: El Verbo encarnado es "el modelo de los religiosos". M. de Cicé lo considerará en adelante en la más hermosa y la más semejante de todas sus imágenes, en su augusta Madre... en sus ejemplos admirables que son como un magnífico desarrollo de las grandes lecciones de su divino Hijo... Todo es admirable en la Madre del Salvador de los hombres; no hay ningún instante, ningún misterio de su vida que no nos la muestre como la imagen más hermosa de su Hijo, como el modelo acabado de todas las virtudes religiosas.

Sigue un pensamiento habitual en el P. de Clorivière, orientando a su auditora hacia el pluralismo propio de la Sociedad:

Diversas otras órdenes religiosas, siguiendo el movimiento del Espíritu, se dedican principalmente a honrar, por su culto y por su imitación, varios de esos diferentes misterios [de la Virgen María]; en cuanto a usted, querida hija, y las que vendrán después de usted, bajo la dirección de ese mismo Espíritu, considerarán todos esos misterios juntos, considerarán todas las virtudes de María en el más alto grado de excelencia, consagrándose especialmente a su Sagrado Corazón bajo el nombre de Hijas del Sagrado Corazón de María. Usted afirmará así que de ese Corazón, que es puro amor a Dios y caridad por el prójimo, sacará en adelante todos sus sentimientos, todos sus afectos, toda su vida.

El conjunto de las enseñanzas dadas por el Padre, especialmente en sus Cartas circulares, presenta esta conformidad al Corazón de María, la más perfecta imagen del Corazón de su Hijo, el Verbo encarnado, como el núcleo mismo de la espiritualidad que él ha legado a la Sociedad. Después de haber exaltado así el beneficio de la vida religiosa, el fundador añade que ese beneficio grande en sí mismo lo es también en consideración a las circunstancias. Traza entonces un cuadro impresionante de las destrucciones y de los trastornos revolucionarios, cuadro que habla mucho a los que eran entonces sus testigos diarios: iglesias demolidas, devastadas o entregadas a un culto impío, altares y reliquias profanados, cristianos mártires de la fe, sacerdotes encarcelados u obligados al exilio, el santo sacrificio celebrado en lugares ocultos y con peligro de la vida, los monasterios destruidos, los religiosos dispersos, los votos y la profesión religiosa prohibidos, el nombre de Jesucristo rechazado.

Y el Padre añade, dirigiéndose a M. de Cicé:

Que esto realce con respecto a usted la gloria concedida en todo tiempo a la profesión religiosa... Pero he aquí algo particular para usted, de lo que debemos alegrarnos con usted en el Señor que, por pura misericordia, la ha escogido para ser la primera piedra del nuevo edificio que El levanta para su gloria y la gloria de su santa Madre. Usted es la primera que El ha escogido por esposa, y podemos esperar que se servirá de usted para atraer en su seguimiento a un numeroso cortejo de vírgenes, un pueblo elegido que se esforzará en compensarlo, por el fervor de sus homenajes, por la pureza de su amor, por la práctica de los consejos evangélicos, de los ultrajes de un mundo impío, y de la injuria que se le hace con la supresión de tantas Ordenes que se esforzaban por procurar su gloria y la salvación de los hombres.

# Luego no teme ampliar el horizonte:

Podemos esperarlo, lo que el Señor ha hecho por usted es la prenda de lo que quiere hacer; pero aunque El hubiera ordenado de otra manera los decretos de su sabiduría eterna, esos deseos de contribuir a su gloria sólo pueden venir de El, y deseos tan puros, tan grandes, tan vastos, que se extienden a todos los tiempos, a todos los lugares, a todas las clases de la sociedad, y cuyo objetivo sería hacer reflorecer por todas partes... la santidad de los más hermosos tiempos del cristianismo... esos deseos no pueden dejar de ser muy agradables a Dios.

M. de Cicé verdaderamente "ha escogido la mejor parte. Añado para llevar al colmo su consuelo

que esa parte no le será quitada."

Entrando entonces en los sentimientos de M. de Cicé, el Padre afirma que él conoce su debilidad, aún mayor de lo que ella se puede imaginar, pero esa debilidad es un nuevo motivo de confianza. Ella puede decir con el Apóstol que su extrema debilidad es su fuerza.

Sabiendo cuánto teme faltar de fidelidad en la exacta observancia de sus votos, el Padre expone ampliamente cómo éstos, lejos de ser una carga, le serán una ayuda para responder a su vocación. Luego esas líneas conmovedoras en las que garantiza la pureza de intención de M. de Cicé en lo que se refiere a su compromiso en la Sociedad:

¿Qué motivo podría haber influido en su vocación? No veo ninguno. ¿La habría arrastrado el ejemplo de los otros? Usted avanza la primera por un camino que no había sido recorrido. ¿Buscaría el brillo? Su sacrificio es conocido por Dios solo. ¿Sería para descargarse de deberes molestos? Contrae usted otros nuevos sin descargarse de los que tenía. ¿Es la dulzura de la soledad? El Señor la retiene en el mundo. ¿Es para desprenderse de todas las preocupaciones y los compromisos de la vida? La religión que abraza no le promete nada temporal... Usted no ha podido proponerse en ello otra cosa que agradar a Jesús, seguir su voz, manifestarle un mayor amor, y contribuir a su gloria de la manera más conforme a su voluntad.

y el fundador precisa de nuevo la finalidad esencial de la Sociedad, por la cual el Señor quiere mostrar al mundo que en vano se esfuerza por aniquilar la práctica de los consejos evangélicos; que en el mundo, a pesar del mundo, se conservará una raza escogida que no solamente no doblará las rodillas ante Baal, sino marchará constantemente por los senderos espinosos de la santidad, y por la oración y la práctica de las más sublimes virtudes contribuirá a la salvación de muchos y derramará por todas partes el buen olor de Jesucristo.

Luego, después de haberle recordado el ejemplo de las primeras vírgenes cristianas, le propone el de la Reina de las vírgenes: Dios no permitió que en ningún tiempo de su vida ella viviera separada del mundo, para que usted pueda glorificarse más especialmente de seguir tan hermoso modelo.

Es así como, en la fiesta de la Asunción, en el seno mismo del Terror que crecía en la capital, y después de haber oído recordar las características esenciales de la Sociedad, la primera superiora general se ofrece al sacrificio que la consagra totalmente al Señor y a su servicio.

Podemos presentir con cuánta humildad y cuánto fervor pronuncia entonces sus primeros votos:<sup>63</sup> "Trinidad santa...

yo, Adelaida Champion de Cicé os hago en este día...

-

<sup>&</sup>lt;sup>63</sup> La fórmula más antigua, escrita de mano del P. de Clorivière, lleva la fecha 15 de agosto de 1793. Es la siguiente: "Trinidad santa, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios en tres personas, y Vos, divino Jesús, Salvador de los hombres, cuyo Corazón está todo ardiente de amor;

prosternada a los pies de vuestra infinita Majestad, y llena de confianza en la grandeza de vuestras Misericordias, indigna como soy, yo... os hago en este día de la Asunción triunfante de la gloriosa Virgen María, Madre de Dios, bajo sus auspicios y en la Sociedad de las Hijas de su Sagrado Corazón, Votos de Pobreza, Castidad y Obediencia, según el espíritu y la forma de esta Sociedad.

Os pido, Dios mío, y espero de vuestra pura bondad, por los méritos de Jesucristo Nuestro Señor, y por la intercesión todopoderosa de su Santísima Madre, de la que quiero ser toda mi vida la humilde sierva, las gracias abundantes que necesito para guardar fielmente, por toda mi vida, los votos que acabo de hacer... Así sea."

En esta etapa crucial de la vida de M. de Cicé, detengámonos un instante para reagrupar los rasgos dominantes de su temperamento y para tratar de captar algo del misterio de gracia que le es propio.

Ella tiene aproximadamente 43 años. Su personalidad natural y sobrenatural se ha afirmado con la edad y las circunstancias. Después de largas y dolorosas búsquedas guiadas por el Espíritu Santo, acaba de pronunciar sus votos en la Sociedad naciente de las Hijas del Corazón de María. Ya no se pertenece. Está totalmente entregada al servicio del Señor y de sus hermanos, en y por el Instituto del que es co-fundadora y primera superiora general.

La mantención y el desarrollo de la Sociedad en el corazón de la Revolución primero, luego bajo el régimen napoleónico, van a exigir de ella un valor que irá hasta el heroísmo.

Ella es de una salud particularmente frágil, afectada por una enfermedad pulmonar cuya evolución, aunque lenta, la minará toda su vida. Esta deficiencia física va acompañada de una gran sensibilidad psicológica y moral. Si su corazón es excepcionalmente compasivo y abierto a toda calamidad, siente también profundamente lo que la afecta. Su conciencia tiene reacciones de extrema delicadeza: su horror a la menor mancha, a la debilidad más involuntaria de su parte es para ella ocasión de turbaciones profundas: se siente indigna y se cree incapaz de cumplir su tarea.

Esas desolaciones, estamos tentadas a decir ese estado de desolación, caracterizan en gran parte la vida crucificante de M. de Cicé. A través de las múltiples cartas de dirección del P. de Clorivière se pueden seguir sus etapas día tras día. Esa continuidad puede incluso plantear una pregunta a una mirada superficial: ¿no jugaría la enfermedad un rol importante en sus pruebas interiores?

Hay que juzgar las cosas desde más arriba. Ciertamente, el estado de salud y el temperamento de M. de Cicé tuvieron su parte de influencia en el desarrollo de su vida interior, pero el Espíritu Santo utiliza habitualmente todos los recursos naturales y sobrenaturales del ser humano para realizar sus planes.

Dos veces le escribirá el Padre de Clorivière que ella ha sido escogida por el Señor como víctima

Le envío mi carta general con ocasión de nuestro gran asunto en el que usted tiene por una parte todo el peso, pues el Señor la ha escogido como víctima.

Y algunos años más tarde: Que ella [Adelaida] no dude que es una víctima en la que se complace el divino amor.

En algunos momentos en los que la angustia de M. de Cicé parece llegar a su colmo, el Padre le recuerda claramente que sus sufrimientos son de orden excepcional:

Le digo con seguridad, lo que usted experimenta no es castigo; es una prueba que se volverá en beneficio suyo y de otros... Esté llena de confianza en su voluntad superior, que es la única que puede merecer o desmerecer; la otra voluntad de sentimiento no está

mismos en calidad de víctimas a esta Víctima adorable" (I, pág.76)

<sup>&</sup>lt;sup>64</sup> Cf. Cartas I, pág.106; II, pág.1. Cf. también t. I pág.76; t.. II, págs. 65,132,147,189. Se encontrará mención de la mayoría de esos textos en el curso de esta obra. Cf. también Documentos Históricos, "Presentación del 29 de mayo de 1808", pág. 220: ofrecerse "como víctimas por la salvación de nuestros hermanos"; la noción de "víctima" era familiar en la espiritualidad de entonces y encontraba un terreno favorable frente a los excesos de la Revolución. En septiembre de 1791, el Padre escribía a M. de Cicé: "Adoremos los secretos juicios del Altísimo... Ofrezcámosle los méritos infinitos de su Hijo Jesucristo para apaciguar su justicia y unámonos nosotros

siempre en nuestro poder y no depende de nosotros rectificar los sentimientos, sobre todo en las pruebas extraordinarias como son las suyas. ¿Por qué permite Dios esas pruebas? Respetemos los secretos del Señor. No tratemos de conocer lo que El quiere ocultarnos, pero estemos seguros de que son dirigidas por amor. El nos lo manifestará un día, y entonces verá, si permanece fiel, cuán ventajosos le han sido esos sufrimientos, esas violencias, esos trastornos de toda clase. <sup>65</sup>

No hay camino más excelente ni más seguro para conducir a Dios que la humildad, y por ella la conduce Dios. Por eso permite que sienta esas repugnancias interiores, esas rebeldías, esas sensibilidades, esos retornos de amor propio, esos celos que el demonio suscita en usted de una manera que no es ordinaria y que hace ver bien que el Señor, para probarla, para purificarla cada vez más, para darle el mérito de la cruz, y para que esa cruz se vuelva en su propio beneficio y en el bien espiritual de muchas almas, ha dejado que ese espíritu de tinieblas la asalte con mucha violencia. 66

#### Por fin esas líneas escritas el 11 de marzo de 1808:

Tomo mucha parte en su estado de penas interiores que dura, aunque con intervalos, desde muchos años... y querría poder aportarle algún alivio, pero sólo Dios puede hacerlo. En cuanto a mí, sólo puedo repetirle los consejos que le he dado tantas veces. Si, como lo pienso, está usted en la firme resolución y en la sincera voluntad de conformarse a ello lo mejor que pueda con la ayuda de la gracia divina, aunque le parezca que lo hace muy imperfectamente, aunque experimente en usted misma grandes rebeldías de la voluntad, sus penas no le serán menos ventajosas por amargas y difíciles de soportar. Un día recogerá usted de eso, en esta vida o en la otra, los frutos más preciosos. Se lo digo en el nombre del Señor. 67

La lectura de esas cartas y de muchas otras, en las que el P. de Clorivière trata de explicar a M. de Cicé la conducta de Dios para con ella, permite hacer una aproximación entre esas pruebas y las descritas por San Juan de la Cruz en las noches de los sentidos y del espíritu. El P. de Clorivière mismo nos invita a ese acercamiento cuando escribe el 22 de marzo de 1808 a M. de Cicé:

Me vino a la mente decirle que tome nota de mi cántico sobre la imagen del Beato Juan de la Cruz; su estado está descrito ahí, tal vez podría reconocerlo.

Bajo la pluma de un maestro espiritual tan advertido y tan prudente como el P. de Clorivière, tal testimonio no puede tomarse a la ligera, como tampoco esas líneas escritas unos años antes:

Si sus miserias la turban a veces, que su alma se sumerja en el baño saludable que Jesús nos ha preparado; que lo haga con gran confianza y saldrá de allí muy hermosa y muy pura. Puede incluso suceder que tenga esa pureza necesaria para ser admitida en el cielo ante el Dios de toda santidad.

<sup>67</sup> Cartas II, pág. 291.

65

<sup>&</sup>lt;sup>65</sup> Cf. Cartas, t. II, pág. 46. (1° febrero 1805).

<sup>66</sup> Cartas, t. II, pág. 271-272. Cf. también t. I, pág.119; t. II, pág.9

### **CAPITULO III**

### EN EL CORAZON DE LA TORMENTA

El 16 de julio de 1792, el Padre de Clorivière había anunciado a M. de Cicé la detención de numerosos eclesiásticos, seguida por su encarcelación en los carmelitas. Entre ellos se encontraba el Sr. Gabriel Desprez de Roche, vicario general de la diócesis de París y sacerdote del Corazón de Jesús. El 13 de agosto se encontró en poder de un empleado que había ido a visitarlo en su prisión, un billete en el que el P. de Clorivière pedía al vicario general poderes más amplios que necesitaba para ejercer su ministerio en esos tiempos difíciles. En adelante, el nombre, la dirección y las actividades sacerdotales del Padre serían conocidos y de inmediato se dio una orden de detención contra él. Avisado a tiempo, pudo cambiar de domicilio, pero imaginamos fácilmente cuántas angustias pasaría M. de Cicé al anuncio de tales noticias.

Pronto se precipitaron los acontecimientos: del 2 al 4 de septiembre de 1792, penetraron en las prisiones bandas de exaltados que masacraron a los detenidos. En los carmelitas y en otras partes, cuatro miembros de la Sociedad del Corazón de Jesús cayeron víctimas de lo que la historia de Francia llama "las masacres de septiembre".

Una carta del Padre a M. de Cicé, fechada "martes por la tarde", debe haber sido escrita el 4 de septiembre de 1792, la misma tarde de las masacres. Expresa - una vez más - las consideraciones sobrenaturales que guían al Padre en todos sus juicios:

Miremos todo con la mirada de la divina Providencia y con los ojos de la fe... Estamos en tiempos en los que el Señor nos ordena entregarnos a una santa alegría y la más dulce confianza. No es que la naturaleza no sienta toda su debilidad y que tema sucumbir bajo ella; no debemos sorprendernos por ello después de lo que nuestro divino Maestro quiso experimentar en el jardín de los Olivos, pero con El, elevémonos por encima de nuestros temores, de nuestras debilidades y de nuestras inquietudes naturales; Elevémonos... en espíritu, y ese triunfo sobre la naturaleza será muy agradable a Nuestro Señor que permite en nosotros ese penoso combate entre la naturaleza y la gracia sólo para hacer más gloriosa y más meritoria la victoria de ésta. Unamos nuestras disposiciones a las de Jesucristo en su agonía en el Jardín.

Miro como bienaventurada la suerte de nuestros hermanos y la confianza que tengo de su muerte no me permite rogar por ellos. Si Dios quiere honrarnos con semejante muerte, mirémosla como el más precioso de sus favores. Nuestro cuidado debe ser disponernos a ella por el más completo abandono en Sus manos. Oremos los unos por los otros y por la Iglesia, con toda la confianza y el fervor posibles. Tal vez no tendremos la felicidad y la gloria de ser del número de las víctimas inmoladas, pero lo que es cierto es que Dios pide por lo menos el sacrificio de la voluntad y debemos hacerlo sin reserva y sin límite.

Después de esas líneas en las que se siente cómo se derramaba el don de fortaleza en las almas en esas horas de peligro, se aprecian mejor los consejos de prudencia y de abandono que siguen:

Por grande que sería la satisfacción que me daría verla, no venga sin necesidad a ver al enfermo. Gracias a Dios, el sentimiento de su debilidad no altera ni su confianza ni su resignación, ni su paz. Somos del Señor y no de nosotros. El puede disponer de nosotros conforme a su voluntad; pero también, si quiere conservarnos, todos los malvados, secundados por la rabia de los infiernos, no podrán perjudicarnos. Sin Su voluntad no caerá un solo cabello de nuestra cabeza.

El Padre no olvida a las dos fieles empleadas que han seguido a su señora a París:

Diga de mi parte todo lo más consolador que pueda a la Marchand y a Agata; ruegue también al Espíritu que cuando vengan a visitarnos ponga en mi boca lo que debo responder.

### y este último estímulo:

que Ad[elaida] ponga toda su confianza en Dios; un día ella se alegrará por todo lo que sufre por Dios. No debe arrepentirse de lo que es ante Dios la principal parte de su gloria.

El sello del sufrimiento y del sacrificio considerados hasta en sus últimas consecuencias se posaba así sobre M. de Cicé desde los primeros años de la Sociedad.

Un billete sin fecha sigue sin duda de cerca a la carta anterior. Se adivina en palabras veladas que M. de Cicé ha debido presionar al Padre para que abandone París a fin de sustraerse momentáneamente a las investigaciones.

Lo que usted me dijo esta mañana, gracias a Dios no ha turbado la paz de mi alma. Pero hasta ahora las reflexiones que he hecho me llevan a seguir el consejo que me ha dado. Le doy uno a mi vez: que desde mañana se quede en su casa.

El Padre teme vivamente la estadía que M. de Cicé hace entonces en el hospital de los Incurables, adonde guiada por su habitual caridad cuida a una enferma.

Luego, esas líneas que dejan adivinar los peligros de la hora presente:

Estoy casi determinado a partir. Venga tan temprano como pueda sin que se note. Los dos fundadores, que comparten la responsabilidad de la Sociedad, debían tener muchas cuestiones que arreglar en la víspera de una separación que podía ser larga.

<sup>&</sup>lt;sup>68</sup> Sin duda, el P. de Clorivière se designa a sí mismo. En las cartas escritas poco después desde Villers, donde se ha refugiado en casa de un primo, habla del restablecimiento de su salud.

Otro billete previene a M. de Cicé que el Padre ha llegado sin dificultades a Villers, cerca de Chantilly, a casa de un primo <sup>69</sup>. Pero añade que María José [es decir, el Sr. Cormeau] no podrá reunirse con él como estaba previsto. Le ruega a M. de Cicé *que vea si habría algún medio para conseguir un cuarto en el que pudiera estar seguro cuando se hagan las pesquisas*.

Una carta de Villers el 19 de septiembre de 1792, dirigida a la Señorita Le Marchand, calle des Postes n°8, está destinada a M. de Cicé. La inquietud del Padre se revela allí, pero también el rol eficaz que nuestra primera Madre ha cumplido junto a él y la confianza que él pone en su juicio:

Estoy muy inquieto por la falta de noticias suyas, Señorita, y la incertidumbre de los acontecimientos me hace más penosa su ausencia y me hace encontrar muy largo el tiempo. Ruego de todo corazón al Señor que vele muy especialmente por aquella que tanto se ha ocupado de los otros y que nos la conserve... Usted ha sido en este ultimo tiempo su intérprete [de la voluntad divina] para conmigo, y como el instrumento del que la Providencia se ha servido para sustraerme a muchos peligros; dígnese servirme todavía. ¿Conviene que me quede aquí por mucho tiempo o que salga pronto? ¿Será para regresar a París o a San Denis? ¿Dónde se establece usted, al menos por un tiempo?

Un poco más adelante, después de pedirle ropas que le son necesarias, repite aún:

¿Dónde se establece usted? ¿Han hecho alguna visita a alguno de los lugares? <sup>70</sup> Si es posible, deme noticias suyas lo más pronto. El alejamiento en estas circunstancias tiene sus ventajas, pero también sus tormentos.

y añade: Mi salud se mantiene, me paseo mucho, pero sin salir al exterior.

Tales documentos, de un gran valor, nos permiten revivir en cierto modo la atmósfera del tiempo y las inquietudes si no las angustias sentidas de una y otra parte.

Una larga carta del 24 de septiembre de 1792 expresa las mismas preocupaciones y las mismas incertidumbres:

Su carta... me ha sacado de una gran inquietud... Ya le he dicho que no la veo con gusto en ese hospital, el aire es allí muy malsano, y mi imaginación que trabajaba en su ausencia se figuraba ya las cosas más tristes. Por favor, lo más pronto que pueda trasládese a otra parte con su enferma.

Para desviar las sospechas, el Padre continúa su carta hablando de la "madre de Adelaida". Bajo ese nombre se refiere a él mismo. Después de hablar de su regreso tan deseado a París, se remite al consejo de M. de Cicé:

Pero como ella [el P. de Clorivière] quiere y estima mucho a su hija, en todo esto se reporta totalmente a su discreción y hará de acuerdo a lo que ella le diga. Si hay algún inconveniente en el regreso, desea que se lo mande decir a la misma dirección.

La carta cambia luego de tono. M. de Cicé, a la vista de sus faltas, se ha dejado llevar por una ansiedad exagerada. El Padre pone las cosas en su punto:

Ese temor que tiene de desedificar a sus compañeras es sólo imaginario; el pensarlo sería creerlas muy débiles. Digamos la verdad, es el amor propio el que se indigna en

\_

<sup>ິ</sup> El Sr. de Mascrani.

<sup>&</sup>lt;sup>70</sup> Sin duda, al antiguo apartamento del Padre en la calle de la Chaise, o al que él había cedido a M. de Cicé.

cierto modo contra sí mismo y se espanta por bagatelas que le hacen ver en sí mismo debilidades de las que se creía exento.

El domingo 30 de septiembre, el Padre anuncia por palabras veladas que espera su pronto regreso. Propone entonces ciertos arreglos que le permitan confinarse en un retiro más estrecho que nunca. M. de Cicé, todavía en los Incurables con su enferma, podría volver a tomar el apartamento de la calle Cassette.

Si es posible, quiero decir si la salud de la enferma puede soportarlo, la enferma recuperaría su antigua habitación, y la persona que la ocupaba [el P. de Clorivière] estaría de maravilla en el cuartito cerca del granero. Sé incluso que se creería mejor que en otra parte y que por varias razones preferiría ese lugar a cualquier otro.

### y un poco más adelante:

Respecto a la persona que la preocupa [el propio Padre]... no veo qué gran mal habría si tuviera que estar por un tiempo en régimen. Ella está bien y viviría muy bien por un tiempo a pan y agua.

La última carta desde Villers está fechada el 8 de octubre de 1792. En ella el Padre recomienda largamente a su empleado y se ve con cuánta delicadeza quiere reconocer los servicios que le ha hecho. Para el regreso y el alojamiento en París, parece que aún no se ha resuelto nada. El Padre concluye: *Deme noticias de París y sobre todo suyas, que me interesan infinitamente*.

Parece que el Padre regresó a París poco después. No se tiene indicación exacta acerca de su alojamiento en esa época. Los AHCM poseen una buena veintena de autógrafos sin milésima, la mayoría de las cuales deben referirse a este período 1793-1794. Los fundadores se encuentran tal vez de vez en cuando, pero el peligro es más grande que nunca. El Terror que ha estallado en 1792 castigará con toda su fuerza hasta la caída de Robespierre en julio de 1794.

Se ha hablado ya de las masacres de septiembre 1792, consecutivas a las derrotas del ejército francés. Pero pronto, la victoria de Valmy, el 20 de septiembre, restablece la situación exterior. La Asamblea Constituyente aprovecha para proclamar la República dos días más tarde.

El rey Luis XVI, acusado como cómplice de los ejércitos aliados contra Francia, es condenado a muerte y decapitado el 21 de enero de 1793. Para facilitar las medidas llamadas de depuración, el país se cubre de tribunales de excepción; las prisiones están repletas de sospechosos y las cabezas ruedan sobre la guillotina.

El hermano del P. de Clorivière, el Sr. de Limoëlan, comprometido en un complot realista, es guillotinado en París el 1° de junio de 1793.

Su hermana visitandina, Teresa de Gonzaga, de regreso del exilio en Bélgica, reside cerca de París en una situación próxima a la miseria.<sup>72</sup> Detenida con sus compañeras, ve frustrado su ardiente deseo de un martirio por la caída de Robespierre en julio de 1794.

La Sociedad es alcanzada también por la detención de la Señora des Bassablons en Pont-Pinel, en abril de 1794. Ella será guillotinada en París el 20 de junio, después de haber sido el consuelo y el apoyo de sus compañeros de infortunio.

=

<sup>&</sup>lt;sup>71</sup> En la edición de las Cartas se indican algunos, pero sólo son conjeturas.

M. de Cicé va en su ayuda en varias ocasiones, el P. de Clorivière le agradece lo que ha hecho por su hermana.

El Sr. Cormeau, detenido en agosto de 1793, es decapitado en junio de 1794.

Nos cuesta imaginar las repercusiones que podían tener tales acontecimientos sobre los primeros miembros de las Sociedades. Llamado al heroísmo, ciertamente, pero también un ambiente de turbación, de delaciones, de incertidumbre continua, de alertas incesantes.

Una carta sin fecha del Padre que lleva como única mención "Adelaida" está enteramente dedicada a la exaltación del "camino de sufrimientos":

Sólo se ama bien y sólidamente cuando se ha sufrido mucho por Dios. ¿Se puede comprar con demasiados sufrimientos un bien tan grande? No quiero... desearle más de lo que tiene que soportar; pero les deseo a usted y a todas nuestras amigas un gran gozo en sus sufrimientos, y ruego a Dios, no que se los quite, sino que les quite toda clase de languidez, de cobardía, de debilidad que podría disminuir en ustedes los méritos.

Luego, ampliando las perspectivas: Esos males de los que podemos, incluso debemos pedir la liberación, son los males generales de la Iglesia; pero no hay mejor medio para obtener su alivio que sufrir con alegría nuestros males personales.

El último párrafo muestra que algunas hijas del Corazón de María han podido reunirse con su Madre:

La felicito por el tiempo que ha pasado con sus amigas y las felicito a ellas mismas; yo habría tenido una gran satisfacción si hubiera podido verlas reunidas. Dios no lo ha permitido. El tiene sus designios que debemos adorar.

El Padre aún no puede venir sin peligro a la calle Cassette. El porvenir sigue incierto: Aún no es tiempo de nada definido, el tiempo lo aclarará todo.

Luego esas líneas que evocan lo que se podría llamar "hechos diversos", que se ha vuelto corriente en ese período de Terror:

Supe por los diarios que uno de los hombres que yo estimaba más por su virtud, el P. d'Hervillé... acaba de ser guillotinado. No he dudado en honrarlo como mártir.

En enero, dos cartas mucho más breves muestran al Padre siempre en la incertidumbre respecto a su alojamiento. El fin de su segunda carta es conmovedor en su brevedad:

Los comienzos de la pequeña S. [Sociedad] son bien turbulentos: que esto sirva sólo para aumentar nuestra esperanza. Pensemos especialmente en eso en la proximidad de la Purificación. Es el día de nuestro nacimiento, que redoble nuestro amor por nuestra Augusta Madre. El pequeño retiro según la costumbre. Renovación. Saludos a su respetable compañera. Ruegue por mí.

Nada debe disminuir la fidelidad de los miembros de una Sociedad hecha para salvaguardar la vida religiosa a pesar de todos los obstáculos.

Otras cartas fechadas en mayo sin milésima deben situarse igualmente en 1794. Una de ellas hace alusión a "nuestro amigo de Plaintel" [Sr. Cormeau], que debía ser ejecutado en junio 1794.

Esta última carta fechada el sábado 10 de mayo [1794], de una admirable serenidad, es un verdadero llamado a una confianza heroica en la Providencia:

Querida hija, su soledad es grande, su posición es peligrosa, yo no veo nada que pueda tranquilizarme y tranquilizarla, sino una certeza moral de que está en las manos de Dios, que no ha actuado contra las reglas de la prudencia, o más bien, que sólo ha cedido a la necesidad que, cuando es independiente de nuestra voluntad y proviene de causas fuera de nuestro alcance, es la señal más infalible de que la elección que hacemos está en el orden de Dios y conforme a su santa voluntad. ¿Qué nos queda después de eso, sino descansar amorosamente y sin inquietud en el seno de la divina Providencia, y esperar apaciblemente de su mano todos los acontecimientos que ella quiera permitir, y la disposición que le agrade hacer de nosotros?

Ese descanso no será sin dolor; es el descanso de un alma sobre la cruz, y quien dice cruz dice una acumulación de dolores, de penas interiores y exteriores, de turbaciones y de agitaciones involuntarias, que se elevan a pesar de nosotros en nuestra alma, y hacen sobre ella sucesivamente muy vivas impresiones. Pero que todo eso no nos haga salir de nuestro descanso. Aceptemos el dolor y las penas de cualquier naturaleza que sean; en todo tiempo es muy ventajoso sufrir, pero ahora debemos mirar el sufrimiento como una cosa de indispensable necesidad para el alma fiel.

En tanto... que la Iglesia, que el Estado están en la última desolación, y que no hay persona de cualquier condición que sea que no tenga mucho que sufrir, ¿querríamos ser los únicos exentos de sufrimientos? ¿Querríamos gozar de consuelos interiores que absorberían en nosotros el sentimiento de la pena? ¿No debemos, por el contrario, poner nuestro consuelo en no tener ninguno?...

...Estando en el orden de la Providencia, estamos seguros de que El nos dará con abundancia todas las gracias que necesitemos, y que no nos sucederá nada que El no haya ordenado desde toda eternidad; nada que no deba servir para su gloria y para el mayor bien de nuestra alma. Elevémonos pues generosamente por encima de todas las impresiones vivas, que harían menos perfecta nuestra resignación; suprimamos con fuerza todas las quejas de la naturaleza: ellas sólo podrían caer sobre Dios mismo."

La segunda parte de la carta hace sentir cómo desearía el Padre poder apoyar a M. de Cicé acercándose a ella, pero la prudencia no lo permite.

Comparto muy sinceramente todas sus penas y estoy dispuesto a hacer todo lo que de mí dependa para aliviarlas. Si dependiera de mí, ya estaría con usted, o más bien, iría sin deliberar más. Pero usted sabe que mi presencia, en las circunstancias en que estamos, no es indiferente; puede poner en peligro a muchas personas, y no creería actuar conforme a la voluntad de Dios si las expusiera contra su voluntad. Nuestra manera de actuar debe imitar la de la Providencia, que lo hace todo con sabiduría y dulzura. Me parece que los ánimos están muy mal dispuestos.

Ininterrumpidamente llegan a M. de Cicé tres billetes del P. de Clorivière: el primero señala que para San Juan ha sido despedido del lugar que ocupa. Propone nuevos arreglos para venir a la calle Cassette, con Laurencia, su fiel empleada. Pero surgen algunas dificultades que retardan la realización del proyecto.

\_

<sup>&</sup>lt;sup>73</sup> El Padre hace alusión a los otros arrendatarios de la calle Cassette.

Sigue entonces una larga carta del Padre a la Madre, de la que se conserva sólo una copia en los AHCM. Tratemos de resumir su contenido:

¿Por qué vuelve M. de Cicé sobre el tema del alojamiento de Laurencia, en circunstancias que el Padre le había escrito que ésta tendría su cuarto en otro apartamento? En toda justicia, él debe consideraciones a Laurencia. "Dios ha querido servirse de ella para salvarme de muchos peligros". Los arreglos que él creía posibles en la calle Cassette ya no lo son; él los consideraba con el único fin de acercarse a M. de Cicé. El ha aceptado las razones que impedían esos arreglos, ¿por qué insistir ahora sobre el tema?

Además, no convenía añadir que la combinación propuesta podía poner a M. de Cicé en una situación difícil frente al Padre. El ha creído entrever en alguna carta de su corresponsal que ésta consideraba su regreso a la calle Cassette como una concesión de su parte y que quería ponerle condiciones. Ahora bien, ¿acaso no se trataba del representante del Señor, más que del Padre como tal?

Espero que la divina Providencia se dignará satisfacer el deseo ardiente de mi corazón reuniéndonos, y que no soportará que los vínculos sagrados que nos unen el uno a la otra en los sagrados Corazones de Jesús y de María sean rotos jamás, ni por su culpa ni por la mía.

¿Qué había pasado? Cuidándonos de imaginar lo que ignoramos, teniendo en cuenta lo que ya se sabe podemos sugerir algunas explicaciones:

M. de Cicé conocía las dificultades y las tensiones inherentes a las condiciones de vida de los diferentes habitantes de la calle Cassette. Algunos arreglos propuestos por el Padre son prácticamente irrealizables. A esas dificultades muy reales deben añadirse los temores que M. de Cicé no logra dominar. Ella teme encontrarse a pesar suyo en oposición con su director, muy especialmente a propósito de Laurencia. En consecuencia, ha considerado su deber decírselo e incluso insistir sobre las condiciones que consideraba necesarias para su venida. Por lo menos, es lo que da a entender la respuesta del Padre.

Reflexionando sobre ese incidente se ve finalmente la rectitud de intención del director, que debe hablar "con la lealtad de un Padre" para mostrar lo que puede haber de excesivo en eso, y en consecuencia de menos sobrenatural en las relaciones de su corresponsal. Por otra parte, él la cree "bien dispuesta para escucharlo". Son raras, en verdad, las personas bastante humildes para aceptar sin reticencia las advertencias severas y aprovecharlas, sobre todo en esas circunstancias. En su carta del 23 de mayo, el Padre nota con satisfacción "las mejores disposiciones" que permiten a su corresponsal acercarse a sus puntos de vista. Por su parte, él ha tenido que reflexionar sobre lo bien fundadas de algunas objeciones de M. de Cicé, pues ofrece una nueva combinación que permitirá a los dos cofundadores encontrarse por fin bajo el mismo techo, un poco más adelante:

Laurencia arrendará a su nombre, y en otra parte de la casa, "muy en alto", dos cuartos contiguos a "un admirable escondite" que el Padre conoce bien, donde hay ya diversos objetos.

Siguen indicaciones sobre los servicios que podría hacer la fiel Laurencia. En conclusión, un llamado urgente a dejarse guiar solamente por consideraciones sobrenaturales.

Hagamos todo lo que hacemos para la mayor gloria de Dios, y que todos nuestros deseos, todos nuestros proyectos estén enteramente subordinados a su divina voluntad. Nuestra

suerte está en sus manos. Hagamos lo que exige la prudencia para nuestra conservación, pero que nuestros cuidados sean sin inquietud. Excítese siempre a la más viva confianza. Que esta confianza la eleve por encima de toda clase de abatimiento. El abatimiento le es muy perjudicial. Ruegue por mí; yo no dejo de hacerlo por usted.

La carta del 25 de mayo (1794) evoca de una manera típica el ambiente peligroso en el que viven los fundadores.

Después de anunciar la llegada de Laurencia a la calle Cassette para ocuparse de los arreglos que hay que hacer, el Padre explica que no puede ir él mismo, ni siquiera de paso, considerada la dificultad que habría para volver al alojamiento en el que aún debe permanecer por algunos días. Y precisa:

Teniendo muy pocos muebles, se podría desalojar fácilmente en caso de acontecimientos... Estamos en las manos de Dios y nos abandonamos enteramente a su divina voluntad.

Y este último consejo a M. de Cicé: Nunca piense en poner un pie aquí, no habría seguridad para usted si lo hiciera. La portera aún habla a veces de usted, y dice que la reconocería bien. Sin embargo, ella no sabe su nombre...

Algunas cartas, siempre sin milésimo, están insertas a continuación de esta última en el primer volumen de las Cartas del P. de Clorivière. Tratan del sufrimiento y del abandono a la Providencia, necesarios en estos tiempos de inseguridad y de angustia. Se las puede situar tanto a fines de 1793 como a comienzos de 1794. Una de ellas hace expresa mención al Sr. Cormeau todayía vivo.

La más larga no hace ninguna alusión a acontecimientos exteriores que permitan fecharla de manera más precisa, pero el Padre responde en ella a la exposición que M. de Cicé debe haberle hecho de su estado particularmente penoso. Tentada violentamente, ella teme dejar aparecer algo al exterior y escandalizar a los que la rodean:

No se inquiete, querida hija, por esos violentos arrebatos que experimenta a veces. Esa violencia que no está en su carácter deja ver el mal principio del cual proceden esos arrebatos y cuán duros son los asaltos que le libra en esos momentos la tentación. Es muy difícil, por no decir imposible a la debilidad humana, dominar de tal modo esos movimientos que no aparezca al exterior nada de la agitación que experimenta dentro de usted. Pero no crea que es muy culpable, porque en esos momentos ha dejado escapar alguna señal de impaciencia, alguna palabra poco considerada, que su corazón desmentirá de inmediato y por la cual se sentirá profundamente humillada.

#### Y un poco más adelante:

Entre lo mejor que pueda en los planes de Dios. Aunque sus tentaciones presentes, por lo menos en lo que tienen de más violento, no sean de un género completamente ordinario, y que Dios puede permitirlas por su sola voluntad, sin que el alma haya dado motivo en manera alguna, sin embargo sucede raras veces que el demonio ataca a un alma sobre un objeto particular, a menos que el alma tenga en el fondo de sí misma, a veces in darse cuenta, alguna raíz viciosa que da ocasión a la tentación... Por eso, aplíquese con todas sus fuerzas a desarraigar de su corazón todo lo que pudiera quedar en él de contrario a la perfección de la caridad y de la humildad.

La perfección de la caridad y de la humildad: tal era el camino que el Señor trazaba a M. de Cicé y a través de ella a todas sus hijas. "Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón".(Mat.11, 29)

## EN LA SOMBRA Y EL SILENCIO DE LA CALLE CASSETTE

A fines de mayo o en el curso de junio de 1794, el P. de Clorivière volvió a habitar en la calle Cassette. Es por lo menos la fecha que se puede suponer con mucha probabilidad.

Habita en los dos cuartos arrendados por Laurencia. El famoso escondite está muy cerca, listo para acoger al proscrito en caso de alerta.

Por lo que precede, conocemos suficientemente la atmósfera de la casa para deducir que, incluso al interior, hay que mostrarse circunspecto en sus palabras y en sus idas y venidas.

M. de Cicé ocupa otro apartamento con la Srta. Deshayes, maestra de novicias. Con mucha prudencia y discreción, los fundadores pueden reunirse para tratar asuntos de la Sociedad. Esta se mantiene a pesar de las tempestades e incluso crecerá pronto. No se puede dudar que, salvo caso excepcional, cada día tiene lugar la celebración eucarística. Las santas especies se conservan en el escondite, o en un cuarto, según las circunstancias. M. de Cicé y el Padre pueden tener, en silencio, el consuelo de largas adoraciones eucarísticas.

El Padre sale a veces de su retiro, con peligro de su vida, cuando su ministerio sacerdotal lo llama junto a un moribundo o a fieles angustiados.

M. de Cicé no abandona a sus queridos pobres, ellos vienen a buscarla o ella va donde ellos: se presentarán numerosos en el curso de su proceso, testigos de una caridad que nada detiene.

Según las posibilidades, escasas los primeros años, ampliadas progresivamente en lo sucesivo, los contactos religiosos continúan, sea por visitas individuales, sea por reuniones en muy pequeño número.

Por otra parte, el Padre aprovecha esos años de reclusión para escribir diversos comentarios de Sagrada Escritura, y una parte importante del "Comentario del Apocalipsis". En el capítulo VIII de la "Parte moral y política" se encuentra el relato de los orígenes de la Sociedad, presentada como uno de los medios para conservar, renovar el cristianismo después de las ruinas acumuladas por la Revolución. Las páginas relativas a la Sociedad fueron escritas entre el 2 de julio y el 10 de septiembre de 1794.

Ese relato reproducido al comienzo del libro titulado "Documentos constitutivos de las Sociedades" es muy conocido. Después de describir la inspiración del 19 de julio de 1790, las primeras gestiones junto a las autoridades eclesiásticas, y los comienzos de las Sociedades, especialmente del Corazón de Jesús, el Padre continúa:

La Sociedad del Corazón de María ha seguido aproximadamente la misma suerte. La que había sido escogida Superiora con la aprobación del Obispo que la había aprobado

primero [la Sociedad].<sup>74</sup>.. ha formado en su diócesis [San Malo] varias congregaciones de Hijas llamadas primero de María, y luego del Corazón de María.

La misma persona [M. de Cicé] vino luego a París por orden de la obediencia para presidir el establecimiento de las Hijas de María. Desde su llegada ha habido para ellas conferencias por eclesiásticos de la otra Sociedad, para formarlas en los deberes y prácticas de la vida religiosa, análogas a la naturaleza de esta Sociedad. En esas primeras conferencias ellas adoptaron el nombre de Hijas del Corazón de María. Esas conferencias han continuado en la medida que ha sido posible hacerlas.

Además de la Superiora general, había entre ellas una superiora local y una maestra de novicias cuyo cuidado era formar a los nuevos miembros.<sup>75</sup>

La Sociedad empezaba a multiplicarse, tanto en París como en provincia, cuando se vieron obligadas a dispersarse. Sin embargo, no todas se separaron, y sin hablar de lo que se hace en provincias, en París quedó siempre un pequeño número que se mantuvo unido y vinculado a la Sociedad del Corazón de María, esperando humildemente lo que el Señor quiera decidir sobre la suerte de la pequeña Sociedad.

Este pasaje, precioso para iluminar lo que la correspondencia del fundador deja entrever por fragmentos, testimonia también la adhesión de las primeras hijas del Corazón de María a su Sociedad naciente, cuya vocación propia ellas habían percibido.

Antes de cerrar esta breve mención del Comentario del Apocalipsis, se pueden destacar otros dos pasajes, escritos igualmente en pleno Terror, hacia fines de 1793, cuando las cabezas rodaban bajo la guillotina. El Padre de Clorivière declara con calma que "hay que estar dispuesto a hacer a Dios el sacrificio de su vida de la manera que Él quiera pedirlo"

Siguen consideraciones que valen un verdadero pequeño tratado doctrinal y espiritual sobre el martirio.

Luego, inmediatamente a continuación, algunas líneas recuerdan con sabiduría que "en estos tiempos se necesita mucha prudencia y circunspección".

Se encuentra aquí la actitud habitual del Padre, que se refleja en toda su correspondencia: estar humilde y simplemente dispuesto al martirio, si se es juzgado digno de él, pero no exponerse imprudentemente por cuenta propia al peligro, a fin de poder continuar sirviendo al Señor y a su Iglesia.

Las detenciones en masa y los trastornos violentos del Terror habían durado hasta el 9 Thermidor, 27 de julio de 1794. Se produce entonces un movimiento de reacción contra esos excesos. En 1795 se instala un nuevo régimen político, el Directorio, que será reemplazado en noviembre de 1799 por el Consulado, monopolizado pronto por el general Bonaparte, que en 1804 accederá al título de emperador. Durante ese decenio, la política interior oscila entre las presiones de la extrema derecha, guiada por los realistas, y las de la extrema izquierda, por los revolucionarios, <sup>76</sup> de ahí la alternancia de períodos de calma relativa y de turbaciones de origen político o religioso.

Varios golpes de estado, incapaces de restablecer el equilibrio, marcan esa época. La anarquía creciente prepara la dictadura del joven general Bonaparte, aureolado por el prestigio de las victorias alcanzadas en el curso de las campañas de Italia y de Egipto.

=

<sup>&</sup>lt;sup>74</sup> El P. de Clorivière había sometido pues a Mons. Cortois de Pressigny su elección.

<sup>&</sup>lt;sup>75</sup> Se ve que desde los comienzos, por modesta que fuera aún, la Sociedad posee las estructuras religiosas necesarias.

<sup>&</sup>lt;sup>76</sup> Esquematizamos aquí al extremo la historia muy compleja de esos años agitados.

La repercusión de esos acontecimientos se hace sentir en todo el país. Se encuentran ecos discretos en la correspondencia de M. de Cicé y en la del P. de Clorivière pues, cosa notable, uno y otra lograban apoyar a los asociados, hombres y mujeres, por correo o por emisarios seguros, ilustrando a aquellos y aquellas que, habiendo oído hablar de la Sociedad, piensan que son llamados a ella por el Señor.

Sin duda nos falta la mayor parte de las cartas escritas por los fundadores en el curso de los años 1796-1798. Los AHCM poseen sin embargo siete cartas de M. de Cicé a Teresa Chenu, nombrada superiora de las Hijas del Corazón de María de San Servan y alrededores, y una carta a A. d'Esternoz. En cuanto al P. de Clorivière, su correspondencia de la misma época, al menos la que nos ha llegado, comprende dos largas cartas a Teresa Chenu, unas ocho a Adelaida d'Esternoz y seis a la Señora de Goësbriand. Escribe también a futuros asociados o sacerdotes del Corazón de Jesús, entre otros, al Señor de Lange en Rouen y al Señor Pochard en Besançon.<sup>77</sup> Pero el 11 de la calle Cassette no era solamente un centro de correspondencia; se recibía allí muy discretamente a tal o cual asociado de provincia, de acuerdo a las posibilidades muy restringidas del alojamiento. Se puede notar así una estadía de la Señorita d'Esternoz a fines de julio de 1794, sin duda en vista de su consagración el día de la Asunción muy próxima. Una segunda estadía de cuatro o cinco meses a lo sumo tuvo lugar a fines de 1797, comienzos de 1798.

Conviene señalar aún las instrucciones y enseñanzas que el fundador da en la calle Cassette, aprovechando todas las ocasiones posibles. Pero en París hay un lugar más seguro y más discreto: el granero de las señoritas Bertonnet en la isla San Luis, dos hermanas hijas del Corazón de María, costureras cuyo taller encubre según las necesidades las actividades religiosas. Se puede suponer – pero suponer solamente – que es allí, hacia 1798, si no un poco más tarde, donde el P. de Clorivière dio el primer Triduo a las Hijas del Corazón de María, cuyas enseñanzas siguen siendo preciosas.

Allí también, relata la tradición, el P. de Clorivière y M. de Cicé hicieron cada uno un retiro de diez días, aprovechando el aislamiento que les ofrecía la casa de las dos hermanas.

En la larga carta del 30 de abril de 1791 en la que el fundador pedía a M. de Cicé que aceptara la pesada carga de Superiora general, él había precisado: Es en París, me parece, donde una y otra Sociedad deben empezar. De allí viene el mal, de allí debe venir también el remedio al mal".

Valientemente, la pequeña Sociedad naciente se colocaba en el seno de la tempestad. Era en la misma línea de su vocación: oponer un dique a los asaltos del mal por la oración, el sacrificio y la conservación de la vida religiosa. En el centro de la persecución durante esos años de vida oculta, ella se enraíza sólidamente en la Iglesia.

MEMORIA A LOS OBISPOS. PRIMERAS CARTAS CIRCULARES PRIMERA DETENCION DE MADRE DE CICE.

<sup>77</sup> En el marco de este fascículo no podemos detenernos en estos diversos corresponsales; pero todas esas cartas constituyen para la Sociedad un tesoro de familia cuyo valor no se altera con el tiempo. Además de la evocación de la vida de los fundadores, se encuentra allí la evocación clara y completa de la vocación religiosa propia de la Sociedad, las grandes líneas de su espiritualidad, sus orientaciones prácticas, todo esto vivido en las condiciones más diversas v más difíciles.

En el curso de los años 1798 y 1799 empieza a calmarse la tormenta.

El P. de Clorivière, siempre preocupado por obtener la aprobación de la Iglesia, única que puede constituir a las dos Sociedades en Sociedades religiosas, y no pudiendo llegar hasta el Soberano Pontífice Pio VI, se vuelve hacia los Obispos de Francia. Redacta para ellos, sin duda hacia fines de 1798, la "Memoria a los Obispos de Francia" 78, documento capital para la historia de la Sociedad.

Numerosos obispos han emigrado a Inglaterra. Otros a Alemania. Este último país, devastado por la guerra, es inaccesible, y "no fue sin correr grandes riesgos" como el emisario del Padre pudo entrar en Inglaterra donde "había entonces... diecisiete obispos franceses". Estos, después de un examen profundo, aprobaron "unánimemente" la nueva forma de vida religiosa presentada en detalle en la Memoria.

Poco después, presentándose por fin la posibilidad de llegar con la seguridad necesaria a las diferentes reuniones, el fundador redactó con breve intervalo sus tres primeras cartas circulares, especie de carta de la espiritualidad de las Sociedades y del Cor Unum que debe unir a los asociados entre ellos en torno a Cristo.

La primera, sobre "la conformidad de sentimientos que debemos tener con Nuestro Señor", está fechada el 14 de febrero de 1799, en París.

La segunda, "sobre la intima unión que debe reinar entre nosotros", del 1° de mayo de 1799.

La tercera, sobre la pobreza comunitaria: "Ninguno de ellos miraba como suyo lo que poseía, sino que todo era común entre ellos", del 19 de julio, día de San Vicente de Paul, París. (1799).

En esta fecha, la Sociedad empezaba a establecerse sobre bases sólidas, había recibido una primera aprobación de un grupo importante de obispos de Francia, y el fundador la había dotado de un cuerpo de doctrina espiritual coherente y de "Planes" religiosos bien establecidos.

Se adivina cómo debía compartir M. de Cicé las esperanzas del fundador. Pero a esos primeros estímulos les faltaba aún el sello del sacrificio que marca habitualmente las obras queridas por Dios. Ese no tardará en serle dado y en varias ocasiones: el 23 de agosto de 1799 M. de Cicé es detenida y encarcelada.

Para comprender esta primera detención hay que recordar las oscilaciones de la política interior de Francia, evocada anteriormente.

El 12 de julio de 1799, por temor a levantamientos de la extrema derecha, se había promulgado una ley llamada "de los rehenes", que señalaba a los parientes de los emigrados y de los realistas como responsables de los desórdenes que se produjeran en el país. Desde entonces se ejercía una estrecha vigilancia sobre la correspondencia con el extranjero, y fue interceptada una carta de los hermanos emigrados de Adelaida.

La policía investigó discretamente en la calle Cassette, lo que nos proporciona un informe muy interesante que merece ser citado aquí.

## Encabezado:

"Champion de Cicé, hermana del ex-arzobispo de Bordeaux, miembro de la Asamblea Constituyente, ex-ministro de Capeto. Informe del 14 Termidor año VII (4 agosto 1799). Habiendo sabido que había en la calle Cassette nº 11, barrio de San Germán, una casa en la que se retiran muchas mujeres muy sospechosas por la afluencia de gente que va allí a

<sup>&</sup>lt;sup>78</sup> Documentos Históricos, pág. 79 ss.

toda hora, me dirigí allá con un pretexto imaginario. Reconocí a un sirviente y me retiré para no despertar sospechas.

Me serví entonces de un particular que fue allá y habló con la ciudadana Champion de Cicé, ex noble, escondida desde mucho tiempo. Ella despachaba su correo en presencia del nombrado Marduel, anteriormente cura de San Roque, sacerdote inconstitucional. En el poco tiempo que estuve en el patio, divisé siete baúles que acababan de ser descargados. Observo que con una pesquisa cuidadosa se encontrará en esta madriguera a sus hermanos, o a otro de semejante especie, o al menos papeles. Sé particularmente que ella ha mantenido siempre correspondencia con los enemigos del gobierno, pero ignoraba su domicilio... Su habitación está en el primero a la izquierda. Se puede subir también a la derecha por una escalera estrecha."

Esta nota poco tranquilizadora debía llegar al gabinete del ministro y motivar esta orden:

"París, 24 Thermidor año VII (14 agosto 1799).

Ministro de Policía General al Comisario del Directorio ejecutivo en la oficina central de París.

La importancia de la nota adjunta, ciudadano comisario, me obliga a recomendar este objeto a su vigilancia particular.

Creo inútil recordarle que las circunstancias en que nos encontramos son difíciles y que los funcionarios celosos no actuarán nunca con demasiada actividad, circunspección y perseverancia cuando se trata de entregar a la espada de la ley a seres que respiran sólo para desgarrar el seno de la patria. Sírvase hacerme llegar sin tardanza el resultado de su vigilancia y las medidas que haya tomado en este asunto."

Se estaba en vísperas del 15 de agosto, y la Providencia que velaba sobre la pequeña célula religiosa de la calle Cassette permitió que la pesquisa pedida por el Ministro de manera tan urgente no tuviera lugar hasta el 3 Fructidor, es decir, el 23 de agosto.

Es fácil imaginar la conmoción sentida necesariamente por los locatarios del inmueble. M. de Cicé pensaría en el riesgo que corría el P. de Clorivière. Las hijas del Corazón de María informadas de este registro debían sentir una inmensa inquietud por la suerte reservada a su superiora. Laurencia y Agata, por la de aquellos a los que estaban respectivamente tan apegadas. Sin hablar de la conserje y otros inquilinos que, ya anteriormente, no eran muy favorables a la venida del P. de Clorivière.

He aquí un extracto del informe de policía redactado luego de ese registro:

"El 3 Fructidor (23 de agosto), año VII de la República Francesa... seis horas de la mañana... a consecuencia de la orden... de investigación... contra la ciudadana Champion que habita en la calle Cassette n° 874... Subimos el entrepiso de dicha casa, delante del apartamento... ocupado por la ciudadana Champion. Una vez abierto dicho apartamento, que tiene vista sobre el patio, encontramos allí a la particular... Habiendo dado a conocer el objeto de nuestra visita, y mostrado la orden citada, fechada y enunciada, ella declaró estar dispuesta a satisfacerla. En consecuencia, nos abrió los escritorios, armarios y otros muebles cerrados con llave, de los cuales sacamos los papeles que nos parecieron tenían rasgos de alguna correspondencia... así como cantidad de pequeños trozos de sábanas sobre los cuales están impresos corazones y rematados con una cruz, llamados

escapularios.

...En virtud de la orden enunciada, sucesivamente subimos y entramos en todos los apartamentos y habitaciones de dicha casa; y habiendo hecho visitas exactas, no se encontró a nadie sospechoso ni extraño en esta casa.

Y de lo que hemos hecho levantamos la presente acta..."

El escondite en el que podía ocultarse el P. de Clorivière ni siquiera fue sospechado aunque habían sido visitados "todos los apartamentos y cuartos".

M. de Cicé fue detenida y encarcelada en la prisión preventiva, de la que fue sacada luego para sufrir un interrogatorio del que citamos las respuestas contadas en substancia por Mons. Baunard en su biografía de M. de Cicé:

"Ella tiene 49 años, es noble pero sin título. No ha sido religiosa. Reconoce como suya la caja cerrada en su presencia con ocasión de la investigación, así como todos los objetos que encierra y que le son representados. Ella posee un triple certificado de residencia en el territorio de la República, desde el mes de mayo de 1792 sin interrupción. En consecuencia, no ha emigrado. Nombra a su padre, a su madre, a sus hermanos y hermanas. Pero cuando le preguntan: ¿A quién ve habitualmente en París?" responde con firmeza: "personas conocidas y no creo estar obligada a dar cuenta de ello."

A la pregunta sugerida por la primera investigación del 14 Thermidor y relativa a "esa gran cantidad de bultos y paquetes sospechosos que se han visto en el patio de la casa", M. de Cicé puede responder con serenidad: "La causa es que vive en la misma casa que yo un carretero que, haciendo viajes a diversos países, recibe bultos y paquetes de todos los que se los traen".

Debe justificar también los domicilios que ha ocupado en París desde 1791: calle de Sèvres. Los Incurables, calle des Postes, y por fin calle Cassette. Le preguntan también si ha sido detenida anteriormente. "Nunca".

Con esto se cierra el interrogatorio y es firmado por el interrogador, L. Milly. Su conclusión nos interesa por varios motivos:

Visto el interrogatorio sufrido... por Adelaida María Champion de Cicé, sospechosa de emigración, Nos, administrador de la Oficina central, considerando que ella justifica certificados de residencia debidamente en regla, que no está en la lista (de los emigrados)... que la correspondencia encontrada en su casa no contiene nada que apoye la sospecha que parece afectarla, sino que se advierten solamente ideas fanáticas, y que la prueba de ello se encuentra en que la mencionada Cicé se ocupa sólo de prácticas religiosas; que su salud parece alterada, y que nada indica comercio o correspondencia con los enemigos del Estado, decimos que será puesta en libertad bajo la vigilancia de la municipalidad hasta la decisión del Ministro de Policía general al que [estas piezas] serán enviadas por intermedio del ciudadano comisario del Directorio para nuestra administración..."

El 16 Fructidor, el comisario del Directorio ejecutivo, Lemaire, que transmite el expediente al Ministro de Policía general, dice entre otras cosas en una carta de acompañamiento que las cartas recibidas "tratan sólo de asuntos de familia", pero que algunas "llevan la huella de prejuicios religiosos"; "esta mujer parece tener el espíritu fanático y un poco alienado"... "lleva una vida muy retirada y no tiene casi ninguna vinculación con los otros inquilinos que habitan la misma casa".

El 22 Fructidor año VII, el Ministro ratifica... "la puesta en libertad de esta ciudadana e... invita a entregarle las cartas y los certificados que ella podría necesitar." <sup>79</sup>

En el encabezado del acta de la pesquisa del 3 Fructidor (23 de agosto) figuraba la descripción de la detenida, y por una vez experimentamos alguna gratitud frente a la policía de la época:

La nombrada a continuación nos pareció que tenía la talla de un metro cincuenta y siete centímetros, los cabellos castaños, las cejas igual, la frente alta, la nariz bien formada, los ojos castaños, la boca mediana, el mentón redondo, el rostro ovalado, pálido y flaco."

La regularidad de los rasgos y la fragilidad de la silueta deben corresponder a la fisonomía de nuestra primera Madre.

Pero los policías no podían sospechar la personalidad que se ocultaba bajo esa frágil envoltura. Era sólo un primer encuentro, y M. de Cicé quedaba bajo la vigilancia de la policía de su distrito.

Testa primera encarcelación de M. de Cicé duró unas tres semanas (y no 15 o 18 meses como escribe el abate Casgrain en los Anales)

## **CAPITULO IV**

## PROCESO DE LA MAQUINA INFERNAL

El año 1799 parece traer a Francia una libertad relativa. El grano de trigo escondido en tierra ha madurado lentamente durante la tormenta. Un cuadro preparado por el P. de Clorivière en esa época indica que la Sociedad del Corazón de María cuenta entonces con 257 miembros, en 1804 tendrá más de 300. Pequeño número en verdad, pero vistas las circunstancias se tendría más derecho a asombrarse de que ese frágil arbusto haya resistido tales tempestades.

No se tiene información acerca de las actividades de los fundadores en esa época, fuera de las Cartas circulares ya mencionadas. Tal vez el P. de Clorivière aprovecha la libertad de acción recobrada para visitar algunos grupos relativamente próximos de la capital. Poseemos una carta escrita en mayo, sin milésima, que parece pertenecer a esa época.

El P. de Clorivière ausente de París se dirige a M. de Cicé, seguramente en París en esa fecha, de acuerdo a algunos detalles contenido en la carta. M. de Cicé parece más agobiada que nunca bajo el peso de penas interiores:

Jamás, querida hija, he deseado más ardientemente y he pedido más de corazón al Señor que me dé la gracia de llevar a su alma palabras de consuelo. Es verdad que tal vez nunca las ha necesitado usted más para garantizarse de las trampas del espíritu de malicia que trata de sacar alguna ventaja de la posición en que está, para perjudicarla a usted y a un gran número de almas que el Señor ha puesto bajo su dirección, y a las cuales quiere que sea usted útil.

Está usted verdaderamente en un estado de desolación que proviene de un exceso de temor y de tristeza...

Habría que leer toda esa carta, en la que el Padre pone en guardia a M. de Cicé contra las tentaciones que la presionan, y la invita a recurrir a una confianza sin desfallecimiento:

El espíritu del demonio no puede nada sobre usted mientras no quebrante su confianza. Hablo de una confianza verdadera, espiritual, desprendida de lo sensible... Jamás la confianza es más sólida y más meritoria que cuando está totalmente desnuda de lo sensible y que incluso debe rechazar sentimientos totalmente contrarios.

Siguen algunas indicaciones sobre sus relaciones con las Hijas del Corazón de María:

Empiece a ver de nuevo a sus hijas, ya sea a una o a otra. Podría incluso escribir con discreción para consuelo de las ausentes. Por todas partes donde he estado era usted muy deseada y se ha orado mucho por usted...

Le envío mi carta general con ocasión de nuestro gran asunto del que usted tiene en parte todo el peso, pues el Señor la ha escogido como víctima.

Esta "carta general" sería la segunda carta circular, si esta correspondencia data de 1799. En cuanto al rol de víctima asignado a M. de Cicé en los planes del Señor, en la realización de este "gran asunto", ¿quién podría dudar de que el Espíritu Santo haya dictado esas líneas al Padre de Clorivière en vísperas de los trágicos acontecimientos que van a seguir?

Antes de hablar del complot de la máquina infernal, cuando se encontró en peligro la vida de M. de Cicé, recordemos brevemente la Memoria al Soberano Pontífice Pio VII, escrita por el P. de Clorivière durante la segunda mitad del año 1800, después de la elección y la entrada en Roma del nuevo Papa, Pio VII, sucesor de Pio VI muerto en cautividad en Valencia el 29 de agosto de 1799.

Esa Memoria, así como los principales documentos relativos a las dos Sociedades, fue presentada a Pio VII por dos sacerdotes del Corazón de Jesús, los Señores Astier y Beulé, en vista de obtener del Santo Padre una aprobación que erigiera en sociedad religiosa las fundaciones del P. de Clorivière. Todos los asociados esperaban en la oración la respuesta de Roma, de la que dependía el porvenir de las Sociedades, cuando estalló repentinamente el drama de la "Máquina infernal" en el que los dos fundadores se encontraron gravemente comprometidos contra su voluntad.

Conocemos los hechos. El 24 de diciembre de 1800, cuando Bonaparte, entonces Primer Cónsul, se dirigía a la Opera, una máquina infernal – un barril de pólvora montado sobre un pequeño coche – explotó algunos segundos después de su paso por una calle estrecha. Hubo dos muertos y heridos; el Primer Cónsul escapó por poco a la muerte y ese atentado levantó en toda Francia una emoción considerable, a medida de la popularidad adquirida por el general Bonaparte después de sus campañas victoriosas, y la firma de un reciente decreto amnistiando a casi 50.000 emigrados, borrados de las listas de proscripción.

Se comprende la gravedad y la resonancia del proceso que iba a seguir. Las sospechas se dirigieron primero a los extremistas de izquierda, los jacobinos, que veían a Bonaparte como enemigo de las libertades adquiridas por la Revolución; ciento treinta sospechosos de haber participado en el crimen fueron deportados a Guyana. De hecho, el complot había sido fomentado por extremistas de derecha, realistas, que con la llegada de Bonaparte veían retroceder la esperanza de una restauración monárquica.

La policía de Fouché encontró pronto su huella: se trataba de Saint-Régent, de José de Limoëlan, sobrino del P. de Clorivière, hijo de su hermano guillotinado en 1793 como miembro de un complot realista, y de un hombre dispuesto a todas las tareas, llamado Carbon.

José de Limoëlan, enloquecido ante las consecuencias del atentado y ocultando la identidad de sus cómplices, había suplicado al P. de Clorivière que fuera de prisa a confesar a Saint-Régent, gravemente herido por la violenta explosión. Luego le pidió que procurara asilo por algunos días a un antiguo emigrado cuyos papeles aún no estaban en regla, cosa corriente en esa época. Ese falso emigrado no era otro que Carbon.

Así engañado, el P. de Clorivière recomendó a Carbon bajo su falsa identidad a M. de Cicé, siempre caritativa. Ella, al no poder hospedarlo en la calle Cassette, lo recomendó a su amiga la Señora de Gouyon, entonces de visita en su casa con sus dos hijas. Las señoras de Gouyon llevaron a Carbon a la pensión de familia donde ellas se hospedaban, en la calle Notre-Dame des Champs, pensión mantenida por la Señora Duquesne y algunas de sus hermanas, antiguas

religiosas de Nuestra Señora del Refugio, conocidas bajo el nombre de Damas de San Miguel. Allí fue detenido Carbon, y para tratar de salvar su cabeza entregó el nombre de sus bienhechoras.

Saint-Régent fue detenido pronto; José de Limoëlan logró escaparse y llegó a América.

Coincidencia impresionante, fue el 19 de enero de 1801, el mismo día en que Pio VII daba verbalmente a los enviados del P. de Clorivière la primera aprobación de las Sociedades, cuando M. de Cicé, inculpada en el complot, fue detenida, junto a la Señora de Gouyon con sus dos hijas y la Señora Duquesne. Ella fue encarcelada en la prisión de Santa Pelagia, revisaron todos los rincones del 11 calle Cassette y todos sus papeles fueron depositados en la escribanía del tribunal.

Ese dramático episodio pone de relieve una vez más los rasgos sobresalientes de la personalidad de M. de Cicé, su caridad radiante, su valor heroico, su perfecta sinceridad unida a una asombrosa presencia de ánimo en el curso del interrogatorio en el tribunal.

Para apreciar la calidad de la caridad de M. de Cicé durante su encarcelamiento, hay que representarse el ambiente particularmente miserable en que se encontraba sumergida: mezcla de prostituidas, sediciosas, criminales, etc. Pero para ella no existía lo que el mundo llama los desechos de la humanidad, sino solamente miembros desfigurados de Cristo, almas que salvar. Así supo instintivamente encontrar los acentos que convenían. Esta detenida mirada sin duda al principio con desconfianza y curiosidad, inspiró poco a poco el respeto por su bondad luminosa y la humilde dignidad que emanaba de toda su persona.

M. de Cicé se interesaba por todas, compartía sus vestidos con las más desposeídas, contaba historias y enseñaba cánticos. La tradición cuenta que pronto se callaron las conversaciones y las canciones obscenas, más aún, esas infortunadas supieron ellas mismas imponerse silencio para respetar el tiempo de oración de M. de Cicé, y esto dice más que todos los comentarios. Su partida fue llorada unánimemente por las prisioneras, y más tarde nuestra primera Madre volvió a la prisión como visitante, a fin de aliviar las miserias que allí había descubierto.

El proceso de M. de Cicé, debido a las circunstancias, era de extrema gravedad: arriesgaba su cabeza. Su abogado, el Maestro Bellart, estaba particularmente inquieto por el silencio impenetrable en el que se envolvía su cliente desde que se trataba de arrancarle el nombre de la persona que le había recomendado a Carbon, pero entregar el nombre del P. de Clorivière era sin duda alguna entregarlo a la muerte debido a su próximo parentesco con José de Limoëlan, uno de los instigadores del complot de la máquina infernal, sin hablar del rol del fundador de sociedades religiosas prohibidas por la ley.

M. de Cicé se callaba pues obstinadamente. El Maestro Bellart le había dejado entrever ya las consecuencias de su silencio, pero sin quebrantarla. El mismo relata lo que sigue: "Un día, para terminar, decidí sacar partido del temor a la muerte que creí descubrir en ella. Le solicité, le rogué, la conjuré a hablar. Entonces me preguntó: Y bien, ¿qué sucederá si sigo callándome? ¡La muerte, Señorita! — le contesté. ¿La muerte? — repitió ella con espanto. Sus rasgos se contrajeron, se desvaneció sobre el pavimento. Pueden juzgar mi pena y mi confusión..... Cuando volvió en sí y abrió los ojos, sus primeras palabras fueron: "Dios mío, perdóname mi debilidad. Tengo miedo de morir. No importa, moriré si es preciso, pero no entregaré un inocente a la justicia."

Más tarde, después de la liberación, el abogado escribía a un obispo que lo había felicitado por su defensa:

"...No he encontrado en mi vida muchos momentos como los de puro gozo que siguieron al triunfo de esta causa. Es verdad que la victoria se me había hecho difícil, sobre todo por la admirable constancia con la que esta santa, al precio incluso del suplicio que entreveía, guardaba en presencia de sus jueces su generoso secreto. Y lo que hacía de esta peligrosa discreción algo heroico era la organización [el temperamento] delicado de la Señorita de Cicé, persona tímida, pero superior a toda consideración de orden puramente humano.

...Yo no sé si se puede ver algo más sublime que esta lucha de la energía moral contra la debilidad física, en la que la victoria pertenece a la generosidad sobre el egoísmo y el interés, y al alma sobre el cuerpo."

Esta apreciación del Maestro Bellart habría asombrado a la humilde M. de Cicé; ella no había hecho más que su deber y se reprochaba su debilidad: "Dios mío, perdóname, tengo miedo de morir".

Con ese heroísmo que se ignora, los interrogatorios ponen a la luz su sinceridad conmovedora y la lucidez de espíritu poco común que despliega para escapar a las trampas que le tienden sus jueces.

El Presidente: Acusada de Cicé, ¿procuró usted asilo a Carbon en la casa de la acusada Duquesne?

Ciudadana de Cicé: Sí, ciudadano.

El Presidente: ¿Limoëlan fue donde usted para pedirle que recibiera al acusado Carbon?

C. de Cicé: - No he visto al ciudadano. No fue por recomendación de Limoëlan que procuré ese alojamiento.

El Presidente pide a Carbon que repita su declaración. M. de Cicé opone una negación formal:

C. de Cicé: - No fue Limoëlan quien me recomendó este desconocido. Limoëlan no fue a mi casa. El Presidente: ¿Conocía usted a Limoëlan?

C. de Cicé: Sí, ciudadano Presidente, lo conocí como a otras personas de mi país, pero nunca estuve en relación con él: no soy de su parentela. Solamente lo he visto.

El Presidente: ¿Cómo, habiendo sabido de la explosión del 3 Nivoso y las consecuencias que siguieron, ha podido usted, sólo cuatro días después, cuando las investigaciones de la policía eran tan activas, recibir a un hombre como Carbon sin tener la menor información acerca de él?

C. de Cicé: Yo no tuve el menor conocimiento de los hechos que le afectaban. Simplemente obedecí a un movimiento de humanidad. Con frecuencia me ha sucedido hacer servicios a personas que no conocía. El motivo de la caridad me ha conducido en esta acción, como en muchas otras. No tuve tiempo para reflexionar en las consecuencias. La persona que me recomendó a Carbon es completamente honesta y yo no podía tener la menor duda respecto a su palabra.

El Presidente: De acuerdo a la declaración de Carbon, Limoëlan subió a su casa.

C. de Cicé: No es así y es absolutamente imposible probarlo.

Un poco más adelante, ante ese silencio, los jueces tratan de dar un rodeo que desbarate la

El Presidente: Esa persona, ¿era un hombre o una mujer?

Nuevo silencio de A. de Cicé.

El Presidente insiste: Le preguntamos si es un hombre o una mujer. La pregunta es muy simple y la respuesta no puede comprometer a nadie al no especificar quién es.

C. de Cicé : Entonces no veo qué luz puede aportar al asunto esa indicación. Por lo demás, lo que he declarado lo declaro una vez más: no nombraré a nadie.

Ante esa obstinación, el Presidente ensaya la intimidación:

- Acusada de Cicé, usted afecta en todas sus respuestas un imprudente disimulo. ¿Ha reflexionado en que está ante un tribunal? ¿que su deber es responder a la justicia? ¿Que además es su interés muy grave en su actual situación de acusada, implicada en un acto criminal?

M. de Cicé conocía la gravedad de su caso, pero su silencio fue invencible.

No es necesario detallar aquí la continuación del interrogatorio, la comparición de los testigos: esa multitud de personas de todos los ambientes y opiniones, en su mayoría gente sencilla, socorridos de muchas maneras por la acusada, ni la acertada y conmovedora defensa del Maestro Bellart. Lo cierto es que el jurado, conmovido por los testimonios de tanta caridad, y tal vez no menos por la humilde y noble actitud de M. de Cicé, pronunció su liberación por unanimidad. Los contemporáneos, profundamente impactados por este proceso, hablaban de un "proceso de canonización".

Esa prudencia, esa rectitud y ese heroísmo revelaban efectivamente en M. de Cicé la intensidad de su vida interior, fuente de toda su energía. Nada más convincente a este respecto que la atmósfera profundamente sobrenatural y evangélica que envuelve las cartas enviadas por el P. de Clorivière a M. de Cicé durante su detención.

Para desviar las sospechas de la policía, le escribe como lo haría una amiga:

Oramos mucho por usted y hacemos por usted lo que usted desearía hacer cada día para mostrar su amor al divino Esposo. Dénos una parte en sus sufrimientos. Si sus miserias la turban a veces, que su alma se sumerja en el baño saludable que Jesús nos ha preparado, que lo haga con gran confianza y saldrá muy hermosa y muy pura. Incluso puede suceder que tenga esa pureza necesaria para ser admitida en el cielo ante el Dios de toda santidad.

Por su parte, M. de Cicé ha hecho llegar sin duda alguna carta al P. de Clorivière. La respuesta de éste manifiesta los sentimientos de nuestros fundadores en esas horas dolorosas:

Usted se da bien cuenta, mi buena amiga, de las razones que me han impedido responderle antes; pero puesto que puedo hacerlo, no quiero privarme de tan dulce satisfacción. La carta de mi amiga me la ha dado muy grande. Lo que ella me dice de sus disposiciones me complace mucho y puedo asegurarle que agrada también al Soberano Dueño. Compadezco lo que sufre la naturaleza y que resulta más penoso por la delicadeza del cuerpo; pero veo en eso, y estoy persuadida de que nuestra amiga lo ve también, un rasgo más de semejanza con nuestro Divino Maestro. Ella sabe perfectamente que un momento de sufrimiento produce para la eternidad un peso

-

<sup>80</sup> Alusión sin duda a la santa comunión.

inmenso de gloria y de felicidad; y ¿qué honor más grande puede haber en la tierra para un alma como la suya amante de Jesús, si no es sufrir un poco por Aquel que ha sufrido tantos tormentos y humillaciones por ella? En lo que se refiere a algunas pesadeces que experimenta, que no se preocupe; eso sirve más bien para aumentar que para disminuir el valor del sacrificio. La fe, la esperanza y el amor, eso es lo que Dios nos pide, y nada de eso depende de lo sensible.

Luego, como en la carta anterior, el Padre le recuerda cuán presente está en las oraciones de todos:

Desde nuestra separación, no he dejado un momento de ocuparme de usted delante de Dios. A eso tienden mis oraciones. Sucede lo mismo con un gran número de almas buenas. Ayer, comunión general por usted en la Visitación. Atribuyo a esas oraciones el cálido interés que muestran por usted. Eso me hace esperar su pronto regreso; me deleito pensándolo, pero no me atrevo a abandonarme a esa dulce esperanza. Añado, como debemos hacerlo siempre: Fiat volutas tua.

Adiós, mi buena amiga, nos encontramos siempre en los SS.CC. de J. y de M.

En este último párrafo habla el Padre de una comunión general hecha en la Visitación. Se trataba del monasterio en el que su hermana era religiosa, como también la Señora de Montjoie, amiga íntima de M. de Cicé, de la Señorita d'Esternoz y de la Señora de Goësbriand. Los archivos de la Sociedad poseen algunas copias de cartas de la Señora de Montjoie a la Señora de Goësbriand. En una fechada el 1° de febrero de 1801, es decir durante el curso del proceso, destacamos este párrafo:

...Adelaida sufre con valor y una paz admirable; su cruz sería pesada para un corazón menos generoso que el suyo; víctima de su caridad, espera con tranquilidad todo lo que Dios quiera que le suceda. Oremos por ella, Señora; yo miro este acontecimiento como el triunfo de sus virtudes.

Otra carta, sin fecha, debe haber seguido de cerca la feliz conclusión del proceso a comienzos de abril 1801. Da, bajo una forma casi alegórica por medida de prudencia, noticias del P. de Clorivière y de M. de Cicé, que se han alejado provisoriamente de la capital. Hace alusión también a la Señora de Gouyon, cuya liberación debía ocurrir más adelante, y concluye con un hermoso testimonio de la edificación dada entonces por los miembros de la Sociedad:

He tardado en responder a sus dos cartas, Señora, en el deseo de poder darle noticias satisfactorias. Sin duda Dios tiene sus planes para poner obstáculo al regreso de Josefina; ese momento parece alejarse cada vez más, como también el de María, que se ha ido a respirar el aire del campo: usted sabe que María es el nombre de nuestra compatriota, ella está mejor de lo que estaba aquí, donde habría tenido una recaída si se hubiera quedado; las recaídas son peores que las enfermedades; le aseguro que ella ya no existiría si se hubiera empeñado en quedarse aquí, un aire que es mortal para ella, pero Dios la sacó milagrosamente de esta cruel enfermedad. Le envié su carta, y a Josefina la de ella, por mano, pero ni una ni otra están en condiciones de escribir. Estarán muy consoladas al tener noticias suyas, por eso no he querido privarlas de ellas. Usted sabe que una madre y dos hijas que habían caído enfermas con la misma enfermedad que María no han salido tan felizmente como ella. La madre no se ha recuperado, pero sí las dos hijas que tuvieron una recaída y han vuelto a la misma

enfermedad que su madre.

Sólo podemos adorar los designios de Dios en todos estos acontecimientos; es cierto que los ha habido grandes en la familia de María, y si yo pudiera decirle en esto todo lo que sé, usted no lo dudaría; pero es lo que no puede escribirse. Esta familia debe tener una total confianza en que Dios la mira con predilección; lejos de dejarse abatir, es preciso que redoble su fidelidad. Los jefes de esta inestimable familia no se olvidan de ninguno de sus miembros.

Este episodio de la vida de los dos fundadores pone a la luz hasta qué punto la existencia de las Sociedades estaba a la raíz de todas sus decisiones.

Mejor que nadie, el Padre medía el peligro mortal corrido por M. de Cicé por haber proporcionado albergue al hombre que él le había recomendado. Tres años más tarde, en la Memoria al soberano Pontífice Pio VII, fechada el 4 de diciembre de 1804, hablando de la Superiora general de la Sociedad del Corazón de María, él escribía:

Esta digna sierva de Cristo, muy querida a todas las personas piadosas, que estaba a la cabeza de la Sociedad del Santísimo Corazón de María, entregada a la justicia y encarcelada bajo la acusación de un crimen contra el Estado, corrió un peligro inmediato para su vida. Todos los malvados y los peores enemigos de nuestra santa Religión trataban únicamente de perderla y hacerla morir.

La muerte acechaba a M. de Cicé, en tanto que él, que habría podido salvarla denunciándose, se ocultaba en el retiro. Es fácil adivinar la angustia, el desgarramiento de este hombre de honor que, algunos años antes, había desafiado tantos peligros con un ánimo tranquilo. Pero ahora estaba en juego el porvenir de las Sociedades. A él se las había confiado Dios, él era el responsable. Ya no se pertenecía. El servicio del Señor y de su Iglesia debía pasar antes que cualquier otra consideración. En cuanto a M. de Cicé, ella tenía conciencia de que al proteger la vida del Padre protegía al mismo tiempo la de las Sociedades.

La luz proyectada sobre ella por este proceso marca fuertemente los principales rasgos de su personalidad esbozados ya unos veinte años antes.

Su ardiente caridad ha encontrado un nuevo campo de acción en el curso de su detención, mientras que los testigos reunidos por el Maestro Bellart revelan la amplitud y la delicadeza de su incansable abnegación, sobre todo hacia los más humildes.

La energía inflexible que pone en callar el nombre del P. de Clorivière ante sus jueces – y esto con peligro de su vida – muestra bien el valor que se ocultaba bajo tan frágiles apariencias.

La rectitud y la prudencia que dictaban su conducta en toda circunstancia se manifiestan aquí a plena luz. Se comprende la confianza que le manifiesta tantas veces el Padre, y la insistencia con que recurre a sus consejos.

Todas esas cualidades, mejor dicho esas "virtudes", se desarrollan en ella en docilidad a la gracia del Espíritu Santo que le comunicaba su fuerza.

Se comprende el juicio que da de ella el P. de Clorivière en el momento de su propia liberación en 1809: "¡Qué santa alma les ha dado el cielo por Madre! Todas ustedes han ganado viviendo estos años bajo su dirección más bien que bajo la mía".

Luego, esa reflexión que nos refiere directamente al proceso de 1801: "¡Cuánta gratitud debo a su valerosa discreción que preservó mi vida a riesgo de la suya!"

# BAJO LA VIGILANCIA DE LA POLICIA.

La feliz salida del proceso y la liberación de M. de Cicé el 7 de abril de 1801 no pusieron definitivamente a los fundadores al abrigo de toda sospecha, como lo muestra claramente la carta de la Señora de Montjoie. El prefecto de policía, Fouché, no dejaba fácilmente sus presas y el P. de Clorivière lo experimentará mejor que nadie. Documentos que se conservan en los Archivos Nacionales revelan que desde marzo de 1801 la policía estaba casi segura de que era él "la persona" que "la Señorita de Cicé no quiso nombrar". En esas condiciones, no podemos menos que asombrarnos con M.E. de Bellevue de que haya podido escapar de los agentes de Fouché hasta el 5 de mayo de 1804. Sintiendo pesar sobre ellos la amenaza, los dos fundadores consideraron preferible alejarse momentáneamente de París. M. de Cicé se instaló en Rouen y su permanencia allí se prolongará hasta abril de 1802. El P. de Clorivière se le reunió temporalmente, pero en el curso del verano de 1801, la deserción inesperada del S. Astier, uno de los dos emisarios enviados a Roma, y la turbación que lanzó entre sus antiguos compañeros, lo obligaron a regresar a París más pronto de lo previsto. Lo que nos vale una correspondencia seguida con M. de Cicé, que permite recoger ecos interesantes sobre la vida de los fundadores y la de la Sociedad en esa época.

# El 12 de mayo de 1801, el Padre escribe:

No puedo decirle cuánta alegría tuve, querida hija, al saber que por fin podía permitirse tranquilidad, si es permitido tenerla en la tierra... Su alejamiento, o más bien mi alejamiento de usted, es uno de los sacrificios que más me cuesta. Pero adoremos en todo la voluntad del Señor y tratemos de entrar en sus planes. El no quiere que entre nada de humano en una unión que Él mismo ha formado, y que nunca ha tenido otro fin que trabajar por su gloria y crecer en su santo amor.

Haciendo sin duda alusión a la recomendación que, engañado por su sobrino, había él hecho para que M. de Cicé proporcionara albergue a Carbon, continúa:

Creo que esta unión ha podido ser para usted origen de muchas cruces, pero la cruz es el sello de las obras de Dios, y es una gran gloria, una gran felicidad para nosotros cuando el Señor nos asocia a él para llevarla. Desde ese punto de vista debe usted considerar todo lo que ha sufrido.

## Luego, evocando su misión de superiora general de la Sociedad, añade:

Es un medio del que Dios ha querido servirse para derramar sobre usted y sobre todos los que la rodean, sus más abundantes bendiciones. Usted experimentará un día la verdad de lo que le digo y bendecirá mil veces al Señor por haber tenido una buena parte en su cáliz.

En su carta del 21 de septiembre de 1801, dirigida a Rouen, el Padre habla de la pena muy comprensible de Agata, tan apegada a su señora:

La pobre Agata está tan enojada al no poder verla, y por todas sus penas pasadas, que me ve con dificultad y me evita lo más que puede. Sin embargo, una vez que me vio hice lo que pude para consolarla. No dejaré de hacer por ella lo que me encarga, y con mucho gusto.

#### Siguen noticias de la Sociedad:

Aquí la desearían mucho, pero especialmente quien sufre por su alejamiento. Haría

El Padre indica también cómo las próximas colaboradoras de M. de Cicé se esfuerzan por suplir su ausencia, y señala la presencia de la Srta. d'Esternoz.

Desde hace algunos días: ella está siempre tal como la conoció, buena, amable y obediente. Ella siente por usted el más profundo afecto.

Esta carta nos enseña que el Padre se hospeda en otra casa, con el Sr. Perrin, sacerdote del Corazón de Jesús, misionero celoso y muy apreciado. El Padre le da toda su confianza. En ese mismo inmueble, o próximo a él, la Sra. de Carcado ocupa provisoriamente un apartamento destinado a M. de Cicé:

Su apartamento es muy bonito y muy cómodo. En su espera, para aliviar en parte el gasto de alquiler, hemos acordado con la Sra. de Carcado que ella lo ocupe hasta su regreso.

### Y concluye:

Me parece que éstos son, poco más o menos, los pequeños asuntos domésticos. Lo que deseo más que nada, tanto para usted como para mí, es que el Señor nos dé todas las gracias que nos son necesarias para dirigir las pequeñas familias que El nos ha confiado. ¡Ojalá podamos hacerle glorificar y amar por medio de ellas lo más posible! ¡Que el amor de su Santa Madre reine también en ellas de la manera más perfecta! Nosotros debemos ser los primeros en dar ejemplo de todas las virtudes; ser un modelo de dulzura, humildad, paciencia, caridad, etc. Es una gran obligación que está por encima de nuestras fuerzas, pero no de las gracias que podemos esperar de los Corazones Sagrados de Jesús y de María. Para comunicárnoslas, el Señor, en su gran misericordia, nos da una partecita de su cruz. Ella obrará en nosotros cosas grandes, incluso más allá de nuestras esperanzas.

# El 7 de noviembre, el Padre escribe:

Aunque hagan todo lo mejor para suplirla, su presencia aquí es muy deseada y necesaria. Para los hijos no hay nada como tener a su madre con ellos. Esperamos tener pronto esa dicha.

La continuación de la carta muestra que M. de Cicé está siempre tentada a abandonar una tarea de la que se siente más que nunca incapaz:

Le he advertido con frecuencia, querida hija, Dios quiere grandes cosas de usted, pero para responder a sus planes necesita usted una gran confianza; es preciso que perdiéndose en cierto modo de vista no se encuentre ya sino en Nuestro Señor, que sólo lo vea a El en usted y que se mire como revestida de su poder. ¡Qué pena para mí! ¡Qué daño para usted y para la familia! ¡Qué falta de sumisión a las voluntades del Señor si, por falta de esa confianza, volviera a esas quejas muy naturales que no está hecha para su lugar, aunque con tanta frecuencia le hayamos asegurado lo contrario!<sup>81</sup>

La carta del 13 de diciembre de 1801 deja constancia de la vigilancia de la policía:

<sup>&</sup>lt;sup>81</sup> Hacia esa época, en una carta fechada el 25 de noviembre de 1801 y conservada gracias al Memorial Frappaise, se encuentra esta confidencia hacha por el P. de Clorivière a su corresponsal: "La Sup. de las H. de M. está, como yo, expuesta a las persecuciones; su situación exterior es muy penosa; el Señor la prueba también interiormente y ése es su principal sufrimiento…"

Algunos años más tarde, el P. de Clorivière hará una reflexión idéntica a la propia M. de Cicé. Después de haberle hablado de su mala salud, añade: "Usted tiene otras penas que no aparecen al exterior pero que la crucifican más" (cf. Carta del 24 de marzo de 1807).

Siempre recibo con mucho agrado sus noticias y si he tenido algunos temores ha sido por la dirección que usted había puesto; era la indicada, pero empezábamos a temer en la calle de Sèvres, y yo temía que la abrieran. Teníamos alguna alarma; había aumentado el número de espías en nuestra calle y habían traído falsas cartas para usted que mostraban que aún la buscan. Comprenderá que no las recibimos.

# Y un poco más adelante:

Su cartita... dio mucha alegría a aquella a quien le escribió. En general, su pequeña familia aquí va bien y suspira por su regreso. Algunas son muy fervorosas. Todas piden con frecuencia noticias suyas. A algunas el espíritu de malicia las molesta tanto como puede. Por prudencia se abstienen de venir aquí desde San Miguel. A veces veo a Regis (la Sra. de Montjoie), quien piensa continuamente en usted.

Luego esos consejos que van mucho más allá de su destinataria:

En cuanto a usted, querida hija, conserve una santa alegría en medio de sus penas... Mucha confianza y ánimo... Se quejan de que hace usted demasiado y siempre quiere hacer más. Es entender mal sus asuntos. Con frecuencia se adelanta más haciendo menos. Al hacer mucho, se contenta a sí misma, pero Dios no está contento.

Sutil tentación que acecha frecuentemente a las almas generosas.

La carta de febrero 1802 recuerda la extrema prudencia que ha de ponerse siempre en la correspondencia:

Estoy muy mortificado por las alarmas que le han ocasionado. El extravío de sus cartas ha sido la causa. Yo no sé cómo sucedió, pero quiero persuadirme de que no es en el correo donde se extraviaron. No se inquiete por lo que sucedió a la que le escribimos, no puede suceder nada malo porque no estaba puesta la dirección ni la firma, y no contenía nada sospechoso como tampoco los billetes que iban incluidos.

Sigue esta noticia reconfortante:

Todo pasó bien en la Purificación... pero la deseaban mucho y yo más que nadie. Sin duda usted sabrá cuándo deberá venir, pero aún hay que tener paciencia.

La carta concluye con el anuncio de la impresión de la obra del Padre sobre la oración, con esta precisión:

El librero me da quinientos ejemplares con una carta para nuestras Sociedades y algo particular para ellas que yo inserté en el prefacio.<sup>83</sup> Cuando aparezca, usted tendrá el primer ejemplar.

Por otra parte, el Padre aprovecha todas las ocasiones para apoyar y desarrollar las Sociedades; el 20 de marzo de 1802 escribe:

Ayer, día de mi santo Patrono, reunimos a algunas amigas y leímos juntos una nueva circular: Sobre el cuidado que se debe tener de perseverar en su vocación. Creo que usted estará contenta. Escribí otra para nuestros señores los Obispos, la que dirigí a nuestro digno Protector M. de S.M. (San Malo). Añada a esto un tratado que hice para el Cardenal Legado <sup>84</sup> de todo lo que afecta a las dos Sociedades, y verá que no he perdido el tiempo.

Y el Padre añade:

No es un pequeño trabajo para la buena Adelaida Carc.

<sup>4</sup> Cf. Doc. Históricos.: Carta a Mons. Cortois de Pressigny, obispo de San Malo, y Carta al Cardenal Caprara.

<sup>&</sup>lt;sup>82</sup> La casa de la Sra. Duquesne, donde había encontrado refugio Carbon

Era la primera edición de las Consideraciones sobre el ejercicio de la Oración. Había un cierto número de ejemplares especialmente reservados a los miembros de las dos Sociedades, con un prefacio particular.

La Sra. de Carcado estaba encargada de copiar a mano esos diferentes documentos.

La carta de abril de 1802 habla del Concordato firmado recientemente entre Francia y la Santa Sede. Al final de esa carta se encuentra siempre la misma afirmación ante una ausencia que se prolonga más allá de lo previsto:

Todo va bien entre sus hijas, pero iría mucho mejor si usted estuviera con ellas. La desean mucho. Creo que aún no ha llegado el momento, pero creo que no está lejos.

Ocho días más tarde, el Padre transmitía a M. de Cicé la carta que Mons. Jerónimo de Cicé, nombrado arzobispo de Aix, había enviado a su hermana a París. El la invitaba, providencialmente vistas las circunstancias, a pasar algún tiempo junto a él. Las líneas siguientes nos dan el pensamiento del Padre:

Día 15, Jueves Santo por la tarde.

Le envío adjunta, querida hija, una carta de su Padrino. Me la trajeron con sobre. Al abrirla creí entrar en sus intenciones y no me arrepiento, pues seguramente usted habría querido informarme y conocer mi opinión antes de decidir algo. Ahora estoy en condiciones de dársela.

Me parece conveniente que en este momento acepte la proposición que le hacen. Sé bien que no querría usted hacerlo de manera fija. Eso no convendría a los planes que el Señor tiene para usted, y yo no se lo aconsejaría. Pero me parece que entra en esos planes que usted acepte por algún tiempo lo que desean de usted. Sería un medio suave y seguro para sustraerse a toda clase de investigaciones, y hacer que enemigos celosos la pierdan de vista y dejen de pensar en usted. Por otra parte, será como una misión de la que estará encargada para propagar la buena obra, y estoy persuadido de que Dios, que parece indicársela El mismo, le dará todas las gracias y las luces que necesitará para cumplirla con fruto. Tal vez tendrá que destruir prevenciones y dar a conocer la obra de Dios a almas buenas que sólo piden eso para abrazarla.

Luego ese toque discreto que evoca los dones particulares concedidos a M. de Cicé:

Se trata de entrevistas y conversaciones familiares, y Dios le da gracia para eso. Puede llevar con usted todos los papeles que crea le serán útiles; y más adelante, cuando haya trazado el camino, podremos enviarle tropas auxiliares.

Pero al mismo tiempo que le da claramente su opinión, el Padre quiere dejar a M. de Cicé el cuidado de la decisión final:

Considere las cosas delante de Dios. Pues quiero que actúe libremente, y no pretendo en modo alguno violentar su voluntad. Pero no tome consejo de la pusilanimidad; su voz no es la de Dios. Empiece por ponerse en una santa indiferencia y en una generosa determinación de hacer lo que sepa es más conforme a la voluntad de Dios; para conocerla, implore la asistencia de la Santa Virgen y de San José... y esté persuadida de que Dios no permitirá que se extravíe actuando de esa manera.

La respuesta de M. de Cicé no ofrecía duda. Lo que sigue mostrará la amplitud que esta misión en Provenza debía tomar en el pensamiento del P. de Clorivière y las esperanzas que suscitará para las Sociedades. Pero allí también, bajo una forma nueva, la cruz esperaba a los dos fundadores.

## LA ESTADIA EN PROVENZA

Mientras M. de Cicé se preparaba para regresar a París y encontrarse allí con su hermano antes de acompañarlo a Aix, un hecho nuevo abría a las Sociedades la posibilidad de implantarse en Provenza. Un sacerdote del Corazón de Jesús, el Sr. Perrin, fue llamado para asumir importantes predicaciones en los departamentos que componían la diócesis de Aix, entonces muy extensa. El Sr. Perrin ofreció al P. de Clorivière que lo acompañara para ayudarle en esas misiones, acostumbradas en esa época. Desde luego, eso daría grandes esperanzas a las dos Sociedades, todavía desconocidas en esa región.

Antes de alejarse de París, seguramente por varios meses, el P. de Clorivière redacta una carta circular destinada a todos los asociados, interesante por varios motivos

El fundador expresa primero la esperanza de que ese viaje a Provenza

Será para nosotros un excelente medio para establecer y propagar estas Sociedades en un país ya especialmente devoto del Corazón adorable de Jesús <sup>85</sup> y que incluso podrá contribuir a hacernos alcanzar de la Santa Sede esa aprobación más solemne que nos han prometido.

Después de pedir un aumento de oraciones y de fervor por esas intenciones, el Padre formula el voto de volver a encontrar a los miembros de las Sociedades

Aumentados en número y más aún en toda clase de virtudes evangélicas y religiosas, esforzándose por entrar en el espíritu que debería animar a todos los cristianos, sobre todo nosotros que nos gloriamos de pertenecer de una manera especial a los Sagrados Corazones de Jesús y de María... esos dos corazones son todo amor por Dios y por el prójimo...

Conformemos de tal manera nuestros corazones a esos Sagrados Corazones que no seamos todos juntos en ellos sino un corazón y un alma... Es el voto solemne que formulo por ustedes en este momento en que estoy pronto a alejarme de ustedes por algún tiempo, y en todos los instantes de mi vida, porque es el precepto del Señor.

El post scriptum de esta carta sitúa a M. de Cicé como co-fundadora y superiora general:

La respetable Superiora de la Sociedad del Corazón de María que el Señor me ha dado como digna cooperadora en el establecimiento de esta Sociedad, me encarga decir a sus Hermanas e Hijas en Jesucristo que ella comparte los sentimientos que se expresan en esta carta; que ella las exhorta también a la más perfecta caridad, y que si las órdenes de la divina Providencia que ella no puede desconocer la obligan en este momento a alejarse, no es sin sentir un vivo pesar, que su espíritu y su corazón no están menos estrechamente unidos a ellas y que espera volver a verlas un día a todas, llenas de un nuevo fervor y enriquecidas con toda clase de méritos y virtudes.

La estadía de los fundadores en Provenza duró aproximadamente catorce meses para M. de Cicé, de julio 1802 a octubre 1803; un poco menos para el P. de Clorivière, que llegó a Provenza en octubre 1802 y lo encontramos en Lyon el 22 de septiembre de 1803, en camino hacia Besançon. Su partida precedió un poco a la de M. de Cicé.

92

 $<sup>^{85}</sup>$  A consecuencia del voto hecho por Mons. de Belsunce con ocasión de la epidemia de peste en Marsella (1720-1721)

Sin poder entrar en los detalles, solamente hay que recordar que ese viaje que se anunciaba bajo felices auspicios sólo aportó decepciones a los fundadores, debido a las reticencias y las continuas dilaciones encontradas en Mons. Jerónimo de Cicé, quien finalmente se opuso a la implantación de las Sociedades en su diócesis.

Si tal actitud puede encontrar excusas en el contexto político de entonces, revela sin embargo un carácter muy sensible a las consideraciones de la prudencia humana, en un prelado que por otra parte dejó en su diócesis el recuerdo de un celo apostólico ardiente.

El viaje para Aix no era en la época una expedición muy descansada, como lo muestra un pasaje de la carta escrita el 13 de julio de 1802 por el P. de Clorivière desde Lyon, donde acaba de llegar con el Sr. Perrin:

Acabo de recibir su carta escrita desde Aviñón el 7. Estuvo seis días en camino... (ella) me dio un gran placer, pues le confieso que mi compañero y yo estábamos temerosos por usted, pensando en la ligereza de su esquife sobre un río tan rápido como el Ródano, especialmente después que nos contaron diversos accidentes ocurridos en semejantes embarcaciones. Hemos bendecido de todo corazón al Señor al saber que ha llegado a buen puerto, sana y salva, con el que le sirve de guía y compañero.

Después de los detalles relativos a su propio viaje, el Padre da a M. de Cicé algunos consejos de uno y otro orden, temporal y espiritual:

No puedo impedirme el decirle que cuide su salud. Delicada como es, ha debido sufrir mucho con el cambio de clima y de manera de ser.

...No perdamos de vista lo que podemos hacer para la gloria de Dios. No nos adelantemos a sus momentos, esperémoslos con paciencia, pero no los dejemos pasar cuando él se digne mostrárnoslos. Pongamos en Él toda nuestra confianza... Temamos únicamente poner obstáculo al cumplimiento de sus designios por nuestras infidelidades No descuide escribir con la mayor frecuencia y lo más cordialmente que pueda a las buenas amigas que ha dejado. Ellas necesitan seguramente ese consuelo, y lo merecen mucho. Sin embargo, no querría que eso fuera a expensas de su salud. Bastarán cartas cortas, pero capaces de levantar el ánimo. No olvide a la señora des Faures, pues es ella quien debe suplirla en gran parte junto a la familia, y sus consejos le serán útiles. Siento que debe estar bien excedida por la fatiga de tan largo viaje y más aún por la importunidad de las visitas, que debe hacer y recibir a su llegada. En medio de todo eso, mantenga su alma en paz en los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Ese es su centro, es una clausura divina de la que no debe salir jamás. Haga todo sin solicitud y sin presión. Aunque tal vez más en el mundo de lo que desearía estar, está usted en la obra de Dios; cumple usted Su voluntad santa, v cumplirla es todo. Eso tiene el lugar de todos los ejercicios de piedad. Que el Espíritu Santo, que es un Espíritu de dulzura, la dirija en todo.

En su carta del 20 de julio, el P. de Clorivière, siempre en Lyon, vuelve sobre el mismo tema:

Lo que me dice de la entrada en Aix de Monseñor el Arzobispo y de su instalación el 14 de julio... es ciertamente muy consolador, y comparto la alegría que han sentido usted y todos los buenos habitantes de Aix.

...Incluso en medio del torbellino del mundo, en el tiempo de las visitas que su posición hace necesarias, pero que no son menos importunas para su alma que querría dedicarse enteramente a las cosas de Dios, recurra a los Corazones de Jesús y de María. Que esos Corazones sean el centro de su descanso... incluso cuando el mundo le habla y usted habla al mundo, cuando el mundo se ofrece a usted bajo un exterior atrayente para insinuarse en su corazón, no escuche interiormente sino al Verbo divino, no vea en cierto modo sino a Él, no encuentre dulzura y consuelo sino en Él.

Luego esas líneas que revelan una vez más la inquietud que atormenta habitualmente al alma de M. de Cicé:

¿Qué puede turbar la paz y el reposo de su alma si está en el orden de Dios, y es él mismo quien la ha conducido como de la mano a los lugares y a la situación en que está?... No acepto, querida hija, oírla decir que quiere retomar su sacrificio... ¿Puede arrepentirse de lo que ha hecho para agradar al Señor? Eso debe parecerle imposible.

La carta escrita desde Lyon el 2 de agosto evoca ya las reticencias nacientes en Mons. de Cicé frente a los dos misioneros, invitados sin embargo por él:

Creo que no es un vano temor el que retiene a su señor hermano. Por eso, después de recomendarse mucho a Nuestro Señor y a su Santa Madre, haga lo que la prudencia le sugiera. Pero cualquiera sea el acontecimiento, mantenga su alma en paz.

Otra carta muy larga, fechada el 14 de agosto, da una vez más a M. de Cicé las directivas habituales, valederas en toda situación:

Para su conducta interior, practique las reglas que le he dado más de una vez. No descuide ninguna de las ocasiones que la Providencia le presente para edificar al prójimo y aliviar su miseria. Pero no corra por usted misma tras esa clase de obras, de miedo a que la disipen demasiado y excedan sus fuerzas espirituales y corporales.

...En lo que se refiere a su conducta exterior, le doy dos consejos que creo buenos: el primero es evitar la disipación que no está de acuerdo con su consagración al Señor. Usted debe saber ahora lo que puede hacer en este punto y lo que no puede. Mientras esté en la misma casa, no puede dispensarse de encontrarse habitualmente en la mesa con Monseñor para la cena; pero creo que sería muy necesario para usted disponer de las horas de la mañana y de la tarde. El segundo consejo es el cuidado de su salud... pues por poco que la cuide, usted siempre teme hacer demasiado por ella... No es necesario que le dé un tercer consejo: el de no perder jamás de vista la obra que Dios le ha confiado.

La continuación de la carta muy interesante muestra los pasos que el Padre se dispone a dar para la implantación de las Sociedades en la región lionesa.

El Padre habla largamente también de los problemas surgidos por las vacilaciones del arzobispo de Aix, y se adivina cuán delicada debe ser la situación de M. de Cicé, entre su hermano que se esconde y los dos misioneros que esperan una respuesta sin ambigüedad.

Voy ahora a lo que se refiere a nuestro viaje a Aix. El Sr. Perrin había creído hacer una cosa agradable al Señor Arzobispo y útil a su diócesis consagrándole sus trabajos y dándole la preferencia sobre varios Prelados que manifestaban el deseo de tenerlo por colaborador. Mons. de Aix había manifestado el mismo deseo. Las cosas han cambiado

mucho ahora, pues lo que él parecía desear vivamente como muy ventajoso para su diócesis lo concedería sólo como un favor, ante las urgentes solicitudes de una hermana a la que no desearía contristar.

La carta del 18 de agosto da a conocer nuevas dilaciones y una modificación notable en el tipo de apostolado pedido ahora a los misioneros: retiros a las religiosas y a los miembros del clero, reemplazando las grandes misiones populares para las cuales había solicitado Mons. de Cicé la ayuda del Sr. Perrin.

El 20 de agosto, el Padre envía a M. de Cicé la copia de una carta que ha dirigido a otro destinatario, y que interesa a las dos Sociedades. Esta carta muestra la lucha del Príncipe de este mundo contra las almas consagradas, cuyo último objetivo no varía a través de los años:

Usted me dice que las cabezas trabajan en la proximidad de la fiesta de la Asunción y que el demonio hace entonces de las suyas... Se diría al ver la conducta de un buen número de almas buenas de esta época que deben examinar de nuevo su vocación, y que son libres para abrazar otro estado. Eso no es conocer la gracia que el Señor les ha concedido, ni el compromiso que han tomado al consagrarse a Dios en la Sociedad del Corazón de Jesús o la del Corazón de María.

El 22 de agosto sabemos que el viaje de los misioneros es postergado siempre. Hay que esperar el 27 de octubre de 1802 para ver al Padre y a su compañero en Marsella donde han llegado hace poco. Se quedarán allí hasta enero de 1803, salvo una quincena pasada en Tolón en diciembre. La carta del 27 de octubre muestra que M. de Cicé ha trabajado ya con éxito por la buena obra, pues el Padre le encarga transmitir:

Mis muy humildes respetos a todos aquellos y aquellas que le pidan noticias mías, y sobre todo a aquellas que aspiran a unirse a nosotros en los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

Las cartas siguientes están sembradas de alusiones que van en el mismo sentido. El 7 de noviembre de 1802: *Lo que me dice de su pequeña conferencia me agrada mucho*. Por su parte, el Padre añade:

Yo la he tenido también con algunas buenas jóvenes que me parecen adecuadas para la cosa. Una de ellas tiene ya la aprobación de su confesor, excelente eclesiástico a quien pienso hablarle de nuestra Sociedad.

Otra carta de Marsella también, muestra siempre a Mons. de Cicé en la reserva, y sin embargo el terreno sería favorable: <sup>86</sup>

Estamos alojados ahora aquí, en casa de tres excelentes señoritas, hermanas las tres, que por todo el tiempo del Terror alojaron a sacerdotes y tuvieron el culto en su casa, las señoritas Artaud, calle des Thionvillois n°16. Les he hablado de la Sociedad del Corazón de María, creyeron ver el cielo abierto y entraron perfectamente y de todo corazón en lo que yo deseaba para su perfección. Yo había hablado a otras dos almas buenas, viudas las dos... que están en condiciones de hacer el bien. Tienen un gran deseo de la cosa.

95

<sup>&</sup>lt;sup>86</sup> Desde Marsella, el P. de Clorivière escribiendo al Sr. Frappaize el 15 de enero de 1803, le habla de M. de Cicé y hace alusión al "gran número de buenas amigas que se le han unido tanto en esta ciudad de Marsella como en la de Aix".

Incluso han hablado a otras, y ha sido preciso que las detenga y les he prohibido hablar más de ello.

A partir de febrero 1803, la correspondencia cesa entre los fundadores, sin duda porque el Padre de Clorivière trabaja discretamente en Aix mismo, donde ha llegado a fines de enero, en tanto que el Sr. Perrin volvía a París en el mes de junio de 1803.

Felizmente tenemos algunas noticias relativas a ese período gracias a la correspondencia del fundador con diferentes miembros de las Sociedades.

Una carta dirigida a la Señorita d'Esternoz el 25 de febrero de 1803, desde Aix, contiene estas líneas relativas a M. de Cicé:

Encontré aquí a Adelaida que le dice mil cosas tiernas. Ella ha trabajado bien aquí por las Sociedades, pero los temores del hermano nos impiden, actualmente, recoger los frutos.

## El Padre escribe el mismo día al Sr. Pochard:

Por todas partes donde hemos estado, buen número de espíritus están bien dispuestos por una u otra Sociedad, pero ha habido pocas consagraciones, porque el Prelado ha suspendido, hasta un más amplio examen, los permisos que nos había dado. El tiempo del examen nos parece un poco largo.

# El 30 de marzo, en una nueva carta a la Señorita d'Esternoz:

Aquí estábamos en el más hermoso camino, cuando repentinamente se ha querido examinar de nuevo la buena obra.

### M. de Cicé escribe a continuación de la carta del Padre:

Esperamos de la bondad de Dios que los deseos que Él ha inspirado a gran número de almas buenas no serán frustrados. Le comunicaremos... todo lo que nos suceda.

Una carta del P. de Clorivière al Sr. Pochard, el 13 de mayo de 1803, hace alusión a "una larga conferencia" con el arzobispo, a propósito de las Sociedades que él estima, y que por amistad por su hermana y por el Padre de Clorivière está dispuesto a recomendar al ministro de Cultos, Portalis, y a otras personalidades. Ese apoyo concedido por fin sólo podía ser muy útil en un período legalmente muy desfavorable a toda sociedad religiosa.

Se adivina cuál debió ser el alivio de M. de Cicé ante esa señal manifiesta de la benevolencia de su hermano. Pero ese gesto no quitaba las prohibiciones dadas por el arzobispo de Aix en lo relativo a la implantación de las Sociedades en su diócesis. El P. de Clorivière comprendió que era inútil insistir y abandonó Aix algún tiempo después. En el camino de regreso, pasó a visitar a los miembros de las Sociedades en Besançon, desde donde escribió a M. de Cicé al día siguiente de su llegada, el 28 de septiembre. Le comunica la satisfacción que le han proporcionado sus primeros contactos con los miembros de las Sociedades. Un párrafo de esta carta atrae la atención:

En cuanto a usted, querida hija, anímese a una gran confianza en Dios que regula como le agrada todos los acontecimientos de la vida para el bien de los que quieren ser sinceramente suyos, y vivir sólo para amarlo y hacerlo amar por todo el mundo. Sea constante y valiente, pero que esa constancia y ese valor estén dirigidos por la prudencia. No precipite nada. Es preferible esperar con dulzura y paciencia, que romper algo peleándose. Usted tiene buenas razones, pero es preciso que por lo menos parezcan apreciarlas.

¿De qué se trataba exactamente? Es imposible saberlo. ¿Tal vez M. de Cicé quería sustraerse muy pronto al afecto de su hermano deseoso de retenerla junto a él, lejos de los peligros que correría en la capital? Como quiera sea, a comienzos de octubre de 1803, según parece, M. de Cicé tomó el camino hacia París.

Antes de abandonar la Provenza, evoquemos el recuerdo dejado por M. de Cicé en una congregación que la había visto trabajando en esa región. Gracias a un extracto de los anales de la congregación de las Hermanas del Retiro, comunidad de Fontenelles, en el Doubs, que poseían entonces una casa en Aix: 87

Desde Aix en Provenza, parroquia del Espíritu Santo (Casa de la Pureza), el venerable Padre...<sup>88</sup> escribía: Esperamos tener dentro de poco nuestra iglesia aparte, bien establecida por la Señorita de Cicé, hacer en ella todos nuestros ejercicios y tener el Santísimo Sacramento... Monseñor de Cicé concedió al padre, muy amablemente, todas las facultades necesarias... Ante todo había que dedicarse a las reparaciones más urgentes. Se iba a trabajar por la gloria de Dios y la Providencia no podía faltar.

La Señorita de Cicé, siempre ardiente y abnegada, era su instrumento bendito. Con ayuda de varias Señoras, logró hacer colocar los vidrios de la mayor parte de las ventanas de la casa. Además, sabiendo, conociendo el interés que tenían los Solitarios por la capilla, y que su hermano el Arzobispo no se oponía a que fuera devuelta al culto, recorrió la ciudad, se presentó en todas las casas buenas, y por la elocuencia de su piedad y de su fe, más que por el ascendiente de su nombre, reunió la suma suficiente para reparar las ventanas, arreglar el altar, y adecuar pronta y convenientemente todo el conjunto.

Faltaba proveer la sacristía de vasos y ornamentos sagrados. La noble mendiga emprendió de nuevo sus correrías, se dirigió a los curas de la ciudad, contentándose con un alba medio usada, una casulla gastada, cualquier objeto necesario para la celebración del Santo Sacrificio. Misión ingrata, pues se acababa de salir de la revolución que había despojado todos los santuarios. Sin embargo, el clero deseoso de agradar al Arzobispo aún más que a su hermana, dio lo necesario para adornar el altar y restablecer el servicio divino.

...La Señorita de Cicé, hermana de Monseñor el Arzobispo, tuvo para nosotras el lugar de una madre, como a muchos otros, pues es un alma dedicada a todas las buenas obras.

Vemos vivir a nuestra primera Madre a través de esas líneas tan sencillas. Y por ese testimonio conocido, cuántos quedan ignorados, salvo del "Padre que ve en lo secreto".

En ese otoño de 1803, el trayecto de Aix a París en diligencia duraba varios días, M. de Cicé tenía tiempo para pensar en lo que dejaba y en lo que iba a encontrar.

Su corazón afectuoso y delicado debía sufrir por su hermano que amaba, y sobre todo tal vez por las almas despertadas en Provenza a la esperanza de una vida religiosa ardientemente deseada, y que los fundadores no habían podido satisfacer.

Pensando en París al que se acercaba cada día, M. de Cicé debía experimentar una gran alegría al pensamiento de volver a encontrar a hermanas tiernamente amadas; pero en vísperas de volver a tomar plenamente su cargo sentido siempre como una pesada prueba, cuál debía ser tal vez su

<sup>&</sup>lt;sup>87</sup> Extracto enviado amablemente a M. Clausier por el abate Charmeau, del seminario de Luxeuil (Alto Saona), el 31 de julio de 1925.

88 Palabra ilegible ¿Rector? ¿Procurador?

angustia secreta, que sólo podía superar una total confianza en el Señor. Desde largos meses, de hecho desde su detención en enero de 1801, seguida por una estada en Rouen, M. de Cicé había sido suplida activamente por su asistente, la Señora de Carcado, quien había asumido una parte de su carga y especialmente una abundante correspondencia en la que se encuentran algunas líneas dirigidas por ella a una aspirante que conocía ya a Madre de Cicé y esperaba su regreso para comprometerse en la Sociedad:

¡Deseo del fondo del corazón que se haya determinado a esperar el regreso de nuestra buena Madre! Ella merece toda su confianza y su adhesión. Ella es tan buena, tan humilde, tan instruida, tan desprendida de sus propios intereses, tan maternal con sus hijas; ¡ella la quiere tanto!

Todo un retrato en pocas palabras.

# EL REGRESO A PARIS.

El 28 de octubre de 1803, el P. de Clorivière, que sigue visitando las Reuniones de las dos Sociedades, escribe desde Orleans a M. de Cicé:

Recibí, querida hija en Nuestro Señor, sus dos cartas encerradas en una, con algunas palabras consoladoras del Sr. Bourgeois y una carta de la Señora de Carcado que me ha proporcionado una verdadera satisfacción al darme a conocer la que todas han sentido con su llegada.

Se ignora en qué lugar tuvieron las Hijas del Corazón de María la alegría de volver a encontrar a M. de Cicé. El 22 de noviembre siguiente, una corta carta del Padre, entonces en Tours, le es enviada por intermedio de la Señora de Carcado, calle Mezières.<sup>89</sup>

No quiero abandonar Tours, querida hija, sin darle noticias mías, tanto más cuanto temo que usted esté en dificultades. Si es así, ármese de valor y de confianza en el Señor. Esta confianza no será confundida.

Luego una buena noticia en post scriptum:

Acabo de ver a una joven que podrá ser de sus hijas; sería la primera en este país.

Una carta más larga puesta al correo en Poitiers el 29 de noviembre de 1803, da informaciones interesantes. En primer lugar por la dirección, redactada así:

Señorita Allouard, en las Damas R. de la Congregación. Calle Neuve St Etienne, n°28. Faubourg St Marceau en París.

La prudencia recomienda pues velar todavía la verdadera identidad de la Señorita. de Cicé bajo la de Agata Allouard, su fiel sirvienta, que debía entrar en la Sociedad en la primavera de 1805. Esta nueva residencia está bastante alejada de la calle Cassette y de su antiguo barrio para que M. de Cicé no arriesgara ser reconocida muy pronto.

98

t<sup>89</sup> Esta carta está clasificada por error entre las cartas dirigidas a la Señora de Carcado. Lettres, p.674.

Luego esos párrafos evocadores de la situación actual y del rol de M. de Cicé frente a sus hermanas:

Le he escrito ya desde Tours... pero no por eso me creo dispensado de responder a su larga e interesante carta... Su posición a su llegada (a París) recuerda un poco la de la Virgen y de su santo esposo en Belén. Esto debe haber sido de algún consuelo para usted... Usted está por fin alojada, y su alojamiento me agradaría si no la aislara demasiado de sus hermanas. Que el amor las acerque las unas a las otras...

# Y un poco más adelante:

Entreguémonos pues a los asuntos de Dios, a aquellas que Él nos ha confiado. Él bendice lo que usted dice a sus hijas. Haga de manera que todas puedan verla, sucesivamente; pero para que eso pueda hacerse sin incomodarla demasiado, o incomodarlas a ellas mismas, tenga horas fijas en el día para recibir sus visitas, y que la Señora de Carcado asigne sucesivamente a cada una la que pueda convenirle más. Siento que se precisa circunspección, pero ésta debe ser dictada por la prudencia y no por un vano temor. El lugar en que usted está, casi alejada, favorece la comunicación. Que una gran confianza la eleve por encima de lo que sería excesivo en sus temores.

El P. de Clorivière parece querer tranquilizar a M. de Cicé que teme ciertamente atraer sobre ella la atención de la policía y sobre todo comprometer a sus visitantes.

Una carta de Poitiers del 21 de diciembre de 1803 hace alusión a los proyectos de viaje a Bretaña formados por el P. de Clorivière. Con ese espíritu de fe de servicio que lo caracterizan, él añade:

Sólo deseo lo que puede ser más conforme con la voluntad de Dios, lo más adecuado para procurar su gloria y para cumplir la tarea que él ha querido imponerme, lo mismo que a usted. Sin embargo, no es una pequeña privación para mí verme alejado por tanto tiempo de usted y de nuestras dos familias de París. Siento también vivamente el atraso que eso aportará al trabajo que me espera en París y que considero urgente.

Gracias a diferentes verificaciones con otras cartas, se sabe que ese trabajo urgente al que el Padre daba tanta importancia era la revisión de los "escritos relativos a las Sociedades", escritos que el Padre se proponía recopilar.

Otra carta de Poitiers del 8 de enero de 1804 evoca el precario estado de salud de M. de Cicé, pero la vida de la Reunión sigue su curso:

Estoy... muy conmovido por su estado de enfermedad. Se lo ruego, querida hija, no le añada inquietudes sobre las cuales la he tranquilizado tantas veces.

Ármese de gran confianza en las misericordias de Dios y los méritos de Jesucristo su Hijo. Estoy encantado de verla junto a sus hijas. Ellas están encantadas de saber que está en medio de ellas; espero que Dios le hará encontrar en eso el consuelo. 90

Luego esas líneas con ocasión del reciente fallecimiento de su hermana visitandina:

<sup>90</sup> Estas últimas líneas parecen anunciar un próximo cambio de residencia para Madre de Cicé. De hecho, las cartas siguientes contienen varias veces una doble correspondencia para Madre de Cicé y la Señora de Carcado, que viven entonces una cerca de la otra en la calle Mezières.

Estoy seguro de que la muerte de mi hermana, que acabo de saber por la Señora de Carcado, la ha afligido, pero habrá dicho como yo: es una santa más en el cielo. Ese sentimiento me llena en tal forma que aunque la naturaleza esté conmovida no puedo verdaderamente afligirme por ello. Ella goza ahora de la felicidad a la que no dejaba de aspirar. Eso no me impedirá orar por ella y recomendarla a las oraciones de los otros.

Una carta del Padre a la Señorita d'Esternoz, fechada el 13 de febrero de 1804, nos da a conocer su regreso inesperado a París.

Yo había contado con ir desde Tours a Bretaña, pero cartas llegadas de París me lo impidieron y han apresurado mi regreso.

... Desde hace aproximadamente quince días estoy en París, como puede comprender he estado bien ocupado; en cuanto me libere, me dedicaré por entero a retocar nuestros escritos. Recomiendo a sus oraciones y a las de todos nuestros amigos ese trabajo que interesa esencialmente a una y otra familia.

Dos cartas de la Señora de Carcado a la Señora de Clermont-Tonnerre en la primavera de 1804 muestran al P. de Clorivière enteramente dedicado a ese trabajo al que concede tanta importancia.

Es difícil imaginar lo poco que lo vemos (al P. de Clorivière), pero sin embargo es verdad. Está muy ocupado en redactar santos escritos. Ganaremos con ese trabajo, pero hay que soportar las privaciones que acarrea. (28 marzo 1804).

Y en otra carta, después de haber hablado del exceso de ocupaciones que la invaden, la Señora de Carcado indica:

Lo que admiro es que a pesar de todo la obra de Dios avanza por todas partes y en todo. Todo va bien; los sufrimientos de nuestra buena Madre, su estado de holocausto, los trabajos de nuestro buen P... que redacta sus escritos con gran esfuerzo, nos obtienen bendiciones. (abril 1804).

En esa fecha se interrumpe toda correspondencia entre el P. de Clorivière y M. de Cicé, relativamente cerca el uno de la otra, el primero residiendo en la calle N.D. des Champs, en la casa de los hermanos, y la segunda, en calle Mezières, con la Señora de Carcado.

Parece anunciarse una era más calma para los fundadores, reunidos en adelante y dispuestos a dedicarse al desarrollo de las Sociedades. Pero los caminos de Dios no son los nuestros. La prueba va a golpear de nuevo a la puerta, y durante la larga encarcelación del P. de Clorivière la co-fundadora, siempre en la sombra, será llamada a dar toda su medida.

## CAPITULO V

# ENCARCELAMIENTO DEL PADRE DE CLORIVIERE MADRE DE CICE COLABORADORA IRREMPLAZABLE

Desde el proceso de la Máquina infernal, la policía no había dejado de buscar al Padre de Clorivière.

Desde el 8 de marzo de 1801, como ya lo hemos señalado, una carta del alcalde de Josselin, en Bretaña, lo había denunciado a Fouché, ministro de la policía, como "aquél que la señorita de Cicé... se obstina en no revelar." Era pues en el entorno de M. de Cicé donde se buscaban sus huellas. Fue así como la policía fue llevada a tomar informaciones en Aix, por intermedio de un funcionario. Este, al saber que el Padre había abandonado Provenza, obtuvo su dirección en París, calle Notre-Dame des Champs, gracias a una falsa carta. La detención, inevitable desde ese momento, tuvo lugar el 5 de mayo de 1804, muy temprano por la mañana. <sup>91</sup>

Ese mismo día, M. de Cicé debía ser detenida también en su domicilio, calle de Mezières. Pero muy enferma en esa fecha. - nueve días antes ella escribía a Amable Chenu: "Mi estado me pone a las puertas de la tumba, y por poco que siga algunos días no puedo ir lejos". — estaba en cama cuando llegó la policía y dos médicos se encontraban en consulta a su cabecera. Fue su salvación. Ambos declararon que no se la podía trasladar y la policía se contentó con coger todos su papeles, dejando uno de sus agentes por 48 horas de guardia en el apartamento de la enferma. En adelante la policía ejercerá una estrecha vigilancia sobre ella, lo que la obligará a pesar cuidadosamente todos sus pasos.

"Conviene hacerla vigilar con cuidado", señalaba a propósito de ella el Consejero de Estado encargado de los asuntos relativos a la seguridad de la República.

Sin embargo, la Providencia había permitido que escapara a una detención cuya duración nadie podía prever, y al observar la prudencia requerida ella podrá cumplir plenamente su rol de superiora general durante años particularmente difíciles.

Debido al poder absoluto ejercido por Bonaparte, primero Primer Cónsul, luego proclamado emperador de los franceses el 18 de junio de 1804, el P. de Clorivière, desde el fondo de su prisión tendría que luchar sobre tres frentes para proteger la vida de sus familias religiosas:

- el del poder oficial, frente a los decretos que prohibían toda asociación religiosa,
- el de la jerarquía episcopal, vacilante para autorizar secretamente Sociedades que debía ignorar oficialmente,
- el de algunos miembros de las Sociedades, especialmente sacerdotes del Corazón de Jesús, que no se atrevían a renovar sus votos por miedo a encontrarse en una situación irregular frente a los obispos.

101

<sup>&</sup>lt;sup>91</sup> En "Fundada sobre la Roca" se encuentra relatado más ampliamente lo que concierne directamente a la detención del Padre y el contexto político de sus años de detención.

A esas preocupaciones mayores se añadía la preocupación cotidiana de las Reuniones, antiguas y nuevas. Prisionero, el P. de Clorivière debía dar habitualmente sus directivas por escrito, lo que explica su abundante correspondencia, de la que queda solamente una parte. En consecuencia, se comprende la importancia del rol que recayó en sus colaboradores, encargados de transmitir su pensamiento sin deformación pero con las adaptaciones requeridas por situaciones muy diversas y a veces imprevistas.

Muy cerca del pensamiento del fundador y más conocedora que nadie de sus intenciones, M. de Cicé era la colaboradora fiel y lúcida a la que el Padre podía confiar en prioridad las misiones más delicadas y las más difíciles. Al mismo tiempo precisaba seguir recorriendo el camino doloroso que era suyo desde ya mucho tiempo.

Para mejor comprender el valor humano y espiritual de M. de Cicé hay que seguirla en los dos planos:

- el de las actividades exteriores que comprometen todas sus fuerzas vivas, minadas ya por una salud deficiente,
- el de las pruebas interiores, penas y tentaciones que debe superar sin descanso para avanzar en un camino particularmente crucificante.

xxx

El anuncio de la detención y encarcelamiento del P. de Clorivière debió ser sentido profundamente por M. de Cicé quien, más que nadie, medía sus consecuencias. Pero lejos de dejarse abatir, quiso hacer frente a esa situación nueva, y tomó inmediatamente las medidas que se imponían. La Señora de Saisseval nos cuenta a ese propósito: 92

En cuanto la Señorita de Cicé tuvo conocimiento de la detención del Padre de Clorivière, reunió a su Consejo... Luego de recomendar un aumento de oración, prudencia y discreción – pues ella misma quedaba siempre bajo la vigilancia de la policía – designó a la Señora de Carcado para que fuera la única encargada de las relaciones con el Padre durante su encarcelación. En cuanto a ella, guardaría para ella sola el secreto de lo que confiaría a una y otras, sin que nos fuera permitido hablar de eso entre nosotras.

Prudente discreción, que permitía salvar la unidad de dirección y evitar las divergencias de interpretación. Medida de discreción también, particularmente necesaria a la Sociedad en esas horas difíciles.

La fiel Laurencia acompañaba con frecuencia a la Señora de Carcado, llevando a la prisión del Temple lo necesario para la mantención y alimentación del cautivo. La correspondencia de la Señora de Carcado indica que esas visitas tenían lugar dos veces por semana. Con la autorización del arzobispo de París, entre las provisiones se disimulaban cuidadosamente hostias consagradas, consuelo eucarístico cuya privación habría sido duramente sentida por el prisionero.

A ese propósito, la Señora de Saisseval escribe:

El precioso canasto debía pasar antes por la inspección de los guardias. Se adivina la angustia de la Señora de Carcado durante ese examen. Su calma, su sangre fría la sacó de todo. Se adivina con cuánta inquietud esperaba cada día M. de Cicé el regreso de su asistente, y cómo la compartíamos nosotras.

<sup>&</sup>lt;sup>92</sup> Se trata del diario de Nantes.

Había transcurrido apenas un mes desde la encarcelación del Padre cuando una grave amenaza cayó sobre las Sociedades. Uno tras otro aparecieron un informe del ministro de Cultos, Portalis, el 8 de junio de 1804, y un Decreto ejecutorio el 22 de junio siguiente. <sup>93</sup>

Entre otras asociaciones legalmente destinadas a la disolución, el informe denunciaba específicamente a la Sociedad del Corazón de Jesús. El decreto ejecutorio, gracias a la Providencia y a la intervención de Mons. Jerónimo de Cicé, no mencionaba ya la Sociedad del Corazón de Jesús, pero condenaba toda asociación religiosa fuera de los establecimientos de beneficencia y de caridad.

Después de un estudio atento de los textos, el Padre de Clorivière concibió un dispositivo de defensa para preservar "la obra recibida de lo alto". No se apartó nunca de él en los años siguientes. Lo comunicó a M. de Cicé, indicándole la línea de conducta a seguir. Citemos a este propósito un pasaje de una carta sin fecha pero que el contexto permite colocar en julio de 1804:

Han hecho bien al enviarme el decreto. No estamos nombrados en él. Ni siquiera somos señalados formalmente, si se lo toma a la letra:

- 1. porque no estamos totalmente formados como cuerpo de Asociación, y sólo tendemos a eso, bajo la aprobación de las autoridades civiles y eclesiásticas
- 2. porque entre nosotros los votos no son perpetuos
- 3. porque dependemos del Ordinario
- 4. porque nada aparece al exterior.

Así podemos quedar tranquilos y guardar silencio. Pero como la interpretación corresponde a los legisladores y no a nosotros, hay que esperar con resignación lo que ordenen de nosotros, con la intención de someternos humilde y simplemente. Pero no es necesario, incluso sería imprudente en nosotros, provocar sus órdenes posteriores por un celo demasiado activo o gestiones precipitadas. En consecuencia nada se hará ni se considera hecho entre nosotros sino de forma provisoria, es decir, bajo condición de la aprobación de las autoridades, cuando se les haya dado pleno conocimiento de todo. Si Dios quiere la cosa y ésta debe servir para su gloria, la muerte es sólo aparente; cuando el muerto haya estado tres días en el sepulcro, el Señor, por la oración de su Madre, sabrá resucitarlo.

... Pero que lo que nos concierne no se trasluzca al exterior. Poco nos importa que nos crean muertos y sepultados. Así nos olvidarán, y Dios no será menos glorificado por eso. Acordémonos de esas palabras del Apóstol y actuemos en consecuencia: "Ustedes están muertos y su vida está escondida con Cristo en Dios". Deseo mucho que se pueda continuar la buena obra de los niños. 94

Esta carta – entre otras – muestra la importancia del rol asignado a M. de Cicé. En circunstancias tan delicadas y tan graves, era preciso que comulgara íntimamente con el pensamiento del fundador. En sus relaciones con las superioras y con los miembros de las Reuniones, con los

<sup>93</sup> Cf. "Fundada sobre la Roca".

<sup>&</sup>lt;sup>94</sup> Se trataría de la obra de los niños abandonados.

sacerdotes del Corazón de Jesús, con las autoridades eclesiásticas, le correspondía ilustrar y tranquilizar los espíritus sin sacrificar nada de las exigencias de la vida religiosa.

Otra carta, también sin fecha, completa la precedente.

Con la acción de gracias ante la preservación providencial de las Sociedades, traza la actitud altamente sobrenatural que se ha conservar frente a la autoridad civil que "tiene gran necesidad de la asistencia divina" y en consecuencia de oraciones; rinde homenaje a la prudencia de M. de Cicé y da discretamente las directivas que convienen para velar la vida religiosa de la Sociedad al mismo tiempo que se la sigue fielmente:

Lo que me han señalado me hace creer que el Señor y su Santa Madre nos han preservado del gran golpe que nos amenazaba de cerca, pues no se nos menciona en el Decreto, aunque hayamos sido nombrados en el acta que lo provocó. Parece que las aprobaciones que nos han dado<sup>95</sup> no han dejado de producir impresión sobre aquellos de quienes dependía el asunto. Dios lo ha querido así en su misericordia.

.. Usted ha pensado bien. Esperemos los momentos de Dios que rige y gobierna todas las cosas, y hasta que él haya apartado la tempestad de nuestras cabezas y haya ordenado a los vientos y a las olas que vuelvan a la calma, quedémonos en el silencio y en la paz. Nada de reuniones, nada público y hecho en común, ni siquiera la gran fiesta próxima. Pero las conciencias son libres, y cada uno podrá hacer en su corazón y en la presencia de Dios solo lo que crea le es más agradable y más útil para su alma.

En cuanto a usted, no creo que sea necesario recomendarle que sea muy reservada para aparecer. Cuide bien su salud. No será malo que se sepa cuán débil está aún.

Nadie se extraña de que la salud siempre frágil de M. de Cicé necesite cuidados en medio de tantas fatigas y preocupaciones. Pero la prueba realmente crucificante estaba en otra parte, en el sentimiento agudo de su incapacidad para cumplir adecuadamente su rol de superiora general, sentimiento acrecentado por la impresión, no carente de fundamento, de que la sospecha policial que pesaba sobre ella perjudicaba a los miembros de la Sociedad: todo un conjunto de temores, de desalientos, de tentaciones que ella no dejaba traslucir al exterior y que tenía al P. de Clorivière como único confidente; de ahí los llamados repetidos de éste a la confianza y a la comprensión de los caminos de la cruz que Dios había escogido para ella.

El Padre vuelve sobre ese tema en la mayoría de sus cartas, a veces por simple alusión, pero con frecuencia más ampliamente:

Que sus debilidades y sus desalientos no la abatan; no tienen nada de voluntario, como se lo he dicho con frecuencia y sería conveniente que se convenciera, si pudiera reflexionar sobre su estado.

Su situación es penosa, para el alma y para el cuerpo, no me sorprende en absoluto. Es una consecuencia de los designios siempre amables de nuestro divino Dueño para usted y para mí. Usted no sufre para usted sola; él quiere que tenga esa semejanza con él.

Dios quiere que sobresalga en las virtudes de obediencia y de abandono. Usted protesta que quiere ser una verdadera hija de obediencia. Pero en ese deseo que manifiesta, aunque con resignación, de estar en otra posición que ésa en la que Dios la ha colocado, y en la que yo le he dicho más de una vez que él quería que se quedara, en ese deseo, repito, ¿no siente que actúa de una manera poco conforme con la perfección de la

104

<sup>&</sup>lt;sup>95</sup> El original dice: "las aprobaciones que hemos hecho" ¿simple distracción de parte del Padre? Se encuentran otros ejemplos en su correspondencia, sin duda quiso decir: las aprobaciones que hemos conseguido.

obediencia y del abandono? Si estuviéramos en calma, si usted tuviera éxitos, si eso le atrajera alabanzas, tal vez el temor a los aplausos podría sugerirle semejante deseo; pero aún así, la humildad debería doblegarse ante la obediencia. Pero ¿debe el piloto abandonar el timón en medio de la tempestad? El sentimiento de su insuficiencia es bueno, pero su confianza en Dios debe dominarlo... ¿Por qué ese continuo retorno sobre usted? Si Dios quiere servirse de su debilidad, esa debilidad no pondrá obstáculo a sus planes y sólo servirá para hacer brillar más su gloria; sobre él, no sobre usted, debe fijar sus miradas.

# Luego un nuevo estímulo:

La exhorto a tener, en general, mucha comunicación con sus hijas, en la medida que lo permitan su salud y una sabia discreción. Es una responsabilidad, pero es Dios quien se la ha impuesto. Es la cruz con la que él la ha cargado y que le es muy agradable; abrácela con amor y alegría, eso será muy útil para los otros y muy meritorio para usted. Apóyelas en su debilidad, nuestro divino Maestro y su santa Madre la sostendrán en la suya. Anímelas mucho a la confianza, a la exactitud, a la unión y a la caridad fraternal.

En el mes de octubre de 1804, una carta dirigida por la Señora de Carcado a la Señora de Clermont-Tonnerre muestra que M. de Cicé aprovecha los períodos de buena salud relativa para seguir los consejos del Padre y mantener esa "comunicación" con sus hijas:

La querida Adela está singularmente mejor y en estado de hacer esfuerzos considerables. El buen Padre, en su retiro, es un modelo de paciencia y resignación, como ella lo ha sido en su enfermedad. Ambos son privilegiados para ser santos.

Poco después, un corto billete del P. de Clorivière a M. de Cicé nos informa la llegada de Mons. Jerónimo de Cicé a París, sin duda debido a la ceremonia de consagración del emperador fijada para el 2 de diciembre de 1804, y el Padre felicita a M. de Cicé por la alegría que debe experimentar.

El 3 de noviembre, una carta manifiesta una vez más la confianza concedida a M. de Cicé, en las circunstancias delicadas en que se encuentran las Sociedades. El Padre insiste en la actitud que se ha de observar frente a las autoridades, especialmente de las autoridades eclesiásticas:

Contentémonos con presentarnos como <u>proyecto, plan, ensayo</u>. Esto nos basta, por ahora, para hacer el bien que pretendemos, sea para nosotros, sea para los demás; sigamos haciendo con discreción todo lo que hemos hecho hasta ahora, conforme a las circunstancias, a menos que los permisos nos sean quitados formalmente por el Ordinario.

Luego añade esas líneas que muestran la confianza del Padre en el juicio de las hijas del Corazón de María:

Esto es lo que le ruego, querida hija, que considere delante del Señor. Es inútil, sin duda, divulgarlo, de miedo a las indiscreciones y malas y falsas interpretaciones. Pero hable de ello con la Señora de Carcado y algunas otras personas prudentes de la

Sociedad. Si usted o si ellas tuvieran otra manera de ver, harían bien en exponerme las razones sobre las cuales se funda.

Todo a la mayor gloria de Dios, el mayor bien de las almas y el servicio de la Santa Iglesia.

# TRANSMISION DE UNA MEMORIA AL SOBERANO PONTIFICE PIO VII, 1804.

Desde el fondo de su prisión, el P. de Clorivière seguía con atención todos los acontecimientos políticos y sus eventuales repercusiones en la vida de la Iglesia.

Siempre preocupado por obtener de la Santa Sede la aprobación de las Sociedades, desde que supo la venida de Pio VII a París para la consagración de Napoleón pensó en enviar un intermediario discreto y bien informado para que se acercara a Pio VII.

# Fue a M. de Cicé a quien confió primero su pensamiento:

La carta del Sr. Beulé me ha dado gusto; desde hace tiempo deseaba tener noticias suyas. Sería muy bueno, para nuestros asuntos comunes, que él vea al Santo Padre, y más aún que pudiera explicarse sobre las Sociedades con alguien de su confianza.

El viernes 7 de diciembre, nueva carta, primero para agradecer a M. de Cicé el trabajo que se da para obtener su liberación:

Veo, querida hija en Jesucristo, que está usted muy ocupada de mí... Le agradezco que me haya mencionado en sus cartas de Provenza, y al Sr. Obispo de Namur.

Un poco más adelante, el Padre evoca una "especie de Memoria" que M. de Cicé, con su autorización, proyectaba hacer llegar al Santo Padre. Pero el Padre lo encuentra un poco inoportuno.

Además, es cosa crítica recordar al Santo Padre el viaje a Roma y la ocasión de ese viaje. Aquí el Santo Padre no puede hacer nada. Si nuestro gobierno es informado... no dejarían de achacármelo como un crimen.

Por otra parte, el Padre espera siempre su próxima liberación, esperanza diferida de semana en semana; desde el comienzo de su cautividad no ha comprendido aún que Fouché no suelta jamás sus presas, aún inocentes, hasta el momento en que él considera que no pueden perjudicarle. Como quiera sea, la idea de una memoria se ha abierto camino y el Padre concluye así su carta:

Luego de haber reflexionado y pensado delante de Dios, he creído que a pesar de lo lejos que estaba de eso, debía trabajar en una Memoria en latín que se haría llegar secretamente a manos de Su Santidad, que sólo lo comunicaría a sus consejeros más íntimos. En esa Memoria le daría cuenta, lo más brevemente posible... de lo que ha pasado desde la delegación, del estado actual de las Sociedades y de la manera como he creído que debía actuar. Suplicaría a Su Santidad que me haga saber sus intenciones; que si la prudencia le sugiere guardar silencio, creeré que debo seguir actuando como lo he hecho.

Luego dos líneas para confiar a M. de Cicé la ejecución del proyecto:

(Usted comprende que esto debe ser muy secreto), pero, sin decir nada, ponga los

medios, ore mucho y haga orar por mí.

M. de Cicé debe haber "puesto los medios" muy rápido, porque sólo tres días después, el 10 de diciembre, el Padre le escribe:

Veo con gratitud, querida hija, cuánto se ha ocupado de nuestros asuntos. Dios sea su recompensa en este mundo y en el otro.

# Y un poco más adelante:

Pienso como usted que nos dirijamos al Sr. de Vence para la Memoria.

Sigue un incidente que muestra lo acertado de las reacciones de M. de Cicé:

La respuesta del Sr. Bernier no es satisfactoria; lo que usted ha dicho sobre eso al Sr. de Namur es muy bueno y corresponde a mi manera de hablar.

# Luego vuelve a la Memoria:

Mi Memoria ya está escrita. Recuerdo la delegación a Roma, su aprobación y permiso, los sufrimientos que hemos encontrado después, el estado actual de la Sociedad y el fervor que reina en ella. Lo que usted me dice al fin de su carta me hizo añadir algo... Tenía que decir algo positivo y nombrar las diócesis en las que estamos admitidos, sea por los Obispos o por los Vicarios Generales. El asunto es delicado; es posible que los Obispos interrogados no se acuerden bien del hecho. Pero entreguemos todo al cuidado de Dios, consideremos sólo su gloria... Termino asegurando al Santo Padre que encontrará siempre en mí la más perfecta sumisión, a cualquier cosa que él ordene de mí o de nuestras Sociedades.

El tono mismo de esta carta muestra claramente la confianza que tiene en M. de Cicé y la atención con que escucha sus opiniones.

## El miércoles 12 de diciembre (1804) se llega a la realización:

"Le envío, querida hija, mi Memoria para el Santo Padre. Me parece que di en ella una idea justa y clara de nuestras Sociedades y de su estado actual, y ruego a Su Santidad que decida sobre ellas, como también sobre mí, todo lo que su sabiduría juzgue más conveniente. He tenido que decir una palabra de usted, sin nombrarla sin embargo, y he dicho lo que dicen todos. También hablé de mí aproximadamente como usted me lo insinuó; así hice justicia a la piedad, al fervor, a los buenos sentimientos de nuestras Sociedades... Puse a la cabeza una nota para decirle las razones por las cuales la Memoria le es presentada de una manera secreta...

Monseñor de Namur, a quien presento mis respetos, nos hará un importante servicio si tiene a bien presentarla a Su Santidad. El puede leerla antes, no encontrará nada que pueda comprometer a alguien.

La conclusión de esta carta importante para el porvenir muestra la "indiferencia" sobrenatural en la que está el fundador:

Oremos mucho; estamos en un momento de crisis, pero pongamos en Dios nuestra confianza. La gestión era necesaria, es ordenada por las circunstancias. Que se cumpla la voluntad de Dios. El ve la sinceridad de nuestros corazones; espero que no permitirá que se destruya su obra y que inclinará en su favor la mente y el corazón de aquel que tiene para nosotros su lugar en la tierra. Amén.

Algunos días más tarde, M. de Cicé es solicitada de nuevo para servir de intermediaria ante el fundador y las Sociedades:

Creo muy necesario, en las circunstancias, que se ore mucho y con mucho fervor. Adviértalo de mi parte a mi querido y respetable hermano el Sr. Bourgeois. Por su parte, vea lo que puede hacer para esto, de aquí a Navidad o al primer día del año. Todo debe dirigirse al bien de una y otra familia.

La carta del 17 de diciembre nos informa que la Memoria está en buenas manos para ser entregada a Pio VII:

Le ruego ante todo que manifieste al Sr. de Namur mi vivo agradecimiento. Ha hecho usted bien al comprometerlo a no hablar del Sr. Bernier. <sup>96</sup>

Ella manifiesta también el espíritu de fe con que el fundador juzga todas las cosas:

Después que entregué mi Memoria, me viene a la mente que el Soberano Pontífice, aunque tuviera las mejores intenciones, no se atrevería a demostrarlo por temor a aparecer actuando contra el Concordato. Así, si él no dice palabra es tal vez porque puede ser más ventajoso para nosotros. Por lo demás, es el asunto de Dios y no el nuestro. No lo miremos sino de ese lado y no tendremos ninguna inquietud humana. Estaremos contentos con todo... Que el Señor pueda estarlo con nosotros. Sigamos haciendo por nuestra parte lo que puede ser para el bien de su obra. El éxito depende de Él solo. Abandonémosle todo sin apenarnos demasiado. Fiat, Fiat.

La carta del 21 de diciembre muestra que M. de Cicé tiene informado al Padre día a día:

Sus dos cartas, querida hija... me han dado el mayor gusto. Mi agradecimiento al Sr. de Namur es inmenso. Siento todo el valor de los cuidados que tiene por nosotros.

Un corto billete fechado "El día de San Esteban" manifiesta también el lugar que tiene M. de Cicé a los ojos del fundador:

Pienso que usted no tardará en ser presentada al Soberano Pontífice. Desearía mucho que él la conozca como aquella de la que le he hablado en mi Memoria y que le diera su bendición como a la Superiora General de las Hijas del S.C. de María. Por lo menos, en su corazón recíbala en esa calidad, para usted y para todas sus hijas.

De ese acontecimiento, que tuvo que ser uno de los más notables de su vida, la humilde M. de Cicé no ha dejado ningún relato. En una carta a la Srta. Amable Chenu, el 26 de diciembre de 1804, escribe simplemente:

Tuve la dicha de escuchar la misa de Su Santidad en San Sulpicio y recibir su bendición; la pedí no solamente para mí sino para todas ustedes.

Sin embargo, ella fue presentada personalmente al Santo Padre, quien aprovechó esa circunstancia para manifestar una vez más su benevolencia hacia la sociedad, pues "ese santo día de Pascua 1805" el P. de Clorivière escribe al Sr. Lange:

(El Santo Padre) acogió singularmente bien a aquella que sabía estaba a la cabeza de la Sociedad del Corazón de María y le hizo entrega de una preciosa reliquia.

-

<sup>&</sup>lt;sup>96</sup> El Sr. Bernier, al principio favorable a las dos Sociedades, se volvía cada vez más reticente frente a ellas.

Una de las últimas cartas de 1804 prueba que la Memoria fue entregada a Pio VII. Nos da a conocer también la mirada de fe del P. de Clorivière ante Napoleón como jefe de Estado.

Su última carta... querida hija, me ha dado una muy buena noticia. No sé cómo expresar toda mi gratitud por el digno y respetable Obispo de Namur, que nos ha hecho el más importante de los servicios...

Oremos también mucho y continuamente por el Soberano Pontífice, y no olvidemos la persona de nuestro Emperador, puesto que Dios ha querido dárnoslo como señor y nuestra suerte está en sus manos.

Tengo dificultad para persuadirme de que el Papa decida algo a favor nuestro, por lo menos de manera pública, en las circunstancias en que se encuentra. Pero será mucho si habla al Emperador y lo previene a favor nuestro; entonces podremos esperar mucho. Pero si ni el Papa ni el Emperador consideran conveniente expresarse, me parece que las consecuencias de la solicitud que hemos hecho nos darán a conocer sus intenciones; al menos podremos conjeturarlas por la manera como se actuará conmigo. Por lo demás, entreguémoslo todo con confianza y perfecta resignación en manos de la divina Providencia.

La carta de ese "martes por la mañana del día primero del año" invita a M. de Cicé a mantenerse firme en el camino del sufrimiento:

Usted es verdaderamente la <u>hija de María, Madre de dolores</u> Sostenga dignamente esta gran cualidad. Sufra con su augusta Madre y en la medida que lo pueda sufra <u>como ella</u>, con paz, confianza y amor. Olvídese de usted misma para ocuparse de Jesús y de sus penas. Los abandonos y las privaciones en que está de todo gusto, de toda luz, no la hacen menos agradable a nuestro divino Dueño.

Una carta del 12 de enero de 1805 contiene una exposición de la situación tan clara como perspicaz:

No sea demasiado ardiente al querer que el Soberano Pontífice se exprese sobre la Memoria, y en general sobre lo que se refiere a las dos familias. Si nos es favorable, como tenemos todas las razones para presumirlo, no puede darlo a conocer en las circunstancias en que se encuentra. Él sabe en general que el Gobierno no está dispuesto favorablemente a los establecimientos religiosos, y dudo que entre los Obispos mejor intencionados haya muchos, si los interroga, que le hablen a favor nuestro.

El no creerá que puede, con prudencia, definir algo favorable con relación a nosotros. Lo mejor que podemos esperar sería que diga, como al pasar, algunas palabras que mostraran que está siempre en las mismas disposiciones de benevolencia frente a nosotros. Excepto eso, su silencio es lo más favorable que habría para nosotros:

- 1º Porque la aprobación que dio conservaría su fuerza.
- 2° porque sería un consentimiento tácito a lo que decimos en nuestra Memoria, que sabemos llegó a conocimiento suyo,
- 3° porque si no nos fuera favorable sería natural que lo diera a conocer, pues en este momento sería hacer algo que estaría en las consideraciones actuales del Gobierno,
- 4° si se manifestara de una manera desfavorable tendríamos el deber de conformarnos a sus intenciones y abandonar una obra que hasta ahora hemos creído tan agradable a Dios, tan adecuada para procurar su gloria, el bien de su Iglesia y la perfección de un gran número de almas.

Luego esta conclusión en la que el P. de Clorivière confía a M. de Cicé:

Si estas reflexiones le parecen razonables, será bueno que las dé a conocer a los Sres. Bourgeois y Beulé y a la Sra. de Carcado.

El 16 de enero de 1805, se siente el Padre profundamente feliz por la discreta señal de aprobación benevolente que el Santo Padre ha dado al Sr. Beulé, cuando éste, con ocasión de una audiencia, se ha hecho reconocer como el enviado de las Sociedades a Roma, cuatro años antes

Parece tanto más sorprendente saber por una larga carta fechada el 22 de enero que M. de Cicé, lejos de unirse a esta alegría, está más sumergida que nunca en la desolación y el desaliento. El Padre la llama firmemente a miradas de fe, a la obediencia y a la confianza:

Desde hace tiempo no había mostrado usted tanto desaliento y abatimiento...

Lo que más me aflige... es que a pesar de todo lo que le he dicho más de una vez... y de la manera más fuerte... vuelva a hablar de abandonar la cruz que el mismo Dios le ha cargado al ponerla a la cabeza de la pequeña familia...

El pretexto de vivir bajo obediencia es ilusorio. No es la obediencia que Dios quiere de usted, sería dulce, cómoda, común. La que Dios quiere de usted es más crucificante, más perfecta, es la que practica en el lugar en que las circunstancias o Dios, o yo mismo como representante de Él, la he colocado y en el cual tiene que sacrificar constantemente sus gustos, sus inclinaciones, su voluntad, su entendimiento.

Otro párrafo indica cómo la prueba interior que la ha golpeado se ha convertido en fuente de escrúpulos y de tentaciones para M. de Cicé:

Usted me dice además que <u>por la naturaleza de las cosas que le han sucedido, parece que Dios quiere excluirla del gobierno de la Sociedad.</u> Usted se refiere al asunto en que se ha visto involucrada y a sus consecuencias <sup>97</sup>. Debería razonar muy de otra manera. Esos acontecimientos extraordinarios, de los que estábamos tan alejados usted y yo, están marcados por el sello de una Providencia muy especial, y usted estaba tan asistida por ella que debe reconocer en eso una prueba de amor, y al mismo tiempo un medio para llegar a una alta santidad, y por ella (la Providencia) llegar, pero por caminos secretos, a sus fines. Las Sociedades del Corazón de Jesús y de María deben tomar parte en sus dolores y sus sufrimientos. ¿Acaso no era justo que aquellos que están a la cabeza participen en ellos los primeros? Es un privilegio unido a la elección que Dios se ha dignado hacer de ellos en su gran misericordia. Si le agrada enviarnos otras cruces, alegrémonos. Él nos hace encontrar en eso la salvación, la fuerza y la perfección.

Al escribir esas líneas de tal elevación y de tal desprendimiento, su autor sabe de lo que habla. Desde su juventud religiosa ha conocido muchas pruebas, luego la disolución de la Compañía de Jesús; en la hora actual, cautivo en condiciones poco envidiables, sin razones humanas para esperar el éxito de "lo que más le importa en el mundo", tiene derecho a usar un lenguaje que no tiene nada de sorprendente para los que conocen el total abandono a la Providencia en el que vive cada día. Una serenidad profunda le es necesaria, a él que debe afirmar a los otros.

En su admirable carta circular sobre el "Espíritu interior", escrita en 1806 en plena cautividad, el Padre de Clorivière al hablar de "esa especie de inmutabilidad del hombre interior" traza un

<sup>&</sup>lt;sup>97</sup> Se trata evidentemente del proceso de la Máquina infernal.

retrato en el que espontáneamente estaríamos tentados a ver los rasgos que lo caracterizan a él mismo.

A ese estado invita él a M. de Cicé y no usaría ese lenguaje si no supiera tan bien a quién se dirige. M. de Cicé es capaz de entenderlo. Pero el Señor permite el agobio de las desolaciones y de las tentaciones que parecen velar, al menos a sus ojos, su valor y su virtud, por un designio de purificación sin duda, pero tal vez más aún debido a caminos crucificantes que deben ser su parte en esta tierra. A cada uno corresponde responder al aspecto particular de la santidad total de Cristo que Dios ha escogido para él. Para M. de Cicé, el rol de "víctima" al que el Padre hace alusión varias veces, explica en gran parte su estado de desamparo casi permanente.

En la larga carta que le escribe el Padre el 27 de enero de 1805, se encuentran algunos pasajes que esbozan un poco la fisonomía espiritual de nuestra primera Madre:

He aquí algunas reglas que debe observar cuidadosamente:

- 1° Rechace de inmediato con valor todo sentimiento que, bajo pretexto de humildad, tienda a disminuir la gran confianza que debe tener en Dios.
- 2° Reconozca con la más profunda humildad y el sentimiento de su indignidad, las gracias con que el Señor la ha literalmente colmado, y no dude que haya tenido grandes designios sobre su alma, y que sería muy culpable si no respondiera a ellos con todas sus fuerzas, por pusilanimidad y falta de confianza.
- 3° Esos grandes designios, es la obra que él le ha confiado. Esta obra no es elección suya, sino de Él. Él ha querido, quiere aún que le dedique sus cuidados, y de esos cuidados depende en parte el éxito de la buena obra; y no dude que al escogerla le haya dado todo lo que necesitaba para eso, aunque no sea conforme a las consideraciones de la carne.
- 4° Esté intimamente persuadida de que su conducta, sobre usted y sobre mí, es un efecto de su bondad paternal y de su sabiduría que conduce todo a sus fines.
- 5° Reanime la confianza de sus hijas. Sea superiora en efecto y vele por la circunspección.
- 6° En sus ejercicios de piedad, sea más pasiva que activa. Para su perfección cuente más sobre la obra de Dios en usted que sobre su propio esfuerzo.

Esa es la única orden del día que necesita. Una más detallada le sería perjudicial.

Al día siguiente, el P. de Clorivière redacta una corta carta recomendando que se haga la renovación de votos en la Purificación solamente con algunas, como la Sra. de Carcado, la Sra. Guillemain, etc., y que luego ellas lo hagan con otras y éstas con otras, de manera que, aunque no se reúnan, haya sin embargo en la renovación una especie de comunicación mutua y general entre todas. Usted hará bien diciendo en esta ocasión dos palabras de edificación que luego serán repetidas en cada lugar por la que haga de cabeza.

Se adivina con cuanto fervor debían hacerse – clandestinamente – esas renovaciones, y en cuánta unión de corazones, a pesar de las separaciones impuestas por la prudencia.

La carta del 29 de enero de 1805 habla con gratitud de la acogida dada por Pio VII a la Memoria: Su segunda carta de ayer me dio una muy buena noticia; se lo agradezco de todo corazón y ruego al Señor que bendiga mil veces al digno Obispo de Namur que nos la ha proporcionado... Esta noticia es tanto mejor cuanto yo le aseguré al Santo Padre, en mi

Memoria, con la mayor sinceridad, que una palabra de su parte nos decidiría y que yo la miraría como viniendo de Dios mismo.

Esta respuesta favorable del Santo Padre es mencionada de nuevo en la carta que sigue, el 31 de enero:

Creo haberle señalado cuán satisfecho estaba de todo lo que me ha indicado en su última carta y cómo bendecía al Señor. Pueden servirse de eso con moderación para levantar la esperanza de los de nuestras Sociedades, pero tener cuidado de que no se trasluzca nada al exterior.

El 1° de febrero de 1805, el Padre confirma a M. de Cicé en la vía dolorosa que el Señor ha escogido para ella: <sup>98</sup>

Le digo con certeza, lo que usted experimenta no es castigo; es una prueba que se tornará enteramente en ventaja suya y de los otros si usted no se deja abatir ni desalentar... Esté plena de confianza, en lo que depende de la voluntad superior, que es la única que puede merecer o desmerecer; la otra voluntad de sentimiento no siempre está en nuestro poder y no depende de nosotros rectificar sus sentimientos, especialmente en las pruebas extraordinarias, como son las suyas. ¿Por qué permite Dios esas pruebas? Respetemos los secretos del Señor. No tratemos de conocer lo que Él quiere ocultarnos, pero estemos seguros de que son dirigidos por su amor.

En esas "pruebas extraordinarias", M. de Cicé estaba sostenida secretamente por gracias poco comunes.

La carta del 4 de febrero muestra el esfuerzo heroico desplegado por la superiora general el día de la renovación, el 2 de febrero, para superar su desolación interior.

Crea lo que le digo, querida hija, le violencia que se ha hecho ha vuelto su acción más agradable a Dios y más meritoria para usted. Lo que usted ha sentido es sólo un efecto de la prueba a la que Dios, conforme a los designios impenetrables de su divina sabiduría, ha querido someterla. El espíritu de malicia a quien Él le permite que use su poder contra usted, excitando esas impresiones de desconfianza, se proponía turbar esta fiesta, no solamente en relación a usted sino también en relación a las otras... Nuestra amiga (la Sra. de Carcado), que no está al corriente de lo que le he escrito, me ha dicho que todo el mundo estaba contento y muy penetrado de todo lo que usted les había dicho para reanimar su confianza. Ruego al Señor que bendiga su obediencia y su valor. Eso me da un verdadero consuelo.

Luego esas líneas que, en su sobriedad, dicen mucho sobre la irradiación sobrenatural de M. de Cicé:

Dios derrama su gracia en todo lo que hace por sus hijas.

## NUEVA GESTION ANTE EL SANTO PADRE

\_

<sup>&</sup>lt;sup>98</sup> Ver anteriormente, al fin del Capítulo II.

La acogida favorable dada por el Santo Padre a la segunda Memoria del fundador dio a éste la seguridad de que las Sociedades podían continuar en la Iglesia la misión recibida "de lo Alto". Era ésa una gran seguridad, pero el contexto político hacía cada vez más difícil su realización. Las Sociedades se encuentran frente a obispos en una situación paradojal: por una parte, Pio VII al aprobar las Sociedades en enero de 1801 las ha colocado bajo la jurisdicción episcopal, especialmente para la emisión de votos anuales que deben hacerse o renovarse "bajo la jurisdicción de los obispos"; por otra parte, debido a las exigencias del gobierno, ninguna sociedad religiosa tiene derecho a existir sin la autorización del poder civil, y toda asociación religiosa debe ser denunciada al ministro de cultos.

Los obispos, bajo pena de ponerse en flagrante oposición con el gobierno que ha firmado el Concordato de 1802, deben estar obligados a ignorar la existencia de las Sociedades, pero éstas, para existir y desarrollarse, necesitan su autorización.

Frente a esa situación, humanamente muy complicada, el Padre de Clorivière se da cuenta de que la autorización general dada ya por Pio VII y que acaba de ser renovada, no basta para salvaguardar la vida actual de sus familias religiosas.

Piensa en una nueva gestión junto al Santo Padre, gestión muy delicada pero que, si es bien llevada, podría salvar a las Sociedades. Desde el 7 de febrero de 1805, habiendo sabido que Pio VII debe regresar pronto a Roma, escribe a M. de Cicé:

Me intereso mucho en la partida del Santo Padre. Sin embargo, aún tengo una cosa que pedirle para nuestras dos familias. Ruegue por esto a Nuestro Señor y a su Santa Madre para que, si es su voluntad, me hagan la gracia de hacerlo bien y con éxito en los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

En su carta del 11 de febrero, el fundador hace primero reservas a propósito del voto que M. de Cicé acaba de hacer para que la fiesta del Santo Corazón de María sea celebrada solemnemente en la Sociedad, pues "hay que ser extremadamente circunspectos al contraer esa clase de obligaciones, sobre todo por voto". Luego expone el objeto de la solicitud para la cual pedía oraciones en su carta anterior:

Hice mi carta al Santo Padre, pero aún tengo que transcribirla y ponerla en francés para usted. El objetivo de esta carta es obtener del Santo Padre que nos sea permitido actuar en seguridad de conciencia, sin recurrir siempre a nuevos permisos del Ordinario, en las circunstancias críticas y difíciles. A la carta añadiré una hoja en la que rogaré al Santo Padre que marque la nota que le agrade, para tranquilidad de nuestras conciencias, pero la que no podríamos dar a conocer al exterior. Creo que antes de llevar la carta al Soberano Pontífice sería bueno tener la opinión del antiguo Obispo de San Maló y del Señor de Namur. Se actuaría de acuerdo a esas opiniones.

...Siga, querida hija, conduciéndose como lo hace desde algún tiempo... Sin embargo, me parece que la prudencia pide que no se muestre mucho fuera de su casa. Por lo que he oído decir, parece que se acentúa mucho el <u>quién vive</u>.

La carta del 15 de febrero muestra bien la misión de agente de unión confiada a M. de Cicé, y cuánta lucidez de espíritu dicta su conducta, para la mayor satisfacción del Padre:

Usted ha pensado bien en relación con el Señor de San Maló, yo había hecho posteriormente la misma reflexión que usted y fue lo primero que le dije a nuestra amiga antes de conocer su pensamiento.<sup>99</sup>

## Y un poco más adelante:

Estoy muy contento de su entrevista con el Señor de Namur; eso prepara la cosa; pero ha hecho bien al no hablar de ella antes de tenerla <sup>100</sup>. Si él no estuviera de acuerdo para tomar la carta, el asunto estaría decidido y veríamos en eso la voluntad de Dios que nos deja a nuestra propia conciencia.

## La carta del 18 de febrero es particularmente interesante.

Su gestión junto al Señor de Namur me ha dado mucho gusto y estoy muy agradecido por la manera como él le ha respondido; como usted lo ha bien dicho, es un servicio muy señalado que sólo él podría hacernos. Así se muestra usted, querida hija, la digna madre de ambas Sociedades, y bendigo a Dios de todo corazón y a su santísima Madre por haberme dado en usted una tan buena cooperadora para el honor de sus Sagrados Corazones. <sup>101</sup>

El 20 de febrero de 1805, el Padre vuelve sobre la celebración de las fiestas de los SS.CC. de Jesús y de María:

He reflexionado seriamente ante Dios en el voto, y como usted ha tenido que sometérmelo, he aquí lo que decido. Es muy adecuado, sin duda, que las fiestas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María sean festivas <sup>102</sup> en nuestras Sociedades. Pero creo que no es adecuado comprometerse a ello por voto. Pero ese voto la comprometería desde ahora, y a las que vengan después de usted, a hacer lo que depende de usted para que la fiesta del Sagrado Corazón de María sea festiva en su Sociedad, y usted misma la festejaría tanto como pueda con las condiciones dadas. Usted tomará también, pero sin voto, la misma resolución para la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Por mi parte, yo tomo las mismas resoluciones para la Sociedad del Corazón de Jesús. Dios nos conceda la gracia de cumplirlas.

En la misma carta, M. de Cicé recibe los estímulos habituales para perseverar en el camino del abandono:

Adiós, querida hija, que esté usted bien y lleve valientemente la cruz. Mírela como un beneficio señalado y la fuente de todos los bienes. Abramos también nuestros corazones a una gran confianza.

Al día siguiente, otra carta muestra a M. de Cicé encargada de misiones de menor envergadura, pero que piden la misma destreza:

<sup>&</sup>lt;sup>99</sup> M. de Cicé debe haber señalado algún impedimento para advertir a Mons. Cortois de Pressigny.

<sup>100</sup> Sin duda, M. de Cicé no tenía aún en sus manos la carta destinada a Pio VII.

En una larga carta escrita al Sr. Beulé el 19 de julio de 1807, el Padre de Clorivière, queriendo justificar la conducta adoptada frente a los obispos, recuerda a su corresponsal la gestión efectuada con éxito junto a Pio VII: "Creí que debía dirigirme al santo Padre mismo... Le expuse con sencillez lo que nos afectaba, la posición en que estábamos frente a nuestros obispos, aquella en que ellos mismos estaban... No nos respondió nada por escrito, usted sabe que se lo había impuesto como ley, y no habría podido hacer de otro modo sin traicionar el secreto que quería guardar... Pero uno de nuestros antiguos obispos, que aún ocupa una sede y al que el Soberano Pontífice honra con su íntima confianza, ha sido el intermediario que la divina Providencia nos ha proporcionado junto a Su Santidad. Ese digno prelado nos ha informado que el Santo Padre ratificaba lo que había hecho a favor nuestro en Roma, que estaba satisfecho con nuestra conducta y que podíamos continuar." Cf. Lettres, p.923-924.

Vuelvo a lo que tenía que decirle sobre el viaje a Versailles. Asegure a mi tía <sup>103</sup>mi sincera y muy tierna adhesión. No le pida nada para mí... Podría (decirle) solamente que mi gasto ha sido más grande de lo que esperaba y mis cuentas están un poco enredadas..."

La conclusión muestra cuán estrecha se mantiene la comunicación entre los fundadores:

Encontré la carta de Carolina y se la devuelvo. Lo que usted me dice de la Señorita Courtier me ha dado gusto. No desapruebo lo que piensa hacer la Señorita Oudart. Lo que usted ha hecho por el Señor Varin está bien. Mis homenajes plenos de reconocimiento al Señor de Namur.

A fines de febrero, algunas líneas dicen mucho sobre la inagotable caridad de M. de Cicé, imitada por la Señora de Carcado:

Usted hace obras de misericordia y vive de privaciones. No comprendo cómo puede usted bastar a todas las caridades que hace. Es preciso que Dios venga en su ayuda. Admiro también los cuidados que la Señora de Carcado se da por la buena obra. Creo que el Señor les reserva, a ambas, hermosas coronas.

### El 4 de marzo se siente la solicitud del Padre:

Lo que me dice de su salud, querida hija, es un poco inquietante y pide que se cuide mucho.

Luego, un poco más adelante, siempre en la misma unidad de vistas y de acción:

Ciertamente, yo no habría dado siquiera señales de desaprobación por una cosa que usted haya aprobado. Ha hecho usted bien lo que hizo y la Señora de Saisseval ha hecho bien al usar su permiso.

Al recorrer la correspondencia del Padre con la Madre se puede seguir en cierto modo su vida día a día. La carta del 7 de marzo la muestra probada por la actitud de su hermano, Mons. Jerónimo de Cicé, quien la ha invitado de nuevo a ir a Aix, pero no sin "cierta forma de reproche", sin duda en relación al pasado. Y el Padre continúa:

Siento... que la poca gracia que él ha puesto en eso le ha sido muy sensible... Es una prueba añadida a muchas otras que hay que sufrir pacientemente.

Recuerde que es una hija de cruz<sup>104</sup>; acostúmbrese con la ayuda del Señor a soportar las más pesadas, a abrazar de corazón las más rudas, a encontrar dulces las más amargas, a mirar las más abyectas como infinitamente preciosas.

Es la cruz lo que M. de Cicé debe esperar encontrar en toda ocasión.

Desde el día siguiente, 8 de marzo de 1805, el P. de Clorivière, que ha tenido ecos de la entrevista de la Madre con Mons. de Namur, escribe:

Estoy muy contento por lo que me señala de nuestra carta. Es una gran obligación la que tenemos con el digno Prelado, que tiene derecho a toda nuestra gratitud. Pero es también una cosa que pide que redoblemos nuestro fervor y nuestras oraciones. Dígalo de mi parte y de la suya a todas sus hijas, sin decirles por qué, sino a las que usted sabe;

<sup>103</sup> La Señora de Nermont. En la línea siguiente falta en la carta la palabra "decir". Cuando el Padre está urgido, con frecuencia se salta una palabra, pero el sentido de la frase se conserva evidente.

<sup>104</sup> "Hija de cruz". Se esperaría <sup>"</sup>hija de la cruz", pero el matiz debe ser intencional; la misma expresión se vuelve a encontrar en otras cartas.

dígalo también de mi parte, y con más detalle al Señor Bourgeois mientras yo puedo escribirle. Me parece que el asunto es de tal importancia que debemos ofrecer todo, nuestros actos y nuestras penitencias y comuniones por esta intención.

La carta del sábado 16 de marzo muestra bien la hostilidad con la que chocan todas las sociedades religiosas:

La solicitud de las carmelitas tiene mucha relación con la que hicimos últimamente. Esta oposición que se tiene a los votos muestra bien que la religión está en la opresión y que no se la quiere sino muy débilmente. Oremos al Señor que nos ilumine sobre nuestros verdaderos intereses.

A pesar de su extensión, citamos también otro pasaje de esta misma carta, que muestra de maravilla la amplitud del rol asumido por M. de Cicé durante la cautividad del fundador: <sup>105</sup>:

Estuvo usted bien inspirada al quedarse en la visita del Sr. Jauffret; todo lo que usted me dice de ella y todo lo que él le dijo me parece muy bien. Si, como leí en uno de los diarios, se queda aquí como gran vicario de París, habría que sondear sus sentimientos sobre nuestros asuntos y ponerlo al corriente de nuestra situación y de la autorización que tenemos, sea de Roma, sea en París y en algunas diócesis, para actuar, aún no como sociedad formada y aprobada por el Gobierno, sino como formándonos para hacernos útiles hasta que se presente la ocasión favorable para pedir ser aprobados por el Gobierno como asociación dedicada a la utilidad pública, sea espiritual, sea corporal; sin formar cuerpo visible v aparente, sin bienes comunes, sin vivir en comunidad, sin aportar ningún cambio, sea al orden público, sea al interior de las familias. Si esto le es bien presentado, como no puedo dudar que quiera sinceramente el bien, podemos creer que nos será favorable por lo menos en secreto, de miedo a comprometerse; y eso nos basta y es casi todo lo que podemos esperar en las circunstancias. Son ustedes, creo, las que deben ponerse por delante; estará más inclinado a favorecerlas y estarán cubiertas en parte por la buena obra de los niños. En cuanto a nosotros, se nos podría presentar como reducidos a muy poca cosa, como en efecto lo estamos, sobre todo en París. Por eso me parece que es mejor que actúe usted y no yo. Y si no lo hace usted misma, puede encargar a la Señora de Carcado que está a la cabeza de la obra de los Niños.

El 18 de marzo, sin duda en respuesta a una solicitud de M. de Cicé, relativa a la cuaresma, el Padre sitúa en su verdadero plano la penitencia que ella debe practicar: 106

Su gran ayuno, querida hija, y la abstinencia que el Señor le pide es que reciba de su mano todas las penas de alma y de cuerpo que Él le envía y que son numerosas. Manténgase apacible y muy unida al Señor en medio de todas las contradicciones que le sucedan, de cualquier parte que vengan, y que su ocupación continua sea conformar en todo sus sentimientos a los de los Corazones Sagrados de Jesús y de María.

Otra carta, sin fecha, pero ciertamente de la misma época, confía a M. de Cicé la tarea delicada de continuar ella misma la misión para la que Mons. de Namur ha abierto el camino. Se trata de ir a encontrar un prelado del entorno del Santo Padre, llamado Mincio, sondeado ya por el obispo

<sup>106</sup> Cf. II Cartas, pág. 66, otra carta también de marzo 1805: "Le deseo una mejor salud y no estoy inquieto en lo más mínimo por su falta de mortificación. El defecto contrario le sería más perjudicial"

116

1

<sup>&</sup>lt;sup>105</sup> Cf. También este mismo punto en II Cartas, pág. 63: "una cosa que podría sernos útil sería proporcionarnos una correspondencia en Roma, cerca del Santo Padre. Si usted pudiera, entre los Prelados, conocer a uno que apreciara la buena obra, se interesara por ella y quisiera ser su protector, nos convendría mucho (Marzo 1805)

de Namur. Nada puede mostrar mejor la importancia de las responsabilidades que debía asumir la co-fundadora:

Le envío, querida hija, la carta de Monseñor de Namur, que es una nueva prueba de sus bondades por nosotros. Si él no ha hecho más no es por falta de buena voluntad. El ha encaminado las cosas y a nosotros corresponde continuarlas siguiendo el camino que él nos ha trazado, para no tener nada que reprocharnos. Esperémoslo todo de Dios, pero no omitamos nada de nuestra parte para merecer que él venga en nuestra ayuda. Usted irá con la señora de Carcado a ver al prelado Mincio; le mostrará: 1°, la importancia y la utilidad de la cosa que sólo tiene por objeto la gloria de Dios y la conservación de la religión. 2°, que el Santo Padre, después del examen hecho de todo lo que se refiere a nosotros, ha declarado su importancia v en consecuencia lo ha aprobado, pero sólo verbalmente, en una audiencia particular concedida con ese fin a dos delegados, el 19 de enero de 1801; que la cosa le ha sido recordada durante su estadía en París y que se tiene todas las razones para creer que mantiene los mismos sentimientos favorables a las Sociedades. 3°, que nuestros votos, en las Sociedades, son sólo anuales, conforme lo ha prescrito el Soberano Pontífice; las sociedades no tienen bienes en común, ninguna señal exterior que las distinga, se puede decir que están calcadas sobre el gobierno actual, en la medida que la religión lo permite y bajo la dependencia de los Obispos. Que, al no estar totalmente formadas, aún no se han dado a conocer abiertamente al gobierno; que sin embargo se tiene de ellas un conocimiento suficiente, que no hay nada directamente contra ellas; y que no se puede dudar de que si el gran número de los que tienen en manos la autoridad quisieran sinceramente el bien de la Religión, protegerían nuestros esfuerzos. 4°, que la solicitud que hacemos es sólo para la conciencia y el interior de nuestras Sociedades, y de ninguna manera para usarlo al exterior y en el fuero civil. Háblele lo menos posible de mí. Si le objetan mi detención, diga que me han detenido por sospechas sin fundamento y totalmente ajenas a la Sociedad... Basta que medite estas cosas delante de Dios; espero que El le inspirará lo que tiene que decir. 107

En otra carta, después de compadecer un nuevo debilitamiento de la salud de M. de Cicé, el Padre subraya todas las fatigas que ella toma para aliviar a los desdichados que la Providencia le envía. Le dice entonces:

Usted lo hace por Dios y no dudo tampoco que Nuestro Señor y su santa Madre le hacen experimentar también el exceso de su ternura y de su amor. Pero sé que ese amor, por tierno que sea, es a veces en esta vida muy crucificante para la naturaleza. Lo es en relación a usted. Usted es una de sus víctimas. Su conducta sobre usted lo ha mostrado. Esa cualidad es hermosa pero ¿qué no exige? ¡Cuánto ánimo! ¡cuánto abandono! ¡cuánta generosidad!

Luego esa advertencia que recuerda el único modelo que se ha de seguir:

Usted se cree tal vez muy lejos de tener esos sentimientos. Se equivoca, son los de los Corazones de Jesús y de María y esos dos Corazones están en usted. No tenga otros sentimientos que los suyos.

Ningún indicio permite saber si ese proyecto resultó.

\_

<sup>&</sup>lt;sup>107</sup> No parece que el Prelado Mincio haya podido secundar útilmente los planes del P. de Clorivière, quien escribía poco después a M. de Cicé: "Creo que es muy tarde para continuar nuestro asunto. Pero si el Prelado Mincio pareciera dispuesto a una correspondencia, que se creyera que él la aceptaría y se dispondría hacernos servicio... se podría tal vez hacerle la proposición o por lo menos sondearlo un poco sobre eso" (cf. Il Cartas, pág. 67).

Esa conformidad con los Corazones de Jesús y de María, evocada con tanta frecuencia por el fundador, M. de Cicé debía vivirla la primera de todas.

La carta del 11 de abril de 1805 contiene un retrato impresionante de nuestra primera Madre, tal como debían verla sus contemporáneos:

Usted está siempre ocupada en alguna obra buena, sea espiritual o corporal, y por eso no consulta en absoluto su escasa salud. No la condeno, por el contrario la alabo porque sigue en eso el espíritu de Dios. Tiene usted gracia para eso, y el Señor lo muestra por las bendiciones que derrama habitualmente sobre todo lo que emprende en ese género. Es un alivio que Él le concede, una pequeña distracción de las penas de alma y cuerpo que le envía. Tampoco veo cómo, sin una ayuda especial de su parte, podría usted bastar a todo lo que hace, con tan poca salud y medios temporales. Bendigamos al Señor por ello.

La carta del 26 de abril da testimonio de la "perfecta resignación" mostrada por M. de Cicé, probada nuevamente por la enfermedad.

Su salud, querida hija, se restablece lentamente; adoro en eso la voluntad de Dios que sigue probándola por la enfermedad... pero lo bendigo por la perfecta resignación que le da para todo lo que la afecta personalmente... Hay que tenerla de manera no menos perfecta para lo que me afecta a mí.

El 18 de junio, M. de Cicé, siempre "bajo la prensa de la cruz", se ve estimulada por el Padre a perseverar en la confianza. En las cartas que le son enviadas, toda hija del Corazón de María puede recoger las enseñanzas del fundador sobre el sentido último del sufrimiento:

Me informo de que su indisposición sigue, querida hija, y que se ha añadido la fiebre; ¿qué debemos hacer, sino aceptar todo con total y apacible resignación? Dios que la pone en ese estado quiere sin duda que usted lo glorifique por sus sufrimientos, uniéndolos a los de Jesús. Tenga la más perfecta confianza en Él, y crea firmemente que no le sucede nada que no sea efecto de su bondad y de su amor.

#### El viernes 21 de junio, fiesta del Sagrado Corazón:

No podemos, sobre todo en este gran día, querida hija, dejar de recordar las hermosas palabras de San Pablo, tema de su primera instrucción general: "No tengan otros sentimientos que los del Corazón de Jesús", Sentite in vobis... penetremos en ese divino Corazón, perdámonos felizmente en él, bebamos siempre en él todas las virtudes, y busquemos ahí el divino modelo que nos enseñará a practicarlas de la manera más perfecta... Usted lo necesita mucho, querida hija, pues su corazón está desde mucho tiempo bajo la prensa de la cruz, es usted verdaderamente una hija de cruz, y eso es lo que debe esperar toda verdadera Hija del Corazón de María. Su corazón debe ser como el de su augusta Madre, atravesado por la espada de dolor; esa espada debe ser su corona. Y Dios que la ha escogido para ser su madre, quiere que también en esto les sirva de ejemplo. Por eso le ha dado una parte tan grande de la cruz de su Hijo. Que el madero de la cruz sirva de alimento al fuego de su amor. Encontrará en el Corazón de Jesús todo lo que puede aliviar el peso de la cruz y hacérsela querida. Él es rico y pleno de amor, suplirá abundantemente todo lo que le falte.

## Por fin, el viernes 28 de junio:

Querida hija, está usted siempre sufriente y en un gran anonadamiento. Pero Dios lo quiere y sólo debemos querer lo que Él quiere, pero Él encuentra bueno que se le pida la

mejor salud de las personas que nos son queridas, y que sólo se servirán de ella para Su gloria. Yo se la pido para usted de todo corazón; pero al mismo tiempo le ruego que la anime en tal forma con su fuerza y con su Espíritu que encuentre su fuerza en su debilidad, y su paz y consuelo en sus penas; de manera que estando unidas a las de Jesús adquieran todas un valor inestimable a los ojos de Dios. 108

El 11 de agosto, el P. de Clorivière recuerda una vez más las precauciones que conviene tomar para las renovaciones del 15 de agosto:

Como aún no sería prudente reunirse en cierto número, será bueno hacerlo como las veces precedentes. Usted recibirá los votos de aquellas que están a la cabeza, y éstas recibirán los votos o la consagración de las otras, a fin de que todo venga de un centro común y así se preserve la unidad de la Sociedad, en la medida que lo permiten las circunstancias.

Siguen algunas "pistas" de reflexión sobre la felicidad de pertenecer a María, luego ese consejo ante la fiesta del 15 de agosto:

Penétrese bien de estas cosas, encontrará en ellas un alimento abundante para sus hijas.

Después de recibir alguna noticia, el Padre escribe el 20 de agosto:

Veo que gracias a Dios todo pasó bien el día de nuestra gran fiesta... Usted ha cumplido bien lo que tenía que hacer y decir, y no ha sido sin fruto.

El Padre habla luego de una solicitud hecha por M. de Cicé luego del fallecimiento del Sr. Malaret, vicario general de la diócesis de París:

El Señor le ha dado una excelente idea <sup>109</sup> de ir a encontrar al Sr. Duclos a propósito de la pérdida que hemos sufrido en el buen señor Malaret... Dios ha bendecido su gestión como habríamos podido desearlo, y no sabríamos agradecerlo demasiado. Después de Dios, las Sociedades le deben mucho a usted. Veo con mucha satisfacción que no se ahorra penas ni preocupaciones por sus hijas. Dios, Jesucristo y María la bendecirán y yo me alegraré en el Señor.

Esta satisfacción se ha encontrado ya bajo la pluma del P. de Clorivière. El porvenir le proporcionará otras ocasiones para elogiar la conducta de la "tan buena colaboradora" que le ha dado el Señor.

# UN AÑO DIFICIL, 1805

A comienzos de este quinto capítulo hemos señalado ya los principales obstáculos que encontraba el desarrollo de las dos Sociedades en esa época. Del fondo de su prisión, el P. de Clorivière debe enfrentar a dos frentes, pues las dificultades exteriores creadas por una situación delicada

<sup>108</sup> Al día siguiente, estas líneas del P. de Clorivière dan testimonio de la actividad incansable de M. de Cicé ante las necesidades del prójimo: "Los cuidados que usted toma por las dos personas de mi país son muy meritorios, pero temo que alteren demasiado su salud. Sin embargo, esas obras son de su estilo. Dios bendice lo que usted emprende así".

<sup>&</sup>lt;sup>109</sup> En dos cartas de esa época, el Padre se felicita por las felices iniciativas de M. de Cicé: "He visto más de una vez que Dios le sugiere excelentes ideas"... "Encuentro muy sabia su conducta y ha hecho usted lo que yo habría creído que se debía hacer". En abril de 1808: "Dios la asistirá , El da gracia a todas sus palabras".

frente a las autoridades civiles y eclesiásticas engendran por su misma naturaleza otras dificultades al interior de las Sociedades. Se insinúa la turbación en las conciencias, especialmente en los sacerdotes del Corazón de Jesús, más directamente afectados en sus relaciones con los obispos, de donde nacen las vacilaciones e incluso las deserciones de algunos asociados que renuncian a la renovación de sus votos y siembran la duda en algunas hijas del Corazón de María.

El fundador escribe largas cartas a varios asociados para ayudarles a aclarar y afirmar los espíritus y los corazones, pero en algunos casos ese medio se muestra insuficiente. El caso de Chartres, donde M. de Cicé se encontró mezclada de más cerca, merece una atención particular.

Las Sociedades establecidas en Chartres desde 1791 tenían entonces como superior al Sr. Frappaize, al que las Sociedades deben un Memorial que contiene informaciones históricas de gran valor para ellas. En ese Memorial se encuentra la copia del Breve de Pio VII a Mons. de Pressigny, de enero 1801, Breve cuyo original ha desaparecido.

Detenido en 1793 y encarcelado por uno o dos años, el Sr. Frappaize contrajo en su encarcelación la enfermedad pulmonar que debía minar por muchos años las fuerzas de un hombre inclinado ya naturalmente a la inquietud.

Privado del consuelo de la presencia inmediata del fundador, influenciado por el Sr. Beulé que consideraba preferible para los miembros de las dos Sociedades quedarse sólo con la consagración para evitar todo choque con las autoridades, el Sr. Frappaize se quebrantó y no renovó sus votos en 1805. Su silencio se convirtió en fuente de vivas inquietudes para el P. de Clorivière, quien sentía que el malestar ganaba terreno: fuente de pena también, pues el Sr. Frappaize era para él un hijo muy querido.

Ante esta situación, M. de Cicé debe haber propuesto al P. de Clorivière ir a Chartres para intentar una gestión junto al Sr. Frappaize, ya muy enfermo, y tal vez también para aclarar y reanimar los ánimos vacilantes. Por lo menos, es lo que se deduce de la lectura de las cartas que le son enviadas entonces.

#### El 23 de agosto, el Padre escribe:

No desapruebo en absoluto que vaya a Chartres, pero razones de prudencia piden que la noticia del viaje no se divulgue, habrá que recomendar el secreto a sus amigas. Que piensen que va por unos días a tomar el aire del campo en Versailles, o St Germain o St Denys. Usted se encargará de una carta mía para el Sr. Frappaize.

La carta del 27 de agosto da alguna luz sobre las reticencias del Sr. Frappaize y revela las reacciones del P. de Clorivière:

La carta de Chartres me explica ahora el gran silencio del Sr. Frappaize. ¿Actuó en esto por orden de sus superiores eclesiásticos? ¿o creyó por él mismo que debía actuar como lo hizo? En el primer caso, habría sido necesario. En el segundo, yo disculparía su buena intención, pero temería una falta en su obediencia. Incluso en este último caso, que Dios le perdone mil veces esta falta, pues habría tenido que informarnos de todo con sencillez. Como quiera sea, está totalmente disculpado en mi corazón. Que Dios de las misericordias lo recompense al céntuplo por todo lo que ha hecho por su pequeño rebaño y por el de su Santa Madre.

120

\_

<sup>&</sup>lt;sup>110</sup> En una carta fechada el 8 de octubre de 1805, el Padre deja escapar esta queja: "El estado de nuestras pequeñas familias es muy lamentable, pero pongamos en Dios nuestra confianza..."

Otro párrafo de la misma carta nos informa que en San Maló las Sociedades chocan con la oposición del clero que podría indisponer al obispo en relación a ellas. Por eso esas líneas dirigidas a M. de Cicé:

La carta del Sr. Lamy no es consoladora, pero tenemos que hacer lo que dependa de nosotros para ponerle algún remedio. Sólo usted puede actuar, y Dios, lo espero, bendecirá lo que haga por su amor. Es muy doloroso que nuestros eclesiásticos de San Maló se muestren tan contrarios a la buena obra. Es evidente que se valdrán del decreto imperial que se puede interpretar pro o contra, según se esté bien o mal afectado... No hay duda que sería muy conveniente dirigirse al Sr. Obispo de Rennes, pero ¿cómo?

Luego sugiere:

¿No sería conveniente que usted le escribiera...? Dios la iluminará respecto a lo que conviene decirle. También podría escribirle yo, pero encontraré más dificultad y temería tener menos éxito... El Sr. Cura debería escribirle; sería una hermosa ocasión para recomendarle la buena obra, sin aparentar saber nada de lo que le han dicho... El servicio que usted acaba de hacer a su iglesia debe volverlo favorable.

¿Qué servicio había hecho M. de Cicé a la iglesia de ese cura (sin duda San Malo o alrededores)? Lo ignoramos, pero las cartas del Padre están sembradas de alusiones de este género a los diversos gestos de caridad de M. de Cicé.

El 3 de septiembre, la correspondencia del Padre muestra al éxito de la gestión hecha junto al obispo de Rennes:

Sus dos últimas cartas contienen detalles muy interesantes y tenemos que agradecer al Señor por la bendición que ha dado a sus gestiones. Era una cosa aventurada y dificil, pues el Sr. de Pressigny mismo no se había atrevido a hablarle a pesar de todas sus buenas intenciones. Dios ha querido que se lo debiéramos a usted y le ha dado el valor para hacerlo. Eso no nos quita el temor, pero se ha dado el primer paso.

Un poco más adelante, tres líneas revelan – al pasar – la multiplicidad de gestiones confiadas a M. de Cicé:

Estoy encantado de que su viaje a St Denys haya resultado tan bien para el Sr. de Broise; pero temo que ese buen señor nos dé aún bastantes dificultades.

#### Luego la conclusión:

Que el Señor y su Santa Madre la bendigan mil veces por todo lo que ha hecho por sus dos pequeñas familias.

La inquietud a propósito de Chartres aparece de nuevo el 9 de septiembre:

Es muy extraño que no se haya sabido nada del Sr. Frappaize; esto hace pensar que aún está vivo, pero sería muy bueno estar informado en detalle de la situación.

Un párrafo de la carta del 13 de septiembre (1805) sitúa claramente la importancia del rol asumido por M. de Cicé en las dos Sociedades durante la encarcelación del fundador:

Veo, querida hija, por lo que me informa de las cartas que escribe, que usted no se mide y que toma todos los cuidados de una superiora... Es preciso que supla en parte lo que yo no puedo hacer.

La carta siguiente aporta una respuesta definitiva en lo que se refiere al viaje de M. de Cicé a Chartres:

Respondo primero a su solicitud por Chartres. Parta, querida hija, con la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, bajo los auspicios de nuestra santa Madre y en la compañía y bajo la protección de su ángel guardián.

Se siente por ese llamado solemne a la protección del cielo cuán delicada es la misión en todos los aspectos. El Padre continúa:

Que pueda ser usted el consuelo de nuestro santo enfermo y de todos nuestros hijos. Que se digne el Señor, si es su voluntad, servirse de usted para devolverlo a la vida. Yo le daré una cartita para él, usted se la leerá o se la entregará, según las circunstancias. Confío el asunto a su prudencia.

## Y un poco más adelante:

Cuando le digo que vaya a Chartres, presumo al mismo tiempo que tomará usted las mayores precauciones. Sería preciso, si es posible, que fuera y regresara sin que nadie se dé cuenta. Recomiende a todas sus amigas que no hablen de eso, o por lo menos que lo hagan lo menos posible. Hace usted muy bien al llevar a Agata con usted; ella le es necesaria y, como usted lo dice, no hay inconveniente.

Ese viaje a Chartres debía ser decididamente bien peligroso, pues desde el día siguiente, 24 de septiembre, M. de Cicé recibía ese corto billete:

Mucha precaución y silencio sobre el viaje. Creo que en el camino será mejor tomar el nombre de Champion. Buen viaje. Puede quedarse el tiempo conveniente; pero escríbanos por la señora de Carcado.

Por fin, la carta del 3 de octubre muestra al Padre aliviado por el anuncio del regreso de M. de Cicé; se siente también la dificultad de la misión confiada:

La felicito, me felicito a mí mismo y a toda la familia por su buen regreso; y agradezco al Señor desde lo más profundo de mi alma. Le agradezco también mucho por todas las bendiciones que ha derramado sobre usted durante todo el viaje. Han sido más grandes de lo que usted parece pensar. Lo juzgo por el detalle que me da con mucho candor y exactitud... 111

Ha hecho usted todo lo que estaba a su alcance, y si sus trámites y sus palabras no han tenido todo el éxito que habría deseado, no han sido inútiles, aunque sólo sea para iluminar a las personas sobre su estado, sobre el de las Sociedades, y sobre lo que habrían tenido que hacer. Puede suceder que la luz que ha lanzado en los corazones haga germinar más adelante buenos deseos, y los deseos buenos efectos. Pidámoslo al Autor de todos los dones, por intermedio de María, en quien, después de Jesús, ponemos todas nuestras esperanzas.

Usted ha hecho con el Sr. Frappaize más de lo que yo habría podido desear, dado su estado de debilidad<sup>112</sup>. Mi carta y lo que usted le ha dicho han podido hacerle sentir que su conducta hacia la obediencia no había sido bien perfecta, y aunque su buena intención lo excusaba ante Dios y se lo obtuvo (el perdón), quiero persuadirme de que estará bien humillado ante Dios y eso no le habrá sido inútil.

\_

<sup>&</sup>lt;sup>111</sup> En la época, "candor" significaba simplemente sinceridad sin subterfugio.

<sup>&</sup>lt;sup>112</sup> El Sr. Frappaize debía fallecer el 28 de septiembre de 1805, poco después de la visita de M. de Cicé.

La continuación termina de iluminarnos sobre la situación ambigua que se había establecido en Chartres, por no haber buscado la luz junto a los superiores mayores. El Padre lo explica con gran delicadeza para el Sr. Frappaize:

Lo que la señorita Puesch me señala, de lo que él le permitió hacer en privado <sup>113</sup> muestra bien su pureza de intención y da motivo para presumir que hacía él mismo lo que permitía hacer a otros. Si no hacía más, es porque temía actuar contra las reglas de la prudencia cristiana. Es verdad que, como no podía tener certeza en esto, habría debido recurrir a la obediencia; pero lo disculpo por no haberlo hecho, porque habrá visto en esto una gran dificultad que no habría podido superar sin una gran imprudencia. En esos casos, es fácil caer en una ilusión involuntaria y no culpable ante Dios, o si ha habido alguna falta, la bondad del Señor se la habrá perdonado.

Después de haber disculpado al Sr. Frappaize, muy enfermo, cuya rectitud de conciencia conocía, el Padre continúa:

Los otros dos, los Sres. Beulé y Pellerin, son menos excusables. Ellos pertenecen aún por su consagración y su protesta de vivir bajo obediencia, y como si estuvieran comprometidos. Quiera Dios que esa protesta sea bien sincera... Pero (sea dicho entre nosotros), es evidente que han retrocedido... y que al no haber hecho ningún voto, ni siquiera en particular y en relación a la Sociedad, no son capaces de ninguna superioridad. Las razones que alegan son las de personas que quieren hacerse ilusión. Necesitan que se ruegue por ellos.

Y el Padre añade, no sin melancolía:

Se necesita mucha constancia y fe para no verse quebrantado por el estado al que estamos reducidos.

La Sociedad necesita esas almas de constancia y de fe, que defiendan su vida religiosa contra todo.

Ese episodio parece ejemplar por varios motivos:

- frente a M. de Cicé en primer lugar. Se comprueba que en el caso no se trata solamente de poner a algunas hijas del Corazón de María en la verdad de su vocación, sino también de iluminar a sacerdotes del Corazón de Jesús, empezando por su superior, en vísperas de su muerte. Ningún ejemplo de la confianza del fundador en la lucidez, la delicadez y el sentido religioso de M. de Cicé puede ser más convincente:
- frente a la concepción del P. de Clorivière en lo que se refiere a los votos y al rol irremplazable de la obediencia para asegurar la integridad de la vida religiosa, cualesquiera sean las circunstancias.

M. de Cicé podía sacar un consuelo del éxito de su misión en Chartres. El P. de Clorivière le escribía poco después:

Leí las cartas de Chartres... Por esas cartas debe ver que su viaje ha hecho bien a sus hijas, como yo lo presumía.

Pero el sentimiento agudo de su propia debilidad, debilitado por un momento, no tardó en invadirla de nuevo, pues en esa misma carta del 12 de octubre el Padre le escribía:

Tenga confianza, querida hija. Yo me daba bien cuenta de que Dios permitía que volviera la tentación. No le preste atención, sino para animarse al abandono, a la

<sup>&</sup>lt;sup>113</sup> Renovar sus votos.

confianza, a la obediencia. Actúe como hacía antes; la tentación servirá sólo para aumentar sus méritos. No la alabo por haber cambiado su oración. El método de oración de San Ignacio es seguir el espíritu de Dios, y no hacer lo que él proponía a los que se iniciaban en este santo ejercicio. El razonamiento no puede serle de gran utilidad. Usted desea que N.S.J.C. sea completamente el dueño de su corazón. Ese deseo es sincero; se ha cumplido, pero usted no tiene el consuelo de ver y de sentir que es así. Esté contenta por esta privación, y persevere en el mismo deseo; sea constante en humillarse bajo la mano poderosa del Señor, Él sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Cuando a Él le agrade, descubrirá el velo que le impide su vista y será usted feliz al ver su conducta sobre su alma.

El 25 de octubre, el Padre anuncia a M. de Cicé una feliz noticia: ha recibido una carta

De gran importancia: la del vicario general de la Soc.<sup>114</sup>, quien ha reemplazado al P. Gruber, que era General. Él aprueba nuestra buena obra y me exhorta a continuarla como obra de Dios, añadiendo que por eso no dejo de ser jesuita, y que me incorpora a la provincia de Rusia, sin que deba dejar Francia por eso, pues sabe que hay aquí escasez de sacerdotes... Esta noticia no puede dejar de agradarle.

Pronto nuevas pruebas, esta vez exteriores, iban a afectar a M. de Cicé. El 15 de diciembre de 1805, el Padre le escribe:

En este momento necesita toda su sumisión a la voluntad de Dios; pidámosla humildemente antes de ir adelante. Estoy encargado de dar a su corazón un golpe muy sensible, anunciándole la muerte de dos personas que le eran muy queridas. El Señor ha querido llamar a El en pocos días el uno de la otra al hermano y la hermana que vivían juntos en Haldberstadt<sup>115</sup>. Eran frutos maduros para el cielo y largas adversidades terminaron de purificarlos. Si el golpe es duro para la naturaleza, la fe nos hace entrever ahí muchos motivos de consuelo... Ofrezca por ellas (las almas de su hermano y de su hermana)) el mismo dolor que experimenta, y para santificarlo y hacerlo más meritorio, únalo al del Corazón de Jesús, agobiado de tristeza en el jardín de los Olivos, y al del Corazón de María al pie de la cruz. Ahí está nuestro modelo y nuestro consuelo en las aflicciones.

El golpe era duro para M. de Cicé, tan apegada a los suyos. La larga separación de la emigración unida a la escasez de noticias intercambiadas por correspondencia y la falta de todo detalle sobre los últimos días de su hermano y de su hermana sólo podían hacer más penoso ese duelo.

Dos días después, el 17 de diciembre, nueva carta del Padre, preocupado por saber cómo ha soportado la prueba:

Estoy muy preocupado por usted y su dolor, lo comparto muy sinceramente con usted y querría suavizarle la amargura. No dudo de su total sumisión a las órdenes de la divina Providencia, en esta ocasión como en todas; pero temo la gran sensibilidad de su naturaleza, y que tenga mucha dificultad para soportar el golpe que ha recibido... Espero con impaciencia noticias suyas y sabré con placer que la gracia ha sido en usted más fuerte que la naturaleza, y que a pesar de su gran sensibilidad no ha sucumbido al dolor, y que lo ha superado generosamente por amor a Aquel que por nosotros se hizo varón de dolores. Que el Señor la sostenga; tome constantemente de su Corazón toda la fuerza que necesita.

. .

<sup>&</sup>lt;sup>114</sup> El Padre Lustyg, de la Compañía de Jesús, entonces en Rusia.

<sup>&</sup>lt;sup>115</sup> Mons. Juan Bautista de Cicé, antiguo Obispo de Auxerre, emigrado en Prusia con su hermana Isabel

La carta del 20 de diciembre muestra que M. de Cicé ha soportado sin desfallecer esta prueba: Estoy siempre muy ocupado de usted, querida hija, pero he sabido con mucho consuelo la manera como ha recibido el doble golpe que el Señor le ha dado y que me encargaron comunicarle.

Sin embargo, la purificación interior continúa, más difícil de soportar que todas las penas exteriores, por lo que el Padre en el curso de esa misma carta le prodiga consejos que se dirigen a todas las almas comprometidas en ese camino:

Usted se queja del estado de su alma: no crea que sus quejas me cansan; sus penas son reales, no lo dudo y las siento con usted. Pero al mismo tiempo sé que tiene motivo para tener la mayor confianza en Dios, y que ése es el sentimiento que debe dominar en su alma. Es en eso en lo que debe detenerse de preferencia. Dios le muestra el fondo de corrupción, de malicia, de debilidad que es inherente a su alma; usted lo ve y no puede impedirse verlo. Siente también la impresión de esas cosas. Esa vista, esa impresión son una cruz muy pesada, con la que Dios la ha cargado para fines dignos de su sabiduría y de su amor. Pero esa vista, esa impresión no la hacen culpable, su confianza será por eso más admirable. Elévese por encima de todo sentimiento; aparezca ante Dios despojada de sí misma y revestida de Jesucristo, como no he dejado de exhortarla a hacerlo. Tendrá entonces esa paz que nada podrá quitarle, y los esfuerzos del enemigo no servirán sino para consolidarla cada vez más.

Una de las últimas cartas de 1805, la del 27 de diciembre, resume con gran densidad doctrinal las directivas habituales del Padre de Clorivière:

Recuerde lo que le he dicho con frecuencia, que no debe considerarse aparte y como separada de N.S. Esta mirada, sin duda, tendría algo de aflictivo. ¿Qué podríamos encontrar en nosotros mismos, sino un fondo inagotable de miserias, de ceguera, de ingratitud y de orgullo? Pero gracias a Dios, usted quiere ser enteramente de N.S., y lo que la aflige es no serlo bastante. Él quiere, mucho más de lo que lo quiere usted, ser El mismo todo en usted. ¿Cómo podría no haber entre usted y él la unión más íntima? ¿Cómo no formaría un solo todo con él? Él es la vid, usted es uno de sus sarmientos; es verdad que no deja de ser lo que es, no pierde ese fondo de miserias que le es propio, pero está como absorbida en esa grandeza, esa santidad inmensa del Señor, a la que está unida. Conserve, es justo, el sentimiento de su bajeza, pero piense más aún en las bellezas, en las virtudes, en las perfecciones de Jesucristo que son suyas, por la donación que él le ha hecho de sí mismo, y que le renueva a cada instante. Usted es grande, rica y poderosa con N.S. Con él y por él usted puede dar a Dios una gloria digna de él. Gloria in excelsis Deo. Repita con frecuencia ese cántico de los ángeles; únase a Jesús y a María.

Así se clausura la correspondencia de ese año 1805, en el que M. de Cicé dio mucho de ella misma a las Sociedades, pero sin dejar por eso la vía de los sufrimientos purificadores.

LOS ULTIMOS AÑOS DE CAUTIVIDAD DEL PADRE DE CLORIVIERE.

1806 - 1807 - 1808

La línea de conducta adoptada por el P. de Clorivière parece haber dado sus frutos, y las dos Sociedades, sobre todo la del Corazón de María, se mantienen e incluso se desarrollan a pesar de las dificultades encontradas en algunas diócesis.

Tres escritos relativos a las Sociedades datan de esa época.

En mayo de 1806, la 8<sup>a</sup> carta circular sobre "el espíritu interior", tal vez la más reveladora de la espiritualidad del Padre de Clorivière.

En octubre de 1807, la carta dirigida a las hijas del Corazón de María que están en las carmelitas. Compuesta para responder a una situación particular, reviste sin embargo una gran importancia para todas las hijas del Corazón de María. Se ve ahí cómo, en un caso concreto, el fundador discierne y mantiene lo esencial, adaptando las modalidades contingentes.

En mayo de 1808, el "Informe de la obra que hemos emprendido", especie de pequeña síntesis histórica muy precisa sobre las Sociedades, su naturaleza religiosa y su desarrollo.

Por fin, en septiembre de 1808, la 9<sup>a</sup> carta circular, "Sobre la edificación que hemos de dar al prójimo".

Había que recordar esos escritos, debido a su importancia, pero la actividad epistolar del Padre que no se desmiente en el curso de esos tres años atraerá más la atención.

Son los últimos años en los que se puede seguir a través de las cartas la vida íntima de nuestra primera Madre, gracias a la dirección espiritual que le es dada. Después de la liberación del Padre, en abril de 1809, cesa la correspondencia entre los fundadores, que pueden encontrarse libremente en París. Sólo las cartas intercambiadas con otros miembros de las Sociedades entregarán algunos ecos.

Se tiene la impresión de que el Padre parece tomar más y más conciencia de la conducta particular por la que la Providencia guía a la fundadora, conducta que pide en respuesta un abandono ciego, un valor y una confianza heroicos.

Durante los meses de enero y febrero de 1806, M. de Cicé sufre una crisis dolorosa como dan testimonio los siguientes extractos de la correspondencia del Padre.

El 3 de enero de 1806, después de haber recordado el aniversario de la muerte de su hermana visitandina, el Padre escribe:

Usted estuvo dispuesta, como ella, al sacrificio de su vida, <sup>116</sup> víctima del odio de los malvados contra J.C., y por un acto de pura caridad. Es un gran consuelo en los últimos momentos. Creo que mi bienaventurada hermanaa está más en condiciones de ayudarnos de lo que necesita ser ayudada por nuestras oraciones. Es una muy buena amiga que tiene usted en el cielo, pues ella la amaba tiernamente. Si el tiempo de los consuelos hubiera llegado para su alma, estoy seguro de que ella los solicitaría para usted.

Esperemos un poco, esa tristeza se cambiará en gozo, pero hasta entonces cúidese de escuchar demasiado esa tristeza y dejarse abatir. Dios le enmvía esa prueba para su bien, y s i permite que el demonio la moleste y la incline al aburrimiento, a la pesadez, al disgusto, le da interiormente la gracia para superarlos y para superarse usted misma. Deje que su espíritu se regocije en Dios; que triunfe de que Dios se complazca en ver su alma sumergida, con la de su Hijo, en un océano de amargura. No se contente con hacer

<sup>&</sup>lt;sup>116</sup>En el momento del proceso de la Máguina infernal.

algunos actos de confianza, de resignación y de abandono; recuerde todo lo que puede excitar en usted una santa alegría. Rechace todo lo que sea contrario a ella; es lo que Dios pide de su fidelidad.

Parece que M. de Cicé ha franqueado una nueva etapa, pues jamás hasta ahora el Padre le había pedido tan claramente que buscara la alegría espiritual en el mismo corazón de sus penas interiores.

Él insiste en ese punto en una carta siguiente:

Tomemos todo de la mano de un padre que nos golpea sólo porque nos ama. Le recomiendo mucho, querida hija, esa alegría espiritual que es tan necesaria en las pruebas en que Dios nos pone. Nada nos ayuda más a soportarlas. Pídala sin cesar al Señor; él no se la negará. Cuando esté provista de esta arma, el demonio no podrá nada contra usted.

## Y de nuevo el 14 de enero:

Ponga atención, querida hija, a los consejos que le he dado en mis últimas cartas, sobre la confianza en Dios y sobre la alegría espiritual.

Según la carta del 21 de enero, M. de Cicé debe encontrarse en un estado de gran debilidad. El 28 de enero, el Padre le escribe:

Estoy muy conmovido de que esté siempre tan débil y que sus noches sean tan malas. En medio de todo eso, paz, resignación, amor, eso es lo que el divino Dueño espera, y por descontenta que esté de usted misma, estoy seguro de que él ve en usted todas esas disposiciones, aunque usted misma no las vea. Pues sucede con frecuencia que no conocemos el fondo de nuestros corazones y el Señor esconde allí los dones que hay encerrados en él. Es suficiente para nosotros que él los vea; ese desconocimiento no nos hace menos agradables a sus ojos y nos mantiene en la humildad.

## El viernes 31 de enero, un llamado urgente al "espíritu de fe":

Valor, querida hija, no un valor sensible, que sin un efecto milagroso de la gracia no sería compatible con su estado de debilidad corporal, sino un valor de fe que nos eleve por encima de todo sentimiento, y que al Señor le gusta ver en nosotros, incluso cuando parece dejarnos abandonados a nosotros mismos, en un abatimiento sensible.

Recomiende a sus hijas ese espíritu de fe que es preferible a todos los consuelos y fervores sensibles. Estos son pasajeros... El espíritu de fe no cambia: es un apoyo inquebrantable. El Señor mismo es entonces la fuerza del alma.

La carta del 4 de febrero nos informa que, a pesar de su debilidad, M. de Cicé ha podido asistir el 2 "en la capilla", a la renovación de votos. Siguiendo una línea de espiritualidad que le es querida, el Padre evoca el ejemplo de la Madre de Cristo cuyo Corazón ha sido traspasado por una espada de dolor:

No trate en este momento de hacer más allá de sus fuerzas; conténtese con hacer lo que le permite su estado de debilidad. Dios mismo estará contento con eso, él sólo pide su corazón... Abandone al Señor el porvenir; un día verá claramente cuán plena de amor y

de misericordia es la conducta que él tiene con usted, por rigurosa que parezca. Esa misma mano que la golpea tan dolorosamente le prepara en el cielo una rica corona, e incluso sobre la tierra tesoros de santidad, y tal vez también grandes consuelos. Usted sabe que la mano del Hijo atravesó el corazón de su Madre con una espada muy aguda, y luego lo llenó sin medida con todos los dones y todas las dulzuras de su Divino Espíritu. Imitemos a María en su aflicción, y que un día podamos tener alguna parte en su gozo. Podemos esperarlo de la bondad infinita de nuestro Dios.

En la carta del 7 de febrero se encuentra una prueba de que el P. de Clorivière vio en las penas interiores de M. de Cicé la manifestación de los caminos místicos en los que Dios la había introducido:

He visto con mucho gusto, querida hija, que Dios le había concedido algún intervalo de salud el domingo último. Eso me confirma en el pensamiento de que él vela de manera particular por usted y que su salud y sus dolencias no son puro accidente de la naturaleza; son efectos de la naturaleza, pero Dios los permite y los dirige a su voluntad por consideraciones que no son conocidas sino por él, pero todas tienden a su gloria y al bien de su alma, y tal vez también de varias otras. Recíbalas así, como estoy persuadido de que lo hace.

Después de aconsejarle que tome los cuidados que pide su estado, la invita de nuevo a juzgarlo todo conforme a las miradas de la fe:

Cuando el cuerpo está en el sufrimiento, recuerde que sus dolores son los de Jesucristo que quiere sufrir en usted, y que usted sufra con él. Esta consideración, fundada en lo que la fe nos enseña de la unión íntima de Jesucristo con el cristiano, ¿no es muy adecuada para sostenerla en el sufrimiento y hacérselo amar, como también para santificar y divinizar en cierta forma todos los cuidados que tome por su cuerpo?

Esa grave crisis de salud debe haber incitado a M. de Cicé a poner en regla sus asuntos, haciendo su testamento 117.

El P. de Clorivière le respondió sobre eso el martes 11 de febrero de 1806:

La libertad que pide para testar se la da la Constitución de nuestras Sociedades. Si usted pregunta si puede hacerlo de tal manera, eso depende de las leyes del país en el cual se vive, porque cada uno posee sus bienes según la disposición de las leyes y sólo puede disponer de ellos de la manera que esas leyes le permiten. Haga consultar a un hombre de leyes. Por mi parte le permito todo lo que ellas permiten. Cualquier otro permiso sería inválido.

Luego el Padre evoca algunos asuntos de los que M. de Cicé, a pesar de su debilidad, no puede descargarse completamente sobre otros.

La carta del 21 de febrero da noticias de Chartres donde el viaje de M. de Cicé, a pesar de su éxito junto al Sr. Frappaize, no ha podido neutralizar completamente la influencia nefasta de los Sres. Beulé y Pellerin.

-

De hecho, el testamento de M. de Cicé, depositado donde su notario y abierto después de su muerte , está fechado el 5 de septiembre de 1816.

Por la carta de Chartres se ve que no han renovado los votos, sino solamente la consagración, con excepción de Victoria a quien el Sr. Frappaize, y yo después de su muerte, habíamos permitido renovar sus votos como antes. Eso me desagrada, pero no es culpa de esas buenas hijas; no les faltan la buena voluntad ni el fervor, incluso creo que tendrán el mismo mérito delante de Dios, pero es culpa de esos señores. Ellos tendrán que responder por esto. Ruego a Dios que los perdone y les dé más celo y luz para su propia santificación y para la de los otros.

En el curso de febrero, la salud de M. de Cicé, "aún bien vacilante", le permite sin embargo retomar su correspondencia habitual, incluida aquella que le encarga habitualmente el P. de Clorivière, quien le escribe en marzo:

Le devuelvo, querida hija, una respuesta al Sr. de la Mennais. Será bueno que le hable de las gestiones que hizo usted junto al Santo Padre y del éxito que tuvieron por medio del Sr. Obispo de Vence, hoy de Namur, eso supuesto que no lo haya hecho todavía.

Luego el fundador le pide que provea, de acuerdo con el Sr. Pochard, el reemplazo de la Señorita d' Esternoz, superiora de la Reunión de Besançon, que víctima de su caridad acaba de morir de una enfermedad contagiosa contraída cuidando enfermos en el hospital. La Señorita d'Esternoz, rica en cualidades naturales y sobrenaturales, había sido formada en parte por M. de Cicé, junto a la cual había permanecido varios meses en París; su muerte prematura fue vivamente sentida por los fundadores, tanto más que "ahora es la diócesis de Besançon la que nos da más consuelo" <sup>118</sup> Las cartas del viernes de la Pasión, 28 de marzo, y del viernes Santo, 4 de abril, recuerdan una vez más la necesidad de conformarse con el Corazón de Cristo y el de su Madre. M. de Cicé es especialmente invitada a ello:

Hace ya mucho tiempo, querida hija, que nuestro Divino Salvador, el Esposo de las almas piadosas, la tiene clavada en la cruz de muchas maneras diferentes. Así es como trata a sus esposas queridas, así trató a su santa Madre. ¿Puede pensar en ello sin reconocer el valor de ese favor?

Este día en que honramos los dolores de la augusta Virgen, Madre de Dios, y su corazón traspasado por una espada, debe ser por muchos títulos un día de fiesta para usted; tiene usted derechos sobre ese amable Corazón, en calidad de una de sus hijas, e incluso su hija mayor. Pídale pues con confianza filial que así como la ha hecho participar en parte de sus penas le obtenga también una parte de los sentimientos de amor, de paz, de conformidad con los que ella soportaba todas sus penas.

#### El Viernes Santo:

...En este gran día de nuestra Redención, Jesús en la cruz, María al pie de la cruz hablan poderosamente a nuestros corazones. Contentémonos con escucharlos y aprender de ellos esa gran ciencia que tanto nos importa conocer, la ciencia de la Cruz. Hace ya mucho tiempo que ellos la hacen participar de su cruz, que sin ser comparable a la de ellos es sin embargo de gran peso y muy penosa, vista la grandeza de su debilidad; no se canse sin embargo de estar sujeta a ella. Recuerde que en ese estado está de una manera especial en la compañía de Jesús y de María. Aparte sus miradas de usted misma para fijarlas sobre ellos y sobre sus sufrimientos, a fin de unir sus sufrimientos a los de ellos.

\_

<sup>&</sup>lt;sup>118</sup> Carta del 18 de marzo de 1806.

Que su corazón se pegue cada vez más a sus Sagrados Corazones y que tome todos sus sentimientos.

El viernes 11 de abril, nueva invitación a buscar la alegría espiritual:

Haga lo posible por excitar y mantener en usted la <u>alegría espiritual</u>; eso es más dificil, estoy de acuerdo, pero también más necesario en el estado de pena interior en que está casi habitualmente desde hace tiempo.

Las cartas del mes de mayo muestran a M. de Cicé siempre sufriente, especialmente la del 6:

Soy muy sensible a las indisposiciones que experimenta casi continuamente. Vemos en esto sólo la voluntad del Soberano Señor. Mi gran consuelo es que usted sabe hacer servir ese penoso estado para su gloria y el mayor bien de su alma. Debo hacer lo mismo en mi situación. Ya dura dos años. No me quejo, y únicamente deseo entrar perfectamente en las consideraciones del Señor y de su santa Madre.

La carta del 20 de mayo confirma la persistencia de los malestares:

Supe con mucha pena, querida hija, que está siempre muy incómoda... Se necesita paciencia para vencer y domar accesos involuntarios de mal humor, y he sabido que el Señor le concedía habitualmente esa gracia. No sabríamos bendecirlo bastante por ello.

Precioso testimonio de una virtud cuyo ascendiente irradiaba sobre el entorno de M. de Cicé. Los dos fundadores, cada uno según su temperamento y su gracia, avanzan a grandes pasos en el camino de la santidad. La lectura integral de las cartas nos muestra de una manera impresionante que M. de Cicé, además de sus pruebas físicas y morales, debe sostener el recargo diario de los asuntos de la Sociedad que el Padre no puede asumir. La situación de las Sociedades en Chartres sigue siendo una grave preocupación para los fundadores y se comprende mejor la vigilancia desplegada por el Padre, especialmente en su correspondencia con algunos sacerdotes del Corazón de Jesús. Las cartas del 6 de junio y del 21 de julio, a propósito de deserciones ocurridas, ponen claramente el punto sobre la situación.:

No debemos asombrarnos, querida hija, de lo que pasa en Chartres después de lo que usted vio y me relató de la deserción de los Sres. Frappaize, Beulé y Pellerin, a los que puedo agregar al Sr. Miette después de su conducta con la Srta. Puesch a la que dirigía. No es en absoluto extraño que jóvenes piadosas hayan seguido, incluso sin darse cuenta, las insinuaciones de sus directores.

El mal, en relación a esas buenas personas, viene de que ellas no han sentido suficientemente la fuerza de su vocación y de sus santos compromisos, y por otra parte, de que no han conocido en esto los límites que se debe poner a la obediencia debida a un confesor.

Siguen precisiones sobre la primacía de la vocación recibida de Dios, que, una vez reconocida, debe ser seguida sin que los confesores tengan derecho de apartar al alma, especialmente después del compromiso de los votos. El Padre insiste de nuevo en este punto el 21 de julio. Señala también que, en Chartres, ningún sacerdote del Corazón de Jesús puede asegurar en adelante la función de superior de las Hijas del Corazón de María, sino hay que dirigirse a un miembro del clero. Es delicado exponer esta situación, pero el Padre sabe que puede contar con el tacto y el sentido religioso de M. de Cicé:

Como le he dicho, es necesario que ese señor <sup>119</sup> sea informado de lo que nos afecta y sólo usted puede hacerlo de una manera insinuante que viene del Espíritu de Dios.

Cojamos de paso un pasaje de la carta del 28 de julio que muestra la pobreza a la que se ve reducida a veces M. de Cicé:

Puede vender esas cucharas de plata de las que habla, es incómodo estar en esa necesidad. Si el poco dinero mío que usted tiene pudiera impedirlo, está todo a su disposición.

Es imposible mencionar aquí las múltiples misiones que el Padre le encarga en el curso de ese verano 1806, y más adelante. Su correspondencia está llena de alusiones a eso, trátese de entrevistas con civiles o eclesiásticos, desplazamientos en París o los alrededores, cartas a uno u otro, prospectos que imprimir, etc. Quedamos admiradas cuando reflexionamos que es una enferma crónica, a veces en cama, quien hace frente a todas esas actividades.

Es verdad que ese recargo de ocupaciones puede aliviar temporalmente sus penas interiores, como lo hace notar el Padre el 25 de septiembre de 1806:

He notado que estaba usted mejor y que tenía que sufrir menos del espíritu de malicia cuando estaba ocupada en el bien de nuestras Sociedades y menos de usted misma.

Las cartas del 17 y 21 de octubre relatan un rasgo de la humildad profunda de M. de Cicé. Ella debe haber hablado de la culpa que quería hacer. El Padre le responde (el 17):

...por haberle escrito muy de prisa la última vez, no respondí a la pregunta que me había hecho, si cuando hace su culpa ante sus hermanas podría la asistente, <u>sin imponerle una penitencia</u>, darle <u>consejos</u>. Respondo que no, eso no estaría en el orden; eso podría perjudicar a las otras y debilitar en ellas la idea de la superioridad. A lo sumo podría permitirse cuando se hace en particular.

### y el 21:

Será suficiente que haga la culpa una vez al mes. La conducta exterior no debe ser la misma en todas las situaciones.

En las cartas siguientes se encuentran numerosas alusiones, bastante breves en general, a la vía dolorosa que sigue M. de Cicé. El Padre no vacila en repetirle que ha sido escogida como víctima por el amor del soberano Dueño.

#### El 24 de octubre:

Está usted siempre atormentada por alguna especie de sufrimiento. No se admire. Mírese, en unión con Jesucristo, como una víctima sobre la cual descarga como quiere los golpes de su justicia. Es una elección gloriosa para usted, pero penosa para la naturaleza. No crea que hay cobardía o falta de valor al experimentar la pena natural. Nuestro Señor mismo quiso sentirla y santificarla. Únase a él y entre, en la medida que le sea posible, en los sentimientos de su Divino Corazón y el de su santa Madre.

Luego: 11 de noviembre. Es el día en que usted llegó a París en 1791. Hacen ya <u>15</u> años.

El lunes 5 de enero, una carta muestra una vez más a M. de Cicé luchando con las dificultades interiores y exteriores:

<sup>&</sup>lt;sup>119</sup> Sr. Mistrouflet.

Supe con consuelo, querida hija, que su salud, sin ser buena, se mantiene y le ha permitido salir todos estos días... Ruego al Señor que le dé la fuerza del espíritu v del cuerpo que necesita para trabajar por su gloria y sostener las rudas pruebas de todo género que él le envía. Así es como trata a los que lo aman.

La carta del 16 de enero de 1807 tiene el interés de completar, o de confirmar, lo que ya sabíamos del complot de la Máquina infernal. El Sr. Desmarets 120, secretario de la Policía, fue al Temple para interrogar a los detenidos. De esa entrevista, que se desarrolló en buenos términos, el Padre tuvo la esperanza de una pronta liberación, pero esa esperanza fue decepcionada como tantas veces.

La carta del 19 de enero es particularmente larga. Se distingue entre muchas otras de contenido análogo por el número de casos concretos que evoca, relativos a diversas Reuniones: cerca de una quincena que requieren una intervención directa de M. de Cicé, sin embargo agobiada: 121

Veo que está siempre en la prueba. Dios lo quiere así; por ahí quiere conducirla a la santidad. A él le corresponde escoger el camino por el cual quiere que marchemos; estemos contentos de seguirlo, no puede haber uno mejor y más seguro para nosotros.

Luego sin transición esas líneas plenas de solicitud y al mismo tiempo muy significativas sobre la manera de entender "lo decoroso necesario".

Ha hecho usted bien al tener un chal honesto<sup>122</sup>; es preciso que esté vestida adecuada y cálidamente. Hacerlo de otro modo sería una mortificación mal entendida.

A la proximidad del 2 de febrero, fecha de renovación de votos, se ve con qué cuidado y cuánta exactitud hace la humilde M. de Cicé su revista de las reglas. El Padre le escribe el 1° de febrero de 1807:

Leí con atención, querida hija, sus dos largas listas de acusaciones, y le declaro delante del Señor, en calidad de ministro suyo que está especialmente encargado de darle cuenta de su alma, que estoy persuadido de que habla con sinceridad, y cuán afectada está realmente; pero al mismo tiempo le digo que, aún suponiendo la autenticidad de todas sus acusaciones, que no encierran siguiera la materia de una absolución y que no retardarían un solo instante su entrada en la bienaventuranza.

Usted se acusa de sensaciones y de impresiones que no está a su alcance no tener y que Dios quiere hacerle experimentar para Su gloria y su mayor bien, y que no dependen de la voluntad... Dios es dueño de su voluntad y de sus facultades intelectuales. El reside ahí, pero de una manera desconocida a los sentidos, e influye sobre todas sus operaciones espirituales. El permite al mismo tiempo que su alma, sede del sentimiento y de los afectos sensibles, esté como bajo la posesión del espíritu de malicia y de tinieblas, el que produce en usted esa dureza de corazón y esas impresiones que siente. Dios lo permite por consideraciones dignas de su sabiduría.

<sup>120</sup> No confundirlo con el Sr. Desmarets que en un tiempo fue sacerdote del Corazón de Jesús, ni con el Sr. Desmares, también sacerdote del Corazón de Jesús, cuyo nombre a veces se escribe Desmarets, en la copia roneada de cartas de M. de Cicé. El autógrafo dice bien Desmares.

<sup>&</sup>lt;sup>121</sup> Se encuentran allí esas líneas que muestran con cuánta delicadeza respeta el Padre la autoridad de M. de Cicé: Respecto a la Srta. Puesch, escribiré al Sr. Beulé y le diré en general que, con relación a su familia, él no debe hacer nada sino de acuerdo con usted; que yo mismo no me permitiría nada en esa materia sino de acuerdo con usted. Muchas otras cartas manifiestan igualmente el respeto del Padre por la autoridad y el juicio de M. de Cicé, superiora general de la Sociedad del Corazón de María.

122 En términos de la época: conveniente, en el justo medio.

Bajo la pluma de un director tan iluminado, tan prudente como el Padre de Clorivière, estas últimas afirmaciones son de un peso singular y permiten pensar que M. de Cicé estaba sometida a purificaciones que sobrepasaban la común medianía, impresión confirmada por el hecho que esas pruebas interiores no perjudican en nada la actividad exterior de la Madre.

Dos días más tarde, el Padre, que sin duda ha tenido ecos de la renovación del 2 de febrero, le escribe:

La alabo mucho por no haber dado a conocer su estado interior a otro que a nosotros. La alabo también en el Señor porque, superándose usted misma, se ha dispuesto e incluso entregado a las necesidades de sus amigas. Ha hecho en esto algo muy agradable a Dios y que atraerá sobre usted muchas gracias. Continúe, querida hija, sostenida por el Señor. El corta en lo vivo, pero es para hacerla más pura y más hermosa a sus ojos.

Parece que en este comienzo del año 1807 M. de Cicé estuvo probada sin cesar por grandes penas interiores, sin períodos de apaciguamiento que se habían observado antes.

Al mismo tiempo que le habla de mil cosas relativas a las Sociedades, el Padre le prodiga su aliento, siempre el mismo, pues sólo puede inclinarse ante los caminos de Dios:

#### 24 de febrero de 1807:

Consuélese de su estado, se lo repito, es de un gran valor ante Dios. Lo que me dice de la turbación que aumenta después de la comunión es muy penoso, pero desprécielo; no viene de usted y no la hace culpable. Incluso aumenta mucho el mérito y el fruto de sus comuniones. Vaya a Dios por la fe pura y acepte sin reserva ese estado, incluso hasta la muerte, mientras agrade a Dios. Es un acto de heroísmo el que le propongo; le sería muy útil hacerlo con frecuencia.

#### El 3 de marzo de 1807:

Aplíquese sobre todo singularmente a la confianza. Nunca es tan perfecta como cuando no se ve en sí nada sobre lo cual se la pueda fundar y por el contrario se ven cosas capaces de desanimar y de abatir. Es entonces cuando sus actos son más meritorios y más agradables a Dios, porque se apoyan únicamente sobre los méritos de Jesucristo y sobre la infinita misericordia de Dios. Vaya a la comunión con un espíritu de pura fe, sin buscar en ella consolación. El tiempo de la vida presente es el del sufrimiento; el gozo está reservado para la eternidad.

#### El 17 de marzo de 1807:

Sufro al verla en el estado en que está, pero este santo tiempo nos enseña a estimar el sufrimiento y debería hacérnoslo amar y soportar con alegría. Qué dicha comparable a la de un alma que, por el sufrimiento, reproduce en ella una imagen viva de Jesucristo sufriente. Los que tengan parte en los estados de su vida sufriente sobre la tierra están seguros de tener parte en las alegrías y la felicidad de su vida gloriosa en el cielo.

## El 24 de marzo de 1807:

He sabido con mucha satisfacción que estaba un poco mejor y que ha podido salir para ir a la iglesia. Doy gracias al Señor y le ruego que le conceda un poco más de fuerzas para procurar su gloria y el bien de las almas que le están confiadas. Le ruego también por mi propio consuelo y el de muchos otros que como yo sufren al verla sufrir tanto. Tiene usted otras penas que no aparecen al exterior pero que la crucifican mucho más; aunque estoy persuadido de que vienen especialmente de un Dios lleno de amor, que trata a los

que ama como trató a su Hijo bien amado, que no es por eso menos agradable a sus ojos y que esas penas sirven para perfeccionarla, y tal vez para la salvación de varias almas; no por eso siento menos el estado de anonadamiento y de debilidad en que la ponen y conjuro continuamente al Señor para que alivie su peso y la descargue de él. Se lo conjuro por los méritos de su Pasión y por la espada de dolor que atravesó el corazón de su santísima Madre.

Estas últimas líneas son raras bajo la pluma del P. de Clorivière, más dispuesto a pedir fuerza para soportar la prueba que su reducción y menos aún su supresión. Por esas expresiones se siente al Padre casi inquieto. ¿No está acaso imposibilitado para comunicarse directamente con su hija espiritual?

#### El 5 de abril de 1807:

Pienso mucho en usted, pero sólo la mano que le causó esas heridas puede curarlas. El hará que cesen cuando se cumplan los designios de amor que tiene sobre usted. Esperemos todo de su bondad, y conformémonos sin reservas a su beneplácito. El sólo quiere nuestro bien.

A fines de abril, comienzos de mayo, se ve al P. de Clorivière preocupado por la Reunión de Tours y la ayuda que se ha de dar a las carmelitas que, para ser aceptadas por la autoridad civil, se ven obligadas a abrir una escuela. Habría que enviar a dos hijas del Corazón de María, cuya elección corresponde a M. de Cicé:

Creo que podrá encontrar dos de nuestras hijas que convengan para eso y que tengan bastante celo y caridad para prestarse a hacerlo. El asunto no es urgente... Volveremos más de una vez sobre el tema y nos comunicaremos mutuamente las reflexiones que hayamos hecho, después de recomendar bien esta obra al Señor.

## El 3 de mayo siguiente:

No me parece que la Srta. Gaillard convenga mucho para la obra propuesta. Sin embargo, me remitiré a usted, porque usted tiene gracia para eso y puede conocer mejor a la persona, sus disposiciones, sus circunstancias... quiero remitirme a usted. Vea delante de Dios y con sus hermanas si no hay entre ellas alguien que convenga más.

El 12 de mayo, a propósito de la muerte de la Srta. Deshayes, asistente de M. de Cicé y una de las primeras Hijas del Corazón de María, el Padre hace esta reflexión significativa:

Agradezco a Dios que me conserve a la cuarta, o más bien la primera de mis cuatro primeras hijas, y le ruego constantemente que se digne conservármela aún por mucho tiempo. Se lo pido como una gran gracia para mí y para la Sociedad.

El 12 de mayo se encuentra una alusión a la carta bien conocida, escrita a solicitud de la Srta. de Fermont:

Le envío también una carta que me escribió la Srta. de Fermont; lea con atención la respuesta que le he dado. En respuesta a una palabra de la Srta. de Fermont, la hice en forma de testamento; y como en ella digo cosas que convienen a todo el mundo en nuestras Sociedades, me ha parecido que se podrían sacar copias y enviarlas a diferentes lugares en forma de pequeñas cartas circulares. Me enviarían una copia a mí y otra al Sr. Bourgeois, el que con pequeños cambios podría adaptarla para nuestra Sociedad. 123

\_

<sup>&</sup>lt;sup>123</sup> La Sociedad del Corazón de Jesús.

Como de costumbre, el cumplimiento de este deseo formulado por el Padre corresponde a M. de Cicé, cuya salud conoce siempre alternativas de altos y bajos.

### El 25 de mayo:

Su estado de malestar y de sufrimiento me da pena.

## Y el 12 de junio:

Estoy informado, querida hija, de su estado de debilidad.... ruego a Dios... que pueda servirlo con más alegría.

Oración escuchada parcialmente, pues el 23 de junio el Padre escribe:

La felicito por el buen resultado de su viaje. Parece que Dios lo presidía y que le ha dado un ángel por guía.

Pero casi en seguida añade:

Supe con pena que su salud no se había mantenido.

M. de Cicé debe haber deseado pasar algunos días de soledad con Dios, pues el 29 de junio recibe así la autorización:

No veo inconveniente en que pase unos ocho días en la casita de la cual habla cerca de las trapenses, pero habría que convenir el tiempo con su asistente.

El 10 de julio siguiente, la carta del P. de Clorivière empieza así:

Para no olvidarlo, le concedo lo que me pide para el retiro de Semur, el viaje a St. Germain y la estatua de San José.

En este pasaje, y en muchos otros semejantes, se adivina la multiplicidad de actividades de Madre de Cicé.

## El 31 de julio:

He leído con mucha consolación sus pequeñas exhortaciones a sus hijas, y no he encontrado nada para cambiar, nada que no sea muy bueno.

El 4 de agosto, el Padre, sin duda no sin emoción, fecha así su carta:

4 de agosto, día de (Sto. Domingo) nuestro primer conocimiento.

Luego, como conclusión de esa misma carta, luego de haber tratado temas – y preocupaciones – múltiples, concluye:

Adiós, querida hija, he ahí muchas cosas en un pequeño espacio.

La lectura integral de tales cartas deja en efecto la impresión de que todo en la Sociedad pasa por las manos de M. de Cicé.

#### El 11 de agosto:

Pensemos sólo en prepararnos para nuestra gran fiesta. Pero no crea que para eso necesita estar en retiro. Su buena preparación es olvidarse en este tiempo para ocuparse sólo de las Hijas de María que son también las suyas.

El 13 de agosto, a solicitud de M. de Cicé, el Padre le envía el texto del discurso que podrá trasmitir a sus hermanas el día de la Asunción:

He hecho apresuradamente lo que le envío; espero que estará contenta y que Dios lo bendecirá al pasar por su boca.

Se trata del discurso bien conocido, titulado "Ecce Mater tua".

Nueva carta el 18 de agosto:

He hecho usted bien, querida hija, al preferir el cuidado de las almas que le son confiadas a su inclinación por el retiro. He sabido con placer que todo se había hecho con orden el día de la fiesta. Es también un gran consuelo para mí saber que goza usted de paz interior. Bendigamos al Señor por ello, y aprovechémoslo para prepararnos contra la guerra que aún puede sobrevenir, armándonos de una gran confianza en Dios.

Una pequeña frase, en la carta del 11 de septiembre, recuerda la inagotable caridad de M. de Cicé:

Si el P. Carlos viene, será para usted una nueva ocasión de buenas obras, las que no le faltan. Pero es una familia indigente la que ha adoptado usted y Dios ha bendecido los cuidados que se ha dado por ella.

En la misma línea, la Sra. de Carcado escribe a la Sra. de Clermont-Tonnerre, el 27 de septiembre de 1807:

*Mi respetable vecina* <sup>124</sup> *está bastante bien y llena de buenas obras.* 

El 4 de octubre, una vez más, el Padre está lleno de esperanza sobre su liberación:

Hoy debe decidirse mi suerte... Si el emperador lo ratifica, es posible que salga el martes.

Esperanza fallida como tantas otras; a pesar de toda la resignación de los cofundadores, esas perpetuas alternativas de esperanza y decepción debían ser bastante desgastantes para el físico como para la moral.

La muerte prematura de la Sra. de Buyer 125 a consecuencia de una larga enfermedad vino a añadirse a las penas y a las preocupaciones de los dos fundadores. El 13 de octubre, el Padre escribe:

He aquí un nuevo sacrificio que acaba de pedirnos el Señor con la muerte de la Sra. de Buver.

Habla luego de las virtudes de la difunta y de la admirable oración que compuso a fines del mes de agosto 126

La carta del martes 3 de noviembre de 1807, en una síntesis conmovedora, da un nuevo testimonio de la caridad inagotable de M. de Cicé.

Le agradezco su interesante carta y todos los detalles que en ella me da sobre su viaje a St Germain v sobre otras obras buenas. Dios sea bendito porque con tan poca salud le da la fuerza para emprender tantas obras buenas diferentes y llegar a su fin, tanto más cuando veo que en medio de todo eso no pierde usted de vista la principal de todas, la Sociedad de las H. de M. que le está especialmente confiada.

<sup>&</sup>lt;sup>124</sup> M. de Cicé y la Sra. de Carcado vivían entonces en apartamentos contiguos.

La Sra. de Buyer era la hermana de la Srta. d'Esternoz y la había sucedido como superiora común de la región de Besançon. <sup>126</sup> Cf. II Cartas, pág. 263.

Varias cartas de noviembre recordarían si fuera necesario que, con intensidad variable pero casi sin descanso, las pruebas interiores aparecen como telón de fondo en el curso de toda la vida de M. de Cicé, cualesquiera sean las actividades desplegadas, que podrían engañar a quienes no pueden conocerla tan íntimamente como el P. de Clorivière.

El 23 de noviembre, evidentemente en respuesta a una larga carta de M. de Cicé, el Padre le escribe:

Estoy contento de que haya descargado en mi corazón una parte de sus penas. Hacía algún tiempo que el Señor la dejaba bastante tranquila, para que pudiera ocuparse de una cantidad de buenas obras, que le daban mil preocupaciones de otra naturaleza, y no le dejaban un momento de descanso. Ahora, el enemigo que estaba como encadenado por el brazo del Todopoderoso, tiene permiso para volver a la carga y vengarse del bien que ha hecho a varias almas... no se deje llevar por los vanos terrores con que llena su imaginación.

Luego, respondiendo a la angustia siempre latente en M. de Cicé de no estar en su lugar a la cabeza de la Sociedad, el Padre continúa firmemente:

No vuelva nunca sobre la orden de Dios, respecto al puesto en que El ha querido colocarla; eso no depende de usted; sin duda son muchas las penas que le van unidas; es la cruz que el Señor ha impuesto sobre sus hombros. Hay deberes que le parecen y que en efecto están por encima de sus fuerzas corporales y espirituales, pero usted no cuenta sobre sus fuerzas.

El 25 de noviembre, el Padre vuelve sobre la vía del abandono y de pura fe que M. de Cicé debe seguir heroicamente:

Sus quejas son un efecto del estado de prueba en el que el Señor, por designios impenetrables a la razón humana, la mantiene desde muchos años. Adore y bese la mano que la golpea.

En enero de 1808, una gran prueba, la muerte de la Sra. de Carcado, golpea a la Sociedad. La larga carta que el Padre de Clorivière escribe a M. de Cicé el 29 de enero, haciendo el elogio de la desaparecida, muestra la amplitud de esa pérdida. El texto completo de esa carta, retrato ejemplar de una de las primeras hijas del Corazón de María, se da en apéndice. M. de Cicé, de quien la Sra. de Carcado era la asistente, debió sentir dolorosamente el duro golpe. Por consejo del propio P. de Clorivière, ella podía confiarle muchas cosas que se referían a la Sociedad; era sobre todo la intermediaria fiel y discreta que desde hacía casi cuatro años aseguraba dos veces por semana la relación entre los dos cofundadores. Por ese motivo, la prueba afectaba personalmente a M. de Cicé en el ejercicio ya pesado de su cargo. Sabemos que la Sra. de Saisseval fue designada entonces para las visitas regulares a la prisión del Temple. 127

Por la carta del 1° de febrero de 1808 vemos que M. de Cicé tuvo el valor para superar su propia pena e ir en ayuda de las demás:

Admiro que en medio de tantos motivos de dolor Dios le haya dado la fuerza para escribir a sus amigas y consolarlas... Tengo que agradecerle también dos cartas llenas de sentimientos de amistad que usted me ha escrito en lo más fuerte de su aflicción.

Un poco más adelante, estas líneas que dan testimonio de la persistencia de la prueba interior de M. de Cicé:

<sup>&</sup>lt;sup>127</sup> La Srta. d'Acosta debe haber visitado también al Padre en el Temple; éste menciona su reciente visita en una carta a M. de Cicé, fechada en abril de 1808.

Yo querría suavizar sus penas interiores, pero cuando el Señor quiere hacer pesar su mano sobre un alma nada puede impedir que esa alma sienta ese peso... Si usted pudiera ver las cosas como las veo yo a la luz de Dios, lo más amargo de sus penas se disiparía pronto.

Las cartas de febrero y marzo de 1808 no dejan de apoyar el trabajo cotidiano de M. de Cicé junto a las Reuniones de la Sociedad, sin dejar de hacerse eco de sus pruebas interiores; sin embargo, no aportan elementos nuevos sobre la vía dolorosa que debe seguir "en el más perfecto abandono".

A partir de abril de 1808, el P. de Clorivière está alerta. Va a empezar la demolición de la torre de la prisión del Temple. Esta vez se impondrá el traslado de los prisioneros. Gracias a repetidas gestiones, el Padre, debido a su avanzada edad – 73 años – será llevado el 21 de mayo a la casa de salud <sup>128</sup> dirigida por el doctor Dubuisson, cerca de la Barrera del Trono.

Aparte de algunas alusiones a la salud de M. de Cicé, la mayor parte de las cartas de esa época tratan asuntos de la Sociedad.

Pero en la correspondencia del Padre con la Sra. de Goësbriand <sup>129</sup> se encuentra, a fines de septiembre, un pasaje relativo a M. de Cicé:

Nuestra compatriota y respetable amiga está siempre débil y sin embargo, desde hace algún tiempo, goza de una salud aceptable y no descuida usarla para la gloria de Dios y el bien de sus hijas. Es asombrosa la cantidad de buenas obras que emprende, y casi todas tienen éxito entre sus manos. Además de eso, está recargada de asuntos que no le gustan, pero a los que se somete por la necesidad que le garantiza es voluntad de Dios.

En esa casa de salud, el Padre estará encerrado aún un año entero bajo la vigilancia de la policía, pero las visitas, siempre discretas, se facilitarán mucho, especialmente por la benevolencia del director respecto a él. Por fin será posible que M. de Cicé vaya a verlo, por primera vez desde su detención en mayo de 1804. Podemos suponer que ese encuentro tuvo lugar muy pronto después del traslado del Padre a fines de mayo.

Una carta de este último, el 29 de junio de 1808, manifiesta su decepción ante el contratiempo surgido para una visita, por la mala salud de M. de Cicé. Hay que citarla, por su resonancia tan profundamente humana:

Su carta me afligió al informarme el mal estado de su salud que le impedía venir hoy. Yo había preparado todo lo mejor que pude. El Señor Dubuisson había dado también órdenes para que su capilla estuviera muy hermosa. El me había cedido una hermosa habitación para recibirla mejor y darle desayuno. Yo me había preparado también para decirle unas palabritas antes de la comunión, y una pequeña instrucción relativa a la Sociedad, después del desayuno. No haberlo hecho es una privación para mí.

Dos semanas más tarde, una carta de la Sra. de Saisseval a la Sra. de Clermont-Tonnerre, fechada el 14 de julio de 1808, nos da un eco discreto de un encuentro de los dos fundadores:

Continúo la carta al regreso de la visita en la que tuve el gran consuelo de ver reunidos a nuestros dos santos personajes. Uno y otro estuvieron muy contentos y tienen motivos para estarlo. Para dejarlos más libres, yo me quedé en la capilla de Picpus, donde hay

<sup>&</sup>lt;sup>128</sup> Casa de salud para enfermos afectados de alteraciones mentales y junto a los cuales el Padre ejercerá una bienhechora influencia.

<sup>&</sup>lt;sup>29</sup> Lettres, p.749.

una pequeña estatua milagrosa de Nuestra Señora de la Paz. Estuvieron casi dos horas juntos, y seguramente esas dos horas estuvieron bien empleadas.

El intercambio de cartas, cada vez más escasas, continuará hasta la liberación del P. de Clorivière, pero en adelante ya no se encontrará nada relativo a la vida interior de M. de Cicé.

Una de las últimas cartas, fechada el 26 de marzo de 1809, con ocasión de la pena ocasionada por el silencio del Sr. Vielle <sup>130</sup>, sacerdote del Corazón de Jesús, superior en Bretaña, muestra el apoyo moral que el fundador encontraba en M. de Cicé. ¿No habría renovado sus votos, o incluso abandonado su puesto?

...vi ayer al Sr. Lamy, que no tenía ninguna carta. El golpe es abrumador. Cuántos pensamientos tristes se presentaron a mi espíritu. Me vuelven sin cesar y casi no me dejan ocuparme de otra cosa. Dios me hace la gracia de tomarlo todo de su mano y querer sólo el bien de todos. Necesito consuelo y consejo, y después de Dios sólo puedo esperarlo de usted, pues no creo que deba confiarme a otros sobre el motivo de mi pena. Usted recomendará mucho esto al Señor.

El último billete del Padre es del sábado 8 de abril de 1809; da testimonio una vez más del asentimiento de los fundadores a la voluntad divina:

Tomo mucha parte en su indisposición... Dios nos quiere a ambos sobre la cruz. Aceptemos la parte que nos da en ella con el mismo espíritu que su divino Hijo aceptó la suya. Mirémosla como el más hermoso regalo que podemos recibir.

Tres días más tarde, el 11 de abril de 1809, el P. de Clorivière recobraba por fin la libertad después de cinco años de cautiverio. En los recuerdos de la Sra. de Saisseval se encuentra el relato de esa liberación:

Nuestra madre fundadora habría querido ir ella misma a abrirle las puertas de la liberación, pero por estar personalmente bajo la vigilancia de la policía superior, tal vez su presencia habría despertado sospechas. La Srta. de Cicé me designó para esa misión con la Srta. d'Acosta.

Habiendo cumplido las formalidades administrativas con el director, fuimos conducidas cortésmente por él al cuarto del Padre, que acababa de salir de allí para ir a la capilla. Allí lo encontramos prosternado en los escalones del santuario, y allí recibió de manos del director, su amigo, el papel liberador. Levantándose de inmediato, subió los dos escalones y lo depositó sobre el altar, donde lo dejó por unos instantes, en silencio. Luego, descendiendo las gradas con tranquila dignidad, vino hacia nosotras y el director. Le tomó amistosamente las dos manos, y llevándolo fuera del lugar santo, no dejaba de darle los más afectuosos agradecimientos, a los que este excelente hombre sólo sabía responder enjugándose los ojos. Nosotras íbamos detrás de ellos, no menos emocionadas, alabando y bendiciendo a Dios. Pero cuando un poco más lejos vimos y escuchamos que le salían al paso los pobres alienados, cerrándole el camino y diciendo: "Buen Padre, ¿quién nos escuchará y nos consolará como usted, cuando usted ya no esté?", el Padre mismo no pudo contenerse más y lloró como todo el mundo.

Por fin nos encontramos fuera de la puerta. El Padre aspiró largamente. Volviéndose luego hacia esa puerta que se acababa de cerrar, mirándola hizo una gran señal de la

\_

<sup>&</sup>lt;sup>130</sup> De hecho ese silencio era accidental y el Sr. Vielle se mantuvo fiel.

cruz. El coche lo esperaba. Con un gesto nos ordenó subir las primeras y colocarnos al fondo. Y como el respeto nos hacía vacilar, a mi compañera y a mí, el gesto se volvió tan imperativo que comprendimos que era para nosotras un deber de obediencia: no podíamos rehusar.

El trayecto duró aproximadamente una hora, una hora silenciosa durante la cual nos pareció completamente sumergido en Dios. Sólo dos veces nos dirigió la palabra, y cada vez fue para hablarnos de la Srta. de Cicé. "¡Qué santa alma les dio el Cielo por fundadora y por madre! ¡Qué espíritu verdaderamente religioso! ¡Cuánta generosidad en su abnegación! Ustedes han ganado al vivir estos años bajo su dirección más bien que bajo la mía." Y añadió: "La mía, cuyo rigor ha soportado ella con una sumisión verdaderamente admirable. Muchas veces habrían podido sentirse desconcertadas."

Y volvió a sumergirse en el silencio. Sólo lo rompió al momento de nuestra llegada para pronunciar estas palabras, como si se las dirigiera a sí mismo: "¡Cuánta gratitud debo a su valerosa discreción, que salvó mi vida a riesgo de la suya!"

Salvar la vida del Padre de Clorivière era para M. de Cicé salvar también la vida de la Sociedad. Para el P. de Clorivière, haber consentido en ocultarse en esa ocasión dramática era también y únicamente preservar la existencia de la Sociedad.

Esas reflexiones del Padre en el día de su liberación nos ayudan a penetrar más profundamente en la vida de nuestros fundadores. Encargados de una misma misión por el Espíritu Santo, se dieron totalmente a ella sin que nada pudiera desviarlos jamás de un paso: a sus ojos, era "la obra a la que todas las demás debían estar subordinadas."

张米米

#### CAPITULO VI

### MADRE DE CICE A TRAVES DE SUS ESCRITOS Y SU CORRESPONDENCIA

Al momento de evocar los escasos documentos relativos a los últimos años de M. de Cicé, tal vez se podría tratar de completar el retrato ya trazado recurriendo a una fuente un poco descuidada, a saber, sus propios escritos: comentarios de los libros de Reglas, etc., destinados a la Sociedad, y su correspondencia con diversas hijas del Corazón de María.

Los escritos de nuestra primera Madre son relativamente poco conocidos, y es una pena. Sin duda reflejan tan fielmente el pensamiento del Padre de Clorivière que se considera tal vez menos útil recurrir a ellos. Pero las misma opciones hechas por M. de Cicé y su insistencia sobre ciertos puntos aportan una nueva luz al pensamiento del fundador, confirmando la importancia que él les daba en su enseñanza que así se encuentra detallada de manera más familiar y adaptada a las circunstancias.

Las dos cartas circulares son muy conocidas <sup>131</sup>, pero los autógrafos no llevan ninguna fecha. La primera parece situarse entre el fin de la Revolución y el viaje de los fundadores a Aix, único período en que el P. de Clorivière tenía el tiempo y la libertad para asistir a las asambleas de las Hijas del Corazón de María, "las preside él mismo". También se encuentra allí una mención a la instrucción del Padre sobre la cuenta de conciencia, instrucción que aún no había sido enviada a las Hijas del Corazón de María, lo que parece excluir una fecha más tardía.

La segunda carta circular ha sido considerada como un último testimonio de las intenciones de Madre de Cicé antes de su muerte; no es imposible, pero nada permite afirmarlo con total seguridad. Sólo se puede pensar que esa carta se sitúa después de 1810. 132

Encontraremos el texto de esas dos cartas en anexo. Recordemos solamente que la primera habla sobre todo de la primacía de la caridad y de las virtudes interiores, y contiene numerosos consejos sobre lo que debe ser la conducta de las hijas del Corazón de María. La segunda, más breve, habla de las "obras santas y conformes con nuestra santa vocación a las que varias están ya consagradas", "la instrucción de la juventud", la formación "de virtuosas maestras de escuela", el

<sup>&</sup>lt;sup>131</sup> La Sociedad conserva los textos autógrafos: el de la primera está en los AHCM, el de la segunda está en la casa

de Lyon.

132 Madre de Cicé hace alusión en ella a una larga separación de sus hijas, pero tal separación había tenido lugar ya entre 1801 y 1803. En cuanto a su "inutilidad", se sabe lo que hay que pensar de eso bajo su pluma. Por lo demás, el Padre de Clorivière le escribe el 1° de junio de 1806: "Le devuelvo sus cartas. La circular está muy edificante." ¿El Padre habla de una carta circular de M. de Cicé? En ese caso sólo podría ser de la segunda, u otra que no llegó hasta nosotras.

cuidado de los enfermos, y en general "la práctica de las obras de misericordia". "En cuanto a aquellas que la divina Providencia retiene aún en medio del mundo, es sin duda para edificarlo, para lograrlo y santificarnos". Siguen consejos para conducirse "en el mundo sin ser del mundo". Luego el recuerdo de la caridad fraterna, de las virtudes interiores y de la "confianza filial hacia la Santísima Virgen", carácter distintivo de la Sociedad.

Fuera de las dos cartas circulares, M. de Cicé nos ha dejado comentarios sobre el Plan de la Sociedad, las Reglas del Sumario <sup>133</sup>y la Regla de Conducta.

Sin duda no se encuentran huellas de un pensamiento "original" en el sentido que damos actualmente al término. No es ése el carisma de M. de Cicé. Pero ella nos repite pacientemente, en un lenguaje sencillo y fácil de leer, las grandes directivas del P. de Clorivière – que son las de toda vida que tiende seriamente a la santidad -. Así somos invitadas, y de una manera con frecuencia urgente, a impregnarnos profundamente de ellas, día a día, en todas las circunstancias de la vida.

Citamos algunas líneas escogidas entre muchas otras:

La Regla del Sumario que trata de la pureza de intención es, sin contradicción, muy queridas hijas, una de las más importantes, como nos lo hace notar nuestro Padre en la excelente explicación que nos da de ella, y en la que las invito a penetrar cada vez más... Sin esa pura y recta intención no podríamos agradar a Dios. Las mejores cosas manchadas con un principio vicioso, como el del amor propio o el respeto humano, pierden por eso el valor que tendrían a los ojos de Dios si fueran hechas puramente por él y sobre todo por el motivo de su amor... Eso pide, como lo dice nuestro Padre, tener continuamente una suave atención sobre nosotras mismas que nos mantenga en todo momento, sin tensión del espíritu, sino más bien por el motivo de su amor, atentas para evitar todo lo que puede desagradar a Dios y serle menos agradable, lo que su Divino Espíritu nos hará distinguir fácilmente si estamos siempre dispuestas a escuchar la ley que él dicta interiormente al corazón de las almas fieles.

Esa atención interior prestada a la voz del Espíritu Santo debe traducirse necesariamente al exterior un día u otro; es lo que recuerda M. de Cicé en este comentario de la Regla de Conducta:

Entremos bien en este pensamiento, muy queridas hijas, que una Hija de María debe ser por todas partes el buen olor de Jesucristo. Su sola vista debe recordar a Dios. Es lo que sucederá si es verdaderamente interior y está unida íntimamente a Nuestro Señor. Bastará verla para sentirse inclinado a la piedad. Su recogimiento, su manera humilde, caritativa para tratar con el prójimo inspirará respeto y amor por la virtud e inspirará el deseo de practicarla. Su fidelidad para no dejar pasar ninguna ocasión de hacer un servicio al prójimo predicará la caridad con más elocuencia que todos los discursos que podría hacer sobre el tema y que no siempre sería conveniente hacer. Hay circunstancias en las que hay que callarse y contentarse con dar al prójimo la ayuda del buen ejemplo, no para atraerse elogios sino con una gran pureza de intención que nos da una santa ambición, inspirada por la caridad, de hacer compartir al prójimo la felicidad que tenemos de pertenecer al Señor de una manera más o menos perfecta, cada una según el

El 24 de octubre de 1806, el P. de Clorivière escribe a M. de Cicé: "Querida hija, leí con satisfacción sus reflexiones sobre el Sumario; son buenas y útiles y estoy persuadido de que hacen bien y de que Dios las bendice."

estado en el que la divina Providencia la ha colocado y la medida de gracias que le ha dado.

No podemos detenernos más sobre estos diferentes comentarios. Señalemos sin embargo que para la reproducción los textos autógrafos han sido cortados y agrupados de manera que den un comentario seguido de cada uno de los tres libros de Regla. Los autógrafos se presentan de otra manera: sobre una hoja plegada, M. de Cicé escribe en general cuatro páginas de sus comentarios a los tres libros de Regla, relacionando en una misma exposición, visiblemente destinada a las asambleas, los puntos de esos libros que pueden ser considerados desde un ángulo común; la presentación se hace así más alerta y más viva.

Las reflexiones sobre las fiestas y diversos temas son la mayoría de las veces simples paráfrasis de los textos del P. de Clorivière, cuando no se trata simplemente de copias manuscritas hechas por M. de Cicé para el uso de sus hermanas: es el caso especialmente para la instrucción titulada "Ecce Mater tua".

La liberación del P. de Clorivière, al privarnos de sus cartas a M. de Cicé, secó una fuente preciosa de informaciones sobre nuestra primera Madre.

Pero los AHCM poseen un cierto número de cartas que ella dirigía a diversas hijas del Corazón de María, de 1809 a 1818, y nos referiremos a ellas en la medida que esta correspondencia puede ayudar a alcanzar a M. de Cicé en esa época.

En los capítulos precedentes no hemos citado las cartas de la fundadora a sus hijas, por temor a cortar el hilo conductor de este trabajo. Pero aprovecharemos la ocasión ofrecida aquí para volver un poco atrás y abarcar de una ojeada rápida lo que M. de Cicé decía de ella misma, de sus ocupaciones, de su salud, y qué consejos le gustaba dar.

Entre los principales destinatarios de sus cartas <sup>134</sup> hay que citar sobre todo a las dos hermanas Chenu, Teresa y Amable, a la Sra. Rosalía de Goësbriand, la Srta. d'Esternoz, la Srta. Gouyon, la Sra. de Clermont-Tonnerre, la Srta. Bourguignon, la Srta. Puesch.

Es interesante constatar con cuánta serenidad redactaba M. de Cicé su correspondencia a pesar de las penas interiores que la probaban con frecuencia sin descanso. De esas penas no dice palabra; y si habla con frecuencia de su salud, es en general únicamente para excusarse por los atrasos en su correspondencia. 135

Entre sus más antiguas corresponsales figura la señorita Teresa Chenu, nombrada muy joven superiora de la región de San Maló.

El 4 de agosto de 1796, M. de Cicé le da estos consejos:

Trabaje mucho para no seguir la actividad natural en las mejores cosas 136 sino actuar sólo por el movimiento de Dios; yo necesito mucho poner en práctica esta lección.

El 28 de diciembre de 1796:

Debe excitarse más fuertemente a la confianza y a la esperanza de la felicidad eterna que le está destinada cuando sienta más vivamente el temor de lo contrario. Tiene mucha

Aproximadamente 150 cartas, de las que se conservan 128 autógrafos en los AHCM.
 En los extractos que van a seguir no podremos observar estrictamente el orden cronológico, pues habría que pasar de una destinataria a otra, lo que perjudicaría la claridad del texto.

136 Se trataba de obras de caridad.

razón al no desanimarse por eso y mirar esa pena como una gracia que la mantiene en la humildad y la hace practicar actos de puro amor; es el correctivo a la disposición en la que teme estar a veces de sentir muy vivamente la felicidad de hacer algo por Dios, es decir, de no sentirlo de una manera bastante pura y desprendida del amor propio. Sin sutilizar, como lo dice muy bien, con frecuencia hay que purificar su intención, sin turbarse con retornos sobre sí misma que hay que rechazar cuando se da cuenta de ello, sin turbarse por haberlos sentido. Es un motivo de humillación continua muy útil para el alma, como lo es el estar colocada en el lugar que está, en el que se encuentra tan lejos en la práctica de las lecciones y de los consejos que da a las demás. Es también por gracia de Dios un aguijón para hacer avanzar. Pida para mí que me sea más útil de lo que me ha sido hasta ahora; yo haré lo mismo por usted.

## Y un poco más adelante:

Les pedimos (a nuestras hermanas) que se penetren bien de la Regla de Conducta y conformen a ella toda la vida; si son fieles, sin hacer cosas extraordinarias, llegarán a una gran perfección.

El 5 de marzo de 1797, esos consejos en los que se transparenta la experiencia personal de M. de Cicé:

Tomo mucha parte en las disposiciones que experimenta. Nos parecen pruebas de los designios misericordiosos que el Señor tiene sobre usted, tanto para el bien de su alma como para el de todas las que le son confiadas. ¿Qué sabe el que no ha sido tentado? Cuando vea a sus hermanas caídas en semejantes penas, estará en mejores condiciones para fortalecerlas, levantarles el ánimo abatido, animarlas a la virtud que se practica más pura y ventajosamente en los tiempos de prueba. Les enseñará a salir de sí mismas por la confianza en Dios, a esperarlo todo de su bondad a pesar del extremo en que se encuentren reducidas, a seguir con la fidelidad de que sean capaces sus ejercicios, a pesar del disgusto que sienten al hacerlos, a persuadirse... de que el sentimiento no depende de nosotros y el Señor nos tiene una cuenta particular de los actos hechos sin gusto y sin fervor sensible. El Señor... le dará la gracia que le pide, que es cumplir en todas las cosas su santa voluntad.

No ponga atención a la substancia de las cosas que hace, sino al motivo por el cual las hace, que debe ser el del amor... No se turbe, querida Teresa, si aún no ha adquirido esa igualdad de ánimo que desea y que es tan deseable; humíllese, la humildad lo repara todo, y pídala sin cesar por el Sagrado Corazón de María para usted y para mí. Cualquiera sea la causa de la tristeza que siente a veces, es preciso que el abandono a la voluntad del Señor se la haga soportar con dulzura y con paz. Pida también para mí esa gracia, como yo la pido para usted.

... Lo que le falta, dígaselo a usted y a sus hermanas, es el valor para vencerse en las ocasiones; yo experimento más que ninguna el peso de mi debilidad, y miro como la mayor gracia la fidelidad para seguir las inspiraciones del Señor elevándose por encima de sí misma sin consultar lo que nos agrada o lo que nos desagrada, sino únicamente lo que es agradable a Dios. Es la doctrina de mi padre, que desdichadamente estoy lejos de seguir. Sea más fiel a ella, querida Teresa, e inspírela a sus hermanas. La renuncia a sí misma es la práctica de la verdadera y sólida virtud.

### El 18 de octubre de 1797, M. de Cicé escribe a la Srta. d'Esternoz:

Usted describe muy bien la situación de su corazón, siento que no puede descansar en

ningún lado. La divina Providencia ha dispuesto de tal modo las cosas que sólo podemos encontrar nuestro reposo en la firme y constante resolución de hacer la voluntad divina a cada instante, sometiéndonos a lo que él permite que nos suceda, haciendo lo mejor que podemos todo lo que nos parece conforme a esa divina voluntad, pidiéndole luz y gracia para eso, tratando de pasar así el presente en el amor y el servicio de nuestro Divino Maestro, lo que se une perfectamente con el cumplimiento de nuestros deberes.

El 26 de julio de 1799, a la misma, algunas reflexiones sobre su mala salud habitual:

La llegada del buen tiempo me había devuelto un poco de salud, pero siempre me canso al levantarme y en este momento me encuentro mucho más incómoda pues tuve fiebre toda la noche. Creo que eso se debe a mi estado habitual de indisposición. Ese aumento de miserias no me deja la libertad para conversar con usted como lo desearía.

Por fin, siempre a la Srta. d'Esternoz, estas líneas tomadas de una carta sin fecha:

El Maestro que usted quiere servir y amar hasta su último suspiro no se dejará vencer en liberalidad por su creatura, de quien quiere ser él mismo la recompensa. A pesar de las tinieblas que nos rodean en esta miserable vida, tratemos de animarnos por esta magnífica promesa cuya amplitud no podemos concebir plenamente sobre la tierra. Confiémonos a la palabra del Todopoderoso, esforcémonos por amarlo con todo nuestro corazón y su amor nos enseñará más que todo el resto, sobre todo en este tiempo de prueba al que siempre se nos aconseja prepararnos en la vida espiritual. Tratemos de reconocer a la luz de la antorcha de la fe no solamente lo que veremos con claridad a la hora de la muerte, sino lo que experimentaremos cuando seamos despojados de todo honor, de todo placer, de toda riqueza, de todo talento, en una palabra, de todas las cosas. Ese pensamiento, reflexionado con frecuencia, nos convencerá de la nada de todas esas cosas que ocupan durante la vida, y a no apegarnos a nada pensando que todo eso no lo merece, y que debemos, nosotras más que nadie, en vista de la perfección a la que somos llamadas, usar de las cosas del mundo como si no las usáramos.

El 7 de enero de 1799, a la Sra. de Goësbriand, una alusión a su estado de dolencia casi crónica: Deseo que su salud se afirme si es para la mayor gloria de Dios. La mía es bien miserable desde hace mucho tiempo. Pida a Dios que yo haga un buen uso de esta situación casi continua de enferma, que es una gracia de Dios que no hay que despreciar y que por su bondad no nos excluye del bien de pertenecerle de más cerca en calidad de esposas de Jesucristo y de hijas de su Santa Madre.

El 3 de agosto de 1799, algunas líneas a la misma, a continuación de una carta del P. de Clorivière, nos muestran cuán familiar era a M. de Cicé la noción de "víctima":

Por una disposición muy particular de la divina Providencia, querida Amiga, pronunció usted en su juventud los compromisos que la consagraron al Señor. El había puesto la mano sobre usted como sobre una víctima que se reservaba enteramente.

Luego una nueva alusión a su salud:

Le deseo una mejor salud. No se inquiete por los cuidados que exige, actúe por el mérito de la obediencia. La mía es tan mala en este momento que no puedo conversar con usted como desearía.

Ocho años más tarde, el 16 de octubre de 1807, en una carta siempre a la Sra. de Goësbriand, se encuentran esos consejos, ecos de los del P. de Clorivière, pero igualmente fruto de su propia experiencia espiritual:

La invito, querida Amiga, a excitarse a una perfecta confianza; no se deje llevar por la inquietud; una vuelta hacia Dios con humildad, confianza y amor es lo que él pide de usted después de sus caídas. Después de ese humilde y amoroso reconocimiento de su nada y de su miseria, vuelva a la calma y la paz que el Señor quiere de usted, disminuyendo cada día con su gracia el número de sus faltas. Esas miserias que escapan a la fragilidad y en las que el corazón no tiene parte no deben turbarla aunque haya algo de voluntario en ellas. La turbación no es el remedio; una humilde confesión y una firme resolución de ser más fiel es lo que tiene que procurar.

Los AHCM poseen pocas cartas de M. de Cicé a la Sra. de Saisseval, solamente cuatro. Una de ellas, del 26 de diciembre de 1805, muestra a la vez la pena sentida por M. de Cicé ante el anuncio del doble fallecimiento de su hermano y de su hermana, muertos en exilio en Prusia, y la delicadeza con la que la fundadora hace alusión a los numerosos duelos de la Sra. de Saisseval:

Vuelvo a encontrar, querida amiga, la carta empezada para usted. La aflicción que Dios me ha enviado, querida y buena amiga, con la pérdida dolorosa que acabo de sufrir una sobre otra, me impidió continuarla. Experimento un dolor muy sensible al saber a la vez la muerte de mi hermano, el obispo de Auxerre, y la de mi hermana que sólo lo sobrevivió once días. El primero sucumbió muy pronto a un catarro, y mi hermana, que había pasado la mayor parte de su vida con él, estaba ya enferma, y por grande que fuera la resignación que haya mostrado, la débil naturaleza no pudo soportar esa pena: se le declaró una fiebre biliosa 137, sufrió dolores extremos con gran paciencia, buscó y encontró consuelo sólo en los auxilios de la religión. No le faltaron a ella ni a mi hermano, es lo que me consuela. Lo necesitaba al saber esta triste noticia. Los recomiendo a ambos a sus oraciones, y le ruego insistentemente, querida amiga, en nombre de la amistad que nos une, que se acuerde de ellos delante de Dios y le pida para mí la resignación y el espíritu de sacrificio que necesito. Nadie sabe mejor que usted, sensible como es, cómo afectan al alma esas penas del corazón. Mis nervios se resienten también, el rigor de la estación los ha irritado mucho y estos acontecimientos afectan mucho mi pobre salud. Nuestra digna amiga Adela 138 ha puesto todos sus cuidados para anunciarme mi desdicha con toda clase de precauciones.

Oué le diré por fin, querida amiga, sino que estamos en un valle de lágrimas en el que hay que vivir hasta que vayamos a reunirnos con los que nos han precedido a nuestra Patria celestial. Toda nuestra preocupación debe ser prepararnos a ello por la fidelidad a todos nuestros deberes y la unión con nuestro divino Salvador.

Dos años más tarde, en una carta dirigida a Victoria Puesch, el 4 de noviembre de 1807, se ve a M. de Cicé afligida de nuevo por un duelo familiar:

Mi salud no es buena en este momento, a consecuencia de la pérdida de un sobrino que cuidé día v noche.

líneas que muestran de paso que la caridad de M. de Cicé sigue ejerciéndose con todos, no exclusivamente a favor de las personas pobres.

<sup>&</sup>lt;sup>137</sup> La Sra. de Saisseval atribuirá también a una fiebre biliosa el fallecimiento de M. de Cicé. En la época, esa palabra debía encerrar afecciones muy diversas. <sup>138</sup> La Señora de Carcado.

Hacia esa época se establece una correspondencia bastante seguida, que se prolongará hasta 1816, con la Sra. de Clermont-Tonnerre.

El 26 de abril de 1806, una reflexión muy significativa sobre la conducta de una hija del Corazón de María que, pensando abandonar la Sociedad, había sido retenida gracias a la influencia de M. de Cicé:

Hágale sentir sobre todo, querida amiga, la importancia de nuestros santos compromisos, y todo lo que pide de ella la práctica de los votos. Temo mucho que en relación a la obediencia no se forme una justa idea y no considere bastante a Nuestro Señor en sus superiores, que tienen su lugar. Es el gran motivo de la obediencia al que hay que apegarse. Inspírele también un gran desprendimiento de todas las cosas de la tierra, pero que no se quede solamente en el sentimiento, que se desprende en efecto, como debemos hacerlo todas, de todo lo que es superfluo. Entiendo por eso todas las cosas que no necesita. Para eso como para todo lo demás debe entenderse usted con la Sra. de Rumigny <sup>139</sup> para reglamentar la conducta que ella debe tener.

### El 21 de diciembre de 1808, esos deseos para el año nuevo:

Reciba, querida amiga, todos los votos de mi corazón para que este año que pronto vamos a comenzar sea para usted un año de bendiciones durante el cual pueda dar muchos frutos, apegándose, como se le recomienda hacerlo, con mayor fervor que nunca a la práctica de las virtudes sólidas de paciencia, mansedumbre, humildad y caridad con Dios y el prójimo. Es lo que le deseo, querida amiga. Soy toda suya en unión de los divinos Corazones de Jesús y de su Santa Madre.

### El 28 de julio de 1809, escribiendo para la Asunción que se aproxima:

Deseo que la proximidad de nuestra gran fiesta sea para usted como para nosotras la época de una verdadera renovación en espíritu; que estemos más que en cualquier tiempo interiormente unidas al Señor, que nos esforcemos por agradarle en todos nuestros actos, que los hagamos con gran pureza de intención, que toda nuestra estima sea por las cosas que se relacionan con la salvación de nuestras almas, ocupándonos de las cosas temporales sólo porque la voluntad de Dios nos obliga a hacerlo, con gran desprendimiento de espíritu y de corazón, en el que debemos perfeccionarnos cada día para poder cumplir nuestros santos compromisos, pues debemos avanzar cada día para no retroceder. Pida esas gracias para todas nosotras, querida amiga, al pedirlas para usted misma; le ruego insistentemente que las pida en particular por mí, que las necesito con más urgencia que ninguna otra.

La carta del 18 de septiembre de 1810, siempre a la Sra. de Clermont-Tonnerre, nos informa del fallecimiento del arzobispo de Aix, Mons. Jerónimo de Cicé, el 22 de agosto precedente <sup>140</sup>

Soy muy sensible... a la parte que ha tomado usted en la enfermedad de mi hermano... Dios dispuso de él el 22 del mes pasado. Por preparada que estuviera para esa pérdida por el estado de debilidad al que mi hermano estaba reducido desde mucho tiempo, no he sido menos sensible a ese doloroso acontecimiento que ha resentido mi frágil salud.

<sup>&</sup>lt;sup>139</sup> Superiora de esa hija del Corazón de María.

<sup>&</sup>lt;sup>140</sup> Cf. también una carta a la Sra. de Goësbriand del 26 de septiembre de 1810, sobre el mismo tema.

Tengo, como se lo había señalado en la enfermedad, todos los consuelos que pueden suavizar semejantes pérdidas; es la resignación perfecta y la paciencia que mostró este querido hermano, que han ocasionado la admiración de todas las personas que han sido testigos.

Espiguemos en esta misma época algunas reflexiones en las cartas enviadas a la Srta. Bourguignon, que vivía en las Damas carmelitas de Tours.

### El 30 de septiembre (sin milésima):

Le ruego, querida amiga, que sea junto a nuestras hermanas, tanto las que están con usted, como otras que no viven en su bienaventurada soledad, la intérprete de mis sentimientos hacia ellas.

"Su bienaventurada soledad..." Se adivina sin dificultad el atractivo profundo de M. de Cicé por una vida más contemplativa que sin embargo no entraba en los "planes de Dios" sobre ella.

"Este 27 de agosto", un detalle que recuerda de paso que M. de Cicé no descuidaba ninguna ocasión, por modesta que fuera, para hacer un servicio trabajando por la gloria del Señor:

"Al presentar mis respetuosos homenajes a la Reverenda Madre Priora de las carmelitas y a la Señora María Teresa, le ruego que diga a esta última que espero haya recibido el galón que me había pedido para ornamento, y el dinero que me quedaba de ella. Le envié todo por el medio que ella me había indicado, y eso tiene que haberle llegado sin costo.

En una carta sin fecha, una alusión a ese "excelente atractivo por la instrucción de la juventud".

### El 23 de enero de 1816, un urgente recuerdo de:

Las virtudes que son más necesarias. Primero la humildad, que es el fundamento de todo el edificio, la obediencia, la mansedumbre, la caridad, soportar los defectos del prójimo. En una palabra, todas esas virtudes que son necesarias para conservar esa preciosa unión que debe hacer un solo corazón y una sola alma de las personas que se han consagrado a Dios, y viven juntas para procurar su mayor gloria y la salvación del prójimo, en la medida que la divina Bondad quiera hacerlas capaces de ello. Un gran medio para lograrlo es esa caridad mutua que por gracia de Dios reina entre ustedes y que debe reinar de una manera especial entre personas que viven en una misma casa. Es preciso que sea así para que se cumpla en ellas la promesa de Nuestro Señor: Cuando dos o tres personas (dijo el Salvador) se reúnan en mi nombre, yo estaré en medio de ellas. Es lo que da fuerza y eficacia a las oraciones que se hacen, a las obras que se emprenden. Esto es de tanto mérito y tan agradable a Dios, que no hay que extrañarse de que el demonio haga todo lo que puede para turbar esa feliz unión.

Un 23 de agosto (sin milésima), esta invitación a llevar las cruces con alegría, seguida de una humilde confesión de su propia debilidad:

Por amor a Nuestro Señor Jesucristo, esforcémonos en llevar nuestras cruces, que son fragmentos de la suya, no sólo con paciencia y paz, sino pidamos algo más por los divinos Corazones de Jesús y de María, que es llevar todo lo que nos da pena con una santa alegría. Es así como sometemos la naturaleza y haremos triunfar en nosotras la gracia de Jesucristo. Es lo que yo necesito tanto para mí misma, se lo confieso, querida

amiga, pues con frecuencia me dejo agobiar bajo el peso de cruces muy ligeras, tan grande es mi debilidad. Gimo al sentir lo poco conforme que es esto con el compromiso que tomé de seguir a Nuestro Señor y a su Santa Madre por los caminos que ellos nos trazaron, que son los únicos que llevan a la vida.

En una carta a la Srta. Aurelle, del 7 de octubre (sin milésima), una firme invitación a someterse a la voluntad de Dios:

Hay que pensar sólo en el momento presente, emplearlo en amar a Dios por encima de todas las cosas. En cuanto al porvenir, que no depende de nosotras, hay que abandonarlo enteramente a la divina Providencia. En lo que se refiere a sus disposiciones durante esta prueba, esté llena de respeto por la mano que golpea, sométase de espíritu y de corazón a la que permite e implore sólo la que sostiene; eso pide que se prohiba todas las palabras de queja, e incluso toda reflexión sobre lo que pasa. Los intereses como los corazones que están más abandonados a Dios son los mejor conservados, los mejor guardados.

La mitad de la correspondencia de M. de Cicé que nos ha llegado está dirigida a Amable Chenu – 44 cartas – y la Sra. de Clermont-Tonnerre – 40 cartas.

Las primeras cartas de M. de Cicé a Amable Chenu, por lo menos las primeras que poseemos pues ciertamente hubo muchas otras antes, son de 1802.

### El 27 de junio de 1802:

La invito a confiar cada vez más en la bondad de nuestro divino Maestro, sin detenerse a la vista de su incapacidad y sin ocuparse del pensamiento de dehsacerse de la carga que él le ha impuesto. El mismo la llevará con usted.

consejo dado con conocimiento de causa.

### Y un poco más adelante:

Se precisa una gran paciencia para consolar a los afligidos. Creo que sobre todo debemos sobresalir en soportar al prójimo... Todo lo que sirve para dar a la juventud una educación muy santa es extremadamente importante y merece muchos sacrificios. Estoy encantada con la buena obra que hacen al hacer trabajar a los niños instruyéndolos, y admiro lo que la divina Providencia le permite hacer por ellos, a pesar de sus escasos medios.

### El 10 de julio de 1805, un consejo vivido profundamente por la fundadora:

A menudo, como lo experimentamos todos los días, los que son tentados con más frecuencia y con más fuerza son los que luego hacen más progresos si no les falta valor, fidelidad y sobre todo confianza en Dios en esas pruebas.

El 24 de febrero de 1807, una alusión al orden que se ha de observar en el apoyo a las buenas obras:

Le recomiendo sin embargo la prudencia y la discreción para no agotar completamente la bolsa de la Sociedad y dejarla imposibilitada de proveer a sus propias necesidades y acudir en ayuda de aquellos de sus miembros que se encuentren en la necesidad.

El 28 de mayo de 1810, esa evocación de un estado de salud siempre precario y agravado cada invierno:

Desde la época en que le escribí he estado casi siempre enferma. El invierno solo es ya una enfermedad para mí, tanto debido al tiempo húmedo y frío como por la falta de ejercicio que no puedo hacer, tosiendo habitualmente. Hacia la mitad de la cuaresma tuve un aumento de miserias, una fiebre catarral y biliosa. No me he repuesto de las consecuencias de esa enfermedad, aunque estoy mejor desde que hace calor.

Luego, al final de la misma carta:

No me olvide junto a nuestras amigas que están cerca de usted, ni de las otras que están lejos, cuando tenga la ocasión. Le agradeceré mucho, querida amiga, que dé mis recuerdos a mis dos buenas amigas Angélica de Gouyon y su hermana la Sra. de Coüessin. Le estaré muy agradecida si les dice o les manda decir que no les he escrito porque estoy muy enferma desde hace tiempo; aunque un poco mejor en este momento, no puedo hacer lo que querría y estoy muy atrasada en todo.

El 11 de julio de 1810, una indicación sobre la actividad del P. de Clorivière:

Adoro los designios de Dios y me someto a los obstáculos que él permite para nuestra correspondencia, por penosos que sean. Nuestro respetable Padre también lo siente mucho. El está bien, gracias a Dios, y acaba de hacer un pequeño viaje de diez días a una parte de nuestra familia, a la que ha llevado alegría y consuelo.

El 10 de diciembre de 1812, algunas reflexiones impregnadas de humildad sobre las consecuencias de sus achaques:

Tiene usted mucha razón... al actuar por inspiración del Espíritu Santo. Le ruego que pida para nosotras, querida amiga, esa fidelidad a sus inspiraciones y esa unión con nuestro divino Salvador que no falla y que me sería muy necesaria para seguir el movimiento de la gracia. Para seguirla con docilidad sería preciso que renunciara a esta vida natural, mis achaques naturales y sobre todo los de mi alma me tienen como sumergida en esta vida totalmente natural. Le ruego que pida por el Corazón tan tierno y tan misericordioso de nuestra buena Madre que me obtenga la gracia de elevarme por encima de mí misma para la gloria de Dios, el bien de mi alma y el de las que me son confiadas. En cuanto a usted, continúe, querida amiga, ocupándose del prójimo como lo hace por gracia de Dios; que su atractivo por la soledad no la haga omitir en este punto nada de lo que sus fuerzas le permitan.

Y parece que por su parte M. de Cicé no permanece inactiva, cualquiera sea su estado de salud, según estas líneas escritas el 14 de enero de 1814:

No puedo decirle suficientemente, querida amiga, cuánto lamento comunicarme tan rara vez con usted. Mi corazón no está por ello menos cerca del suyo, esté segura de ello. Encontrémonos con frecuencia la una y la otra en los Corazones Sagrados de Jesús y de María. Mi salud por una parte, y múltiples ocupaciones por la otra, me impiden escribirle, pero no unirme a usted de espíritu y de corazón.

En otra carta sin fecha, esta advertencia encontrada en varias ocasiones bajo la pluma de M. de Cicé:

Mi salud ha estado mala desde hace tiempo, el invierno es una verdadera enfermedad para mí.

Un 31 de julio, sin milésima, pero sin duda de 1815, algunas líneas evocan como al pasar el tipo de intervenciones en las que debía sobresalir M. de Cicé:

La he recomendado, a usted y todas nuestras amigas, muy especialmente al Sr. Cura de San Maló que me parece muy excelente, y lo haré aún, pues lo veo con frecuencia. El se hospeda en las Misiones; vio a nuestro Padre, pero no estaban solos y no pudieron hablar de la Sociedad. Trataré de reanudar esto.

Y al fin de la carta, una alusión rápida a los trabajos incesantes y la nota habitual de humildad:

Adiós, querida amiga. Una multitud de dificultades y de cartas por responder me priva de decirle más.

Pida para mí el espíritu interior que no tengo, que recomiendo sin cesar a las otras y que me sería tan necesario.

El 23 de marzo de 1812, una carta del P. de Clorivière a la Sra. de Clermont-Tonnerre confirma el estado de enfermedad casi crónica de M. de Cicé, estado que se agrava con los años:

Recibí ayer por la tarde su carta del 15 del presente. La Señorita Adelaida me la entregó cuando fui a verla para tener noticias suyas. Ella ha estado enferma y aún guarda cama; no ha podido asistir a la misa el domingo pasado; dudamos que pueda hacerlo el santo día de Pascua. La debilidad es extrema; sin embargo con grandes cuidados no hay nada que temer.

## LOS ULTIMOS AÑOS

La Audiencia de Fontainebleau – 1813 El restablecimiento de la Compañía de Jesús en Francia Nuevas gestiones ante el Santo Padre en Roma Las dos Sociedades en esta época.

En julio de 1809, Pio VII, que se había negado a ratificar la ocupación de los Estados Pontificios por Napoleón, es sacado del Quirinal por orden de Napoleón y conducido a Savona, no lejos de Génova. Se quedará allí hasta junio de 1812, fecha en la que será trasladado a Fontainebleau, donde Napoleón esperaba poder influenciarlo a su voluntad, alejándolo de sus consejeros habituales. Trabajo perdido, pues Pio VII rechazará o retractará las concesiones que querían arrancarle sucesivamente por la fuerza o la persuasión.

Durante ese período especialmente movido el P. de Clorivière podrá acercarse a Pio VII el 17 de marzo de 1813, en el curso de una audiencia particular que le había obtenido el cardenal di Pietro, "Delegado apostólico" desde la reclusión del Santo Padre.

El P. de Clorivière había tenido ya varias veces la ocasión de encontrar al cardenal di Pietro, especialmente en 1809-1810, cuando compartía con él la hospitalidad de la Sra. de Soyecourt, en la casa de las carmelitas.

Al pedir esa audiencia, el fundador, que nunca había encontrado a Pio VII, esperaba recibir una nueva confirmación de la aprobación dada a las Sociedades y su esperanza no fue frustrada.

Existen varios relatos de esa jornada pasada en Fontainebleau.

El 22 de marzo, algunos días después, el Padre escribe una larga carta al Sr. d'Aubonne <sup>141</sup>; le dice especialmente que recordó a

Su Santidad... la aprobación que había dado en Roma el primer año de su pontificado, a nuestra forma de vida, como "piadosa y útil a la Iglesia".

...Me pareció que su rostro se iluminaba cuando me escuchó hablar de esa aprobación, y decirle que yo creía era a ella que debíamos atribuir la gracia que nos había hecho el Señor de salir sanos y salvos del torbellino de la Revolución en la que habíamos nacido.

En la entrevista que el P. de Clorivière tuvo en la tarde con el cardenal di Pietro, éste le confirmó sin equívoco la actitud más que benevolente de Pio VII por las Sociedades.

Cinco meses más tarde, el 27 de agosto de 1813, evocando esa audiencia, una carta del P. de Clorivière al Sr. Pochard <sup>142</sup> da testimonio una vez más de la importancia que el fundador daba a la aprobación del Santo Padre:

Le recordé la aprobación que nos había dado... el 19 de enero de 1801, y le supliqué que nos concediera, a mí y a nuestras dos Sociedades, su bendición apostólica en confirmación de la aprobación que nos había dado. Lo hizo con efusión del corazón.

M. de Cicé a su vez deja un relato de esa audiencia en una carta a la Sra. de Goësbriand, fechada el 25 de marzo de 1813:

Voy a participarle una cosa que le dará placer, pero que comprenderá que no debe ser dada a conocer en nuestra familia sino con mucha discreción; se dará cuenta de las consecuencias. Nuestro Padre pide en esta ocasión a cada miembro de la Sociedad una comunión y un rosario, le ruego que se lo señale a la Sra. de Chifflet al enviarle la carta que le está dirigida. Le ruego que todo lo haga llegar por mano.

Le diré querida amiga, que nuestro buen Padre tuvo hace algunos días el precioso consuelo de hacer el viaje a Fontainebleau y ver allí al Santo Padre, recibir su bendición no solamente para sí mismo sino para todos sus hijos. Se la dio con todas las manifestaciones de afecto y escuchó con mucha bondad la cuenta que le dio de todo lo que concierne a la familia, lo que pareció sacarlo por un momento del estado de tristeza y de abatimiento en que está. Aún no lo conocía, pero fue presentado por un cardenal que tiene toda la confianza del Santo Padre y que conoce desde hace tiempo a nuestro Padre, lo quiere y lo estima mucho.

Nos recomienda mucho a todas que oremos por Su Santidad a quien recordó las bondades que tuvo en Roma con ocasión de la delegación que nos interesaba. Nuestro Padre tuvo el dulce consuelo de asegurarse por sí mismo de todo lo que le habían contado de consolador en esa ocasión, así como de la benevolencia de nuestro Santo Padre que Dios quiera conservar y mantener en medio de todas sus pruebas.

Menos de un año después, el 21 de enero de 1814, Napoleón al borde de la derrota militar hacía acompañar a Pio VII hasta Savona. El 24 de mayo de 1814, después de la caída de Napoleón, el Santo Padre por fin liberado podía hacer su entrada en Roma.

<sup>142</sup> Cf. Lettres, p.892.

<sup>&</sup>lt;sup>141</sup> Cf. Lettres, p.939-940.

El 7 de agosto de 1814, la bula pontificia "Sollicitudo omnium Ecclesiarum" restablecía solemnemente la Compañía de Jesús en toda la Iglesia.

Desde la restauración de la monarquía en Francia, el P. de Clorivière había escrito al Padre Brzozowski, general de la Compañía, para ponerse a su entera disposición. La respuesta no tardó. En junio de 1814, el P. de Clorivière fue encargado de preparar el restablecimiento de la Compañía de Jesús en Francia. Desde el mes siguiente recibía a los primeros novicios.

Se encuentra un eco de esos acontecimientos en la correspondencia de M. de Cicé. El 23 de octubre de 1814 escribe a Amable Chenu:

Nuestro buen Padre, del que no le digo nada, está ausente dando un retiro a los antiguos Padres de la Fe que se han vuelto jesuitas. Quiera Dios que sean restablecidos plenamente en Francia; en la espera, se forman cada vez más en el régimen de la Compañía de Jesús. La Sra. de Couëssin le dirá todo esto en detalle. En cuanto a nosotras, oremos mucho por el éxito de todo lo que nuestro buen Padre emprende para la mayor gloria de Dios. El no nos pierde de vista y no piensa entregar su superioridad a otro hasta que logre dar a las pequeñas Sociedades una consistencia y una aprobación total del Santo Padre.

Tres cartas de M. de Cicé, fechadas en 1816, dan testimonio de las gestiones emprendidas por el P. de Clorivière para obtener esa "total aprobación" con ocasión de un viaje a Roma de un sacerdote del Corazón de Jesús.

### El 22 de abril escribe a Amable Chenu:

He aquí, querida Amable, una carta que el Sr. Bourgeois escribe al Sr. Gilbert de parte de nuestro Padre para indicarle su deseo y encargarle el cuidado de las dos Sociedades en la diócesis de San Maló. Espero que pronto tendrá, como también nosotras, la satisfacción de saber el éxito de la solicitud al Soberano Pontífice. En la espera, trabajemos para hacernos dignas de esa gracia por nuestra fidelidad a nuestros santos compromisos y a los deberes que de ellos resultan.

### El 10 de agosto siguiente, un nuevo eco en una carta a la Sra. de Goësbriand:

Nuestro buen Padre está bien, gracias a Dios, pero su vista disminuye siempre. Lo vemos poco, tanto porque estamos lejos como porque está siempre muy ocupado de la obra de Dios que le han confiado. El Sr. Desmares, el misionero del divino Corazón de Jesús, a quien había encargado una súplica para el Papa, ha regresado felizmente de su viaje a Roma, del que está muy satisfecho, y también nosotras. El Papa lo acogió muy bien, mostró mucho interés por las dos familias, e incluso desea que haya en Roma alguien encargado de recordarle nuestros intereses cuando se presente la ocasión. El Sr. Desmares ha encargado de eso a uno de sus amigos antes de su partida.

La aprobación solemne depende, según parece, de la conclusión de los asuntos de la Iglesia que se esperan, y él piensa que pronto estarán terminados.

### Por fin, el 23 de agosto escribe a Victoria Puesch:

Nuestro buen Padre agradece mucho su recuerdo y toma gran parte en todo lo que le interesa Bendecimos a Dios por todas las gracias que le concede. El Sr. Bourgeois, de quien no le he dicho nada, debe haber escrito al Sr. Guépin dándole noticias del Sr. Desmares que está de regreso de Roma, muy satisfecho por la acogida que le hizo el

Sumo Pontífice, quien ha deseado incluso que haya en Roma alguien encargado de los intereses de las dos Sociedades para recordárselas oportunamente. El Sr. Desmares encargó a un amigo. Por las disposiciones que ha mostrado el Santo Padre, parece que la tan deseada aprobación más solemne no tardará luego de la conclusión de los asuntos de la Iglesia que esperamos deben terminar por fin.

El 16 de enero de 1817, en una carta a Amable Chenu, nueva referencia a:

El Sr. Desmares, misionero sacerdote de la Sociedad del divino Corazón, al que el Padre dio todos sus poderes y que ya ha hecho toda clase de cosas buenas por las dos Sociedades. Desde su regreso de Roma, donde nos hizo tan importantes servicios, ha visitado muchos lugares en los que están establecidas las Sociedades, y su presencia y sus exhortaciones han producido los mejores efectos.

En el curso de esos años 1814-1817, la correspondencia de M. de Cicé está sembrada de alusiones relativas a la actividad desplegada por el P. de Clorivière, y esto a pesar de su avanzada edad y de una ceguera progresiva. Al mismo tiempo que dedica la mayor parte de su tiempo a la restauración de la Compañía de Jesús en Francia, no deja de interesarse por el crecimiento de las dos Sociedades, que parecen continuar regularmente.

El 12 de junio de 1815, M. de Cicé escribe a la Sra. de Clermont-Tonnerre y hace alusión a los peligros que amenazan a Francia después de la caída de Napoleón:

No ha sido posible para Josefina <sup>143</sup> y para mí ir al campo, aunque nos han invitado mucho en varios lugares Por mi parte, mi salud no lo habría permitido. Mis parientes y amigos alejados de París nos creen en el mayor peligro, debido a la guerra que nos amenaza. Han fortificado París contra toda invasión extranjera.

A pesar de ese clima de inseguridad, la obra de Dios continúa.

En una carta del 15 de enero de 1816, siempre a la Sra. de Clermont-Tonnerre, se encuentran primero estas líneas relativas a la misión confiada al P. de Clorivière:

Sus hijos (la Compañía de Jesús) van bien y aumentan,

Y luego las dos Sociedades:

No sé si sabe una noticia que nos interesa aún de más cerca, y es que cinco sacerdotes, excelentes personas, han hecho entre sus manos su consagración al D. Corazón de Jesús el día de Todos los Santos; uno de ellos es el Sr. Desmares <sup>144</sup>, misionero de la Misión de Francia; un director del seminario de Versailles, tres señores de la casa del Sr. Liautard <sup>145</sup>, los respetables señores Augé y Froment y otro que usted no conoce <sup>146</sup>... La Sociedad del Corazón de Jesús acaba de establecerse también en Coutances, como también la de María. Tenemos excelentes noticias de Tours, las cosas van muy bien allá. Se ha establecido, bajo la dirección del Sr. Guépin y a sus expensas, una casa común de hijas de María, que tiene algunas pensionistas y muchas externas.. <sup>147</sup>.

Al final de esa carta, ese pasaje que da una nueva prueba de la incansable caridad de M. de Cicé:

<sup>&</sup>lt;sup>143</sup> El P. de Clorivière había sido operado de la catarata ocho días antes, sin éxito.

<sup>144</sup> El que iba a hacer "tan importantes servicios" a las Sociedades con ocasión de sus viajes a Roma.

El Que los a fraces dan importantes servicios da las Sociedades son Saladas el Indiana.

El Que los a fraces dan importantes servicios da las Sociedades son Saladas el Indiana.

El Que los a fraces dan importantes servicios da las Sociedades son Saladas.

Los mismos detalles en una carta del 16 de enero a la Srta. A. Chenu.

<sup>&</sup>lt;sup>147</sup> Se ha reconocido la escuela que tienen las hijas de María para poner a las carmelitas en regla con la ley.

El pequeño establecimiento de la Sra. de Gerville va bien... Están tres de nuestras amigas, Honorina, que había sido maestra de escuela... yo la recogí con sus niñitos por un buen tiempo mientras estuvieron los aliados, luego los envié a todos donde la Sra. de Gerville, adonde las habían precedido Angélica Dedain y su hermana. Todo eso me costó bastante. Tenemos algunas amigas con problemas, nuestra buena Srta. Legros tiene un cáncer y no podemos colocarla en ninguna parte. Sé que por su parte usted no está en la abundancia, pero le digo esto para que piense en nosotras cuando pueda.

Llamado discreto a la caridad de una hermana relativamente favorecida por la fortuna. En una carta del 16 de diciembre de 1814, M. de Cicé ya había invitado a la Sra. de Clermont-Tonnerre a ese espíritu de renunciamiento – en todos los dominios – que debe caracterizar a un alma enteramente dada a Dios.

A pesar de su extensión, hay que citar ese párrafo impregnado de finura psicológica y sobrenatural:

Agradezco con usted al Señor de todo corazón por las gracias que le ha hecho y por el deseo de avanzar cada vez más en su servicio por el camino del renunciamiento a usted misma y por la excelente disposición en que la ha puesto de contentarse con los auxilios que Dios le da. Tiene usted razón al pensar que él suple por sí mismo todo lo que le falta de ese lado y mirar como favores de su mano las pruebas sensibles que le envía de parte de las personas que le son queridas. Dios quiere que las personas que le están consagradas sean suyas de tal manera que sus aspiraciones más legítimas y más naturales sean sobrenaturalizadas, y que amemos en él y por él a las personas que amamos y que debemos amar. Si él no viniera en nuestra ayuda encontraríamos mucha dificultad para adquirir alguna perfección, y él lo hace al permitir decepciones en las amistades y una conducta del prójimo que nos hace sentir lo poco que debemos apoyarnos en las amistades humanas y en todos los lazos que nos unen a las criaturas, para penetrarnos más de la necesidad y de la felicidad de unirnos más al verdadero Amigo que no cambia y que encontramos siempre igual, lleno de amor por nosotros.

En enero de 1817, una larga carta a la Srta. Amable Chenu da noticias del P. de Clorivière, cuya actividad es asombrosa a pesar de su ceguera y su avanzada edad; contiene también noticias de las dos Sociedades, que completan otras cartas ya citadas:

Es preciso, querida amiga, que le diga por lo menos noticias de nuestro buen Padre. El salió el 18 de octubre de París, hizo un viaje de 460 leguas y regresó aquí para la fiesta de Navidad. Confieso que yo temblaba al verlo partir a su edad, en esta estación y casi ciego; la obediencia a su G(eneral) lo ha sostenido, ha hecho como de costumbre milagros. Al llegar, todo le mundo estaba sorprendido por su empresa, que consideraban imprudente, y lo estaban mucho más al escucharlo predicar desde su llegada varios días seguidos y dar pequeños retiros. Por fin, gracias a Dios, regresó bien de salud; después ha estado indispuesto algunos días; está mejor; me encarga saludarla, le da su bendición como a toda sus hijas. Ruegue a Dios que nos lo conserve para su gloria y el bien de sus hijos. Recuérdelo al Sr. Gilbert como también a su digno representante aquí, el Sr. Bourgeois. Espero también que el Sr. Gilbert conocerá al Sr. Desmares, misionero, sacerdote de la Soc. del divino Corazón... El estableció una nueva colonia de quince a dieciséis hijas de María en Boulogne; en Nogent recibió a varios excelentes sacerdotes de la Soc. del divino Corazón; ahora da en Rennes, de acuerdo con el Sr. Rollan, superior de la Compañía de los Misioneros franceses de la que forma parte el Sr. Desmares, una

misión que ha tenido el mayor éxito. Pidan todas a Dios, querida amiga, que eso sea duradero; me intereso tanto más en eso cuanto Rennes es mi patria. Esos señores acababan de dar una misión en Caen, de la que seguramente ha oído usted hablar favorablemente. No necesito pedirle que muestre mi carta al Sr. Gilbert; le dirá también que acabamos de tener noticias de un joven sacerdote de la Soc. del divino Corazón, fechadas el 18 de octubre en la Martinica adonde fue felizmente desde el Havre en 44 días. La fiebre amarilla que ahora, según dice, se lleva a muchos europeos, no llega nunca a los campos más sanos de toda la isla. Es cura de la Gran Anse; su parroquia está compuesta por 5 a 6 mil almas, y es también una de las más piadosas, y Dios sea bendito por ello, apenas tiene tiempo para respirar. Por la mañana en la iglesia, y por la tarde a caballo para cumplir su ministerio. Pienso que eso interesará al Sr. Gilbert. Recomendamos a este buen señor Apert y su nueva misión a sus oraciones.

### MUERTE DE MADRE DE CICE

El 15 de enero de 1816, una carta de M. de Cicé a la Sra. de Clermont-Tonnerre revela a qué estado de debilidad se encontraba reducida.

Mi salud, que es siempre muy miserable, lo ha sido mucho más desde la mala estación; he tenido esputos de sangre durante bastante tiempo, como aún no los había tenido, imposibilitada de bajar a la iglesia de las Misiones <sup>148</sup>, a cuya puerta estoy. Felizmente para mí, tengo una tribuna sobre la iglesia que constituye mi consuelo. No la he visto aún en mi pequeña habitación; será un gran placer para mí cuando su posición le permita venir a París.

Retenida habitualmente por la enfermedad en esa "pequeña morada", M. de Cicé seguirá aún por dos años escribiendo a sus hijas, dándoles sus últimos consejos. Como lo dice tan bien a la Srta. de Gouyon el 19 de enero de 1817, para animarla en su tarea:

Dios se complace en apoyar a los instrumentos que emplea, cuando ellos reconocen toda su debilidad. <sup>149</sup>

Cinco meses más tarde, el 4 de junio de 1817, M. de Cicé escribe largamente aún a la Srta. de Gouyon, no omitiendo nada de lo que puede serle útil o interesarla:

Ocupémonos ahora, querida amiga, en copiar en nosotras las virtudes que no solamente deben ser objeto de nuestra admiración, sino se nos proponen para la imitación. Al mismo tiempo que reanima su fervor, añada una gran confianza en N.S. y en la protección de su Santa Madre, con una profunda humildad que es el sólido fundamento de todas las virtudes, pero que sea inseparable de una dulce confianza que debe reinar en el corazón de una esposa de Jesucristo y de una hija de su Santa Madre, que no espera nada de sí misma sino todo lo espera del Señor...

Nuestro buen Padre vino a verme, él está muy bien, las bendice a todas a pedido mío y me asegura (lo que no me cuesta creer) que piensa continuamente en nosotras delante de Dios. Se establece una nueva casa en Q..., por los cuidados de nuestro querido Sr. Gilbert, y se establece otra en A... Hace poco que tenemos también otra en B...

<sup>148</sup> La de las Misiones Extranjeras, calle du Bac. M. de Cicé se hospedaba en un edificio contiguo a la iglesia, que entonces era una iglesia parroquial.

<sup>&</sup>lt;sup>149</sup> Encontramos aquí el eco de un pensamiento querido al P. de Clorivière. El 22 de enero de 1805, él escribía a M. de Cicé: "Seamos muy humildes; Dios escoge lo que no es nada para hacerlo instrumento de su gloria". Es un ejemplo entre muchos otros.

Acabamos de enviar libros y las instrucciones necesarias por la Srta. de C., que conoce perfectamente lo nuestro.

Mi salud está siempre en pobre estado. Le doy una idea diciéndole que, aunque la pequeña casa que habito está contigua a la iglesia y que en verdad sólo tendría que dar un paso (felizmente para mí tengo una tribuna sobre la iglesia), no he podido ir a misa desde el miércoles de cenizas. Yo estaba ya bien enferma desde hace tiempo, hace más de cinco meses, pero desde esa época me ha sido completamente imposible ir. He escrito la mayor parte de esta carta en mi cama. Me recomiendo mucho a las oraciones de todas, especialmente a las de mi buena A..., pues se hace muy tarde para mí y tengo mucha necesidad de prepararme cuidadosamente para mi último paso. Cuento mucho, para hacerlo felizmente, con la ayuda de las oraciones y de las buenas obras de mis hermanas. Sea junto a ellas, tanto de la ciudad como de otras partes, la intérprete de mis sentimientos.

El 16 de enero de 1816, una carta dirigida a Amable Chenu mostraba ya a M. de Cicé perfectamente consciente de la gravedad de su estado:

No puedo decirle cuánto lamento, querida y respetable amiga, no haberle dado señales de vida desde tanto tiempo. Espero que me lo perdonará debido a mi mala salud que me tiene siempre por debajo de lo que tengo que hacer, pues tengo que responder una multitud de cartas desde hace tiempo, pero la respuesta que le debo no es seguramente la que me ha costado menos diferir tanto como lo he hecho. Esputos considerables, como no los había tenido nunca semejantes, que han durado mucho tiempo, me han dejado una tos muy fuerte acompañada por varios otros pequeños sufrimientos que no me dejan libertad para escribir y cumplir mis otros deberes. Pida a Dios que aproveche todo esto según sus designios y que no esté tan ocupada de este miserable cuerpo que pronto debe ser reducido a polvo, y que no descuide el cuidado de esta alma inmortal destinada a gozar de la felicidad infinita de ver y de amar a su Dios por la eternidad. Pida para mí al Señor, querida amiga, que purifique este desdichado corazón que tanto lo ha ofendido y que con tanta frecuencia ha resistido a su gracia; que los pocos días que me quedan sean empleados completamente en reparar el pasado, amarlo en el presente y poner el porvenir en su Providencia, abandonándolo enteramente a su voluntad.

A pesar de su fatiga, M. de Cicé escribe una carta muy larga, seguida de este post-scriptum que sería lamentable dejar caer en el olvido:

P.S. Recuerdo que en mi larga carta olvidé responder a un artículo de su carta. Nuestro Padre siempre ha sido de opinión que los pequeños detalles que conciernen a las hijas de María, como su toilette, etc. sean sometidos enteramente a su superiora. Si ésta se sintiera alguna vez confundida para dar una decisión, ella misma consultaría, pero en lo que se refiere a la inferior, no tiene más que obedecer a su superiora. Nuestro padre me ha reiterado su decisión ante su consulta, motivada en que las hijas de María deben ser conducidas por su Madre, sin molestar a los eclesiásticos con cuidados minuciosos de los que con frecuencia no tienen mucho conocimiento, y que por lo demás les tomarían un tiempo que pueden emplear más útilmente.

Otras cartas a Amable Chenu, siempre bastante largas, dan aún numerosos detalles sobre la Sociedad, y uno u otro de sus miembros. La del 23 de octubre de 1817 especialmente manifiesta una asombrosa presencia de ánimo en los asuntos más diversos y a veces los más complicados. M. de Cicé parece verdaderamente dotada de una lucidez y de una memoria sin fallas.

De paso, esa hermosa cita de san Francisco de Sales, para estimular a Amable que habría deseado abandonar el cargo:

Usted no podría, sin faltar a la voluntad de Dios... dejarse llevar a la desconfianza en todas sus miserias que, como dice san Francisco de Sales, son el trono de la misericordia de Dios.

Luego esas líneas en las que transparenta la humildad profunda de M. de Cicé:

Me recomiendo mucho a sus oraciones, las necesito mucho, querida amiga, para entrar por fin en todos los designios de Dios sobre mi alma y sobre mi cuerpo. La primera está muy entorpecida por el peso de la cobardía y por los sufrimientos del cuerpo que, sin ser con frecuencia muy vivos, son habituales, y desdichadamente no me acostumbro bastante a sufrir, aunque tenga motivos para pensar que es una misericordia de Dios sobre mí. Mi estado no me permite escribir. Sea mi intérprete junto a nuestras amigas, a las oraciones de las cuales me recomiendo como a las de usted.

Al mes siguiente, el 29 de noviembre de 1817, esta queja desgarradora:

No puedo decirle, querida amiga, hasta qué punto de impotencia estoy reducida por los sufrimientos y la extrema debilidad... tengo mucha necesidad de sus oraciones.

Que M. de Cicé haya juzgado lúcidamente la gravedad de su estado, la correspondencia de las otras hijas del Corazón de María no deja ninguna duda sobre este punto.

En los primeros meses de 1817, dos cartas de la Srta. d'Acosta a la Sra. de Clermont-Tonnerre hacen presentir la proximidad del desenlace.

La primera, fechada el 29 de enero, muestra a M. de Cicé haciendo aún frente a sus múltiples deberes a pesar de una salud cada vez más afectada:

...Hablemos ahora de nuestra buena Adelaida. La vi ayer, es ella quien me encarga escribirle... Ella deseaba hacerlo, pero su salud es espantosa, sufre mucho, y usted sabe que en este momento tiene muchas ocupaciones, personas que ver, deberes que cumplir; ella no omite nada, está en todo y todo para Dios, en vista de Dios. Creo que su lugar está preparado en el Cielo.

El 16 de abril siguiente, otra carta muestra a M. de Cicé en tal "estado de agotamiento" que se adivina su entorno sometido a las más vivas inquietudes.

Le dije en mi última carta que nuestra santa Amiga estaba muy enferma; lo ha estado más después, e incluso ha ocasionado inquietud. Yo aún no estoy tranquila, aunque está un poco mejor; es un estado de agotamiento, de anonadamiento, tose y escupe mucho, está en una gran debilidad; aunque tiene una tribuna a la puerta de su cuarto, ni siquiera puede tener la misa todos los domingos. Oremos mucho por su restablecimiento; sería una gran desdicha si la perdiéramos; espero que el buen tiempo la repondrá.

Los extractos de la correspondencia con la Srta. Victoria Puesch serán citados al final pues a ella fueron dirigidas las últimas cartas de M. de Cicé que se conservan en los AHCM.

El 24 de enero de 1816, una carta bastante larga, después de las reflexiones habituales da indicaciones interesantes:

Mi salud y una multitud de cartas por nuestros asuntos comunes a las que tengo que responder, cuando ella [su salud] me da un momento de respiro, son la causa de este retardo... No estoy exenta de mis achaque habituales.

Nuestro buen Padre cree que... vista... la situación acomodada de su única heredera, usted puede responder al deseo que Dios le da de contribuir con sus medios a procurar su gloria, secundando y compartiendo los sacrificios que hace el buen Padre Guépin para asegurar la casa comprada para su Reunión.

En la carta del 23 de agosto (1816), en el primer párrafo, la cofundadora, en la tarde de su vida, expresa una vez más, siempre en la misma línea, su pensamiento sobre el espíritu que debe animar a "una verdadera hija del Corazón de María":

Recibí sus cartas, querida amiga. Soy muy sensible a las muestras de recuerdo y amistad que me da. Tomo parte en todo lo que Dios le envía de consuelo, como también a su buen Padre, por su establecimiento, y no me extraña que por otra parte se los haga pagar con muchas dificultades; pero con su gracia y la buena voluntad que le ha dado triunfará usted de todas. La esperanza que Dios le da en medio de las contradicciones por las que la prueba es un muy buen augurio, y la paz que le conserva desde que le ha confiado el cuidado de su rebaño es una nueva prueba de ello.

También lo es del precio que pone a la abnegación de todas las almas que, reunidas bajo la conducción de su digno superior, se esfuerzan y desean avanzar cada día en las virtudes que pide su santa vocación, penetrándose sin cesar del espíritu de una verdadera hija de María que sólo debe pensar en copiar en ella las virtudes interiores de su Santa Madre y las de su divino Hijo. Para lograrlo es preciso que trabajemos todas en morir a nosotras mismas para vivir sólo para aquel que nos ha amado tanto que murió por nosotros. Pidamos esta preciosa gracia la una por la otra, pues siento a cada instante cuán lejos estoy de practicar los consejos que doy a las demás. Espero mucho por el bien de mi alma la ayuda de sus oraciones y de las de nuestras amigas a las que le ruego asegure todo mi interés y mis sentimientos.

Justo un año más tarde, el 23 de agosto de 1817, M. de Cicé escribe a Victoria Puesch una larga carta particularmente preciosa para nosotras. Una clara mejoría de su salud, pasajera por lo demás, le ha permitido pasar, en compañía de numerosas hijas del Corazón de María, la jornada del 15 de agosto, la última Asunción que debía festejar en esta tierra:

Mi salud... no está restablecida del todo, pero estoy un poco menos débil, puedo bajar a la iglesia e incluso pasearme por el jardín de las Misiones, lo que me hace bien... Acabamos, querida amiga, de estar unidas de espíritu y de corazón de una manera muy particular en nuestra gran fiesta. Nuestra reunión que se hizo aquí estuvo numerosa y me encontré feliz de estar unida a tantas personas queridas. Me he sentido bien todo el resto del día, aunque un poco más fatigada.

Un poco más adelante, noticias del P. de Clorivière:

Nuestro buen Padre me ha encargado que le renueve la seguridad de todos los sentimientos que le ha manifestado en el Señor, y está muy agradecido por los que usted le manifiesta. Su salud es buena, pero está casi totalmente privado de la vista, lo que es una verdadera prueba para nosotras que no podemos comunicarnos por cartas, lo que sería un gran consuelo para usted y nuestras amigas privadas de escucharlo, lo que es raro incluso para nosotras que estamos más cerca, pues está casi siempre ocupado en su santa misión. <sup>151</sup>

\_

<sup>&</sup>lt;sup>150</sup> El Sr. Guépin.

<sup>&</sup>lt;sup>151</sup> La de la Compañía de Jesús.

Luego algunas indicaciones interesantes sobre un punto fundamental en la Sociedad: 152

Con relación al hábito, consulté de nuevo a nuestro Padre. Confieso incluso que después de haber pensado en las razones del Sr. Guépin vo me sentía inclinada a desear que lo adoptara (bien entendido, para las que están en la casa y por el tiempo que estén en ella), pues me gustaba mucho el color y la tela cuya muestra me ha enviado... Nuestro Padre persiste en su opinión que cada una se vista según su rango, pero como usted sabe, con mucha modestia y sencillez, lo que en su casa es más fácil observar que en ninguna parte. En cuanto al título de hermana, hay que evitarlo tanto como sea posible, es decir, darlo ante los extraños...

Una carta a Victoria Puesch, fechada el 12 de marzo, sin milésima, pero muy probablemente de 1818, entrega un último eco del pensamiento de M. de Cicé:

A pesar de mi triste salud que es más dolorosa y más débil por el tiempo que tenemos constantemente, no tengo el valor de enviar la carta del Sr. Bourgeois a su buen Padre 153 sin darle una pequeña señal de vida. Me ha costado mucho y aún me cuesta no poder extenderme para manifestarle como lo siento que su carta me ha conmovido, edificado e interesado. El hombre propone y Dios dispone.

Agradezco con toda mi alma al Señor por las gracias que le ha concedido, y le pido por su divino Corazón y el de nuestra Santa Madre que la una cada vez más a él, y que por esa estrecha e íntima unión le dé el medio de atraer más almas al conocimiento y a la perfección del servicio del Hijo y de la Madre. Espero y deseo, querida Victoria,... si es la voluntad de Dios, que adquiera nuevos méritos sobre la tierra que en la eternidad la hagan acercarse más de cerca al divino Esposo que la ha escogido, y al que usted se ha consagrado muy temprano por un efecto de su misericordia y de su predilección por usted. Ruéguele por todas nosotras, lo necesito mucho, querida amiga, pues estoy muy pobre y vacía de bienes de la gracia, y mi estado físico pide más que ningún otro que esté preparada en todo momento.

Los mismos acentos en dos cartas de esa época, dirigidas a Amable Chenu:

### El 22 de diciembre de 1817:

Mi debilidad aumenta cada día en proporción a mis sufrimientos.

### Y el 12 de febrero de 1818:

Estoy muy enferma y muy débil para escribir, querida Amable. La Srta. d'Acosta, que me suple a veces, está enferma en este momento. Sin embargo, no quiero dejar sin respuesta su carta...

Nuestro padre está bien, y las bendice a todas. Me recomiendo mucho a las oraciones de todas, pues las necesito mucho en el estado que estoy.

Luego ese deseo, testimonio de sus preocupaciones apostólicas:

Dios la conserve, querida y respetable amiga, para continuar sirviendo de instrumento al Señor, para el bien que quiere hacer por usted a las almas.

La antorcha debe pasar de mano en mano, sin extinguirse.

<sup>&</sup>lt;sup>152</sup> Las hijas del Corazón de María que trabajaban en la escuela dependiente de las carmelitas de Tours habían deseado adoptar un traje uniforme. <sup>153</sup> Se trata siempre del Sr. Guépin.

En sus "Recuerdos", Madre de Saisseval nos enseña que algún tiempo antes de la fase final de su enfermedad, M. de Cicé quiso tener aún una asamblea: como su cuarto era demasiado pequeño para acoger el gran número de hermanas que habían acudido a recibir juntas su última bendición, ella se hizo trasladar a casa de una hija del Corazón de María, la Srta. Blanquet según la tradición. No se ha conservado ningún detalle de esa última reunión.

Se acercaba el momento en el que M. de Cicé iría a contemplar cara a cara a Aquel que tantas veces había adorado en el tabernáculo.

Jesús, al que miro ahora sin velos, Realiza, te lo ruego, mi ardiente deseo: Que al contemplarte cara a cara, La visión de tu gloria me haga bienaventurada. Amén. <sup>154</sup>

Pero aún debía sufrir. ¿última purificación del alma' ¿última participación en la comunión de los santos? Es el secreto de Dios.

Primero la enfermedad. El abate Carron <sup>155</sup> al describir sus sufrimientos nos dice con cuánta alegría sobrenatural los acogía M. de Cicé como voluntad del Señor: "Mis sufrimientos son mi alegría y mis delicias", repetía ella, prohibiéndose toda queja.

Luego los sacrificios impuestos por las separaciones inherentes a su estado, sobre todo la imposibilidad de comunicarse con el P. de Clorivière, ciego y demasiado sordo para comprender la voz desfalleciente de M. de Cicé. Fue el Sr. Desjardins, párroco de la iglesia de las Misiones Extranjeras, quien escuchó su última confesión y le dio los sacramentos.

Un consuelo sin embargo, el más grande que podía desear: vivir sus últimas horas sobre la tierra frente al Santísimo Sacramento. La trasladaban, parece que cada día, a la tribuna vecina a su cuarto; allí pasó toda la última noche y allí expiró en las primeras horas de la mañana del domingo 26 de abril de 1818.

El 15 de agosto de 1788, ella había escrito al P. de Clorivière: "No se puede adivinar la extrema necesidad que tengo de pasar el mayor tiempo posible ante el Santísimo Sacramento". Treinta años después, el Señor parecía ratificar definitivamente el atractivo sobrenatural que había caracterizado toda una vida.

xxx

Algunos extractos de la correspondencia de personas que la conocieron bien en el curso de su vida, y especialmente en sus últimos momentos, aportan algunos toques suplementarios al retrato de aquella que querríamos conocer siempre mejor.

Primero dos cartas de la Sra. de Saisseval, escritas ambas el 27 de abril de 1818, al día siguiente de la muerte de M. de Cicé.

Una está dirigida al abate Carron, párroco de St Aubin, cerca de Elbeuf:

Con profunda aflicción, señor, tengo el honor de participarle la pérdida que hemos sufrido ayer, a las cuatro de la mañana, de la respetable Señorita de Cicé. Desde hace 15 meses su salud estaba tan desmejorada que le había quitado la fuerza para soportar la fiebre biliosa por la cual el Señor la llamó a él; ella sucumbió al décimo día antes de que

<sup>&</sup>lt;sup>154</sup> Estrofa del Adoro te.

<sup>&</sup>lt;sup>155</sup> Damos en anexo las informaciones que el abate Carron recogió sobre los últimos momentos de M. de Cicé.

el médico viera peligro en ella. Recibió todos los sacramentos y tuvo la dicha de recibir aún después a Dios. Esta alma que siempre lo sirvió tan bien experimentó de su bondad infinita una gracia que usted apreciará seguramente.

Habitando en el patio de la parroquia de las Misiones Extranjeras, tenía una tribuna que daba sobre el altar. Ella se hacía llevar allí en las Misas y las Bendiciones del Santísimo. La última noche de su vida se quedó allí y allí dio su último suspiro. Creo firmemente que Dios ha aceptado como expiación esos largos sufrimientos unidos a tanta resignación y buenas obras.

### La otra carta tiene por destinataria la Srta. Amable Chenu, en Bretaña:

Experimento una aflicción difícil de expresar, Señorita, por estar encargada de comunicarle la cruel pérdida que hemos sufrido. Usted sabe el triste estado de salud de nuestra querida y respetable M., la Señorita de Cicé. Ella no pudo resistir una fiebre biliosa que se declaró el 16 de este mes; falleció ayer a las cuatro de la mañana, habiendo conservado todo su conocimiento y habiéndolo aprovechado para ofrecer los más penosos sufrimientos con una resignación verdaderamente angelical. Teniendo la ventaja de tener una tribuna sobre la parroquia, durante su enfermedad se hacía llevar allí y se unía a las oraciones de la Iglesia; tuvo la felicidad de exhalar allí su último suspiro. Antes del momento del peligro había recibido los sacramentos y comulgado aún después... Nuestra digna M., la Señorita de Cicé me dio su bendición para todas nuestras Amigas.

Algunas semanas más tarde, Amable Chenu recibía, de parte del P. de Clorivière una carta del P. Druillet, fechada el 5 de junio de 1818:

La avanzada edad del Sr. de Clorivière y la pérdida casi total de su vista desde hace algunos años, no le permiten responder personalmente a su carta del 26 de mayo y me encarga hacerlo en su nombre...

Su justo dolor por la muerte de la Srta. de Cicé ha renovado todo el que el buen Padre había sentido, que ha sido grande, muy grande, pero su inalterable sumisión a la voluntad del Señor ha sido aún mayor. Era justo que esta santa señorita fuera a recoger por fin el fruto de sus largos trabajos, después de una vida plena de buenas obras. Muchas lágrimas han honrado su memoria, pero esas lágrimas han sido dulces y consoladoras. La eminente piedad de la que las ha hecho correr no deja otro sentimiento penoso que el del inmenso vacío que ha dejado en torno a ella.

Por fin esas reflexiones de la Srta. d'Acosta, que fuera por largos años la fiel asistente de M. de Cicé. Muy enferma ella misma en abril de 1818, tuvo la pena de verse retenida lejos de la fundadora en sus últimos momentos. El 2 de junio siguiente escribía a una señora, hija del Corazón de María cuyo nombre no nos ha llegado, estas líneas que se abren hacia el porvenir:

Ella es venerada en París, incluso por personas que no tenían con ella las mismas relaciones que nosotras; cada cual se apresura a pedir algo que le haya pertenecido para guardarlo como reliquia...

No debemos dejar que se abata nuestro ánimo por una pena tan dolorosa; reanimémonos más y más, recordando los ejemplos de virtudes que ella nos dio, y creamos que aunque la piedra fundamental del edificio parece habernos sido quitada, no por eso puede derrumbarse. Dios sostendrá su obra.

## **APENDICES**

## Principales escritos dejados por M. de Cicé

## I (hacia 1765)

## RESOLUCIONES

Desde hace tiempo he sido infiel a todas las promesas que he hecho a Dios. En adelante quiero observar exactamente todas las cosas que debo hacer para evitar ofenderlo o para agradarle. En adelante voy a amarlo tanto como dependa de mí, evitar el pecado y las ocasiones, en la medida que me lo permita la fragilidad humana. También quiero evitar el orgullo por encima de todas mis otras inclinaciones viciosas, porque es a la que tengo más inclinación y es el principio de casi todas mis malas acciones, y quiero hacer todo lo que esté de mi parte para inmolarlo a la venganza de mi Dios. También quiero agradecer a todas las personas que tengan a bien reprenderme por mis defectos y les estaré obligada; lo haré para mortificar mi amor propio el que me aplicaré a destruir como también el gusto por el mundo que ruego a Dios arranque totalmente de mi corazón. También quiero no estar siempre dispuesta a disculparme cuando digan que he hecho algo mal y no trataré de disculparme apartándome de la verdad.

Por la mañana, mi primer pensamiento será para Dios y en cuanto despierte me levantaré sin vacilar. Iré a la misa; diré mis oraciones de la mañana antes o después de la misa; haré mi oración, que será de un cuarto de hora. Regresaré a desayunar, luego iré a mi escritorio a leer la historia romana o cualquier otro libro para instruirme, y luego escribiré una carta u otra cosa para no perder el hábito y haré las diferentes cosas que mamá desea que haga para mi instrucción. Me aplicaré a todas y especialmente a las que me gusten menos, y también quiero no estar de mal talante y cuando tenga más deseos de dejarme llevar por la melancolía me alegraré y ofreceré a Dios ese pequeño sacrificio de mi propia voluntad.

Haré durante el día un cuarto de hora de meditación y elevaré mi corazón a Dios con frecuencia durante el día, lo que me mantendrá en su santa presencia. Haré también cinco pequeñas mortificaciones al día, en honor a las cinco llagas de N.S.J.C. Me esforzaré también por ser un poco más diligente, pues a veces soy cobarde y perezosa. Pensaré también en algunas cosas que mamá me pide y que olvido con facilidad. Haré una visita al Stmo. Sacramento todas las tardes, cuando sea posible. No dejaré de decir mis oraciones de la noche antes de acostarme y guardaré silencio al acostarme y por la mañana al levantarme. Antes de dormirme me ocuparé en el pensamiento de la muerte. No me distraeré al vestirme, no haré perder el tiempo a las personas que están junto a mí. También quiero no responder nunca bruscamente y lo haré siempre con dulzura. Me aplicaré también a algunos cuidados de la casa que mamá desea que haga. Voy a esforzarme para observar todo esto con la gracia de Dios. Con ella lo puedo todo y sin ella no puedo nada. No dejaré de pedírsela, en adelante quiero vivir y morir en mis resoluciones.

### Nota sobre la dirección del abate Boursoul (1774)

(escrito sin fecha y sin título) 156

El lunes de Pascua, 4 de abril de 1774, perdí a aquel que me llevó a vos. Dios mío, y que no dejaba de animarme a amaros y serviros, Expiró diciendo: "Sí, hermanos, veremos a Dios en el cielo cara a cara y sin velo, por su gracia, por su gracia"... Muerte digna de ser envidiada por todos los ministros del Señor e incluso por todos los cristianos que deben desear morir ejerciendo algún acto de nuestra santa religión. ¡Qué pena experimento en este momento, Dios mío, por no haber sabido aprovechar todos los oráculos de vida que salieron de su boca! En la medida que depende mí, quiero recordar sus principios. En vuestra presencia y bajo vuestra protección y la de vuestra tierna Madre que es también la mía, inicio este resumen de la conducta que tuvo conmigo el santo al cual le confiasteis mi alma. Conducid mi pluma, Dios mío, y recordadme vos mismo todo lo que le inspirasteis que me anunciara de vuestra parte.

El me dijo siempre que este Dios de bondad y de misericordia quería conducirme a él por amor, y que esta vía encantadora me facilitaría el camino del cielo, quitaría todos los obstáculos y me llevaría a todo lo que Dios pide de mí. Me recomendó que velara sin cesar sobre mí misma con una dulce atención para no pensar nada, no decir nada y no hacer nada que desagrade a mi Dios. Me aseguró que si era fiel a esta santa práctica empezaría mi paraíso en este mundo, pues estaría, como los santos en el cielo, ocupada sólo de hacer la voluntad de Dios. Con frecuencia me exhortó a no resistir a Dios y a no disputarle lo que él me pedía desde hace tanto tiempo. ¡Ay, cuántas veces, Señor, he renovado la resolución de seros fiel y de no ofender jamás voluntariamente a mi divino Esposo.

¡Nombre lleno de encanto! Es preciso, Dios mío, que seáis la misericordia y el amor mismo para querer aún poner en mi boca ese nombre tan dulce, después de haberme hecho indigna de él tantas veces. Hacéis más aún, Señor, poniéndomela en el corazón y haciéndome experimentar toda su dulzura. ¿No os cansaréis jamás, Dios mío, de colmar de favores y de las gracias más preciosas al monstruo que os ha traicionado tantas veces? Me han dicho de vuestra parte, cuando he vuelto a vos, que los crímenes más atroces y los más imperdonables de los mayores criminales no habían sido jamás tan injuriosos al Corazón de mi Dios como los míos, y esto en consideración al amor y el ardiente amor que él tiene por mí.

¡Cuántas veces me han dicho que, después que tuve la desdicha infinita de abandonarlo, él me amaba tanto como me amaba antes! ¿Cómo, Señor, todas mis ingratitudes, todos mis crímenes no han podido alejaros de mí? Vuestros designios no han cambiado. Es lo que me aseguraron de vuestra parte y vos mismo me lo habéis hecho experimentar en el fondo de mi corazón.

Es preciso, Dios mío, que imprimáis vos mismo esas verdades en mi alma para que esté persuadida de ellas. El santo que me habló de vuestra parte me dijo 14 días antes de su muerte que mi Dios me quería toda de él. Son sus palabras: ¡Ah. Él la quiere particularmente suya y le prepara en el cielo un lugar distinguido!

<sup>&</sup>lt;sup>156</sup> En este documento cono en todos los demás, los pasajes subrayados lo están también en los originales.

Vuestro servidor, que goza ahora de la felicidad de poseeros añadió que Dios mismo se encargaría de mi santificación, que su divino Espíritu y su divino Corazón debían conducirme completamente. Me aseguró de vuestra parte, Dios mío, que en el momento me daríais a conocer lo que pedís de mí si era fiel para escuchar vuestra voz en el fondo de mi corazón. No desmintáis, Señor, lo que me habéis dicho por boca de aquel que tenía para mí vuestro lugar, oh Dios cuya misericordia y amor sobrepasan todo lo que los hombres pueden pensar de vos. Si yo fuera alguna vez tan ingrata, tan pérfida y cobarde para abandonaros, qué suplicios me destinaríais, pues los del infierno serían impotentes, serían demasiado débiles para castigarme.

¡Me extravío, Dios mío! Lejos de vos yo sería bien miserable. ¿Hay desdicha mayor, hay alguna fuera de verse privado de vuestra divina presencia? Hacedme la gracia de no perderos de vista un solo instante en este mundo, hasta el momento en que iré a habitar en vuestra casa. Venid a la mía, estableced vuestra morada en mi alma. ¡Cuántas veces me dijo, Dios mío, que vuestros amables designios sobre mi corazón eran habitar en él todos los días de mi vida. Yo os hospedaré en el tiempo, Señor, y vos me hospedaréis en la eternidad. Esa es la proporción que hay entre vuestros dones y los de los hombres. Pero ¿qué digo, Dios mío? ¿qué podéis darme en el cielo que sobrepase el don inestimable de vos mismo que me hacéis aquí?

¡Cuánto me recomendó de vuestra parte, Señor, que no me abandonara a la inquietud y a la turbación que me separarían de vos!

Me aseguró que me era más fácil que a nadie no ofenderos jamás. Me enseñó a volver a mi Dios entrando en mi corazón en el momento en que me diera cuenta de que me extraviaba. Añadió que él esta siempre dispuesto, a toda hora, en todo momento, para recibirme. Me aseguró incluso que esa vuelta encantaría a su divino Corazón y me uniría más que nunca a él, lejos de alejarme. Me dijo tantas veces que el sentimiento no dependía de mí y que bastaba con volver mi voluntad hacia él y conformarme con la suya a pesar de todos los sentimientos contrarios.

Me recomendó que no me alejara de la comunión por las fragilidades involuntarias. Me aseguró el amor de mi Jesús que quiere tener para mí el lugar de todo. Me aseguró además que Nuestro Señor Jesucristo quería venir a mi corazón para consolarse de los insultos que le hacen todos los días, y me dijo también que él me prefería a millones de creaturas que, aunque no lo hayan ofendido tanto como yo, no eran amadas tan particularmente como yo, y que no les hacía ningún agravio tratándolas según el rigor de su justicia; pero en relación conmigo me hace experimentar que sólo escucha su misericordia.

Me dijo también de vuestra parte, Dios mío, que estaba destinada a ser una madre de los pobres y una esposa de Jesucristo y un serafín en este mundo y en el otro. ¡Qué feliz destino! Haced que lo cumpla, Dios mío. Me dijo también que debía ser en todo lugar un ángel de paz, que debía amar con la más viva ternura a las personas que me habían ocasionado alguna pena, viendo en ellas sólo la amable Persona de Jesucristo: que esta vista me haría no sólo fácil esa conducta, sino que me parecería dulce.

Grabad en mi corazón, divino Jesús, los preceptos que habéis dictado a aquel que me anunciaba vuestra voluntad sobre mí. No me dejéis extraviarme. Vos me habéis quitado mi guía, dadme uno que sea conforme a vuestro Corazón y en consecuencia digno de reemplazarlo. Conducidme vos mismo, Dios mío, a los pies del ministro que debe conducirme directamente, perfectamente a vos. Yo me abandono a vos, entrego mi alma en vuestras manos, haced de mí todo lo que os agrade. Que yo diga, Dios mío, como aquel que habéis retirado del mundo para colocarlo junto a vos: Que esté en la aflicción o en el gozo, es el Señor, Dominus est. Que su amable voluntad se cumpla en mí.

Quiero recordar aún las últimas palabras del guía que me habíais dado. Me dijo el lunes santo: ¡Ah, cuánto habría avanzado si hubiera querido! El demonio la ha apartado, usted lo ha

\_

<sup>&</sup>lt;sup>157</sup> "directamente" está añadido por encima de "perfectamente".

escuchado. Pero por fin, gracias a la misericordia de Dios, está usted en el camino, sígalo constantemente hasta la muerte.

III

(Retiro de fines de septiembre 1776) 158

El 1° de octubre de 1776, en el Retiro, haciendo un retiro particular de tres días, Dios me colmó de gracias y, después de la santa comunión que hice esa mañana, me inspiró un deseo más ardiente de servirle y de amarle, y una pena más profunda que nunca por haberle ofendido. Tomé la resolución de no dejar de elevar mi corazón hacia El al despertarme, hacer media hora de oración por la mañana, otro tanto por la tarde, una lectura, atención al santo ejercicio de la presencia de Dios, meditar la Pasión de Nuestro Señor durante la misa, continuar la comunión diaria mientras no me lo prohiban.

Prometí a mi Dios <u>obedecer a mi madre como una religiosa a su superiora</u>, someterme a ella en todo, a menos que la prudencia cristiana me dicte lo contrario. Con la gracia todopoderosa de Dios, única en la que quiero poner en adelante toda mi confianza, quiero ser de una dulzura inalterable, Espero que él me hará la gracia de no conservar un solo momento el mal humor, interior ni exteriormente, contra las personas que me hayan ocasionado pena; quiero colmarlas de amistad y de beneficios y no consultar jamás en esto las razones que me dicte la prudencia humana para actuar de otro modo.

También quiero, con la gracia de Dios, aniquilar todo pensamiento que pueda no sólo separarme sino apartarme de él. Pondré sobre todo mucho cuidado en despreciar el qué dirán, querría ponerme por encima del respeto humano. Dios mío, no des entrada a mi corazón sino al temor de desagradarte y al deseo de amarte. Para destruir mi vanidad, al vestirme quiero pensar unos momentos en lo que se convertirá mi cuerpo después de mi muerte. Renuevo de todo corazón, y desearía que fuera con el ardor de un serafín, la consagración que he hecho a mi divino Esposo de toda mi persona. Estoy dispuesta a cumplir su voluntad cuando él me la manifieste. Le agradezco mil veces por haberme escogido por esposa a pesar de mi ingratitud. No tengo palabras, Dios mío, para expresar el horror que siento por mis abominables infidelidades, el exceso de gratitud que me inspiran los favores con los que me colmas y la gracia preciosa de mi vocación que te has dignado concederme hoy.

Vacilo al escribir estas últimas líneas. No es que resista a tu voluntad, sino es el temor de no conocerla tal como es, pues sólo quiero lo que tú quieres, divino Jesús. Dame tanta desconfianza en mí como confianza en ti y haz, te lo ruego, todo lo que quieras de mí, con tal que Adelaida sea toda de Jesús su Esposo.

\_

<sup>&</sup>lt;sup>158</sup> Este texto sin fecha y sin título está escrito a continuación del anterior, sobre una misma hoja.

## Retiro en la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen, agosto 1783. 159

Tomo la resolución de pedir sin cesar a Dios la gracia de conservar y de aumentar todos los días en mí el horror que me ha inspirado por el pecado, el que quiero evitar con el mayor cuidado. Temeré más que todos los males de este mundo todo pecado voluntario, y tomo la resolución de exponerme a todos los males antes que cometer jamás uno solo de propósito deliberado.

Tomo la resolución de ser fiel en la medida que me sea posible al reglamento de vida que me he propuesto, la media hora de meditación por la mañana, otro tanto por la tarde, la misa todos los días (oración, rosario, lectura en común), la visita al Santísimo Sacramento por la tarde, la práctica exacta del ejercicio frecuente de la presencia de Dios.

Quiero recibir todos los acontecimientos de la mano de Dios, grandes o pequeños, felices o desdichados, desde el primer momento de reflexión sobre las cosas que suceden. Quiero reconocer la divina voluntad y alegrarme de su cumplimiento en todas las cosas. Si mi debilidad no me permite llegar nunca a eso en los acontecimientos aflictivos, por lo menos quiero someterme enteramente pidiendo a Dios una disposición más perfecta si él lo espera de mí.

Quiero excitarme más y más a la desconfianza en mí misma y a la confianza en Dios a pesar de mis enormes infidelidades. Las bondades que él me hace experimentar me inspiran la resolución de lanzarme entre sus brazos sin olvidar sin embargo el abismo de miseria del que él se ha dignado sacarme tantas veces. Quiero recordar siempre, con el más vivo y el más perfecto reconocimiento, el perdón generoso que espero se ha dignado concederme a pesar de las recaídas más criminales, las ingratitudes más negras, por fin, a pesar de todo lo que debía alejarlo de mí Oue esta visión saludable pueda encender en este desdichado corazón el para siempre. agradecimiento y el amor que deben penetrarlo por un tan buen Señor, al servicio del cual quiero en adelante vivir y morir. Para ese fin le consagro todos los movimientos de este corazón infiel, todos los pensamientos de mi mente, todos los actos de mi voluntad. Tomo la resolución de referir todo a Dios y de pedirle la gracia de purificar él mismo mis intenciones en todas las cosas. Espero también que me hará la gracia de tener siempre los ojos abiertos para huir de lo que le desagrada y para practicar todo lo que le agrada, con toda la fidelidad que él espera de mí y de la que espero me hará capaz. Tomo también la resolución de ejercitarme en el odio y el menosprecio que debo tener por mí que me he hecho culpable de tantas ingratitudes hacia un Dios tan bueno. Si los hombres pudieran conocer hasta qué punto he sido infiel, sería a sus ojos como a los míos un monstruo digno de todas las desdichas e indigno de todas las gracias.

Quiero ser de una dulzura inalterable y de una extrema indulgencia con el prójimo, estimarlo tanto como me desprecio. Trataré de no actuar nunca por mi humor natural. No conservaré ni un solo instante el más leve resentimiento contra nadie. Por el contrario, me haré un deber anticiparme a las ocasiones para dar gusto a las personas que me han causado pena. Estaré encantada de encontrar esas ocasiones preciosas para agradar a Nuestro Señor, y con su gracia no las dejaré escapar.

También quiero no quejarme de nada y considerar como único mal en la vida el que he tenido de ofender a Dios. En todo lo que me quede de vida me ocuparé sólo en reparar el pasado por todos los medios que me sean indicados de parte de Dios.

<sup>&</sup>lt;sup>159</sup> Título de la mano de M. de Cicé.

Tomo la resolución de cortar todos los gastos inútiles para mí, y limitarme a lo simple necesario en mi posición. Miraré lo que poseo como perteneciente a los pobres mucho más que a mí. En la medida que pueda, no rehusaré nada. Deseo no poseer nada en este mundo para llegar a la posesión de Jesucristo, a menos que sea para aliviar a sus miembros sufrientes.

Tomo la resolución de ayunar todos los viernes, a menos que mi salud me lo impida, siempre que usted, Padre, me permita esa pequeña mortificación que yo querría acompañar con alguna otra, especialmente en estos días, porque tengo infinita necesidad de penitencia y nunca he hecho alguna que tenga la menor proporción con mis ofensas.

Quiero obedecer a mi madre en las cosas más pequeñas, a menos que haya buenas razones para no hacer las cosas; en ese caso se lo representaré con respeto. No descuidaré ninguna ocasión para llevarla a Dios. Haré lo mismo cuando trate con el prójimo, al que haré siempre todos los servicios que dependan de mí, pidiendo a Dios al mismo tiempo no distraerme por eso de su presencia, y quiero ocuparme en alcanzar esa felicidad de la presencia interior de Dios en mí (que sin embargo espero mucho más de la pura misericordia de Dios que de mis esfuerzos) y para eso guardaré tanto silencio como me sea posible en mi posición.

Quiero mantener sin cesar en mi corazón un vivo dolor de mis pecados y recordar con la mayor frecuencia que me sea posible el pensamiento que me ha ocupado más y que me ha dado más consuelo. Durante mi retiro, era el de quedarme a los pies de Nuestro Señor con santa Magdalena, excitándome en los sentimientos que animaban a esa bienaventurada penitente, sobre todo en el momento en que obtuvo el perdón de sus pecados de la boca misma de Jesús, y aquel en el que Nuestro Señor fue descendido de la cruz y puesto en los brazos de la Santa Virgen

Después de nuestro divino Salvador, es en esta buena Madre que quiero poner toda mi confianza y darle en toda ocasión señales de mi agradecimiento por las gracias que he obtenido por medio de ella, especialmente la de mi conversión, que seguramente ella ha pedido con frecuencia a su querido Hijo. Todas las desdichadas experiencias que he hecho de mi debilidad me hacen sentir desde hace tiempo la extrema necesidad que tengo de ser conducida como un niño, pues por mí misma hasta ahora sólo he sabido extraviarme. Quiero ser de una total docilidad con usted, Padre, que tiene para mí el lugar de Dios. No quiero hacer la menor cosa, por poco interesante que sea, sin que usted lo decida. Se lo pido por gracia.

Quiero tender con todas mis fuerzas a la práctica fiel de esta máxima: <u>Todo para agradar a Dios</u>, nada para satisfacerme.

Desdichadamente tengo todos los motivos para temer por mi funesta experiencia que estas resoluciones sean el efecto de un momento de fervor pasajero, a pesar de que están fundadas sobre el conocimiento de mí misma, de mis enormes infidelidades, de las gracias de Dios y del infinito agradecimiento que le debo. Ya siento a veces que se debilitan, esa sola idea me desesperaría si Dios no me inspirara al mismo tiempo la confianza que él mismo quiere poner por fin un término a mis ingratitudes. A este Dios de misericordia le pido desde el fondo de mi corazón que me conceda por todo el tiempo de mi vida el espíritu de penitencia y de amor, pues aún me está permitido amar a este Dios tan bueno, tan amable, al que he ofendido tanto y que hoy debería amar mil veces más pues él lo permite a mi corazón. Pero además quiero, con su gracia, captar todas las ocasiones para hacerlo amar de los demás y tratar de reparar así, en la medida que sea capaz, la desdicha infinita de haberlo ofendido tanto.

Con relación a lo que poseo, querría que me fuera posible en mi posición no disponer de nada sino por obediencia, sobre todo en lo que me afecta personalmente, deseando desprender mi corazón no solamente de esto, sino de todas las cosas, para apegarlo sólo a Jesucristo.

Así sea

### A la mayor gloria de Dios

### Proyecto de una Sociedad piadosa

Se trataría de que algunas personas vivieran juntas y que, a pesar de la calidad de pensionistas que conservarían frente a la comunidad en la que se establecieran, vivieran en común sea en una casa de retiros o un hospital, etc. Harían solamente por un año el voto simple de castidad, de pobreza y de obediencia, no podrían ser recibidas en la asociación si no tuvieran por lo menos 800 libras de renta, porque las pensiones que paguen en la casa donde estén establecidas serán de 400 libras con el fin de sostener por ese medio una casa útil para la gloria de Dios y el bien del prójimo.

Seguirán el <u>reglamento de la casa</u> en la que estén para los ejercicios espirituales, como por ejemplo el que se sigue en el <u>Retiro de Rennes</u>. Se levantarán a las cinco en verano, media hora más tarde en invierno, irán al coro, harán media hora de oración, salmodiarán en común las cuatro horas del oficio parvo de la Virgen. Luego asistirán a la oración y a la misa, harán media hora de lectura en el curso de la mañana y una media hora de silencio para reflexionar sobre eso. Luego las hermanas nombradas por la superiora (que elegirán las hermanas y que lo será por el tiempo que se considere conveniente fijar) podrán dedicarse a la visita a los enfermos, sea en el exterior o en el interior (sería deseable que se establecieran siempre de manera que tengan a su alcance pobres y enfermos), u otras buenas obras. Las otras se emplearán en el trabajo en común, en la medida que sea posible, sea para la iglesia o para los pobres, en silencio mezclado de cánticos y de jaculatorias. A la hora que se hace el examen, antes de almorzar, irán un momento al coro; almorzarán luego todas juntas mientras una de ellas hará la lectura. Después se hará la recreación.

A la una, si se quiere, podrán decir el rosario delante del Stmo Sacramento o en la sala común. Después de eso podrán pasar el tiempo hasta vísperas en sus cuartos o celdas, en el recogimiento, ocupándose siempre de algún trabajo manual o lectura piadosa. La salida de la tarde por los enfermos u otras buenas obras podrá hacerse antes o después de vísperas, según parezca necesario a la superiora. No saldrán las mismas dos veces al día, a fin de tener un poco de tiempo para dedicarse al recogimiento. Los domingos y fiestas podrán encontrarse dos en la misa solemne y otras dos en los oficios de la tarde.

Sería de desear que fueran bastante numerosas para poder pasar cada cual una semana, o por lo menos varios días, sin salir, para mantener el espíritu de retiro, a menos que su pequeño número y las necesidades del prójimo hicieran pensar de otro modo.

Después de vísperas, que se dicen a las tres, podrán hacer una media hora de oración delante del Stmo. Sacramento y rendir algún homenaje a la Stma. Virgen, sea diciendo un segundo rosario o la Pequeña Corona, y después reunirse en la sala común, donde podrán hacer una lectura, como la Vida de los Santos, hasta las cinco cuando rezarán Completas. Después de la media hora de oración, un momento en los cuartos hasta la cena, que es a las seis. La recreación termina a las ocho. Se empieza Maitines y Laudes, luego la oración, acostada a las nueve y media lo más tarde.

En la medida de lo posible, seguirán el espíritu de San Francisco de Sales y las sabias <u>Constituciones de la Visitación</u>, en la medida que puedan acordarse con las obras de caridad que se proponen ejercer, conforme al primer plan de San Francisco de Sales para su Instituto que quería unir primero la vida activa a la vida interior que llevan sus hijas.

El voto simple de pobreza no impedirá que cada una goce de su patrimonio, pero el de obediencia no permitirá que lo usen sino con permiso de la superiora, a la cual entregarán la renta completa de cada una, a medida que la reciban, para que ella pague en común las pensiones de todas, y que el resto sirva luego, según sus órdenes, para las diferentes necesidades de los pobres, porque ella se encargará de proveer a todo lo que sea necesario a cada uno de los miembros de esta asociación. Por este medio, sus bienes estarán en común, como los de los primeros fieles, para servir a las diferentes necesidades de sus hermanos indigentes.

Su manera de estar vestidas será sencilla y uniforme. Las hermanas no tendrán que tomar ningún cuidado por lo temporal. Serán cuidadas las unas por las otras cuando estén enfermas y no tendrán ninguna inquietud en lo que les afecta, de manera que estarán totalmente entregadas a la oración y a las buenas obras que se presenten, ofreciéndose a Dios por medio de la obediencia para dedicarse a todas aquellas que la Providencia les encargue. Por esto podrían llamarse hijas de la Presentación de la Santísima Virgen, porque se ofrecerán por ella a Nuestro Señor para cumplir todas sus voluntades sin proponerse nada en particular fuera del bien espiritual y temporal del prójimo.

El estado será libre, se comprometerán sólo por un año. Si esta forma de vida agrada, renovarán cada año su compromiso en manos de la superiora, el día de la Presentación de la Santísima Virgen.

Harán todos los días frecuentes visitas a Nuestro Señor en su sacramento de amor y aprovecharán para eso, con fidelidad, todas las idas y venidas en la casa e incluso fuera, haciendo la visita a los enfermos.

Se emplearán en los retiros y otras buenas obras que se harán en la casa donde estén retiradas, tanto para hacer hacer los Ejercicios como para la instrucción de los pobres, observando que no se mezclarán para nada en la casa en que estén sino cuando quieran permitírselo.

Renunciarán a todas las visitas inútiles, incluso donde sus parientes, si no es en los momentos de aflicción o de enfermedad, por un principio de caridad, con permiso de la superiora a la que se dará cuenta de todo. Evitarán también recibir visitas, si no es por ese motivo, y nunca en los cuartos, sino en un locutorio o habitación destinada a hablar con las personas de fuera. Las hermanas evitarán ocuparse entre ellas de cosas inútiles en el tiempo de las recreaciones. Los ejercicios de caridad a los que se estimularán y de los que se ocuparán pueden ser la materia de sus recreaciones

(Hoja desprendida, que pertenece claramente al Proyecto de Sociedad piadosa)

No estarán obligadas a reemplazar los ejercicios de piedad que hayan omitido cuando el tiempo en el que se hacen haya estado empleado en obras de caridad en la medida de lo posible. Sólo en caso de enfermedad dejarán de asistir a los ejercicios de piedad que se hagan cuando se esté en la casa durante el curso del día. En cuanto a los de la mañana y de la tarde, ninguna podrá dispensarse, porque a menos de situaciones muy extraordinarias, a esa hora no se dedican al cuidado de los pobres.

Se podrá pagar a alguien con los fondos comunes para que se ocupe de los asuntos de cada una, a fin de que las cosas de este mundo les den menos distracción.

### Carta de M. de Cicé al P. de Clorivière (mediados de octubre de 1787)

Recibí, Padre, con mucha gratitud la carta que tuvo la bondad de escribirme. Pido a Dios de todo corazón que me conceda la gracia de aprovechar todo lo que usted me dice.

Yo había dicho a mi confesor, antes de recibir su carta, que usted me había dicho le pidiera permiso para comulgar todos los días, pero que a pesar de ello yo tenía cierta inquietud, porque, aunque usted había insistido sobre este punto, yo pensaba que al conocerme más, podía usted hacer cambiado de opinión y no contar ya con que solicitara esa gracia – que yo había pensado preguntarle de nuevo al final de mi retiro si seguía en el mismo sentimiento. Tomé la decisión sin esperar su respuesta, para que no se interrumpieran mis comuniones si Dios permitía que me concedieran la comunión diaria, como sucedió por gracia de Nuestro Señor. Espero, Padre, pues le debo esa felicidad, que jamás me habría atrevido a pedir sin usted, que usted se interesará vivamente junto a Nuestro Señor para obtenerme la gracia de no recibirla jamás sin fruto, y para que mi vida responda a tan grande gracia.

En cuanto a lo que parece estar usted inclinado a aconsejarme después de haber consultado al Señor, sentí una gran alegría ante la esperanza que me da de ver cumplirse los designios del Señor sobre mí. Encuentro con mucha frecuencia un cúmulo de dificultades para la ejecución de ese proyecto, pero si viene de Dios, siento que no debo temer que algún obstáculo resista a su voluntad. Es a mí misma a quien temo más que a todo lo demás.

Hablé con mi confesor de lo que usted me señalaba sobre mi proyecto. Primero me dijo que iría allá para volver, que era ligereza, que después de haber intentado diferentes cosas, como el Palomar, los Incurables, esto estaría marcado por el colmo de la inconstancia, que él habría preferido más bien que no abandonara el proyecto que tenía de asociarme con algunas personas para vivir en sociedad en calidad de pensionistas en la casa del Retiro de Rennes, y ocuparnos juntas de obras de caridad. Le dije que no haría nada sin su consentimiento, que el de usted era que me refiriese a él en todo lo que me propusiera, que incluso me recomendaba no insistir si su consejo no era conforme al de usted.

Le pedí permiso para mostrarle su carta. Algunos días después me dijo que no me prohibía pensar en ese proyecto, al que encuentra sin embargo grandes dificultades, tanto de parte de la casa en la que debe realizarse como de mi parte. El piensa primero que en una comunidad todas las novedades no son vistas con buenos ojos y que un gran número de religiosas podrían no aprobar esto. Le respondí que no se trataba de vivir totalmente en común como ellas, sino siempre en la dependencia, no mezclándose en nada en la casa sino en la medida que quisieran, en calidad de ayuda, en los tiempos que no estuvieran tomados por las buenas obras de las que incluso me ocuparía sólo por obediencia.

Por mi parte, y es lo que más le impresiona, piensa que es imposible que no encuentre muchos obstáculos al bien que querría hacer. Piensa que no entrarán en mis planes y que no estaré contenta. Creo también que él encuentra ahí dificultades que vienen de mi carácter. A mí también me inquieta. Es sobre todo la desigualdad de humor lo que temo para vivir en

comunidad, mi extrema sensibilidad y susceptibilidad. Cuando me encuentro en esas molestas disposiciones, evito tanto como puedo la sociedad, porque así evito ocasiones para tener ese mal humor, y entonces estoy inclinada a permanecer mucho en soledad. Todo eso viene de que no sé vencerme. Pero ¿puedo esperar reformarme a la edad que tengo, de manera que esos defectos no sean una gran dificultad? Sé que todo es posible al hombre por la gracia de Jesucristo, y es de ese divino Salvador de quien espero todo. Lo que me inquieta en eso es que el Padre de la Croix me dijo que el género de vida al que Dios nos destinaba se encontraba habitualmente en armonía con nuestro carácter y nuestras inclinaciones. La única cosa que le haría ver una apariencia de posibilidad en este proyecto es su consentimiento. Por lo demás, me dijo que sólo tenía que escribirle sobre eso, que usted podía haber hecho nuevas reflexiones sobre el asunto.

No le he escrito más pronto porque pensaba que mi carta no lo encontraría aún de regreso del viaje que proyectaba para los primeros días de octubre al seminario de San Meen, y deseaba también poder decirle muy exactamente lo que pensaba el Padre de la Croix. El me recomendó mucho que me mantuviera en la disposición de hacer la voluntad de Dios cuando la conociera y que dijera con frecuencia a Nuestro Señor "Habla, tu sierva escucha", o con otro Profeta, "Heme aquí, Señor ¿qué deseas de mí? Estoy dispuesta a hacer lo que te agrade." Es lo que repito con frecuencia interiormente. El Padre de la Croix me dijo también que dejaría un bien cierto por otro incierto. Me dijo que Dios quería a veces de nosotros que consintiéramos a cosas cuya ejecución él no quiere, y me citó ejemplos en los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Pero me exhortó mucho a mantenerme siempre en la disposición de obedecer a la voluntad del Señor tal como sea. Temo que los defectos que conozco en mí, de los que le he hablado, y los que no conozco pero que los otros ven sean un obstáculo, como el de la desigualdad de mi carácter, y mi apresuramiento y mi actividad para ocuparme primero de todo lo que me gusta, y mi facilidad para disgustarme de las cosas que más he deseado. La experiencia que hice cuando estuve en el Palomar me hace temer. Sé bien que esta asociación es muy diferente, pues en el fondo se conserva la libertad, aunque se la sacrifique cada año. Nada de clausura, y se conserva el ejercicio de las obras de misericordia de toda especie.

También debo decirle, Padre, que a veces he pensado, pero sobre todo en la Cruz, al fin del retiro, que Dios no me quería en ese lugar, pues sentía tal prisa por dejarlo que me parecía que la tierra ardía bajo mis pies. Es verdad que, desde el momento en que hice la gestión de hablar con la superiora, que usted me había aconsejado en el curso del retiro, me calmé; cierto que en ese momento estaba decidida mi partida, pero me parecía que me habría quedado con gusto algunos días después de eso. Jamás he podido definir bien esa extrema impaciencia que sentí de irme ese mismo día en que el Stmo. Sacramento estaba expuesto todo el día.

Las razones que me vienen a la mente son también la pena que sentía al no experimentar el consuelo que esperaba, después de haber hecho ese sacrificio que Nuestro Señor me exigía. La inquietud que tenía al no poder sentir contrición y al parecerle tan insensible como estaba, el tormento que experimentaba en todas mis disposiciones, y la incertidumbre de mi suerte y la perplejidad al no saber por qué decidirme, creyendo faltar a la gracia de Dios y no sintiéndome con fuerzas para hacer lo que creía me inspiraba. Creía también que usted se iba el día del fin del retiro y yo no estaba bastante tranquila para poder comulgar sin ir a confesarme.

Ahora todo mi deseo es que me prescriban la voluntad de Dios y espero que todo mi cuidado será seguirla. Usted me ha dado la decisión del P. de la Croix como la señal por la cual debo reconocerla. Le he obedecido y no he insistido, sin embargo le he pedido que me deje explicarme sobre todo esto y él me ha invitado a hacerlo. El recomienda el asunto a Dios y no me prohibe ocuparme de eso, pero no se pronuncia y creo que no lo hará sino sobre lo que usted me haga saber.

Respecto a lo que el P. de la Croix me dijo que él pensaba que yo no debía abandonar mi proyecto de asociarme con algunas personas en esta casa, le objeté que la idea que yo había tenido estaba fundada primero en la situación de la casa desprovista de sujetos, que la ponía en condiciones de recibir pensionistas, cuya elección se hacía interesante en una casa de retiros, pero parecía que los designios de la Providencia no son que se las reciba, pues no se presentan en los tres años desde que se decidió recibirlas. En el caso en que las hubieran recibido, es cierto que pensionistas como las que yo deseaba habrían sido adecuadas para ayudar a esas señoritas del Retiro a suplir lo que ellas no habrían podido hacer debido a su pequeño número. Les llegaron cuatro sujetos para reemplazar a las cuatro que se habían ido. Una persona extranjera que no conozco, pero que se había dirigido a mí, pensaba en esta casa y parecía tener los mismos proyectos que yo, pero se ha ido. Por todo eso no parece por ahora que los designios de la Providencia sean traer pensionistas aquí. Cuando yo vine, parecían desear mucho que otras siguieran mi ejemplo. Pero cuando vieron venir personas parece que renunciaron a la idea de las pensionistas.

En cuanto a mí, la idea de mi proyecto me hacía lamentar que no vinieran de las que yo deseaba. Pues yo no deseaba indistintamente cualquier clase de pensionistas, por el contrario, había algunas que temía. Por otra parte, he hecho notar al P. de la Croix lo que yo deseaba practicar con relación a la obediencia y a la pobreza en lo personal (pues no quiero renunciar a nada de hecho, para ayudar a los pobres), sin embargo yo querría estar tan desprovista de todo para mí como si hubiera renunciado solemnemente a todas las cosas, y eso no era practicable en esta casa que es sólo una asociación y en la que no sería realmente posible, como usted lo comprendió de inmediato, que pensionistas practicaran entre ellas lo que las mismas religiosas no practican — sea que tomen la decisión de someterse completamente a la superiora de la casa, sea que tuvieran una superiora entre ellas, lo que supondría dos sociedades en una, y sobre todo dos cabezas, lo que no puede conciliarse como usted pensó, y lo que me hace desesperar completamente del proyecto que le presenté en San Carlos desde ese punto de vista y al que usted no vio ninguna apariencia de éxito.

Antes de ir a la Cruz yo había pensado encontrar una casa de la que se pudiera depender, y pedía con frecuencia a Dios que me hiciera conocer una persona que fuera adecuada para estar a la cabeza de esta buena obra, si debía resultar para su gloria. Le confieso, Padre, que casi en seguida que lo conocí esperé que Nuestro Señor me haría esa gracia, y cuanto más lo veo, más deseo ponerme completamente entre sus manos para hacer lo que más agrade a Nuestro Señor. Si él le inspirara permitirme hacer el voto de obedecerle, me parece que todas mis dificultades se desvanecerían, yo pondría todas mis fuerzas en la obediencia que daría a mi Señor Jesucristo en su persona. Lo que usted me respondió sobre eso en la Cruz me ha impedido volver a hablarle de ello en mi última carta, y temería incluso haberme hecho ilusión a mí misma, pero pienso en ello cada vez más y espero que, lejos de ser contrario a la voluntad de Dios, sería tal vez para mí el único medio de seguirlo total y constantemente, pues tengo todos los motivos para temer mi inconstancia. Pero sobre ese punto como sobre los otros me someto a todo lo que usted juzgue

que será la mayor gloria de Dios.

Recordé también al P. de la Croix una cosa que me hace pensar que Dios no quiere que el proyecto se realice aquí. El deseo de cumplir en esto lo que yo pensaba que podría entrar en los designios de Dios sobre mí, me comprometió a pedirle permiso para arrendar cuatro cuartos muy cerca del Retiro. Mi proyecto era recoger allí a algunas pobres mujeres enfermas de las más abandonadas que se encontraran sin recursos, como las del campo, o las que por tener enfermedades largas no pueden ser recibidas en los hospitales y en consecuencia son las más infortunadas. Pensaba tener cinco camas en honor de las cinco llagas de Nuestro Señor. Le dije al P. de la Croix, que me prometió arreglar eso, que esperaba que cuando tuviera pobres el Señor me enviaría a alguien para ayudarme a cuidarlas, lo que podría dar inicio a mi proyecto. Por mucho que lo deseaba y por mucho que he buscado, eso no ha podido resultar por falta de un alojamiento cómodo.

Antes de recibir su carta, no esperando ver realizado tan pronto mi proyecto, tenía siempre el pensamiento de aprovechar el pretexto de las aguas para ir primero a Dinan y de ahí a la Cruz, a fin de no dar a conocer nada de mis proyectos. Lo que usted dice de no poner lentitud en todo lo que tenga que hacer si se realiza mi viaje, me hace pensar que tal vez sería más agradable a Dios irme más pronto a la Cruz, y que tal vez sería pasar el límite de la prudencia humana tomar un pretexto para no dar a conocer nada, pues sería decirlo públicamente si partiera en esta estación, y entonces no podría dejar de comunicarlo a mis parientes antes de hacerlo, y ellos no dejarían de oponerse, en circunstancias que esto podría hacerse, por lo que pienso, sin la menor sospecha; se extrañarían menos al verme ir a la Cruz el año próximo de lo que estuvieron este año.

De aquí a entonces, yo podría aprovechar este intervalo para disponer todo sin que se dieran cuenta, para que pueda (permanecer allí) sin estar obligada a volver, si la Providencia me destinara a quedarme del todo allá. En la Cruz, yo podría permanecer el tiempo que usted juzgue conveniente, sin que otras personas, fuera de la superiora, conocieran mi proyecto.

Tengo aquí varias cosas que arreglar para diferentes personas de las que me ocupo. Trataré de arreglar eso de manera que las cosas que no puedan ser terminadas por mí lo sean por personas conocidas mías. Yo había pensado antes de recibir su carta que yo aprovecharía el pretexto de las aguas si usted pensaba que debía ocuparme de mi proyecto, y yo pensaba ir primero a Dinan, por lo que tengo y tendré la mayor necesidad de su consejo antes de emprender nada. No quiero, no puedo decidirme a nada sino por lo que usted me diga. El movimiento interior que experimento y la razón coinciden perfectamente en este punto. Me parece que el Señor que permitirá la empresa no podría dejar de querer también los medios que deben hacerla resultar. Le confieso, Padre, que no sentiría ningún valor sin ese apoyo que me sería dado por Nuestro Señor mismo.

### (Voto de obediencia al Padre de Clorivière)

Señor Dios todopoderoso y eterno: yo, Adelaida María Champion de Cicé, prosternada en vuestra presencia, aunque muy indigna, confiándome sin embargo en vuestra bondad y misericordia, hago voto a vuestra Divina Majestad, en presencia de la gloriosa Virgen María y de toda la corte celestial, de obediencia al Señor de Clorivière, bajo la autoridad de todos los superiores legítimos, suplicando muy humildemente a vuestra Bondad infinita, por la preciosa Sangre de Jesucristo, que os dignéis recibir este holocausto en olor de suavidad; y puesto que me habéis concedido la gracia de desearlo y de ofrecéroslo, concedédmela también para continuarlo y cumplirlo por el resto de mi vida.

Amén, 6 de junio de 1790.

VIII

(Resolución de observar fielmente sus votos) 160

Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo y su Santa Madre.

Me propongo con la gracia de Dios hacer todo lo que dependa de mí para cumplir mis votos con tanta más fidelidad cuanto más infracciones tengo que reprocharme, que el tiempo que me queda para reparar el pasado es necesariamente corto, siendo de edad avanzada, que las gracias que Dios me ha hecho han sido mayores y más seguidas durante todo el curso de mi vida y mis resistencias casi continuas.

Quiero empezar, con relación a mi voto de pobreza, por desprenderme de corazón de todo lo que tengo, o de todo lo que podría tener; a despojarme sin cesar interior y exteriormente en la medida que la obediencia me lo permita. Opondré a este apego a los bienes de la tierra, que ha sido para mí origen de tantas faltas, el mayor desprendimiento. No me contentaré con no amar esas cosas y no apropiármelas sin permiso, sino muy persuadida de que pertenecen al Señor, haré lo mismo que los que no han abusado de ellos mereciéndolos más que yo, y los emplearé a su servicio con alegría, si agrada a Dios.

Si él me reduce, para mi mayor bien, a depender totalmente de los otros para lo necesario y que no pueda recuperar nada, lejos de afligirme, me esforzaré para alegrarme de eso y aprovecharé esa situación en toda ocasión para reducirme a la condición de los pobres. Me aplicaré a despreciar todas las cosas de las que era desdichadamente esclava, todas las veces que se presenten a mi memoria. Recordaré que por indignas y miserables que son, en un tiempo compartieron los pensamientos de mi mente y los afectos de mi corazón con mi Dios, que mi apego por ellas fue para mí el origen de una infinidad de pequeñas injusticias hacia el prójimo

\_

<sup>&</sup>lt;sup>160</sup> Escrito sin fecha ni título.

haciéndome faltar en darle lo que le era debido en estricta justicia, con más frecuencia que la justa compasión por sus necesidades habría debido comprometerme a darle para socorrerlo.

Hubo un tiempo considerable en mi vida, incluso después de mis compromisos religiosos, en el que tuve el corazón como totalmente cerrado a las necesidades del prójimo. Mi situación temporal me sirvió de pretexto para desconocer completamente el abandono a la Providencia, aunque me fuera recordado con frecuencia por aquel que estaba en condiciones de juzgarlo todo. A pesar de sus consejos y sus reproches, con frecuencia me afligí y me entristecí por mi posición. Daba como pretexto la dificultad en que me encontraba para proveer a la despensa común, al no recibir nada, lo que me volvía de una tacañería espantosa. Sin embargo, nunca he carecido de nada, pero ese temor me atormentaba sin cesar, y eso procedía, me parece, de dos principios: temía carecer, no digo de lo necesario sino de las cosas que yo creía imposible prescindir, y mi orgullo me hacía temer el depender de los otros. Esas disposiciones me hacían áspera y ávida por el más pequeño interés, sea por la venta de algunos objetos, sea por la confección de algunos pequeños trabajos a los que dedicaba tiempo contra lo que debía a la obediencia, mi superior se quejaba de que ese tiempo lo quitaba a mis deberes. Respecto a las cosas de las cuales me he servido sin exceder por la calidad, estando forzada a hacer uso de lo que tenía mío o de mi hermana, reconozco y creo que es fruto de las saludables reflexiones que me hace hacer lo que veo y lo que escucho aquí. Respecto a esas cosas, creo incluso que no solamente no debía permitirme, como lo he hecho, la multiplicidad debido a que no las compraba, sino que habría hecho mejor desprendiéndome, aunque con pérdida, de algunas cosas que no iban muy de acuerdo con la sencillez religiosa, cosas a las cuales había renunciado y por las cuales el uso me ha dado de nuevo el mismo gusto.

Para poner en práctica alguna reforma, me propongo destinar a aquellas de mis hermanas que pueden necesitarlas y a las que eso no puede perjudicar, algunas bagatelas a las que estaba apegada. Si mis superiores lo aprueban y la situación permite que vuelva a tomar mi antiguo traje negro, me dispondré a hacerlo con la gracia de Dios, sin escuchar mis repugnancias que se hacen sentir un poco por adelantado; me esforzaré en alegrarme en espíritu de esta ocasión para humillar mi amor propio y practicar la pobreza y la sencillez.

En mi comunión de hoy traté de dar mi corazón a Dios más perfectamente que nunca. Deseaba (es el pensamiento que me vino) que estuviera revestido y adornado con la perfección de los tres votos de religión; que esa ofrenda de mi corazón me hubiera desprendido completamente de todas las cosas de la tierra; que Jesucristo sea mi único tesoro; que en oposición a mi sensibilidad por las creaturas, que ha sido para mí el origen de tantas y tan grandes faltas, las ame sólo en Dios, pero que ame mucho más al prójimo, como lo he deseado siempre, para procurar sólo su bien espiritual.

Con relación al voto de obediencia, que no encuentre ya en mí voluntad propia sino que la haga morir de inmediato para expiar mis resistencias a la voluntad de Dios y a los que tienen su lugar para mí.

## Retiro de Pentecostés 1792 161

### Viva Jesús y María.

Tomo la resolución, con la gracia de Nuestro Señor, de tener más respeto interior y exterior en las iglesias, ser fiel a mis ejercicios de piedad sin buscar en ellos consolación, la que recibiré humildemente cuando el Señor quiera dármela, pero no me desanimaré cuando me vea privada de ella. Trataré de conformarme a lo que me digan para la oración.

Obedeceré en todo prontamente, con exactitud, mirando siempre a Nuestro Señor en aquel que se ha dignado darme para ocupar su lugar. Cuando no sepa positivamente lo que debo hacer, trataré de entrar en los sentimientos de mi superior y actuar de manera conforme a sus intenciones. Pensaré con frecuencia que no me pertenezco, sino soy de Nuestro Señor a quien me he dado sin reservas, después de tantas alternativas.

A pesar de todas mis miserias presentes y la vida criminal que llevé en el pasado, no me detendré más en los sentimientos de desconfianza pues me han dicho que no debo hacerlo.

Me aficionaré mucho al ejercicio de la presencia de Dios y a la oración habitual cuando escriba, trabaje, etc., y me esforzaré por recordar el pensamiento de Dios. Tomaré la costumbre, que desdichadamente no tengo, de ofrecerle cada acción. Cuando vaya y venga por la casa, por la calle, ofreceré todos mis pasos a Nuestro Señor, desearé que todos los que dé me acerquen a El y a su Santa Madre.

Trabajaré para ser más dulce, más igual con mis compañeras. Aprovecharé todas las ocasiones para llevarlas a Dios. Ahogaré el sentimiento de envidia que se eleva en mí cuando soy testigo de sus buenos ejemplos que trataré de imitar.

Seré más fiel a la mortificación interior de mis pasiones y a la de mis sentidos.

Me esforzaré por conservar la paz del corazón en las contradicciones. A la primera reflexión, diré del fondo del corazón en esas ocasiones y como me han enseñado a decirlo si me era posible, fiat.

Cumplid en mí, Señor Jesús, vuestra santa voluntad para la gloria de vuestro santo nombre. Pondré más atención y respeto para recibir los sacramentos. Procuraré no perder un minuto y no decir tantas palabras inútiles.

(El manuscrito termina aquí, queda un gran espacio en blanco al final de la página)

<sup>&</sup>lt;sup>161</sup> Parece que este autógrafo no fue publicado en los Escritos policopiados.

# Autógrafo de la Señorita de Cicé, presentando su defensa en el Proceso de la Máquina infernal, 1801 162

Deseo que mi conducta sea conocida, he aquí mi exposición.

No tengo que reprocharme el haber tomado parte en ningún complot, ni haber tenido conocimiento de ello. Pude cometer una imprudencia al procurar el asilo que me pedía a una persona que no conocía; a eso respondo que tuve apenas tiempo para reflexionar, pues la ocasión para hacer un servicio se presentó en el momento mismo en que la Sra. de Gouyon y sus hijas se separaban de mí, y tuve la idea de proponer a la madre que lo llevara con ella y se informara de mi parte si la Sra. Duquesne tendría a bien recibir por dos o tres días a un hombre cuyos papeles no estaban en regla, el que vivía muy tranquilamente en París pero temía que las visitas que hacían entonces con más frecuencia dieran ocasión para revisar sus papeles; que él sólo pedía que lo alojara por el momento, mientras iba al campo donde su familia.

No me informé del nombre ni del país de ese hombre; sólo consideré su posición tal como acabo de representarla. No supe su nombre ni todo lo que me han dicho después de la detención. No me había sido anunciado, y una persona, que como he dicho no fue el señor de Limoëlan, me pidió que le procurara un alojamiento.

Afirmo con fuerza que esa persona lo hizo únicamente por un movimiento de caridad, pues estaba tan lejos como yo de hacer el mal y de sospecharlo. Yo me abstengo de nombrarla y me guardaré de hacerlo pues su inocencia no la protegería de la sospecha como sucedió conmigo. Esta persona no es culpable, estoy segura de ello, y es una injusticia sospechar que lo es. La ley natural me impone el deber de no hacer a los otros lo que no guerría que me hicieran a mí; la religión consagra ese principio. No es el crimen lo que oculto a la justicia, sino la inocencia la que protejo con mi silencio. Esa persona no sabe más que yo del horrible complot, sobre el cual no puede dar ninguna luz. Estoy segura de su ignorancia y no tengo ninguna duda de ello. Pero suponiendo que por imposible, la sensibilidad natural por un desgraciado le hubiese extraviado, le hubiera ilusionado, y que hubiera sospechado de este hombre desconocido del cual le hablaban, jamás habría podido comprometerme de esta manera como también a otras personas. No puede suponerse eso de parte de una persona honesta, y tal es ciertamente la que me habló. Este hombre no le fue anunciado y le es completamente desconocido, no sabiendo siguiera su nombre. Afirmo que la proposición que le hicieron sólo fue aceptada, como va dije, porque lo supe en el momento de la partida de la Sra. de Gouyon. No teniendo otro medio, sin esa circunstancia, el asunto habría terminado ahí con una negativa. Es una prueba de la sencillez con que actué, sin tener el tiempo para reflexionar, siguiendo la primera idea que se presentó, que no dio tiempo para deliberar pues todo pasó en unos cinco minutos.

Soy testigo de que esa persona que querían nombrara experimentó tanto horror e indignación como yo cuando supo el horrible complot después de sucedido. En esa ocasión, como en varias otras, bendije a la Providencia por la conservación del Primer Cónsul. Esta Providencia que vela sobre nosotros lo sustrajo a los peligros que amenazaban sus días, sin duda para hacerlo más que nunca el protector de esta divina religión, tan querida a mi corazón, la única capaz de hacer nuestra felicidad, esta religión de Jesucristo que me enseña a amar a mis semejantes, a hacerles el poco de bien que depende de mí, a desearles más, a no hacer ni desear jamás mal a nadie, bajo cualquier pretexto que sea. Ella me enseña también, cuando mi conciencia no me reprocha nada,

<sup>162</sup> Ignoramos si este texto fue entregado a los jueces o leído en el curso del proceso.

a contentarme con su testimonio en espera de la manifestación de mi inocencia, por la bondad de Dios que la protege, así como por la justicia de mi causa.

### Vuelvo a los hechos.

Cuando la Sra. de Gouyon salía de mi habitación, me dijeron que ese hombre estaba en la calle, esperando una respuesta. Bajé la escalera con la Sra. de Gouyon, a la que rogué que permitiera que él la siguiera, y desde la puerta de la casa le dije a ese hombre, sin verlo pues era noche y hacía muy mal tiempo, que la acompañara hasta su alojamiento. Volví a subir a mi casa. Al día siguiente fui a ver a la Sra. Duquesne. Allí supe cuál había sido el resultado, que la caridad por una parte y la confianza en mí por la otra, habían hecho que aunque no tenían cama se arreglaran para no despedirlo a la hora que era y con un tiempo detestable, pues me habían asegurado y yo lo había repetido que era un hombre muy honrado. Lo vi entonces por la primera vez, pues no había podido distinguirlo en la noche y con el tiempo que hacía. Me repitió las mismas cosas que me habían dicho, y especialmente que sería por muy poco tiempo, que él se iba al campo; esos fueron todos mis informes de él.

La desdicha que tengo, y que me aflige más por haber ocasionado con mi recomendación la pena que sufren las personas más respetables, me ha vuelto más atenta para evitar nombrar a nadie, a propósito de las relaciones más simples y más ordinarias de la vida, por temor a que sean también molestadas. Me lo han reprochado en mis interrogatorios, ése es el motivo. En todo lo que se ha podido o que se podría descubrir de mi conducta, no se encontrará nada de culpable ni que pueda hacerme sospechosa. En mi casa se han encontrado sólo las cosas más inocentes. Sin embargo han abierto dos cajones secretos de mi mesa que guardaban lo más íntimo que yo tenía, las cartas de mis hermanos. Si hubiera habido algo que me hiciera sospechosa, ciertamente lo habrían encontrado.

Hago notar que basta examinar mi conducta desde la detención de este hombre para reconocer que no tengo ningún conocimiento de este espantoso asunto. Sin esta ignorancia, ¿cómo me habría quedado tranquila en mi casa? El domingo por la mañana, al saber que la Sra. Duquesne estaba detenida, mis primeros movimientos fueron ir a presentarme de inmediato, sin ser requerida a hacerlo, tan segura estaba de mi inocencia, de la suya, y de la de las otras personas que contribuyeron a mi solicitud para procurar el alojamiento. Si no me mostré, como me sentí inclinada a hacerlo, por lo menos no vacilé el martes siguiente cuando fui detenida, en dar testimonio de la verdad. Que ella llegue al corazón de los que me escuchan. Espero en Dios protector de la inocencia; él no permitirá que una imprudencia que la caridad excusa se transforme en un crimen que detesta.

(La continuación sobre otra hoja, aunque en la precedente queda aún un amplio espacio en blanco)

¿Podrían ustedes, ciudadanos jueces, sospechar de mí, y acusarme de complicidad, si un movimiento de compasión natural a mi sexo me hubiera llevado a dar asilo a un culpable en el que yo habría visto sólo a un miserable? Si en esta suposición, su justicia guiada por su corazón les hubiera hecho discernir mi inocencia, ¿cómo no la reconocerían, pues es así, en las respetables compañeras de cuya compañía me honro, que sólo vieron, como yo, a un hombre complicado por las circunstancias que deduje? ¿Hay alguno entre ustedes cuyo corazón no hubiera estado de acuerdo con los nuestros si se hubiera encontrado en nuestro lugar?

# Borrador de carta al P. de Clorivière para solicitar la aprobación de la Sociedad (¿1813?)

(escrito sin título y sin fecha)

### Muy h. P.

En nombre de mis hermanas como en el mío propio vengo a suplicar que tenga a bien ser ante el Soberano Pontífice el intérprete de nuestro respeto y de nuestra profunda adhesión a su persona.

Dígnese dirigirle nuestros votos para obtener de Su Santidad que la pequeña Sociedad de María tenga el honor de ser aprobada y de formar bajo su autoridad una nueva Sociedad religiosa, totalmente destinada a dedicarse, en virtud de su plena consagración a los divinos Corazones de Jesús y de María, a la salvación y a la perfección de las almas por todos los medios que estén a nuestro alcance, pues nuestra vocación no excluye ninguna de las obras de misericordia espirituales y corporales que nos es posible ejercer.

Atestiguamos en presencia del Señor, por los ensayos que hemos hecho y la bendición que él se dignó derramar sobre nuestros comienzos por su feliz dirección, muy honorable Padre, en tiempos tan desdichados como los que transcurrieron en nuestra infortunada Patria después del 2 de febrero de 1791, época de nuestra primera consagración, que esta forma de vida ha sido muy útil a nuestras almas, y ahora más que nunca. Estoy íntimamente persuadida de que es obra de Dios y que él mismo inspiró a aquel que me dio por guía en los caminos de la salvación; a él después de Dios es a quien debo la dicha inestimable de conocer el camino por el cual debo marchar en seguimiento de N.S.J.C. y de su Santa Madre, y adherirme inviolablemente a sus Sagrados Corazones.

Humildemente prosternada en espíritu a los pies del Vicario de Jesucristo, unida a usted, muy honorable Padre, y a todas mis Hermanas, le solicitamos para la mayor gloria de Dios, la salvación y la perfección de nuestras almas, su aprobación. A fin de unirnos de una manera más sólida, más útil y totalmente santificante al género de vida religiosa y en cierto modo apostólica que el Señor le ha inspirado, afirmo con toda mi alma la más perfecta obediencia al Soberano Pontífice, y le solicito en nombre de Nuestro Señor, para todas mis Hermanas y para mí, su Bendición apostólica. Y que tenga a bien añadir a la gracia de su Aprobación la de confirmarnos bajo su dirección, nuestro muy honrado Padre y Superior.

### PRMERA CARTA CIRCULAR

(escrito sin fecha ni título)

Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo y su Santísima Madre.

La separación en la que estamos las unas de las otras me pide comunicarme con ustedes, muy queridas Hermanas, para compensarlo en la medida de lo posible. Es siempre una consolación para mí saber que desean hacerse cada vez más agradables a Nuestro Señor y prepararle corazones en los que pueda establecerse. Me uno a ustedes para pedirle esta gracia por su divino Corazón y el de su Santa Madre, y me atrevo a esperar de su infinita bondad que se dignará escuchar una oración tan conforme a su voluntad y hecha con tanto fervor y sencillez.

Ustedes desean que les diga cómo se hacen nuestras asambleas, que tienen lugar regularmente los domingos y fiestas. Ustedes saben lo que se dice en el reglamento. Nuestro Padre desearía que nos conformemos lo más posible a eso. Pero como aún no estamos bastante formadas para eso, él mismo las preside, y esto es aproximadamente lo que se hace:

Después de la invocación al Espíritu Santo y el Ave María, el Padre nos explica sucesivamente un punto de nuestro Reglamento. Mezcla a esas charlas las cosas que más pueden despertar la atención y grabar en la mente y en el corazón las verdades que quiere profundicemos. Con ese fin da ejemplos propios para conmover y animarnos a la práctica de la virtud. Inspira a todas confianza para hacerle las objeciones que se presenten a su mente sobre el tema que se trata, y responde con bondad y solidez que no nos deja nada que desear. La conferencia termina por la oración, como empezó. Decimos entonces las oraciones de la Sociedad. Les enviaré una recopilación en la primera ocasión.

La Bendición de la mesa y la acción de gracias que decimos antes y después de las comidas son, un poco abreviadas, las mismas que se acostumbraba decir en las comunidades. Antes de las comidas no hay que dejar de penetrarse bien de esta máxima: Sea que comamos, sea que bebamos, o cualquier cosa que hagamos, que todo sea para la mayor gloria de Dios y en nombre de N.S.J.C. Por eso cuando se encuentren para comer juntas, sería bueno que recordaran en voz alta esta máxima inmediatamente después de la Bendición. Es de desear, como ustedes lo desean, queridas Hermanas, que todas tengamos un solo corazón y una sola alma para alabar al Señor y a su Santa Madre.

Les recomendamos muy insistentemente que velen para mantener las unas con las otras la unión más dulce y más íntima, lo que se puede esperar sólo si cada una de nosotras está siempre dispuesta a hacer toda clase de sacrificios por la caridad. Si somos bien fieles en eso, Nuestro Señor, conforme a su promesa, estará él mismo en medio de nosotras; él será el alma de todas nuestras conversaciones y actuaremos sólo por el movimiento de su gracia, a condición que atentas a entrar con frecuencia en nuestro interior, o más bien a no salir de ahí, escuchemos en silencio esa voz interior que él se complace en hacer escuchar a los que no tienen otro deseo que el de hacer su voluntad. El nos dirá siempre que lo consideremos a él mismo en el prójimo, y en particular en cada una de nuestras hermanas. Desde ese punto de vista, del que no debemos apartarnos por ningún motivo, con cuánta dulzura y tierna caridad nos comportaremos con cada una de ellas, ya sea nuestra igual o que tengamos alguna superioridad sobre ella.

Esta caridad que nos debemos las unas a las otras no debe perjudicar jamás la caridad general que debemos al prójimo, y que hacemos una profesión particular de ejercitar con todos nuestros

hermanos sin excepción, con la prudencia y la discreción que piden la edad y el sexo respectivo de cada uno de aquellos con los que tenemos que tratar. El espíritu de la Sociedad del Corazón de María no debe ser un espíritu de cuerpo. Nuestra caridad debe extenderse a todos los hombres; a ejemplo del Corazón maternal de la Santísima Virgen, las nuestras deben abarcar todo el universo. Por esa caridad, más que por cualquier otro medio, podemos esperar ganar los corazones a Jesús y a María. Nuestra caridad por el prójimo debe ser pura y desinteresada. Debemos considerar primero la mayor gloria de Dios y el bien de nuestros hermanos (esos dos objetivos se encuentran siempre unidos), sin examinar lo que podría venir a la mente del bien particular de la Sociedad. No hay que hacerse ilusión sobre eso. No hay que reconocer para sí otro bien que el cumplimiento de los designios de Dios.

No sabríamos recomendarles demasiado, queridas Amigas, esta virtud de discreción que pide que cada una se conduzca sólo por el consejo de sus superioras, y que sometan en todo a la obediencia sus opiniones y sus atractivos, por santos que puedan ser. Es el medio infalible para no extraviarnos. Deseamos mucho hacer sentir a todas la importancia de conducirnos por esos principios. Insistimos sobre todo en que jamás se permitan hablar de la Sociedad sin haber obtenido el permiso de los superiores, después de haberles dado a conocer a los sujetos que consideran adecuados. Tampoco se permitirá dar a conocer los libros de la Sociedad, incluso creería muy conveniente que esto estuviera reservado a la superiora. A ella también corresponde hacer que se haga la promesa de no hablar de lo que concierne a la Sociedad y de los miembros que la componen. Les enviaré la fórmula para eso. Será bueno que todas las personas que componen la Sociedad tomen ese compromiso en presencia del Señor. Esto se hace de rodillas, porque es una promesa que se hace a Dios, inmediatamente después del acto de consagración, es decir, después del Te Deum que se dice en acción de gracias. Se está obligado al secreto independientemente de esta promesa, y esta obligación es grave porque la materia es importante; pero la promesa que se hace sirve para grabar más profundamente su recuerdo en nuestro espíritu.

Tienen mucha razón al pensar que las primeras hijas de María deberían ser el ejemplo de todas las virtudes, pues las que vengan después deben encontrar en ellas modelos de lo que deben llegar a ser para responder a su santa vocación. Unámonos pues todas, queridas Compañeras, para obtener de Nuestro Señor por intermedio de su Santa Madre una poderosa gracia que nos haga triunfar completamente de nosotras mismas y renunciar a todos nuestros miserables pequeños intereses para no tener ya otros que los de N.S.J.C. nuestro divino Maestro, y de nuestra Augusta Reina la Santísima Virgen. El gran medio para llegar a tan grande felicidad es para cada una de nosotras la fidelidad a nuestra santa vocación, que pide que vivamos en la práctica de los consejos evangélicos, práctica en la somos dirigidas por la Regla de Conducta que podemos creer con razón fue dictada por el Espíritu Santo para cada una de nosotras.

Por eso, no pongamos nuestra perfección en las cosas exteriores o en las gracias extraordinaria que no dependen de nosotras, sino en la exactitud para cumplir nuestros deberes en los que debemos tener mucho cuidado de instruirnos bien, sobre todo en la perfección de la caridad hacia Dios y el prójimo. Si esta caridad es verdaderamente grande, los efectos serán grandes también. Trabajemos con cuidado infatigable y continuemos sin descanso la gran empresa que hemos formado, de tender a la perfección y de llevar a ella el mayor número de almas que nos sea posible, con el auxilio de la gracia divina, aunque nos parezca a veces que no sacamos ningún fruto de nuestro trabajo. Apliquémonos en consecuencia a adquirir las virtudes sólidas de humildad, mansedumbre, paciencia, perdón de las injurias y apoyo del prójimo. Esas virtudes, si las practicamos con fidelidad, harán nuestros corazones verdaderamente conformes con los de nuestro divino Maestro y de nuestra Santa Madre.

Tengamos también mucho cuidado para no turbar en nada el orden de la sociedad y de las familias. Es preciso que una superiora de la Sociedad esté bien atenta para discernir lo que es de su competencia y lo que no lo es para la dirección de un sujeto; debe recordar siempre que cada una puede y debe permanecer en su estado, y ella no puede prescribir nada contrario a los deberes que éste exige. Los compromisos que se contraen en la Sociedad no solamente deben santificar los deberes que impone a cada una su estado particular, sino también facilitar su práctica y suavizar todo lo que podrían tener de penosos por los grandes motivos que deben animarnos, cuando se ha tenido la dicha de darse enteramente a Dios, sea por el primer acto de consagración en la Sociedad de las hijas del Corazón de María, sea más estrechamente aun por la consumación del sacrificio religioso.

Recordemos con frecuencia, queridas hermanas, lo que jamás debemos olvidar, que estamos en el mundo sin ser de él, y que sólo estamos ahí para procurar la gloria de J.C. a quien pertenecemos únicamente. Pero al mismo tiempo, evitemos al exterior toda singularidad que no sería ordenada por la virtud y la modestia. El nombre que tenemos la dicha de llevar, de hijas del Sagrado Corazón de María, debe recordarnos que debemos trabajar sobre todo en formar nuestro interior sobre el Modelo que nos es dado. Consideremos con frecuencia si nuestro interior tiene alguna semejanza con ese Templo del Espíritu Santo, el Corazón de la Purísima María, a imitación de cuyas virtudes debemos dedicarnos sin cesar.

Nuestra dedicación a su servicio debe ser sin límites. Después de su divino Hijo, ella debe tener para nosotras lugar de todas las cosas; no sabríamos amarla y respetarla demasiado. Uno de los puntos principales de nuestra institución tiene por objeto compensarla de tantos homenajes que le han sido arrebatados por la supresión de las Ordenes religiosas, y por tantos insultos que le han hecho en estos desdichados tiempos. Nuestra confianza en ella debe ser tal que lo esperemos todo de su protección, porque ella es para todos los hombres, y de una manera especial para nosotras, el canal de las gracias cuya fuente es Jesucristo.

Las conjuro en nombre de nuestro divino Maestro, muy queridas hermanas, a unirse a ella de la manera más íntima, entrar en los sentimientos de la hija más tierna y más sumisa hacia la Madre más querida y más digna de serlo; pronunciar su nombre con respeto y amor. Si toman la costumbre, serán ustedes temibles al infierno y podrán emprenderlo todo contra él, en nombre de Jesús y de su Santísima Madre.

Aplicándonos así a las virtudes interiores, no debemos descuidar sin embargo la edificación común. Por la gracia de Dios, pongámonos por encima del respeto humano; seamos por todas partes el buen olor de Jesucristo; no nos avergoncemos jamás de él delante de los hombres para que él nos reconozca un día delante del Padre celestial. Perteneciéndole de tan cerca, sería en nosotras una gran cobardía si temiéramos que se nos reconozca como siervas de J.C., y si sucediera, como podemos esperarlo, que tuviéramos que sufrir algo por el divino nombre de Jesús, por indignas que seamos de semejante favor, a ejemplo de los apóstoles, abramos nuestros corazones a los más dulces sentimientos de alegría.

Pero el celo debe ser dirigido por una prudencia celestial que nos haga tener un justo medio entre el exceso que nos haría actuar con imprudencia y perjudicar la obra de Dios, y el que nos haría omitir lo que es para la mayor gloria de Dios y la salvación del prójimo. Un ardiente deseo de su propia perfección y de la de las almas que nos son confiadas nos hará siempre evitar esos excesos, bajo la dirección de la obediencia.

La rendición de cuenta de conciencia es una práctica muy importante. Nuestro Padre la puso en un día que facilita a todas ese ejercicio, que podría espantar primero a algunas personas que no se

forman una justa idea de ella. Que no se asusten de una cosa que sólo sirve para iluminarlas sobre sus deberes, animarlas en la práctica de todas las virtudes, consolarlas, sostenerlas en sus penas y enseñarles a sacar de ellas todo el fruto que el Señor desea saquen de ellas. Les enviaré la instrucción que nuestro Padre escribió sobre eso. No quiero añadirle nada. Esa instrucción comprende todo. Deseo que la práctica sea entre nosotras tan común como ventajosa. Dios nos conceda la gracia de aprovecharlo bien.

Tuvimos la dicha de tener un retiro para prepararnos a nuestra gran fiesta. El Padre nos predicó tres veces por día. Nuestra reunión fue tan considerable como podía serlo en el pequeño espacio que ocupamos. Cuatro de nuestras Hermanas tuvieron la dicha de hacer sus votos; tuvimos tres nuevas consagraciones, y todas renovaron sus santos compromisos. Este retiro nos dio mucho consuelo. Estuvimos muy unidas de corazón y de alma con ustedes, especialmente en el gran día del triunfo de nuestra Santa Madre. Le hemos rogado y le rogamos de todo corazón que dirija sobre todas sus hijas una mirada de benevolencia y de ternura que las anime y las sostenga en la continuación de la santa empresa que han formado bajo sus auspicios. Que con el auxilio de esta poderosa intercesora podamos, queridas hermanas, hacernos cada día menos indignas de la felicidad de pertenecerle de una manera tan particular.

Prosternémonos todas a sus pies para pedirle esta gracia, su bendición y la de su divino Hijo.

Especialmente de mi unión de oraciones y de buenas obras con ustedes, queridas hermanas, espero las gracias particulares que tanto necesito para cumplir la voluntad del Señor. Me recomiendo muy especialmente a ustedes, y les aseguro que no podría ser más de verdaderamente toda de ustedes en general y de cada una en particular como tengo la felicidad de serlo en nombre y por el amor de N. Señor Jesucristo y de su Santa Madre.

### SEGUNDA CARTA CIRCULAR

(escrito sin título y sin fecha)

Alabado sea N.S.J.C. y su Santísima Madre.

Muy queridas hermanas,

Es con gran satisfacción como recibo de cada una de ustedes la agradable noticia de nuestra unión en las Sagrados Corazones de nuestro divino Maestro, de nuestro celestial Esposo, y de nuestra Augusta Reina que es al mismo tiempo nuestra tierna Madre. Los bendigo mil veces por haberse dignado escogerlas a ustedes para trabajar unidas en santificarnos y responder a los designios muy particulares que el Señor tiene sobre nosotras desde toda eternidad, de dedicarnos más especialmente a su servicio trabajando con todas nuestras fuerzas en ganarle corazones después de haberle dado completamente el nuestro.

Las obras santas y conformes a nuestra santa vocación a las que varias de entre ustedes están ya consagradas por la divina Providencia, son todas adecuadas para hacerlas alcanzar el objetivo que nos proponemos. Las que se dedican a la instrucción de la juventud tienen un motivo muy particular para llevar una vida muy santa, para que la lección del ejemplo siempre tan poderoso, sobre todo para la juventud, sea en todo semejante a las instrucciones que dan. El excelente proyecto que forman de perpetuar las obras de celo a las que se dedican formando virtuosas maestras de escuela, es un motivo más para exigir ese cuidado de su parte, a fin de que ellas mismas y las que ellas instruyen puedan ser por todas partes el buen olor de Jesucristo.

Lo mismo para las que son llamadas a cuidar enfermos. Este empleo es admirable y les proporciona continuamente la ocasión para abrir el camino al cielo a las almas que se habían apartado de él hasta su entrada en el hospital; sostener y consolar a las que lo necesitan; recordar las primeras verdades de nuestra religión, olvidadas, desconocidas por unas y descuidadas por otras; en una palabra, animarlas a todas en el camino de la salvación. Este empleo, consagrado por los mismos elogios de nuestro divino Salvador, mientras vivía entre nosotros, tiene con qué encantar a un alma que lo ama cuando piensa que él dijo: Todo lo que hacen al menor de los míos, a mí me lo hacen. Cuánta confianza deben inspirarles durante la vida, y especialmente al momento de su muerte, esas obras practicadas en su nombre, con fe viva, sin acepción de personas y hechas únicamente por amor a él. Según San Vicente de Paul, ese héroe de la caridad cristiana, la paz del alma, ese bien inestimable, es particularmente a la hora de la muerte el fruto de la práctica de las obras de misericordia ejercidas durante la vida.

En lo que se refiere a aquellas de nosotras, queridas hermanas, que la divina Providencia retiene aún en medio del mundo, es sin duda también para edificarlo y santificarnos. Jamás hay que perder de vista lo que nos es recomendado tan especialmente, estar en el mundo sin ser del mundo, no conformarnos jamás con el mundo presente en todo lo que puede herir nuestra conciencia, lo que pide que nos elevemos, por gracia de Dios, por encima del respeto humano, sin extrañarnos si somos objeto de burlas y de menosprecio de un mundo anti-cristiano. Sólo nos sucederá lo que les ha sucedido a todos los que han seguido a Nuestro Señor Jesucristo en esta tierra que habitamos, que han participado en sus penas, en sus oprobios y en sus sufrimientos, y que comparten ahora con él sus alegrías y la gloria eterna que él les ha merecido. Tengan horror

a todas las máximas del mundo condenadas por el Santo Evangelio.

En lo que se refiere a la manera de conducirse exteriormente cada una en su estado, sigan la dirección de la obediencia. Dios no permitirá jamás que se pierdan en este camino por el cual marchan en su seguimiento bajo la dirección de superiores tan celosos como ilustrados, que él ha escogido en su bondad para establecer esta obra santa en su patria.

No puedo decirles cuánto me felicito por la felicidad de encontrarme unida a todas ustedes, yo que estoy desde tanto tiempo separada de mis compañeras. Los vínculos que me unen a ustedes y que me hacen, por gracia de Dios, participante de sus buenas obras, me consuelan un poco de mi inutilidad. Espero más aún de nuestra unión. Espero que sus virtudes y el bien que hacen atraerán sobre las dos Sociedades mayores gracias del Señor, y que obtendremos el éxito que esperamos en este país, para la mayor gloria de los divinos Corazones de Jesús y de María, y el bien y el consuelo de varias santas almas que aspiran a la misma felicidad que ustedes. Las exhortamos a todas en el Señor, a las que están ya separadas del mundo en santos asilos y a las que la Providencia retiene aún en él, a que vivan juntas en una unión semejante a la de los primeros cristianos, que debe ser el modelo de la nuestra. Acordémonos que ellos tenían un solo corazón y una sola alma, y que su caridad, que les hacía comunes todos los bienes espirituales y temporales, sea imitada por nosotras en la medida de lo posible, según las reglas de una sabia discreción siempre dirigida por la obediencia.

Apeguémonos más particularmente a las virtudes interiores. Que ellas sean como el alma de todos sus actos exteriores. Que los Sagrados Corazones, objeto de nuestro amor, lo sean también de nuestra imitación en la práctica de las virtudes. Saquemos de ellos el amor de N.S.J.C. y el de su Santa Madre. Esforcémonos en distinguirnos en ese amor y esa confianza filial hacia la Santísima Virgen que pertenecen sobre todo a las hijas de su Corazón, y pidamos las unas por las otras, por ese Corazón Sagrado, la gracia de unirnos estrechamente a ella y a su divino Hijo, de procurar la gloria de Dios, en la medida que él nos haga capaces de hacerlo, formando aquí en la tierra todas juntas un corazón y un alma, para que esta unión sea perfeccionada y consumada en el cielo al que aspiramos. Son los deseos que formula en todo momento, muy queridas hermanas, su muy adicta y muy afectuosa hermana y servidora

María Adelaida que se recomienda muy especialmente a sus oraciones

### RECUERDOS DE MADRE DE SAISSEVAL

(Extractos que conciernen a Madre de Cicé)

- (1801) "Vi varias veces a la señora de Carcado, y todo lo que ella me decía de la Sociedad me encantaba. Vi también a la Señorita de Cicé, que sólo me habló de cosas generales,
- (1802) Ella iba a partir para reunirse en Aix con su hermano, Mons. de Cicé <sup>163</sup>. Supe lo que ella era, pero sin comprenderlo bien.
- (1803) (regreso de M. de Cicé desde Aix) "Aunque esa estadía fue corta, en mi viaje a Marsella vi a una señora que se asemejaba, aunque muy joven entonces, al aire de bondad de la Señorita de Cicé..

Yo estaba en casa de la Señora de Carcado cuando ella llegó, no se puede describir la alegría que estalló en ese momento.

... Ella se alojaba en la calle Nueva Sta. Genoveva. Yo me sentía tan bien viendo con frecuencia a la Señora de Carcado que fue necesaria una orden para que fuera donde la Señorita de Cicé, pero pronto sentí la felicidad de conocerla más por la manera plena de bondad con que ella me recibía y el consuelo que encontraba al abrirle mi corazón. Encontré, como lo pensó también la Señora de Carcado, que debía dirigirme a ella sola, pues en las conferencias religiosas que tenía con la Señora de Carcado se mezclaban todavía a veces algunos recuerdos del mundo; era el medio para hacer más progresos... La Señora de Carcado me había dicho en resumen: piense lo contrario de lo que piensa el mundo, haga lo contrario de lo que hace el mundo; la sola vista de la Señorita de Cicé decía mucho más a mi espíritu.

Mi corazón estaba más con la Señora de Carcado, pero yo quería esforzarme para hacer lo mejor que pudiera para responder a la vocación que Dios me había dado y cuyo valor sentía felizmente.

La Señorita de Cicé vino a hospedarse en la misma casa que la Señora de Carcado quien, después de haber estado encerrada en los carmelitas durante el Terror, había vivido en su castillo des Forts en 1798, con sus sobrinos a los que educaba. Ella recibía allí a sacerdotes del Corazón de Jesús, y el P. de Clorivière le dio a conocer la S. de las H. del C. de M., y posiblemente a la Señorita de Cicé, que se convirtió en su madre y su superiora.

Ellas no comían juntas, pero se veían mucho, sin embargo menos de lo que la Señora de Carcado habría deseado para su conciencia, pues no podía molestar a las que venían de fuera para hablar con la Señorita de Cicé, y tal vez también porque esto no era tan necesario como ella creía. Me dijo con frecuencia: es una prueba que Dios me da. A ella le habría gustado someter todo a la obediencia y me dijo que una circunstancia le había enseñado la necesidad. Era antes de mi llegada a Francia, en el momento en que empezaba a conocer la Sociedad; se separó de sus amigas para vivir con la Señorita de Cicé en un barrio muy apartado, y al regresar ella le manifestó su descontento diciendo Verdaderamente es el fin del mundo. La Señorita de Cicé le dijo: Fui yo quien escogió

-

<sup>&</sup>lt;sup>163</sup> M. de Cicé dejó París al mismo tiempo que su hermano. Los Recuerdos, escritos en 1845, mucho tiempo después de los hechos, contienen algunos errores debidos a fallas en la memoria de M. de Saisseval.

<u>ese alojamiento</u>. No se necesitó más para formar para siempre a la Señora de Carcado en la obediencia de juicio.

La necesidad de reunir a las h. de M. en las asambleas obligaba a esas señoras a tenerlas a veces fuera de sus casas, sea en la isla San Luis, en casa de las Señoritas Bertonais, sea en Marais, en casa de las Señoritas Potel. Ellas llevaban allí a la Señorita d'Acosta y a mí. Eramos muy puntuales, sobre todo a las que se tenían en casa de <u>Mademoiselle</u> o Madame, que era como las nombrábamos...

La salud de la Señorita de Cicé, siempre muy mala, parecía reanimarse en esas épocas, y ella tenía siempre cuidado de tener algo para darnos un frugal almuerzo.

Jamás he visto a nadie más ocupado en agradar a Dios en todas las cosas, sea que orara, sea que escribiera, siempre era el amor de Dios lo que salía de sus poros. Ella me leía con mucha frecuencia lo que escribía, y siempre tenía un nuevo escrito en cada conferencia. Los hizo sobre los artículos del sumario, pero también le gustaba hacerlos sobre las fiestas más próximas a las asambleas. Ella tenía mucha facilidad para hacer cánticos, el P. de Clorivière los corregía y no le daba ocasión para tener amor propio sobre eso. Noté también cómo le hacía practicar la obediencia y la pobreza; su cuarto era muy pequeño y muy bajo, tenía allí una cama que venía de sus padres, en damasco carmesí; él lo encontró demasiado hermoso y le hizo quitar el cubrecama para que, estando disparejo, estuviera más en relación con el espíritu de pobreza. Cuando yo iba a verla, ella me hablaba mucho de los pobres, cuando salía era para ir a verlos. Estuvo muy contenta cuando la Señora de Carcado, en 1803, tuvo la inspiración de establecer la obra de las Niñas abandonadas. Me asoció a eso la primera de todas, era el año en que yo había hecho mis votos...

Entre sus manos tomamos nuestros primeros compromisos la Señora de Buyer, hermana de la Señorita d'Esternoz, y yo. Yo me confesé antes con el P. de Clorivière, quien me dijo: "Haga de manera que nadie viva en su corazón, hija, y no viva en el corazón de nadie". Esas palabras me impresionaron particularmente y me hicieron comprender lo que significa ser toda de Dios...

La Señorita de Cicé había obtenido de la Señora de Soyecourt el decir todos los domingos, en voz alta, el rosario con los misterios, en los carmelitas. Muchas personas se reunían allí...

### (1808) (El P. de Clorivière acaba de ser trasladado a la Casa de Salud del doctor Dubuisson)

"Como no había necesidad de permiso para entrar en esta casa, tuve la dicha de llevar allí a la Señorita de Cicé que volvía a ver a ese buen padre por primera vez desde su cautividad. Creo poder decir que fue uno de los días hermosos de mi vida. Apenas se abrió la puerta, la Señorita de Cicé se puso de rodillas diciendo: "Padre, deme su bendición". Hice lo mismo, y me quedé en su primera conversación, por temor a hacer nacer sospechas si me retiraba...

El buen padre decía la misa todos los días... El P. de Clorivière nos había comprometido, a la Señorita de Cicé y a mí, a ir a oír su misa; tuvimos la dicha de recibir la santa comunión de su mano y escuchar de sus labios algunas palabras de edificación. Otra vez nos comprometió a cenar con el Señor Bourgeois y la Señorita d'Acosta, nos recibió en su habitación. Entonces nos leyó un plan de casas de la Sociedad, cuya realización en los puntos más esenciales vemos cada día.

La Señorita de Cicé vivía con la Señora de Carcado en la calle Mezière, comiendo separadas. La Señora Guillemain y la Señorita Adenis tenían un pequeño pensionado en esa misma casa. La capilla servía para los retiros, y las reuniones de las H. del C. de M. se hacían mientras las jóvenes estaban en los oficios en San Sulpicio...

La casa de la Señora Guillemain fue vendida para las Hermanas de la Caridad de San Sulpicio algún tiempo después de la muerte de la Señora de Carcado, que ocurrió en 1803. Fue un gran dolor para la Señorita de Cicé, que la cuidó como una tierna madre. Yo compartía sus cuidados y recogía sus pensamientos sobre el establecimiento de las niñas abandonadas, y ella, respondiendo a los temores que yo le expresaba: <u>Dios no</u> necesita a nadie.

- (1814) (El P. de Clorivière es encargado del restablecimiento de la Compañía de Jesús en Francia). La Señorita de Cicé ya no tenía tan frecuentemente noticias suyas, pero siempre daba todos sus cuidados a la Sociedad de las hijas del Corazón de María, que aumentaba poco y le dejaba tiempo para seguir el atractivo de su caridad para las obras de misericordia; me veía con gran placer hacer regularmente con mi hija nuestras visitas al hospital, se informaba de los detalles con mucho gusto y lo tenía también al hablarme de lo que su celo por la salvación de las almas la hacía emprender, tratando de interesar a las personas que podían ser útiles en eso...
  - Como la casa de la Señora Guillemain, donde vivía la Señorita de Cicé, fue comprada por las hermanas de la Caridad de la parroquia San Sulpicio, se vio obligada a dejarla y arrendó un alojamiento en la casa de las Misiones Extranjeras; una tribuna que daba sobre el altar mayor nos servía, cerrando las cortinas, de capilla para las renovaciones. Las asambleas se hacían ahí o en el cuarto de la Señorita de Cicé, cuya salud disminuía cada día. Eso no le impedía salir en coche para las buenas obras y sobre todo para ir a la calle des Postes, a la casita que la Señora de Montjoie, superiora de las Damas de Santa María, había prestado al P. de Clorivière para él y para la Sociedad renaciente de la Compañía de Jesús.
- (1815) Yo iba allí con ella en 1815, cuando en la época del 20 de marzo vino la necesidad de abandonar ese asilo. Nada me impresionó más que la seguridad plena de resignación del P. de Clorivière en esa circunstancia...
  Yo sé que él venía con bastante frecuencia a ver a la Señorita de Cicé y que el gran jardín de las Misiones les servía de paseo...
- (1817) La salud de la Señorita de Cicé se volvía cada día más alarmante, la enfermedad del pecho se declaró con gran fuerza, sufría mucho y siempre con la mayor resignación
- (1818) cuando le presentaban una medicina ordenada por el médico, la bendecía y antes de beberla decía <u>Es el Señor</u>. Ella nos recibía siempre a pesar de su debilidad, y siempre tenía palabras edificantes que decir con su voz desfalleciente. Antes de guardar cama definitivamente, había salido con muy mal tiempo para ir a recomendar al Sr. Ménissier,
- (1819) vicario de la parroquia Santa Margarita, a unos soldados que habían hecho la primera comunión en Rennes; ella me encargó que les comprara libros de cánticos, y me recomendó que diera, y que recomendara a nuestras hermanas que dieran para la bolsa de la Sociedad, dando mucha importancia a que esto no se descuidara.

190

El P. de Clorivière iba con frecuencia a verla en su enfermedad; su sordera y el debilitamiento que la enfermedad del pecho daba a la Señorita de Cicé le impidió recibir su última confesión. Fue el Señor Desjardins, cura de las Misiones extranjeras, quien tenía por ella la más profunda veneración, quien la asistió en sus últimos momentos. Fue un sacrificio para nuestros respetables fundadores que sólo Dios puede apreciar. Ella se hacía llevar a la tribuna en una cama. Antes de la enfermedad que nos la quitó, me hizo tener una asamblea delante de ella en casa de una de las hijas de María, la Señorita Blanquet, que ese día había reunido a un gran número. Fue la última vez que recibieron juntas su bendición. Dos días antes de su muerte ella me dio una particular y dijo a la Señorita Adenis, que se la pidió: *No, la di para usted a la Señora de Saisseval*.

El 26 de abril en la noche, que pasó en la tribuna, frente al altar mayor entregó su hermosa alma a Dios. Se quedó allí dos días, durante los cuales tocaron rosarios a su cuerpo, que tenía toda la flexibilidad de un cuerpo vivo, y su rostro expresaba la beatitud. Todas las h. del C. de María asistieron a sus exequias, y la veneración que ella inspiraba al pastor de la parroquia así como a toda la Congregación de la Santa Virgen reunió junto a su cuerpo a un gran número de jóvenes vestidas de blanco, que no había habido ninguna razón para invitarlas, y la siguieron al cementerio deVaugirard, que fue destruido pocos años después. Tuve entonces el cuidado de trasladar sus reliquias, junto a las de mi madre y las de mi hija, al cementerio del Monte Valeriano, que también fue destruido debido a fortificaciones. Las hice trasladar a las tres nuevamente al cementerio de la ciudad de Nantes en el mes de abril de 1844."

XV

# Publicado en "Nuevos justos en las condiciones ordinarias de la sociedad" por el Sr. Abate Carrón, Lyon, 1822.

Esta corta biografía, de unas sesenta páginas, escrita en 1820, solamente dos años después de la muerte de M. de Cicé, constituye una pequeña colección de informaciones de valor desigual, en la que los biógrafos posteriores han sacado muchos detalles, la mayoría de los cuales nos son muy conocidos. Tomaremos sobre todo el relato de los últimos momentos de nuestra primera Madre.

Conforme al testimonio de la Sra. de Saisseval que lo conoció durante largos años, el abate Carrón, "padre de los pobres, de todos los desdichados... no era de la Sociedad, pero la amaba, la estimaba infinitamente, y nos hizo un retiro que mostró a todas nuestras amigas cómo tenía su espíritu". (cf. carta escrita a Amable Chenu el 17 de marzo de 1821, para anunciarle la muerte del abate Carrón, ocurrida el 15 de ese mismo mes).

Añadimos que el abate Carrón había nacido en Rennes en 1760 y había pasado allí la primera parte de su vida.

Al correr de las páginas notemos esta expresión que pinta a maravilla a nuestro fundador:

Nombrar aquí al padre Picot Clos Rivière es nombrar un evangelio vivo.

Y luego esas líneas que datan la obra:

Su santa vida, que fue un apostolado continuo, terminó este mismo año, 1820, en una casa de retiro en París... Fue delante del Santísimo Sacramento... que el venerable anciano se durmió felizmente en el beso del Señor.

Reproducimos casi in extenso las últimas páginas, las más interesantes para nosotras, debido a algunos detalles que no se encuentran en otra parte:

Sin embargo, la víctima purificada por largos sufrimientos y por todo género de tribulaciones, llegaba al momento de alcanzar su corona... Antes de que el peligro se hiciera inminente, ella quiso recibir los sacramentos e hizo preceder esta ceremonia conmovedora por otra a la que se aferraba con fuerza, la de pedir un perdón general por los escándalos de su vida. Su confesor la invitó a comulgar, ella respondió que se sentía demasiado indigna, y añadió: "Ay, no puedo orar, sólo puedo sufrir". La obediencia la decidió, pero aún pidió que le perdonaran el mal ejemplo que temía haber dado por su resistencia.

Renovó con alegría todos sus compromisos con el Cielo, y no queriendo ocuparse ya sino de sus años eternos, hizo un sacrificio que debió costarle mucho a un alma tan sensible y tan tierna, el de no ver más junto a ella a los sobrinos que amaba como hijos y a todas sus amigas más queridas. Las que vivían lejos de la capital, diseminadas en diversos departamentos, han conservado de ella muy interesantes cartas, momentos preciosos en la amistad; admirables consejos y reflexiones plenas de luces. Pero ella dice a todas, de viva voz o por escrito, un último adiós, a la vez que las bendice para no ocuparse ya sino del adorable Esposo de su alma. Sus manos debilitadas formaban siempre el signo de la cruz sobre las medicinas que le eran ordenadas; jamás sus sufrimientos le arrancaron la más leve queja; el desgarramiento interior de su pecho, las desolladuras de su boca que le hacían tan difícil la posibilidad de tragar, no le quitaban ni un instante de paz y de gozo en Dios. Cuanto más vivos eran los dolores, más se complacía en repetir: "Es mi felicidad". Otras veces decía y repetía con todos los signos de una secreta alegría: "Mis sufrimientos son mi alegría y mis delicias". Otras veces por fin, con una expresión que no se puede repetir, ella observaba a las personas que le presentaban una poción con frecuencia muy

amarga: "Pero, es el Señor". Palabras admirables del apóstol san Juan, palabras que ella se complacía en escuchar salir de los labios de quienes se le acercaban, y a los que le era muy dulce repetir con una voz apagada: "Claro que sí, es el Señor."

Durante toda su vida, Adelaida había encontrado sus delicias en bendecir, alabar y adorar a Jesucristo en el sacramento de su amor: ella había visto transcurrir allí sus más felices, digamos mejor, sus únicos momentos felices...

Durante su larga carrera, considerando los tabernáculos como su paraíso en la tierra, siempre había deseado colocarse lo más cerca posible de una iglesia en la que residiera el Santo de los Santos. En su enfermedad mortal, saboreó ese inefable gozo, pues su apartamento tenía una tribuna frente al santísimo sacramento. Para adorarlo, se volvía sin cesar de ese lado. Hasta sus últimos días se hacía llevar delante del altar: el jueves de la semana de su muerte estuvo allí un gran espacio de tiempo por la mañana; el sábado, a las ocho de la noche, se hizo llevar de nuevo. No pudiendo expresar ya su pensamiento, unía continuamente su corazón al adorable Esposo. Lanzaba una mirada plena de bondad y de ternura sobre las personas que la rodeaban y que le habían estado dedicadas constantemente. Ella escuchó con atención y afecto todas las oraciones que la Iglesia dirige al cielo por los agonizantes, y entregó así apaciblemente su alma en las manos de su Creador, el sábado 26 de abril de 1818, a las cuatro de la mañana.

Sus restos permanecieron en la misma tribuna, expuestos a todas las misas que se celebraron durante tres mañanas, hasta el instante de las exequias. Sus nobles parientes las quisieron más notables de lo que su humildad había deseado expresamente. La madre de los pobres quería ser sepultada como ellos. En esta última ceremonia, todos los testigos se fundían en lágrimas. Todas las jóvenes de la parroquia Misiones extranjeras acompañaron al modelo de las vírgenes hasta su tumba. Por todo el tiempo que su cuerpo permaneció descubierto, sus miembros conservaron una perfecta flexibilidad; su rostro respiraba la celestial beatitud, y todo sobre el féretro, alrededor del féretro, parecía repetir: Soy feliz. Personas respetables que la habían apreciado justamente tuvieron, después de su muerte, una secreta y poderosa impresión de ese sentimiento como involuntario, que la bondad divina no había tardado en recibirla en la mansión de los bienaventurados. El santo sacerdote que la asistió en su última enfermedad quiso poseer algo que le hubiera pertenecido, y lo hizo tocar al cuerpo de aquella que veneraba como miembro de la sociedad triunfante de los elegidos. Sus restos fueron depositados en el cementerio de Vaugirard."

### XVII

#### ALGUNAS NOTAS DE ARCHIVO RELATIVAS A MADRE DE CICE

El testamento de Madre de Cicé, con el expediente anexo, se encuentra en los Archivos Nacionales. Los AHCM poseen una fotocopia de ese testamento y la copia de varias piezas del expediente.

El testamento ológrafo, fechado el 5 de septiembre de 1816, indica los legados hechos por Madre de Cicé a algunos miembros de su familia; se trata sobre todo de bienes familiares. Ella divide luego una renta de la que Catalina Allouard es una de las destinatarias.

Continúa así: En lo que se refiere al excedente de mis bienes, los dono y lego a la dicha Catalina Allouard a quien hago e instituyo mi legataria universal.

Las piezas del expediente anexo hablan indiferentemente de Catalina o Agata Allouard, empleada de la Señorita de Cicé, que vivía en la misma dirección y que es instituida legataria universal, por lo que se puede concluir sin vacilación que Agata Allouard, hija del Corazón de María y fiel empleada de Madre de Cicé a la que no dejó durante toda su vida, llevaba el nombre de Catalina en los certificados de estado civil. Por error los Anales, tomo I, en la tabla de nombres, la hacen aparecer como dos personas diferentes. Hay que añadir – lo que es decisivo – que el P. de Clorivière, al escribir a M. de Cicé el 25 de noviembre de 1807, termina así su carta: "Saludo a Agata, cuya fiesta es hoy". (Cf. II Cartas, pág. 274)

En una "Colección de oraciones" (título ficticio) en el que se encuentran reunidas diferentes obras, se lee en una "instrucción abreviada sobre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús... segunda edición en París... 1824" las indicaciones siguientes:

"Luis XVI, en sus últimos momentos, formula el voto de consagrar su infortunado reino al Corazón de Jesús",

y en nota (2), después de haber mencionado que su confesor, el Señor Hébert, hizo sacar varias copias de eso, añade: "La Señorita de Cicé, tan conocida por su piedad y su celo por las buenas obras, poseía una de esas copias, que había escondido en la grieta de una muralla, y que mostró después a varias personas."

#### XVIII

# CARTA DEL P. DE CLORIVIERE A M. DE CICE a propósito del fallecimiento de la Señora de Carcado.

Aunque esta carta no concierne directamente a M. de Cicé, creemos útil recordarla aquí. Bajo la pluma del fundador se encuentra el retrato de una verdadera hija del Corazón de María, formada por M. de Cicé.

Es un modelo cuya imitación se nos propone.

L.J.C.

29 de enero, día de San Francisco de Sales, 1808

### Querida hija,

Tendría muchas cosas que decirle en la triste circunstancia en que estamos, y tengo poco tiempo, habiendo pasado todo el día de ayer escribiendo cartas al Señor d'Aubonne y a otros cofrades. Mi primera preocupación debe ser consolarla, y en usted a toda la familia desolada; pero ¿cómo lo haría, estando yo mismo desolado? Me parece que primero soporté el golpe, aunque inesperado, con una gran resignación, pero hay penas que se hacen sentir con más fuerza más tarde, cuando se considera con más calma sus tristes efectos; la que serntimos es de ese tipo. Juzgo su dolor por el mío, y lo creo aún mayor porque su corazón es más sensible y el objeto está bajo su mirada. Trataré de decirle algunas palabras de consuelo.

El recuerdo de las virtudes de la que lloramos nos ofrece un gran motivo.para ello. Usted conoce sus virtudes y las ha admirado con frecuencia. Desde que se dedicó por entero al servicio del Señor, su vida fue un tejido de obras santas y heroicas. El día de su muerte, día de la conversión de San Pablo, me recordó la generosidad de su conversión; ella dijo como el Apóstol: ¿Qué quieres que haga, Señor? Y fue fiel a ese primer sentimiento. No vivió más para ella misma; fue toda de Dios y del prójimo. ¡Qué no hizo en los días nebulosos de la Revolución!. Después de haberlo perdido todo, reducida casi a la indigencia, sin recursos, encargada de varios sobrinos y sobrinas, puso su gloria y su felicidad en la cruz; su paz y su confianza no se quebrantaron por las sacudidas más violentas y más continuas. Esperó en Dios, y Dios vino con frecuencia, de una manera como milagrosa, en su ayuda, pero sin sacarla nunca de ese estado de miseria y de escasez del que ella hacía un santo uso y que no le impedía socorrer a una infinidad de personas y procurar de muchas maneras la gloria de Dios.

Sus progresos en la perfección fueron aún más sensibles desde que se sometió ella misma a la obediencia, en la Sociedad del Corazón de María. Se despojó entonces de lo que una imaginación fecunda en proyectos por la gloria de Dios tenía de demasiado vivo; no tuvo ya otra voluntad que la de sus superioras que amaba tiernamente, y por quienes tenía el más profundo respeto, porque veía en ellas a Dios mismo. Se dejaba conducir como una niña. Su celo por la gloria de Dios, por la salvación de las almas, por el bien de la Sociedad, la hacía hacer continuamente por Dios lo que estaba naturalmente muy por encima de sus fuerzas. Su salud, su

descanso, sus niños, sus propios intereses, todo lo tenía por nada desde que se trataba del servicio de Dios y del bien de las almas. No necesito hablarle de sus otras virtudes, su paciencia, su dulzura, su humildad: ella las llevaba todas en muy alto grado. Su fe era admirable, su esperanza en la misericordia de Dios no tenía límites. Su corazón era todo caridad para Dios y para el prójimo, y esa caridad se mostraba en todas sus acciones. Usted conoce cuán tierna era su devoción por el S. Corazón de Jesús, por la Santísima Virgen, etc. ¡Con qué efusión de corazón hablaba ella de todas esas cosas y de todo lo que se refería a la perfección!

Nada tengo que decirle de la obra que se puede llamar verdaderamente milagrosa de <u>la juventud abandonada</u>. ¡Cuántas miserias aliviadas! ¡Cuántas familias socorridas! ¡Cuántas jóvenes puestas en condiciones de ganarse honradamente su vida! Y sobre todo ¡cuántas almas arrancadas a las garras del dragón, sacadas del abismo del vicio, instruidas en su religión, formadas en la práctica de todas las virtudes cristianas! Esa obra, usted lo sabe, fue inventada por ella siguiendo las luces que había recibido del Señor. La empezó con nada; ella fue la maestra, la principal directora, el más firme apoyo con algunas otras señoras cuya piedad vino en su ayuda. Si quisiéramos ignorar esas cosas, la desolación pública bastaría para instruirnos. ¡Qué multitud de buenas obras encerradas en ésta! Y todas esas obras fueron coronadas por la muerte más edificante. De usted debo aprender los detalles.

¡Qué dulce, qué connsolador es tener que reposar la mirada sobre tal espectáculo, sobre una vida tan santa! ¡Qué nuevo tema de consolación nos proporcionaría ella si reflexionáramos en el estado de esa alma y en la gran recompensa que le está reservada en el cielo, si no goza ya de ella! Tenemos motivos para esperarlo, pero como no estamos plenamente seguros de ello, hagamos todo lo que depende de nosotros para apresurar el momento de su felicidad.

La muerte de la señora de Carcado nos priva de un gran apoyo y de una ferviente cooperadora. Esta pérdida y la que sufre la Sociedad podría parceer humanamente irreparable. Dios saca bien del mal, El se complace en hacer ver que no necesita a nadie para sostener sus obras. El ha querido quitarnos un apoyo que nos había dado en su misericordia; El sabrá darnos otro en su sabiduría. Pongamos en El nuestra confianza. Recurramos a nuestra gran protectora, la Sta. Virgen; la santa alma que hemos perdido nos ayudará con su protección junto a ella.

### **INDICE**

### **CAPITULO I**

- Las primicias
- Llamado y madurez espiritual
- El proyecto de M. de Cicé
- Encuentro providencial con el P. de Clorivière
- El noviciado de M. de Cicé

### CAPITULO II

- La Inspiración del P. de Clorivière
- Los primeros compromisos del 2 de febrero de 1791
- Las siembras en Bretaña
- M. de Cicé va a París
  - Los primeros votos de M. de Cicé

### **CAPITULO III**

- En el corazón de la tormenta
- En la sombra y el silencio de la calle Cassette
  - Memoria a los Obispos. Primeras cartas circulares
- Primera detención de M. de Cicé

# **CAPITULO IV**

- Proceso de la máquina infernal
- Bajo la vigilancia de la policía
- La estada en Provenza
- El regreso a París

### CAPITULO V

- Encarcelamiento del P. de Clorivière. M. de Cicé colaboradora irreemplazable
- Transmisión de una Memoria al soberano Pontífice
- Nueva gestión ante el Santo Padre
- Un ano dificil 1805
- Los últimos años de cautividad del Padre

# CAPITULO VI

- M. de Cicé a través de sus escritos y su correspondencia
- Los últimos años
- Muerte de M. de Cicé.

### **APENDICES**